El pasodoble interminable



Juan Carlos Aragón



JUAN CARLOS ARAGÓN

El pasodoble interminable



el paseo, 2021

www.elpaseoeditorial.com

1ª edición: febrero de 2017
1ª reimpresión: marzo de 2017
2ª reimpresión: diciembre de 2018
3ª reimpresión: mayo de 2019
4ª reimpresión: junio de 2019
5ª reimpresión: julio de 2019
6ª reimpresión: diciembre de 2019
7ª reimpresión: enero de 2020
8ª reimpresión: febrero de 2020
9ª reimpresión: marzo de 2020
10ª reimpresión: junio de 2020
11ª reimpresión: noviembre de 2020
12ª reimpresión: enero de 2021
13ª reimpresión: diciembre de 2021

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Cubiertas: Jesús Alés (www.sputnix.es)
Corrección: Deculturas, S.C.A.
Impresión y encuadernación: Kadmos

I.S.B.N. 978-84-945885-6-3
DEPÓSITO LEGAL: SE-39-2017
CÓDIGO THEMA: F

Impreso en España.

Índice

Prospecto (Léase detenidamente)

El sur de Europa yace tan al sur que en algunos lugares ya no parece Europa. Primera cuestión. En él habita la que dicen ser capital más antigua de Occidente. Antigua o arrugada, lo que está claro es que a singular no le gana ninguna, empezando por su escaso nombre, Cádiz, que así pronunciado, con sus cinco letras, extensamente, suena con el ritmo interno y la semántica aristocracia de las colosales urbes antillanas.

Cádiz, pues, segunda cuestión, es un error, un tremendo error geográfico del mundo. Dios debió ponerla en América Central. Frente al mar Caribe, por ejemplo. Pero no en España, que no pega ni con cola. Esto es lo que pasa por confiarle la Creación a alguien que no sabe de música.

Tercera cuestión. Aunque también empezó a ser llamada Tacita de Plata, pues —brillando sobre la mar— de plata parecía, precisamente de plata anduvo siempre tan escasa como de nombre. Tal vez por el viento de levante, que cuando sopla quita hasta las ganas, tal vez por la apatía de su gente, que cuando resopla también las quita, lo cierto es que, además de americana y singular, Cádiz siempre fue pobre. Y bella. Pobre y bella, como las princesas de barrio que me enamoraban de niño.

Cuarta cuestión, consecuencia de la tercera. El viento de levante es el único viento con inteligencia y voluntad. Sólo hay que sentir en la piel la intención con la que embiste, la mala fe de sus rachas, la poca educación con que se presenta, y el escaso estilo con que se va. Es un misterio, además de una putada. Pero mayor misterio es el gaditano plural, al que la muerte quita el sueño tanto como la vida, o sea, casi nada. En qué poco se parece a la vecina cristiandad con la que comparte mapa,

bandera y señales de tráfico. ¿A quién hacemos responsable de todo cuanto ocurre en Cádiz, al levante o a su gente? Dicen que cada pueblo tiene lo que se merece. Lo que no resulta aclarado en el dicho es si en los méritos y deméritos de los pueblos se incluyen también sus vientos.

Según los gaditanos cabales, la culpa siempre es del otro, en este caso del levante, porque ha saltado o porque va a saltar, como no podía ser de otra forma. Esta teoría, aunque puede apoyarse en graves argumentos paracientíficos, no es aceptada sin más por todos. También hay quienes la responsabilidad, cuando menos, la comparten. Veamos.

He ahí la quinta y definitiva cuestión previa. El que firma el libro, en su tercera reencarnación consecutiva —tras la de farero escocés y maquis mártir—, ha tenido el privilegio de nacer beduino. Un beduino es una especie de gaditano que, sin serlo del todo, vive a la distancia ideal para ver críticamente las cosas de Cádiz, y así poder contarlas con cariño pero sin baba.

Te advierto, querido lector, que, si no eres indígena, debes saber que dentro de Cádiz sólo se considera gaditano puro al que cumple cinco requisitos indispensables, a saber: haber nacido dentro del espacio amurallado, mantener vínculos con alguna cofradía de prestigio —igualmente con agrupación de Carnaval finalista del Concurso—, ser socio del equipo de fútbol y tener el teléfono del INEM en la agenda de Favoritos (en otros tiempos también fue obligatorio asomar la caña del país por el balcón, pero este requisito se eliminó cuando algunos gaditanos se vieron obligados a exiliarse en la parte beduina de la ciudad, en pisos sin balcones por los que asomar las cañas).

Así se distingue entre el gaditano contingente —es de Cádiz como podía ser de otro sitio— y el gaditano necesario —es de Cádiz y no puede ser más que de Cádiz—. La diferencia es de bulto. Al principio cuesta un dolor, pero al final la ves: los gaditanos —los necesarios— son únicos para convencerte. De hecho, cuando los romanos inscribieron en el escudo de la ciudad «*Non plus ultra*», no fue por una cuestión geográfica, sino dialéctica. Se puede traducir algo así como «Nada más allá», y hace referencia al arte que tiene la gente de Cádiz para hacerte ver lo verde violeta. Única.

En íntima relación con esto hay que tomar su célebre liderazgo his-

tórico en las oficinas del paro. Mas lo que hace atractivos a los gaditanos en su relación con el desempleo no es el mero hecho de estar parados, sino el exótico mercado de artesanía argumental que usan para justificarlo.

La mayor industria de Cádiz nunca fue la naval, sino la del cuento. Se calcula que del cuento viven en la ciudad dos tercios de sus habitantes. Y aunque del cuento no sólo viven ellos en este país de Dios, sí es cierto que en los cuentos gaditanos aparecen personajes más divertidos, se suceden más escenas de risa, las tramas resultan más inverosímiles y los finales son más felices, lo que hace que esta peculiar forma de cuento se haya convertido en un arte de vivir, en la más amplia y griega acepción del término.

Los cuentos de Cádiz son —ante todo— reales. Quizá por esto casi nunca se han escrito. Escribirlos podría ser otra forma de vivir del cuento. De hecho yo lo estoy intentando. Pero existe un inconveniente. Cuando la realidad se narra novelescamente padece el riesgo de que se tome por mentira. Los escritores, por lo general, son muy dados a hacer volar la imaginación. Usan lo real como punto de partida; el resto lo ponen ellos. En cambio, para escribir una historia como la que os voy a contar, un auténtico cuento gaditano, no hace falta imaginar mucho, pues lo que hay supera a la ficción del mejor narrador.

En este sentido me la juego a que, cuando termines el libro, la primera reflexión que te harás será por qué los escritores de todo el mundo no vienen a Cádiz en busca de personajes para sus novelas, pues te aseguro que en cada calle hay tantos protagonistas posibles como vecinos vivos (y hasta muertos).

En cualquier caso, para que un gaditano sirva de personaje en un cuento, es necesario que no se sienta nunca observado. Antes al contrario. Si se da cuenta de que algo gira en torno a él —y sucede a menudo con muchos reporteros tontorrones—, todo se estropea. El personaje en cuestión cree que va a convertirse en una estrella, e inmediatamente pierde su encanto. Se transforma en una especie de cómico al que alguien le ha dicho que es gracioso y se lo ha creído. Entonces sigue viviendo del cuento, pero fuera del cuento para el que fue pensado, lo cual no deja de ser una paradoja.

Para que veas que no te exagero, te confieso que cuando he dejado caer a algún paisano eso de «oye, estoy escribiendo una novela, y uno de los protagonistas eres tú», al colega le han brillado los ojos como si le hubiera dicho que iba a cobrar. Y de pronto, sin venir al caso, ha empezado a contarme chistes malos uno detrás de otro. En fin, el levante.

Por último, si has comprado esta novela por el título y la firma de su autor, esperando encontrar entre sus páginas una historia de Carnaval con final a ritmo de batería, enhorabuena. Aunque no muchos lo saben, el Carnaval constituye precisamente el submundo gaditano ideal para la novela del escritor que no tiene ganas de inventarla. Y eso es lo que ha ocurrido esta vez. El escritor —más que escritor— ha sido escribano. La novela ya estaba hecha. Sólo ha faltado numerar sus páginas. Prepárate para cambiar las cosas de sitio.

El pasodoble interminable

A mis padres,
la percusión interminable
del pasodoble de mi vida.

1. A las siete en el local

El grupo de WhatsApp de la comparsa ardía. La catarata de mensajes era tal y tanta la velocidad de envío que resultaba imposible leerlos todos. Manolito el Panameño había convocado una reunión para esa tarde. El Comandante Matarratas, autor y alma de la comparsa, quería proponerle a sus cantantes otra de sus locuras para el próximo Concurso.

Aún era pronto, pero al Comandante le gustaba arrancar de lejos. No era nada amigo de las improvisaciones para la ocasión, como tanto se estilaba en el Concurso al que se iban a presentar. Él defendía una síntesis de generación calculada y creación pura como filosofía del arte, válida para cualquier género, incluido el suyo. Faltaban aún varios meses y ya andaba diseñando la historia, componiendo incluso las primeras piezas musicales.

El Concurso al que se presentaban era el gran Concurso de Carnaval, el famoso COAS, cuyas siglas significaban Concurso Oficial de Agrupaciones Subordinadas. Era un certamen muy popular, en el que la victoria final daba un notable prestigio, social más que artístico, y suponía casi siempre un goteo constante de actuaciones a lo largo del año, lo cual venía de perlas a la maltrecha economía de los comparsistas —oficio tan vulgar y poco reconocido que hasta la misma palabra «comparsista» es subrayada en rojo por la mayoría de los correctores ortográficos.

Abrimos paréntesis. Es notorio que en la ciudad, casi todos los comparsistas de élite aspiran a mantenerse de la comparsa. Es la gran ilusión del gaditano procedente del Tercer Estado, máxime en una época de catástrofe económica como la que se está viviendo. Este particular mester de juglaría, concebido como trabajo, suele ocupar dos horas de

ensayo diarias, de lunes a viernes, más las correspondientes actuaciones. Ante una inversión temporal tan poco exigente, cualquier remuneración sabe a jamón de bellota. «No da para comer, aunque sí para merendar», tal como dijo Borges en cierta ocasión en la que le preguntaron por la recompensa económica de la poesía. Téngase en cuenta que muchos comparsistas sólo meriendan, y con eso tienen suficiente. Y desde luego, con un trabajo así, el fantasma del estrés no planea por ninguna cabeza. Cerramos el paréntesis y continuamos.

No obstante, no todos los grupos ganaban dinero. Además de formar un buen grupo, había que estar respaldado por la pluma de algún autor de prestigio en el mundo del Carnaval. Este grupo contaba con los dos requisitos. Cantaba como los ángeles y tenía de autor al Comandante Matarratas, músico y poeta excéntrico, controvertido como ninguno, querido y odiado a partes iguales, lo que delataba su incuestionable genialidad, sólo ninguneada por los necios. Nunca pretendía ser comercial, ni escribir para las masas, aunque notables masas de chusma selecta —como él solía cariñosamente referirlas— eran fieles a su llamada, todos los años, allá por los meses de enero y febrero, que es cuando se celebraba el Concurso.

El dinero, con todo, era un móvil de índole menor, si se comparaba con el triunfo moral que daba la victoria en el Concurso. El submundo del Carnaval conformaba una microsociedad dentro de otra mayor, la común, de la que sólo una minoría entraba y salía. El grueso del ejército vivía hacinado en el gueto social del Carnaval, cual si el resto del mundo no se hubiera creado para ellos.

Ganar el Concurso, por tanto, era todo. Suponía estirar la cara de satisfacción el tiempo que duraba el reinado: que nadie te soplara ni te mirase de aquella manera al convertirse de pronto en la leyenda viva más ancha de la ciudad. Así pues, no había mucho que discutir: había que ganar el Concurso todos los años. Como fuera. Sí o también que sí. Pero el Comandante Matarratas, cuya impertinencia descomponía a los miembros de su comparsa, no lo veía tan claro: «¿Ganar? Por supuesto. ¿A cualquier precio? Por supuesto que no».

También era por ello que la reunión a la que habían sido convocados generaba tal turba de mensajes explosivos, una marea emocional des-

tinada a reblandecer la bravura del Comandante, para quien la palabra victoria nunca formaba parte del guión de la comparsa. «Esto es un arte, no un deporte», solía sentenciar.

Durante las horas previas a la reunión, sabedores de que el Comandante estaba al loro de los mensajes del grupo, abundaban misivas subliminales del tipo «hoy puede ser un gran día, pero lo que es seguro es que va a ser un gran año»; «este año no nos quita el primero nadie, se nota que el Comandante está inspirado»; «este año el Matarratas del Comandante va a ser más Matarratas que nunca, no va a dejar vivo a ningún maldito roedor, jejeje».

A veces, el Comandante intervenía para contribuir al calentamiento del ambiente previo: «Tengo una idea que sé que os va a poner cachondos. Vosotros cantad igual de bien que hasta ahora, que yo me encargo del resto». Entonces el grupo echaba ya fuego por el móvil convertido en un dragón con quince cabezas, aunque no todas pensantes: «Johnny, a los Boniatos los borramos del mapa; no van a cantar ni en la ducha, jajaja».

Los Boniatos, dos hermanos gemelos, eran los autores de una comparsa rival, compuesta por algunos que años atrás habían cantado para el Comandante Matarratas, con lo cual el morbo era mayor. Entre los Boniatos y el Comandante había buena relación. Llegaron incluso algún año a sacar sus comparsas del Concurso y a presentarlas en todos los teatros de la región, menos en el Gran Teatro Falla, el templo del Carnaval en el que se celebraba el Concurso.

La otra gran comparsa rival era la escrita por un celebérrimo personaje que, en lo mejor de su carrera, había abandonado el Carnaval para irse a Nueva Orleans a probar suerte en solitario con el jazz. Apodado Benjamín —pues empezó muy adolescente—, un día quiso darle un giro espectacular a su vida y su obra, acabando incluso con el propio Benjamín, el mito que su afición había creado en torno a él. Alejandro Martínez Pares, que así se llamaba, transformó su nombre artístico en *@mellamoale* y emprendió la aventura en otro continente.

Pero según cuentan, @mellamoale había cambiado la guitarra por la trompeta, instrumento que insistía en tocar como si fuera un pito de caña, sin que el sonido resultante convenciera a ningún productor.

Su mujer, algo más resuelta y pragmática, andaba ya la pobre un tanto desesperada. Viendo que @mellamoale llevaba trece años volviendo a casa cada noche con los labios amoratados y sin dólares en la funda de la trompeta, una mañana le dijo: «Mira, Benya de mi corazón —porque te guste o no, tú eres Benya—, ahora mismo estamos en Cádiz como Juani que me llamo, coge el bombo y la caja, búscate a quince que canten fuerte, saca otra comparsa y a ganar dinero, coño, que me duelen las manos de estar todo el día fregando en el bulevar para que tú toques la trompeta, picha, que se te está poniendo la boca como a Belén Esteban. Así que ya sabes, prepara una presentación bonita, di que hace trece años que no te da el viento en la cara —que falta te hace— y, ea, a cantar por ahí».

Martínez Pares hizo caso a su mujer y lo cierto es que no le pudo salir mejor. Ganó el Concurso y volvió a sentarse en el trono que dejó vacante cuando se fue, el mismo trono que desde su marcha se disputaron a golpes distintos reyes interinos, de entre los que sobresalía el ya presentado protagonista de nuestra novela, el Comandante Matarratas.

Además de estas dos comparsas, la de los Boniatos y la de @mellamoale, el Comandante Matarratas y su grupo tenían otros muchos adversarios para ganar el Concurso, pero dos eran especialmente poderosos: la Piara y *El Coño de la Bernarda*. Helos a continuación.

La Piara era una especie de familia mafiosa, un clan compuesto por unos cuantos cerdos bien alimentados por la fiesta que, sin haberse consagrado nunca como carnavaleros de prestigio, habían sabido acaparar en sus manos el poder necesario para organizar el COAS. Sus miembros nombraban al jurado, revendían entradas de protocolo, firmaban contratos con televisión, concedían distinciones y condecoraciones... una monería ibérica alimentada con la mejor bellota.

Matarratas había dedicado varios temas críticos a esta Piara, en los que nunca dejó cochino con cabeza. Ello le había costado la enemistad definitiva del clan, asunto que no redundaba en beneficio de su comparsa, pues si cada año presentaba una obra claramente digna —como mínimo— de una final, extraña era la edición en la que el jurado se lo reconocía.

Por su parte, *El Coño de la Bernarda* era un periódico local en el que escribía cualquiera —sólo había que tener el carné del Partido Popular—, pero que había tenido que clausurar su edición impresa por falta de ventas. No obstante, durante el Concurso seguía tirando ejemplares como rosquillas. Era muy sensacionalista. Vendía más humo que los altos hornos de Vizcaya. Pero ahí radicaba su éxito. Durante el mes de Concurso, media ciudad se paralizaba en torno a él, y *El Coño de la Bernarda* se convertía en una especie de *vox populi*, de jurado provisional que iba conduciendo al público según sus gustos, amistades o parecidos ideológicos. Y como no comulgaba con la impronta del Comandante Matarratas, *El Coño de la Bernarda*, marcadamente conservador, se presentaba como un obstáculo fijo cada año.

Así pues, ganar no sólo consistía en presentar una comparsa que superase a las rivales, sino además en presentarla tan bien que se hiciera con el fervor de la afición desde el principio, para que el perverso periódico decidiera no boicotearla demasiado y que —entonces sí— el jurado se rindiera a la evidencia y al público. O se daban todas y cada una de estas circunstancias o, de lo contrario, del segundo premio no pasaba —si es que llegaba a la final—. Y como los chicos de la comparsa eran sabedores del tamaño de las dificultades, convertían cada año la comparsa en la aventura de ganar, una aventura de verdad, una aventura que ni el propio 007 hubiese resuelto jamás en solitario.

2. A ver qué trae el loco éste...

Al Comandante le ponían de mal humor muchas cosas, pero sobre todo que le hicieran perder el tiempo. Por eso, prefería sacrificar su puntualidad al quedar con el grupo, y llegaba cuando suponía que había *quorum* en el local.

—Estoy cardíaco, picha, no he podido ni dormir la siesta, y eso que llevo despierto desde las 11 de la mañana —comentó Lolo el Cántabro en la puerta del local, mientras se mejoraba el aspecto frente al espejo de la moto con su peine de propaganda.

—La verdad —apostilló Pepe el Converso— es que yo también llevo todo el día dándole vueltas a la cabeza. Me he tenido que beber dos botellas de Rioja comiendo y no quiero que me hagáis caso, pero mucho me temo que a Johnny se le ha ido la olla. Esta tarde nos va a poner en un aprieto del que vamos a ver cómo salimos. El otro día, hablando con él me dijo que este año no nos iba a hacer falta ni disfraz... Tiembla, Cádiz.

—Si no gusta, antes que dejarlo que avance, se lo decimos. Tampoco está tan loco. Desde que no bebe se puede hablar con él —dijo Deep, director del grupo y mano derecha del Comandante, íntimo amigo suyo y buen conocedor de sus intenciones.

«Tú sabes algo, Deep», afirmaron algunos, seguros de que, en privado, Deep y Johnny ya habían hablado, pues lo hacían normalmente. Pero Deep se limitaba a apurar su excepcional trócola, esquivando con veteranía cualquier compromiso de respuesta, pues era obvio que algo sabía, aunque dudaba de su viabilidad.

—A mí me lo contó el jueves, y sólo le dije que nos reuniéramos a ver qué os parecía —susurró esparciendo el humo lentamente a su alrededor.

Esta indiferente evasiva intrigó más aun a la mayoría de los ya presentes miembros del grupo, quienes, ante la repentina llegada del Comandante, reaccionaron con una forzada sonrisa de contenido pánico.

—Qué, disfrutando de vuestras merecidas vacaciones de primavera, ¿no? —bromeó el apuesto Matarratas sin bajarse de su inmaculada Suzuki, guitarra en bandolera y mirada canalla, que alargaba más aún la incertidumbre en la puerta del local.

El grupo no sabía si sonreírle o esconderse.

—Vamos adentro que vais a flipar.

Antes de acometer el objeto de la reunión, se sucedieron todo tipo de intercambio de saludos, preguntas, comentarios amigables y otros pésames, pues lo cierto es que, antes que cualquier dulce o amarga faena, el grupo en cuestión constituía una magna familia, no de sangre, pero sí de sudor.

El comandante, que había dejado de fumar hacía meses, desempaquetaba chicles de tres en tres, los tiraba hacia el fondo de su boca cual si ésta fuese una bolera, y formaba una pelota de goma en su carrillo que mascaba con ostentoso esfuerzo, haciendo una pompa detrás de otra —que la mitad de las veces dejaba pegada en los pelos del bigote—, dándose un aire más despatriado del que ya tenía.

—Manolito, deberías traer alcohol de grados, a ver si los emborracho y digieren mejor lo que les voy a contar —dijo en una esquina Johnny al postulante, Manolito el Panameño, dándole dos billetes abiertos para que el grupo los viera.

Cuando estaba a punto de llegar el ron, el Comandante, conformando una larga mesa rectangular, invitó al grupo a sentarse a su alrededor, mientras él se mantuvo de pie en un extremo. Así solía disponer sus discursos al grupo cuando era consciente de que había que hacer un ejercicio de convencimiento importante. Y ante la expectante mirada de su aterrorizado grupo, abrió su discurso con un proyectil: Los Twenty.

El nombre en inglés —asunto que traía malos recuerdos— sonó como un campanazo agudo que perforó los tímpanos más débiles, explosión que a unos dejó mudos y sin respiración, y a otros hizo clamar un «qué chulo...» de obligatoria reverencia.

El Comandante Matarratas seguía impertérrito presidiendo la mesa en el extremo sur, recorriendo con ojos de gato las descompuestas miradas de los estremecidos cantantes, una por una.

—Así se va a llamar la comparsa, y no hace falta ni disfraz: Los Twenty.

Y con la lectura de la sentencia aumentó la nubosidad en las cumbres de los pocos que sostenían la cabeza entre sus hombros, mientras el Comandante abría cada vez más su gamberra sonrisa, consciente del movimiento sísmico que estaba tambaleando el local.

No siguió hablando. Quería provocar que alguno invocase la aplazada moción de censura para, a partir de ahí, explicarla con más detenimiento.

—Que yo sepa, Johnny, Los Twenty son veinte, y somos quince. ¿Los otros cinco, los traes tú o los buscamos nosotros? —declamó desesperado Adriano, que había sido el único con pulso suficiente como para empinar la botella de ron y beberse media de un solo trago.

El grupo quiso reír para aliviar la tensión. El descaro de Adriano había sido inversamente proporcional al sofoco ambiental que se respiraba en aquella nave de húmedas emociones concentradas. Este personalísimo joven siempre era el dueño de la salida más ingeniosa. No obstante, el grupo no se desahogó con definitivas carcajadas por miedo a la ignorancia de lo que venía detrás —efectivamente, lo peor estaba por venir—, pero como el Comandante no terminaba de romper a explicar, empezaron a sucederse apuestas públicas.

—Los veinte. Del carajo. Suena a los felices años… —sugirió culto el Bombero, uno de los pocos miembros del grupo que poseía estudios universitarios y que, en momentos críticos, argumentaba con la consistencia suficiente como para ser tenido muy en cuenta por Johnny.

—Bien, Bomberito, cada vez me lees mejor las ideas. Te voy a nombrar jefe del Servicio de Traducción e Interpretación… que falta nos van a hacer traducciones este año —y así empezó a dejarlo caer.

Pepe el Converso apuró su colilla. Se asomó a la puerta para tomar ánimo y oxígeno, volvió a su lugar en la mesa golpeándose la sien con la punta del dedo índice, y con su cuarto y mitad de sonrisa nerviosa liberó el temor que atesoraba:

—¿En inglés? ¿La necesidad de traducciones es porque Los Twenty van a cantar en inglés, Comandante?

—*Yes*, Pepe, *yes*. *In english* de Cádiz, desde el principio hasta el final. Es muy fácil y se entenderá perfectamente. Ya casi todo el mundo sabe inglés. Hay más B1 de inglés que de conducir. Además, va al tipo. Son exigencias del guión... —justificó Johnny.

Pero el Converso, que no sabía cómo manifestar su tremendo desacuerdo, improvisó el papel de portavoz de un grupo que, en ese momento, había quedado ya completamente enmudecido, y con el semblante que parecía el reflejo de la pared.

—A ver, Johnny, piénsatelo, no hagamos locuras. Cantar en inglés quedaría bien en algún fragmento del principio o del final, como un detalle alegórico; pero todo el repertorio en inglés es un suicidio, te lo digo yo que me estoy sacando ya el B2, llevo cuatro años en la Escuela de Idiomas y todavía no entiendo ni una canción de Los Beatles.

Tras un breve silencio, pareció que el Comandante había quedado convencido. Pero negando con la cabeza se dirigió a Pepe con la rotundidad que la ocasión requería:

—Pepe, tú sabes que el problema de Los Beatles es que no vocalizaban. Aparte, la Escuela de Idiomas no sirve para aprender inglés. Una vez fui yo a matricularme de algo y le pedí al conserje que me diera norte, pero el cabrón me cortó el punto porque sólo hablaba español, y mal. Ya no me matriculé de nada. Aparte, Pepe, ves siempre las cosas desde tu óptica; pareces un funcionario. El Carnaval está en un plan muy conservador. Hay que revolucionarlo. Por nuestro bien.

—La que nos van a dar, Comandante: esto no se hace —se lamentaba con resignación un ya medio ebrio Adriano.

Mientras, el resto del grupo miraba a Deep, el gran director, empujándolo con los párpados para que lo salvara de aquella nueva locura del desmelenado Matarratas, a quien ese tipo de resbaladizas situaciones lo acercaban al orgasmo social. Sólo él podía hacerlo.

—Deep, por tu madre, convéncelo que nos matan —susurró el Perla en el oído del director.

Deep, que intuyendo lo que podía ocurrir esa tarde había cargado su

trócola de marihuana como si llegara el fin del mundo, se puso en pie y fue breve pero demoledor:

—A ver, Johnny, como el año de La Lambada cuando cantamos en portugués, adelántanos cuando puedas algo del repertorio y ya vemos si se entiende.

—*Perfect, my director, I've already song this to my mother and my father* —respondió el Comandante Matarratas, con el macarrónico acento que aprendió en los Salesianos en su día, cuando los profesores de inglés eran nativos... de Puerto Real—. Y han flipado, querido Deep, pero flipado *in colours*. Mi padre dice que le recuerda a La Lambada, pero más maduro, más comercial, más eurovisivo.

—Y de la letra, ¿qué te ha dicho?

—Que es muy profunda, que la tiene que escuchar más veces...

Varios años atrás, al excéntrico autor le advino la colosal idea de presentar una comparsa de nombre La Lambada, un homenaje al fado cantado íntegramente en portugués, de una asombrosa belleza lírica y musical, pero de contenido indescifrable para la mayor parte del público y del jurado. Aun así obtuvo el segundo premio de aquel año, y La Lambada se convirtió en la gran protagonista del Carnaval, con un inesperado éxito de ventas y actuaciones.

—Bueno, os lo canto y me decís. Pero tomaos antes una copita, que tengo que aclarar un asunto de libros con Manolito el Panameño. Fin de la primera parte. Empate a uno.

Así mandó Johnny la tensión al vestuario durante un interludio de oro. Era especialista en poner el tiempo a favor cuando surgían encrucijadas de este tipo. Iba a conseguir que el grupo se fuera familiarizando con la posibilidad de cantar en inglés, mientras el ron facilitaba la normalización de lo anormal. A qué alférez de la contracultura más que a él podría ocurrírsele presentar una comparsa cantada en otro idioma —y no sería la primera vez.

Entre copa y cigarro, el singular Matarratas explicaba entre corrillos la idea de hacer un recorrido por los Estados Unidos de los locos años veinte, cuya vertebración musical giraría en torno al rítmico *swing*, del que Michel Tran-Tran —uno de los músicos más expertos del grupo— era un consumado ejecutante con su feroz contrabajo.

Pero pese a la aparente relajación, todos y cada uno de los miembros del grupo tenían el rabillo del ojo apuntando a la funda de la guitarra de Johnny. En el momento en el que abriese la caja de Pandora la temperatura subiría.

En esto, el Comandante Matarratas agarró una botella de ron por el cuello, y la zarandeó como un pirata para ver si quedaba algo en el fondo.

—Nada. Quería comprobar si efectivamente estabais ya en actitud receptiva para escuchar el piropo a Cádiz, que es en inglés y requiere de una adhesión moral previa.

Y abriendo la caja de Pandora, sacó un texto que colocó boca abajo sobre la mesa, mientras comenzó a ejercitar los dedos en la guitarra sucediendo los acordes de siempre.

Pepe el Converso, el Perla, Lolo, el Tío Mon, Adriano, Vitorio y el resto del grupo fueron colocando sillas y sentándose cerca del Comandante, sabedores de que la anunciación de Los Twenty iba a empezar de un momento a otro. Sólo Deep, el director, y Manolito el Panameño —en su papel de «tercer hombre»— se quedaron al fondo del local, apoyados sobre una columna, manteniendo la privilegiada posición del doble espectador, atentos a la canción por un lado y a la reacción del grupo por otro.

Para hacerse rogar algo más y absorber al personal en torno a su figura, recordó el Comandante un soneto que había publicado recientemente en un libro suyo de poemas, titulado «Autor presenta repertorio»:

Ojo brillante. Agua. Diente largo.
Desenfunda. Arriba la cejilla.
Papel arrugado sobre la rodilla.
El corazón se despierta del letargo.

Nueva sequedad. Aviso de embargo.
Compás. Débil saludo a cada silla.
Al ruedo. Silencio de maravilla.
Al norte, los suspiros se hacen cargo.

Hondos murmullos inundan la sala.
El timbre roza su dolor agudo.
Última cadencia. Nueva sonrisa.

Asoma el final. Disparo de bala.
Ovación. Poeta, cojonudo.
(Se me ha hecho más largo que una misa).

—Qué arte, Johnny, joder. ¿Así estás ahora? —clamó un boquiabierto y encendido Vitorio.

Johnny, dejándose caer en su sonrisa de confianza, comenzó a rasguear con suavidad la guitarra, buscando las notas para introducir el pasodoble, el plato principal del repertorio.

Todos los autores saben que ese momento es crucial. Un porcentaje importantísimo del éxito de una comparsa depende de la comunicación que se produzca entre grupo y autor la primera vez que éste presente su obra.

Por la mente de Johnny pasaron en un instante las mejores fotografías de los últimos meses, las estampas que día y noche fueron velando el sueño de la creación. Ese rubio cabello largo de Edy cayendo suave sobre su hombro dorado por los primeros soles de la primavera, la silueta de su querida camarada disuelta en la penumbra vaga entre el ron y los habanos, los latidos de su corazón sonando al ritmo de *Hurricane* en el vinilo de Bob Dylan, su barbilampiño infante lanzándose como un leopardo a las templadas aguas de la piscina desierta...

De lo emocionante que le resultara cada primavera dependería la energía que Johnny luego derramare en cada nota de su comparsa. La primavera siempre fue sentida en su caprichosa creatividad como renacimiento de vida y esperanza.

Finalmente, levantó la cabeza, la fijó en el papel, y sosteniendo un mi menor se arrancó cual un gitano en su cueva del Sacromonte, pero en inglés:

Oh my Cai,
my silver glass,

the wonderful city of alls my loves.
You are always
the sense of my life,
and my own life
I don't understand without you.
If one day you are not with me,
I only want to say you
that this day I'll die for you.
Cai of my heart, everything
I say you are true, true, true.
Cai of my heart,
Manueart...

Y Johnny se quedó tan fresco.

El estrépito fue tal que los miembros del grupo se miraron sin la menor complicidad, entre la risa, el sentimiento de burla, el desencanto y hasta el sollozo.

—¿Traducido resulta, Comandante? —preguntó el Bombero, en tono jocoso pero dolido en su honor.

Matarratas, inseguro de su inglés, instó a Pepe el Converso a una traducción rápida:

—Yo traduzco tal como Johnny lo ha cantado, literal, advierto: «Oh, mi *Cai*, mi vajilla de plata, la maravillosa ciudad de todos mis amores. Tú siempre eres el sentido de mi vida, y mi propia vida yo no la entiendo sin ti. Si un día tú no estás conmigo, sólo quiero decirte que ese día moriré por ti. *Cai* de mi corazón, todas las cosas que te digo son verdad, verdad, verdad. *Cai* de mi corazón, Manolón».

—Qué pedazo de piropo, Johnny, hostias. Es increíble.

Todos miraron a Cristóbal, el menos crítico del grupo con el Comandante. Ya sabemos que en todos los grupos hay un ejemplar que siempre está más de acuerdo con el jefe que el propio jefe.

—Poesía pura, picha: ni Pemán —añadió con poca fortuna buscando el asentimiento de sus compañeros, sin contentar ni a éstos ni a aquél, quien indignado interrogó a Cristóbal:

—¿Tú sabes quién era Pemán?

—Claro, Johnny, el dueño del teatro de verano, que también era poeta, ése al que una vez Martínez Pares le dijo «maricón» y se lió la traca.

—¿Poeta? Su puta madre. Era un chivato de Franco.

El enfado de Matarratas no era tanto por la comparación con el censor franquista como por el evidente desconcierto que su cántico había generado en el grupo. Temerosos de la reacción del Comandante, se miraban unos a otros sin saber si reír o llorar, pero seguros de que aquello no iban a cantarlo. Ahora sólo se trataba de encontrar la manera de hacerle ver al Comandante que aquella paranoia suya les condenaba a un fracaso rotundo con absoluta certeza.

—Bueno —añadió Johnny—, el próximo día os lo traigo mejor cantado, que aún estoy limando el final. La cuestión es que se vocalice bien para que se entienda.

—¿Cuando dices «bien» te refieres a como tú lo has hecho ahora, o a como lo hizo Ana Botella en la presentación de la candidatura olímpica de Madrid? —remató Adriano, con la etiqueta del ron pegada en la frente y la voz balbuceante—. Porque si lo hacemos como la Botella nos van a dar el mismo babuchazo que le dieron a Madrid, que le ha dicho el COI que no organiza las Olimpiadas hasta que el oso no salte el madroño.

Riendo por cortesía, abrochó Johnny su cazadora en la moto ya arrancada, y con la guitarra en bandolera y la visera del casco hasta abajo, marchó a toda velocidad, sin rumbo fijo pero en dirección a la playa.

El Comandante Matarratas —en contra de la sensación que a veces pudiera dar— no solía llevar sus locuras hasta el final; antes al contrario, era calculador y casi todos los inconvenientes que aparecían iban ya en el guion inicial de cada comparsa que fabricaba. No obstante, cuando ocurría algo así, buscaba un momento y un espacio despejado para la reflexión y daba un lugar importante a las voces disidentes, máxime si la disidencia era compartida por casi todo el grupo, como en este caso. Aparcó la moto al final del Paseo Marítimo, pidió un café cargado y lo sacó del bar para tomarlo dejado caer sobre la baranda de la playa. Tenía ante sí una decisión urgente y difícil. Se trataba de

renunciar a Los Twenty y echar mano de un plan B, o seguir con la idea a sabiendas de que —en contra del gusto y la voluntad del grupo— el trabajo iba a ser ingrato, y las posibilidades de éxito, mínimas. Pero también era consciente de que si abandonaba y cedía ante el grupo, esa resistencia a la innovación iba a hacerse más fuerte, y sentaría jurisprudencia carnavalesca para futuras quimeras.

3. El sacrificio de Isaac

El pensamiento del poeta sonaba rebotando entre la arena y su poblada cabeza. A veces podía adivinársele en los labios u oírsele en voz baja, cual si estuviera en una tribuna intentando convencer a un jurado. ¿Esto es Carnaval o «Se llama copla»? ¿Qué coño quiere esta gente, una comparsa como las demás? ¿Y adónde dejamos la transgresión, la renovación, la originalidad, la parodia y tantos atributos que distinguen al Carnaval y que en Cádiz se olvidan por tal de ganar el Concurso de los cojones? ¿No lo han ganado ya? ¿Por qué no dejan entonces que lo gane otro y nos divirtamos nosotros haciendo algo diferente y verdaderamente emocionante? ¿O acaso a ellos lo único que les divierte es ganar el Concurso? No me lo quiero creer, pero he de aceptar que son como los demás. Ganar, ganar... Sólo ganar. Lo demás es muy secundario. Importa, sí. Pero si se gana. Si no, no les vale. Así está el Concurso, que no sé cómo quedan espectadores, por mi santa madre, de verdad, no lo entiendo. Es aburrido. Es vulgar. Es mediocre. Es... No es un Concurso de Carnaval, entre otras cosas porque esto no es Carnaval. Esta gente no tiene ni puta idea de lo que es el Carnaval. Puedo admitir que mi idea no sea viable, pero el motivo por el que ellos no la ven clara es porque no les resulta competitiva para ganar un Concurso que no se rige por criterios carnavalescos, sino sociales, como la inmediatez, la idiotez, la simplicidad del contenido y la espectacularidad de la forma. Qué lástima. Y lo peor. Yo no puedo cambiarlo. Muchas veces tengo la sensación de estar traicionando al público, porque hay mucho público por encima de lo que le ofrecemos cuya sensibilidad queda insatisfecha. Muchas veces se queja esta gente de que si el mercado del Carnaval fuera más amplio podríamos ganar más dinero. No se dan cuenta de que para ampliar el mercado hay que ir más allá de las inquietu-

des del público tradicional, entre muchos motivos porque ese público no es generoso a la hora de pagar Carnaval. Consume el que le echen pero no paga ninguno. Además, el público alternativo comienza ya a ser mayoritario, aunque haga menos ruido que el tradicional. Y este público, el universitario, el artista, el inquieto, el profundo, el valiente, el alternativo, el revolucionario, el místico, mi chusma selecta en general, tiene difícil verse y sentirse representado en este concepto estrecho de Carnaval. Pero mientras yo no sea capaz de imponerle a mi grupo una idea arriesgada, las posibilidades de renovar el Carnaval van a ser cada vez menores, y a mí es al primero que no me conviene que el Carnaval se encierre tanto en sí mismo, que ya cada vez queda menos de donde jalar. En fin, voy a ver el partido. A Edy no se lo quiero ni comentar. Siempre me da la razón en estos conflictos, y si me decanto por lo segundo, no me conviene ahora mismo oír a nadie que piense como yo. Sólo me lo pondrá más difícil. No se trata de llevar razón sino de compartirla. Si llevas razón pero la llevas tú solo, entonces te ponen de loco y es cuando llaman a tu razón «paranoia».

Anochecía. Johnny arrancó de nuevo la moto rumbo a su casa. Más que ver el partido, necesitaba hablar con Edy. Aunque a veces daba la impresión de que Edy y el Comandante se habían conocido en el mismo manicomio, en los momentos críticos ambos mantenían la calma más y mejor que el entorno que les rodeaba. Quizá por eso su repentina boda sorprendió a todos menos a ellos. Johnny confiaba mucho en la franqueza de Edy. Su único problema es que empezaba una conversación en español y a la tercera cuestión ya respondía en griego, y desde entonces hasta el final se cruzaban oraciones compuestas en todas las lenguas romances, sin que por ello se pudiese distinguir con claridad si la conversación había acabado, o si más bien era pausa por agotamiento.

—Queridísimo Bill, ¿qué hace usted con esa cara de gato, con la tarde radiante de primavera que ha hecho?

Edy era una mujer encantadora, que siempre regalaba una sonrisa abierta y una cómica parodia para recibir al Comandante Matarratas, sobre todo cuando lo veía llegar con semblante serio. Lo llamaba cariñosamente Bill en honor a Bill Wilson, el legendario personaje ameri-

cano fundador de Alcohólicos Anónimos, tan distinguido y apuesto como Johnny—según Edy, claro está, quien además presumía de tener a un marido con la hechura de Rafa Nadal y las piernas de Bruce Lee.

—Cenamos y te cuento —respondió desganado el Comandante mientras desenfundaba de nuevo su inseparable guitarra.

Edy no insistió más porque intuía que a Johnny no le había ido la reunión demasiado bien, y prefirió esperar a que él se decidiese a hablar. Cuando el Comandante Matarratas se sentía interrogado se ponía de un mal humor tipo «séptimo día consecutivo de levante». Pero como la cena acababa y Johnny seguía con la vista perdida ante el telediario, Edy con sutileza le lanzó una misiva en forma de incómodo halago:

—Bueno, esta gente habrá tenido que alucinar con lo que le has cantado de Los Twenty, ¿no? Es tan bonita la música y te suena tan real cantada en inglés que pareces Bob Dylan: *Everything I say you are true, are true, are true...*

Si no fuese porque Johnny sabía de la jocosa inocencia de Edy, hubiera supuesto que se estaba mofando olímpicamente de él.

—*True, true, true*, no *are true*, Edy, que aquí las canciones me las invento yo —corrigió un acosado Johnny, sintiéndose casi en el deber conyugal de hacerlo y evidenciando, de camino, un notorio *contrarío.*

—Voy a cambiar ya mismo el tipo de la comparsa. Al carajo Los Twenty —sentenció el Comandante de repente ante la incrédula mirada de su esposa—. No voy a echar un pulso con el grupo. Es para nada. Sólo voy a conseguir que lo hagan a disgusto y no convenzan a nadie.

—Pero si está muy graciosa la idea, ¿cómo es que no les ha gustado, Bill?

Lo de «graciosa» no sentó del todo bien a Johnny, quien próximo al desatino se levantó e improvisó un breve discurso, más dirigido a fortalecer su convencimiento que a la propia Edy:

—Ése es el problema. Que resulte «graciosa»... Y la gente se ría. O que no resulte. Sencillamente. Ni graciosa ni triste... Que no resulte. Cuando se formó aquel revuelo, aquello que te conté de La Lambada, el año que se cantó en portugués, hubo uno que me felicitó diciéndome: «Enhorabuena, eres el único que no hace Carnaval. O el único que lo

hace...». De la misma manera, cuando cantamos el año pasado con Los Cohiba, aquel profesor amigo mío del que tanto aprendí, el Goma, me dijo: «He escuchado un reproche a Los Cohiba que para mí es el mejor piropo que le pueden echar... ¡que no parece una comparsa!». ¿Recuerdas que te lo comenté como un honor?

Edy perdió por unos instantes algo de brillo en esa mirada tan risueña que siempre lideraba su rostro. Al sentir su desilusión, el Comandante Matarratas se sentó abrazando a su guitarra y, sabedor de que su mujer no seguía muy de cerca las causas carnavalescas, prosiguió para terminar de explicarle y poner fin al capítulo:

—Mira, querida Edy. Hay cosas que a los que cantan Carnaval no se les puede recriminar, aunque sea justo hacerlo; por ejemplo, su falta de interés por el mundo de la vida. No es lógico que pretendan erigirse en portavoces del pueblo mientras se limpian los huevos con la historia y la política. ¿Con qué convencimiento pueden cantar luego las injusticias sociales como yo las planteo? Pero lo peor es que si les hago ver esto, en lugar de encenderles la mecha del interés, lo único que voy a provocar es que pierdan la estima y la fe en sus posibilidades. La mayoría de esta gente no ve más allá de la Champions y la Play. Canta lo que tú les llevas si lo reconocen escrito de forma que pueda llegarle a la gente, pero por la forma mucho antes que por el contenido. Y no les pidas más... porque no te lo van a dar. No lo tienen.

Y cuando parecía que Edy iba haciéndose cargo de la situación, redondeó la cena:

—Claro, y si encima no saben inglés...

—¿Inglés? ¿Me puedes explicar qué tiene que ver el inglés en todo esto? —preguntó enojado Johnny, intuyendo que Edy, de reojo, había estado más atenta al móvil que a su discurso.

Y Edy, con esa gracia natural de niña traviesa con la que siempre resuelve, se defendió como pudo para enmendar lo que ya sólo podía poner peor:

—A ver, queridísimo Bill, que me estás poniendo *entre las cuerdas y la pared*: si dices que tu grupo no pone los pies más en el mundo, y en el mundo lo que se habla es inglés, ¿cómo quieres que canten en inglés? No te lo quería decir, pero parece que no los conoces...

El Comandante Matarratas la miró asintiendo, intentando contener la carcajada que —irremediablemente— fue saliendo a entrecortados trompicones. Mientras, Edy se remangó la camiseta y se ajustó las pulseras en señal de orgullo por la elocuencia con la que había creído convencer a Johnny.

Sonó el teléfono. Era Deep. Johnny le ahorró el diplomático pulso que seguro le esperaba:

—Plan B, *brother*, yo tampoco estaba dispuesto a seguir sin la ilusión del grupo.

—Uf, menos mal, Comandante —Deep suspiró—, qué alegría que lo veas tú solo. Desde que nos fuimos no han parado de mandarme wasaps a cual más desolador. Entonces, qué, ¿lo que me contaste de Los Peregrinos?

Astuto, el Comandante Matarratas no perdió la oportunidad de hacer valer su condición de jefe de la manada. Y antes de pasar la indigesta página de Los Twenty, se despidió del capítulo como Juan Pablo II cuando pidió perdón por el histórico silencio del Vaticano con el holocausto nazi, o sea, culpando a los judíos del «asesinato de Jesucristo». Reconoció que la opción de Los Twenty no era la idónea, pero acto seguido destapó el afilado tarro de su soberbia:

—Paso de apostar por una idea que tenga como primer obstáculo al grupo que debe materializarla. Aun así, *brother*, me queda claro que aquí tengo las horas contadas. Si el grupo quiere ser su propio límite, pues eso, va a ser su propio límite, no el mío. Llevo muchos años diciendo que, cuando queramos, hacemos una banda de autor latina que borra a Maná del mapa. Pero vosotros nada. Pues nada, Carnaval tradicional que te crio. Luego nos quejaremos de los límites económicos del Carnaval. Si nos encerramos en Cádiz y le echamos el cerrojo a las Puertas de Tierra…

Deep, como portavoz del grupo, no había tenido más remedio que merendarse la cabeza del pescado. Y creyendo que con su profesional serenidad iba a calmar al iracundo Comandante, no se le ocurrió otra que decirle:

—De acuerdo contigo en lo de Maná. Pero ahí lo tienes: ¿Maná canta en inglés? Perdería mercado, *brother*.

Y como Matarratas no iba a admitir jamás que el inglés era el punto de desencuentro, le dio a Deep las buenas noches del modo más borde que se recuerda:

—Ya hablamos en unos días. No obstante, *brother*, cuando la cantidad de marihuana que metes en un canuto es superior a la de tabaco, da igual que te canten en inglés que en croata. En el mundo de la chirigota, la droga te hace más amable con los chistes. En la comparsa, una sola calada puede hacerte llorar con un pasodoble a la separación de unos hermanos siameses, y creerte encima que es por la letra.

Ahí lo dejó. Podía haber seguido, pero con ésa tuvo bastante. Al fin y al cabo, había acabado de sacrificar a su último embrión que, aunque no andaba aún muy gestado, era una de las mayores ilusiones que hasta la fecha mantuvo el Comandante Matarratas: cantar en inglés. Y viendo cómo había quemado aquella nave, el único consuelo que le quedaba era ponerse a disparar con la cerbatana. Johnny presumía de una misantropía tal que se creía a veces con derecho a ignorar la sensibilidad del prójimo más próximo y viceversa.

4. En un lugar de la Luz

Después de aquel episodio —y en un ejercicio de legítima soberbia— marchó con Edy a Zahara de los Atunes, una codiciada urbe marinera muy especial para Johnny.

Es evidente que hay espacios naturales que no necesitan adornos para convertirse en fuente de inspiración para artistas de todos los géneros, y éste era uno de ellos. Además, para el Comandante Matarratas, la Costa de la Luz era una prolongación de su Cádiz natal, con multitud de templos de peregrinación entre los que se movió desde su primera infancia. Conil, Barbate, los Caños de Meca, pero sobre todo Zahara de los Atunes, eran los paraísos del litoral gaditano en los que Johnny procuraba pasar la mayor parte de la primavera, dando de comer a las hambrientas musas que luego visitaban su cuartilla y su guitarra.

En su juventud, Los Caños y Conil fueron los reclamos de su lírica. Pero conforme fue madurando, el mauritano barrio de los almadraberos fue asentándose como su espacio definitivo, alternativo a Cádiz, por supuesto, la sempiterna Tacita amurallada por la que el Comandante Matarratas sentía un visceral amor, inversamente proporcional al creciente desinterés por sus paisanos, a quienes acusaba de no tener valor ni coraje para sacar a su ciudad del fango.

Sucedía que Cádiz estaba siempre dispuesta, como una perversa ninfa que nunca sacia su deseo de amar. Cualquier día de un mes cualquiera podía servir para desatar su ansiedad creadora. En cambio Zahara sólo disponía de la primavera. El invierno la clausuraba al completo hasta el punto de convertirla en una ciudad casi fantasma. Y el verano la saturaba de turistas que no daban opción: era tal la avalancha de extranjeros del mar que no quedaba un instante ni un lugar en

la costa, en los acantilados, en los caminos o en los bares en los que el pensamiento y la palabra pudiesen tomar una taza de té sin ruidos ni tóxicas frases hechas. El precio de la civilización.

Además, los veraneantes eran del todo insensibles a la metamorfosis a la que sometían a aquel paraíso, al que en cuestión de días lo hacían pasar de maravilla natural a psicodélico *chiringo* de pija costa. Y este repetido fenómeno formaba parte del conjunto de causas físicas que convertían al Matarratas en la misantropía a galope. De las causas metafísicas hablaremos más en otro momento.

Era, pues, la primavera, la estación de las flores y los nervios en flor, la época dorada para encontrar la armonía natural en los atlánticos rincones de los cuatro kilómetros de costa que van desde el pueblo hasta la playa de los Alemanes. Además, para el Comandante, tanto Zahara como su primavera se habían convertido por derecho propio en tierra santa, al haber hecho realidad el mito del amor en su triple vertiente juvenil, erótica y conyugal.

Fue en primavera Zahara, de donde era oriunda Edy, el lago azul en el que se produjo la consumación de los encuentros entre ella y el Comandante, dando lugar a un corto pero emotivo noviazgo que desembocó en boda, en la misma iglesia del pueblo para desconcierto de los amigos y familiares de Johnny que, a día de hoy, siguen sin entender cómo un ateo de su calaña cayó de aquella manera en el éxtasis místico del sacramento. Él siempre lo achacó al amor, con noble orgullo y disimulada satisfacción: «No me caso por la Iglesia, sino en una iglesia, la única iglesia en la que siempre dije que sería capaz de casarme. Además, el cura es comunista», resolvía gallardo cuando le preguntaban por aquel enigmático episodio.

Según el Comandante, las lunas zahareñas ablandaban su corazón con átomos de plata, haciéndolo más tierno, más humano. Un africano resplandor lo devolvía a sus flamencos veintitantos, cuando solía reventar los fines de semana con el viejo carro de su padre, para amanecer rodeado de guitarras y manzanilla, cantando ebrio en el silencio de las ruinas descampadas que aún flanquean la playa del pueblo.

Eran los años de Ketama y Pata Negra, el pop heredero de Camarón de la Isla, cuando el Comandante no era ni sargento y la canción de

Carnaval quedaba tan lejos de sus inquietudes que no formaba parte de su repertorio siquiera como anexo. Quién iba a adivinarle lo que los compases de bombo y caja le tenían reservado para un futuro no muy lejano.

Durante los primeros días no tomó la guitarra ni abrió su ordenador portátil. Se dedicó a hacer algo de *footing* y a dar largos paseos por la playa. A veces llegaba hasta el faro Camarinal, pero ese camino —concretamente ése— lo ponía a menudo de mal humor. Al Comandante, anarquista a la vieja usanza, le provocaba náuseas ver cómo —en medio de la catástrofe que asolaba su país— los ricos seguían fabricándose chalés de lujo a pie de playa, rompiendo la magia de aquellos parajes, con grave impacto ambiental y violando las leyes de costa, ante la ausente mirada de las autoridades, seguramente cómplices primadas de aquellas insultantes exhibiciones orgiásticas de hormigón.

—¿A quién habrán robado para montar aquí todo esto? —murmuraba repetidamente cada vez que surcaba aquellos parajes—. ¿Qué crees que costará más, Edy, el chalé en sí o la comisión que le dan al cabrón que les permite que hagan esto?

Edy, cuando notaba que a Johnny se le revolvían las tripas y fruncía el cejo como el Che, lo calmaba con su humor incontestable:

—Tranquilo, Fidelito, que como esta gente está muy sola, cuando me entere de que se muere uno, venimos, lo enterramos y nos quedamos con la mansión.

A lo que Johnny —más en serio que en broma— solía responder:

—¿Y por qué no lo matamos nosotros y así no tenemos que esperar?

Una vez superado el trauma inicial del sacrificio de aquel embrión de comparsa en inglés, el Comandante aprovechó una soleada tarde sin apenas viento. Sentose en una de las solitarias cafeterías con terraza que abrían en primavera, sacó su pintorreada libreta y trazó una línea maestra para la sustitución de Los Twenty por la que sería su comparsa para el próximo Concurso, el plan B: Los Peregrinos.

Como era una idea que su mente había avanzado en innumerables ocasiones, no tardó mucho en definir en el plano qué es lo que quería: un homenaje al Carnaval de Cádiz, al que lo hizo excelente, al de Cañamaque, Paco Alba, Gómez, Libi, Martín, los Catalanes y demás car-

navaleros míticos que hicieron del Falla y de las calles de Cádiz uno de los mayores templos de peregrinación del Carnaval universal. Aunque la óptica elegida es la del fanático extranjero que a medida que ha ido conociendo el Carnaval lo ha convertido en su religión pagana, en el sentido de su vida, y sacrifica lo que sea necesario para peregrinar hasta Cádiz en busca de su Carnaval. Son miles. Son los más fieles. Hartibles pero adorables. Son, en definitiva, los que sacan a hombros al Carnaval de Cádiz para llevarlo por el mundo.

Johnny, que aunque era beduino aprehendió desde su infancia el logos carnavalesco, anduvo muchos años a punto de encarnar la afición al Carnaval en sí como estilo de vida dentro de una comparsa de autoría propia. Tal vez le retenía que la escena, demasiado costumbrista para su gusto artístico, había sido representada de modo muy insistente en otras agrupaciones de Carnaval. Se había convertido en un tópico que, a estas alturas, más que un recurso podía parecer una falta de recurso, un echar mano de lo fácil.

Pero a decir verdad, ya el Carnaval no era nada fácil, ni siquiera para los autores de mayor talento. Si acaso al contrario. Pudo serlo mientras las comparsas gaditanas estuvieron llenas de jóvenes milicianos imitadores de los viejos maestros y que, con una naturalidad inusitada, ejecutaban a la perfección la mayoría de los cantes de los puertos, que es como en el argot flamenco se denominan los palos menores cantados en la Bahía de Cádiz y que constituían la base del *modus operandi* de la comparsa.

El giro que el Carnaval había experimentado en las últimas décadas, fusiones y degeneraciones que alejaban a este arte de sus raíces, era el responsable de que muchos jóvenes gaditanos —de los que se nutrían las comparsas— ya no supieran nadar en las profundas aguas de su folklore, tan puro y gaditano como salado y rico, y que constituía un ejercicio armónico y vocal de gran utilidad para incorporar sus embriagadoras cadencias a otros sonidos más modernos.

Este triste fenómeno empobrecía sobremanera las posibilidades de cualquier grupo de Carnaval que quisiera emprender una quimera renovadora sin perder su esencia.

El Comandante Matarratas, gran conocedor de la materia, contaba

con ello, y había dispuesto el recorrido musical a través de las maneras más populares y sencillas del Carnaval. No obstante, lo primero que requería del grupo no necesitaba hacérselo saber, pues en esta ocasión el grupo lo conocía más que de sobra: el Carnaval como filosofía de vida, esa bohemia casi gitana, errante, romántica, excesiva, noctámbula, desinteresada y pura. Vivir para el Carnaval es algo que sólo los carnavaleros de verdad conocen. En su contra, muchos aficionados jóvenes de hoy entienden por Carnaval la música de cientos de grupos que redundan en la impostora gravedad de llamar al tinto Rioja. La mayoría de los que *cantiñean* no son capaces de identificar a los grandes maestros. Es una lástima histórica, un drama artístico que tiene que ver con el desinterés social por lo auténtico. El genio y la sensibilidad con el que aquellos genios del Carnaval paladeaban casi todos los palos hacían que, a cualquiera de los que escuchaban, un escalofrío le recorriera la columna vertebral desde la rabadilla hasta la nuca.

Al Comandante le gustaba —lo entendía imprescindible— explicar al grupo todas las características del personaje que iban a interpretar. También solía insistir en la necesidad de que se hicieran una especie de trasplante de rol, que de algún modo procurasen salir a la calle con el alma disfrazada para que se fuesen habituando al modelo. Ahora tenía que concertar una nueva reunión con el grupo para explicarles el giro y el cambio. No la quería inminente: la tensa espera a la que iba a someter al grupo formaba parte del castigo, del tributo que habrían de pagar por el sacrificio de Los Twenty.

Además, cuando a Johnny algún año le ocurría algo así, perdía cierta seguridad en la calidad de las piezas que iba preparando. Aunque mantenía fe en que lo nuevo gustara, a ratos su optimismo se desinflaba. Y sabía que así no podía enfrentarse de nuevo al grupo. Corría el riesgo de perder capacidad de comunicación y volver a defraudar.

Pero una tarde en Zahara, mientras luchaba contra el tiempo dejando enfriar el café en una terraza del pueblo, miró a Edy fijamente, con el rostro iluminado del que acaba de encontrar lo que busca. Y haciendo sonar los palillos con los dedos, gritó como un loco:

—¡Claro, coño, esto es lo que vamos a hacer!

—¿Lo qué, Bill? —preguntó Edy, más preocupada que sorpren-

dida ante el repentino relámpago que había sacudido la mente del Comandante.

—Peregrinar. Hasta que el grupo empiece a ensayar voy a decirles que se vengan a Zahara y voy a emprender con ellos un viaje de peregrinación hasta Cádiz, para que sepan bien lo que van a representar. Después de tanto camino, quizá valoren de otra forma la belleza y la sensibilidad de la Tacita, como si volviese a desvelárseles lo oculto de su encanto, y así quizá puedan aproximarse a la emoción que experimenta un extranjero fanático del Carnaval cuando —después de mucho tiempo y deseo contenido— llega a Cádiz y lo encuentra.

—Pero ¿entonces vas a renunciar a cantar en inglés, queridísimo Bill, con lo sensual que te quedaba? —bromeó Edy en tono chufla y provocador.

El Comandante Matarratas por fin sonrió. Cogió el móvil y entró en el grupo de WhatsApp de la comparsa para anunciar su decisión: «Tengo buenas noticias para vosotros. Cantaremos en español. Si queréis saber cómo y por qué, mañana a las siete de la tarde nos vemos en Zahara, en el restaurante del Hotel Doña Pepa, donde celebré mi boda». Y añadió el emoticono del guiño.

Todos respondieron con un «ok» que incluía también algún símbolo de euforia. El grupo había acabado de entender que el Comandante daba marcha atrás, lo cual no garantizaba que la próxima idea fuese fácil de encajar, pero al menos desestimaba la posibilidad del suicidio carnavalesco.

5. El teorema del 3x4

Esta vez no podía fallar. El día iba a ser caluroso. El viento de levante había hecho acto de presencia, pero aún soplaba en modo brisa cálida, de las que serena el pulso y templa los ánimos. Esto a Johnny le sentaba especialmente bien.

Durante la mañana aprovechó para preparar un audio con los estilos más representativos cuyos sonidos quería reproducir, los que según él definían mejor el Carnaval gaditano de los años setenta: un pasodoble de Capricho Andaluz, otro de Los Golfos, la presentación de Ángeles y Demonios y el popurrí de Los Aventureros, todos cantados por el grupo liderado por los míticos hermanos Trujillo, el Catalán Grande y el Catalán Chico.

Con los temas grabados en el *pendrive* y en el disco duro de su alma, durante las primeras horas de la tarde anduvo el Matarratas dando vueltas por la playa, sin rumbo fijo, deambulando con los sentidos puestos en las canciones recién devueltas a su melódica memoria.

Sin buscarlo, se hallaba en tal estado de embriaguez natural que podía haber creado en ese momento un palo nuevo: la cuarteta zahareña. Así, iba alternando largos silencios con armónicos lamentos en notas menores. Y mientras dejaba que el viento le alborotara la melena, compartía su honda meditación con el horizonte: «Si en aquel verano del 86, en vez de haber decidido estudiar, hubiera seguido viviendo de aquella manera, saliendo con la guitarra, haciendo amigos comparsistas, bebiendo en peñas de Carnaval, inventándome pasodobles de amor, llenando el carro de manzanilla... maldito dinero... no soportaba pedir en casa para gastármelo en juerga. O mejor dicho. Maldita moral castigadora de la conciencia. Ésa nunca me sacó de pobre. De hecho, no conozco a un solo rico que la tenga».

—¿Repasando el pasodoble para deleitar al personal? —Deep había adelantado su llegada para departir la previa con el Comandante.

—No lo tengo bien definido aún —adelantó Johnny sin ambages—. Y aunque lo tuviera tampoco lo cantaría. La reunión de hoy es para explicar el tipo. Y para algo más importante que nunca hemos hecho. Acompáñame al coche que tengo algo que enseñarte.

Johnny sabía que días antes había estado injustamente ácido con Deep y quería disculparse a la manera de los padres modernos, los que van de colegas cuando tienen que ejercer de padres y al revés. Abrió el maletero y le señaló a Deep un bastón de peregrino tallado en ébano y marfil, y coronado por una especie de plumero de carnaval, fabricado a base de ristras de cuero de todos los colores.

Deep lo tomó con cuidado y dio una vuelta alrededor del coche, clavando su puntero en el suelo y haciéndolo sonar en medio de una sonrisa más solemne y ancha que la orilla.

—Qué pasada, Johnny. ¿De dónde has sacado esto? —preguntó Deep verdaderamente sorprendido y emocionado.

—Al pueblo viene a menudo un alemán que tiene un chalé excavado en aquella roca. Casi siempre hace igual. Llega andando con su bastón. Se sienta en la primera terraza que hay abierta y se bebe más cerveza de la que le cabe en el estómago. Cuando ya no puede más, pide un taxi y tira de nuevo para su choza. Hace unos días asistí al espectáculo. Con la borrachera, al entrar en el taxi se le cayó el bastón y no se dio cuenta. Yo ya me había enamorado del bastón. Así que, aprovechando que nadie lo vio, recogí el bastón del suelo y lo guardé en el coche. Si te fijas, en la empuñadura superior hay una arandela de plata donde se leía «1 953. Berger». Mira. ¿Ves? Pues ahora pone «1 972. Deep». Es para ti. Reconozco que me ha costado un esfuerzo de generosidad, pero te lo debo. Cuídalo y clávalo en el Falla con todas tus fuerzas. El resto de los bastones los haremos a imagen y semejanza de éste.

Deep abrazó a Johnny, mientras le susurró al oído su seguridad en la victoria, como queriéndolo compensar por no haber confiado en Los Twenty. Pero Johnny lo apartó con suavidad recordándole las máximas que siempre han presidido su manera de concebir el Carnaval:

—Ganar nunca me ha quitado el sueño, *brother*. La obsesión por

ganar es de pobres. Delata un complejo de inferioridad que se manifiesta en la necesidad de superar al otro. Yo no reconozco a ningún otro como superior, por eso no padezco la necesidad de vencer. Quien la padece lo pasa mal. De vencer hay muy pocas probabilidades. Sólo vence uno. Esto hay que disfrutarlo como un fin en sí, y no como un medio para ganar. Yo me limito a hacer el Carnaval en el que creo y a intentar convencer al grupo de que ésa es la mayor victoria. Te lo vuelvo a recordar, Deep: esto no es un deporte, sino un arte, y las obras de arte no compiten entre sí.

Tras un breve pero profundo silencio, Johnny y Deep compartieron impresiones generales a propósito de la familia y del pobre panorama del país. Cuando quedaban ellos antes de hacerlo con el grupo casi nunca hablaban de la comparsa. O lo hacían al final y de puro trámite. Por lo general, no era necesario, estaban de acuerdo en lo importante. Mucho de lo que Deep contaba al Comandante, luego el Comandante lo convertía en canción.

Los dos estaban muy en el mundo, pero de distinta manera. El poeta, profesor de Ateísmo, vivía la realidad cual si ésta fuera a convertirse en libro a cada instante. Deep, por su parte, veía siempre los toros desde una crítica barrera. No necesitaba trabajar para vivir. Hay padres que lo hacen para dos generaciones. El suyo fue uno de ellos.

No obstante, el Comandante, aunque estaba satisfecho con el contenido de su profesión, no soportaba ya la actividad diaria. La docencia se le había convertido en una rutina sin sentido que no le ofrecía la menor recompensa emocional, sino todo lo contrario. Aunque gozaba de la simpatía del alumnado, con el que llevaba un rollo sano y fresco, veía en las jóvenes generaciones a los futuros ejércitos profesionales del capitalismo, pero no como oficiales, sino como reclutas.

Legiones de chavales acríticos, irreflexivos, llegaban al instituto como zombis, con peso de más en la mochila y sangre de menos en las venas. Johnny se descomponía. Recordaba la vitalidad de su generación en la calle, en el patio, en los pasillos, pero sobre todo en el aula, y tenía que llamar a una ambulancia para que recogieran del suelo el cadáver de su ánimo. «Un instituto te debe dar la vida; y a mí me la quita», repetía con desesperado mal humor. «Pero, cómo coño van a

salir autores de Carnaval de esos cuarteles, que son centros de adoctrinamiento, fábricas de *carajotes*, mitad guarderías, mitad reformatorios, quién va a hacerlos pensar si han nacido ya en un mundo que piensa por ellos...», se lamentaba a menudo Johnny.

Su gremio profesional, el de los profesores de instituto, tampoco era de su agrado. Es más, no se identificaba con él. Además de padecerlo como gremio sumiso y esquirol, lo consideraba verdugo del aborregamiento de la juventud. Con frecuencia los comparaba con los profesores que él tuvo, melenudos y rebeldes, militantes del Partido Comunista —muchos de ellos—, antisistema en un sistema peligroso de verdad, héroes de carne y hueso, y —ante todo— profesores que por accidente se convirtieron en funcionarios y nunca al revés, como denuncia el Comandante Matarratas que ocurre ahora.

—El año que viene no soy profesor, *brother* —le dijo a Deep mientras conducía camino del hotel.

—¿Renuncias un año?

—Renuncio. Ya veremos por cuánto. Ojalá no necesite volver.

—¿Nos vamos a convertir en Maná gaditano? —dejó caer irónico Deep—. Ten cuidado, *brother*, el Carnaval no da de comer.

—El Carnaval no, pero la novela sí.

—¿Por qué no escribes una novela, Johnny? No te haría falta inventarla. Sólo contando un capítulo de los nuestros podrías ganar el Planeta...

—Seguro. Siendo gaditano es más fácil conseguir el Nobel de Literatura que ganar el COAS. Lo mismo me animo. Si lo hiciera, tú serías uno de los protagonistas y te llamaría Javi. ¿A ver que te vea bien? Tienes toda la cara de llamarte Javi. Abrumadoramente Javi. Anda, vamos a ver a Marwin, la gobernanta del hotel, que le he dicho que nos prepare una mesa para la reunión y un buen equipo de música.

Al llegar al hotel, Marwin había dispuesto un salón de estilo andaluz en el interior del hotel reservado sólo para la comparsa. Pero cuando estaba mostrándoselo al Comandante y a su director, alguien llamó al quicio de la puerta y preguntó:

—Hola, Marwin, guapa. ¿Ayer me dejé por casualidad mi bastón por aquí?

—No, Berger, tú ayer no estuviste aquí.

—Lástima. Bueno, ponme una jarra de cerveza, a ver si mientras, recuerdo —solicitó el borracho alemán, ante los mutuos guiños y disimulos de Deep y Johnny, quienes parecían jugar al mus contra Marwin.

—¿Os importa que se quede? —preguntó Marwin viéndose comprometida.

—No, Marwin, déjalo ahí. Va a flipar. Verás cuando vea el bastón... —respondió el Comandante al aire con evidentes ganas de guasa.

Era obvio que había acabado de improvisar un fin de fiesta de los que él gustaba ofrecer. A todo esto, Deep y Johnny salieron a recibir a los chicos de la comparsa, que llegaba en bus desde Cádiz.

—Chófer, puede irse ya. No es necesario que se quede —dijo Johnny al conductor ante la estupefacta mirada de todos.

Y dándole una generosa propina volvió al hotel junto al grupo para seguir saludando.

—Se me olvidó deciros que vamos a volver andando.

El grupo se quedó en la puerta del hotel impertérrito, mudo, atónito, cual si estuviera posando para otra fotografía, entre el caos y la expectación.

—Déjate de cachondeo Johnny, sé que nos vamos a quedar en el hotel —sugirió el Tío Mon uniendo las palmas de sus manos en señal de súplica.

—Sí, pero no en éste; en otro que hay pasando Conil. Todo a su tiempo —respondió el morboso Comandante.

Y señalando al interior del hotel, les fue indicando el camino del salón, en el que Berger no paraba de liquidar jarras de cerveza arrumbado en una mecedora.

La incertidumbre de la vuelta aplacó la euforia del grupo, lo que relajó más a Johnny, que fue invitando a todos a sentarse alrededor de una larga mesa rectangular, cubierta con finos manteles bordados y repleta de jamón y copas de vino. Presidiéndola, como era la norma, el Comandante Matarratas se puso en pie, mandó callar, plantó el guion sobre un catavino y empezó el discurso de apertura del curso académico:

—Estimados compañeros. Es un placer para mí comunicaros que, dada vuestra resistencia a la novedad, y para no forzar un pulso que a nada bueno conduciría, renuncio a Los Twenty.

Un hondo suspiro inundó la sala, seguido de una ovación rebosante de alegría, que fue inmediatamente interrumpida por Johnny para continuar el discurso. No iba a permitir que se celebrara lo que para él suponía una derrota moral ante el grupo.

—Como sabemos mejor que nadie, el Carnaval ha hecho de Cádiz una meca de peregrinación continua, que halla su máximo apogeo durante el mes de Concurso y la semana de Carnaval. Es cierto que vienen en coche, tren o autobús. Pero este peregrinar lo vamos a concebir al estilo del Camino de Santiago. Carnavaleando el típico atuendo de peregrino, vamos a representar al reverente y generoso fanático extranjero que ha convertido el Carnaval en religión, y que, al tenernos tan lejos, nos eleva a la categoría de apóstoles, contemplando Cádiz como un paraíso terrenal del que brota la banda sonora de su vida. Todo estará planteado a través de alegorías bíblicas reconvertidas —claro está— en clave de Carnaval.

El entusiasmo recorría el salón. Las bocas de los chicos se estiraban de éxtasis. La ilusión se apoderaba de la comparsa a medida que el Comandante iba matizando detalles y apuntalando el proyecto. Lo tenía muy claro y trabajado. Sabían que era una apuesta ganadora y que Johnny se movía en ese terreno como un pez en el agua. Pero Johnny, frenando de nuevo la creciente y lógica euforia, hizo un gesto a Manolito el Panameño para que activara el audio y sonaran las canciones que traía grabadas.

Aunque la mayoría conocía los temas, el Comandante incidió en que se centraran en el timbre, la dulzura, el quiebro rápido y ágil con la garganta, la vocalización de las consonantes y todos esos detalles que distinguieron a la comparsa de los setenta y que escuelas posteriores fueron haciendo desaparecer hasta convertir la gaditanísima canción de Carnaval en espesa copla, lenta y empujada, más próxima a la ejecución de las folclóricas tradicionales que a ese género híbrido y deleitador que propuso el Brujo de Conil.

—Tengo compuesto algo. Creo que os va a gustar... Pero hasta

que no consigamos ese timbre no voy a seguir escribiendo —declaró rotundo Johnny, quien se había conjurado a sí mismo enderezar la línea que perdió la comparsa—. Si queréis Carnaval, Carnaval tendremos. A cambio exijo que se haga así. Y dejaos de proponerme letras horteras, lacrimógenas, fáciles y correctas. El Carnaval no es nada de eso. Si el Concurso va por esos derroteros, nosotros tenemos la responsabilidad de devolverlo a sus auténticas raíces. Así que ya podéis poneros las pilas. Y apurad el vino que nos vamos.

—¿Adónde Comandante, a Santiago? —preguntó un irónico pero inocente Vitorio.

—No, Vitorio, a Cádiz. Los Peregrinos. Picha. Caminantes...

—«Caminante, no hay camino, se hace camino al andar. Al andar se hace camino, y al volver la vista atrás...» —recitó el Chino de memoria, poniéndosela en bandeja a Adriano.

—«Al volver la vista *atrá*...», el alemán borracho ése está mirando *pacá*...

A todo esto, Deep presumía en la puerta del hotel con el bastón de Berger que el Comandante le había regalado. Se lo estaba enseñando a cada uno de los miembros de la comparsa, cuando, desde la puerta, cerveza en mano y borracho como una cuba, Berger empezó a reclamarlo con gritos ininteligibles y gestos ostensiblemente amenazadores. Y cuando ya estaba a punto de agarrar el bastón que sostenía indeciso un temeroso Deep, apareció el Comandante que, frenando a Berger con una mano en el pecho, con la otra señaló la inscripción que había sustituido a la original:

—Esto no es tuyo, *tajarina*. Mira: «1972. Deep».

Berger se quedó varios segundos mirando la inscripción, el resto del bastón y la cara del Comandante que, gallardo como nunca, dio dos palmadas en su encorvada espalda, y despidiéndose le dijo:

—Si quieres uno igual, nuestro artesano puede hacerte una réplica. Ya te diré el precio.

Y ante la ofuscada perplejidad del ebrio ario, Johnny abrió junto a Deep el peregrino éxodo de vuelta que llevaría a la comparsa hasta la Tacita de Plata.

6. Por el mundo voy caminando

La tarde caía sobre la carretera. Casi en fila india y en contenido silencio avanzaron interminables kilómetros con la brisa del este por compañera. Con el ancho mar como testigo de cargo, el sudor de los caminantes dejaba una húmeda huella que perseguían las abejas. Al dejar atrás la República Independiente de Barbate, atravesaron el Parque Natural de La Breña para aterrizar en los Caños de Meca, donde el sol sobre el horizonte invitaba a detener la caravana. Mas el Comandante esta vez no mandó parar y continuó la despiadada marcha hasta que la noche cerró sus alas. La luna llena brindaba una luz suficiente, una lámpara celeste de primavera preñada. El diálogo de los presidentes y el canto de esperanza de los grillos solidarios ensordecía la protesta de los hambrientos caminantes. Pero el tribunal de la sed detuvo el giro de la tierra y derrumbaron sus candentes huesos alrededor de una fuente de la que brotaba el agua redentoramente fresca.

Aprovechó el Comandante la silente fatiga de sus compañeros para ensayar su discurso a favor del regreso del hombre a la naturaleza, para ensalzar el valor del espíritu en un mundo donde el dinero asola generaciones enteras, para explicar sin palabras los límites de la existencia y el sentido de la libertad.

Al alba, la zarzuela de los gallos les devolvió la vista y la memoria. Con paso torpe como galápagos ciegos conquistaron el manantial de café de la religiosa Venta del Tío Ambrosio. Las palabras quedaban aún tan lejos de sus bocas, que las manos del cantinero se multiplicaban generosas, repartiendo azúcar y pan caliente sobre la gastada madera de la inmensa barra.

—Con esto tendremos bastante para intentar el asedio a las Puertas

de Tierra —dijo Johnny desde la puerta, señalando al sur, mientras los ojos de los peregrinos volvían a brillar como luceros del alba.

Las primeras horas de la marcha fueron frescos pasos por arcenes y veredas aún sombríos y edulcurados con la brisa temprana de levante. Pepe el Converso discurría en contra de la izquierda radical con argumentos circulares, rompiendo la armonía con el románico suceder de verdes llanuras y horizontes marinos. Al frente de la caravana, Deep marcaba el ritmo con el bastón de Berger, sin dejar de echarle reojos a sus artísticos detalles, mientras el Comandante tarareaba de memoria el estribillo de la presentación, que se había apoderado de su mente como el himno del peregrino universal que, con tanta fe, estaba recreando con un realismo mágico:

Por el mundo voy caminando.
Como un peregrino llevo toda la vida.
Siempre por el margen y pisando los charcos.
Llegando a la verdad por direcciones prohibidas...

Sin apenas tregua ni abasto, a media tarde enfilaron la recta de la Vía Augusta y, con la Tacita de Plata al fondo, lejos de rendirles la sed y el cansancio, fueron aligerando el paso catapultados por la infinita alegría del peregrino que contempla el sentido de su largo caminar. Johnny estaba cumpliendo un sueño. Nunca como esta vez había conseguido encarcelar a la comparsa dentro del personaje que iban a representar. Sólo le asaltaba la ingrata duda de si la mística experiencia resultaría definitiva para interpretar el repertorio con la credibilidad necesaria.

Al entrar en Cádiz por Cortadura, el Comandante Matarratas desvió a la caravana por el Paseo Marítimo para evitar que el trasiego de ruidos y humos urbanos colapsaran el éxtasis del camino. Y fue curiosa la indiferencia con la que los comparsistas respondieron al saludo de algunos paisanos que se cruzaron durante los últimos kilómetros de la aventura.

Al llegar a las Puertas de Tierra, el Comandante detuvo la marcha bajo la sombra de sus arcos y, sin necesidad de pedir silencio, mirando al cielo azul recitó estos versos:

Cuando un peregrino que llega a la meca
de su Carnaval en el mes de febrero,
escucha sonar nuestra música y letra,
parece que suenan
los dioses del Cielo.
Cuando un peregrino que llega del mundo
descubre por primera vez, el compás del cuplé y el aroma del
[tango,
y el quiebro que rasga la voz llena su corazón de un latir más
[profundo,
comprende de la inmensidad y la necesidad de un camino tan
[largo.
Que Martín, la copla de Martín,
de Bienvenido, Aragón y de Tino,
la de Santander, la de la Selu Cossío,
y Martínez Ares, los hermanos Márquez, con el Noly aparte,
son los estandartes de nuestra ciudad,
y para aquel que camina
buscando esta vida que tanto le llena,
cada músico y poeta
es un santo de verdad.
Cuando llegan los peregrinos
y ven que en su tierra santa
los disfraces están cosidos
sobre la piel del que canta,
que la voz del chirigotero
si no es cantando no sale,
mientras que la de un romancero
retumba toda la calle.
Y cuando ven que las venas
por las gargantas asoman,
comprenden por qué la pena
aquí se convierte en broma.
Y con el amanecer

llora cada peregrino,
porque ya no ve el camino
ni la hora de volver.
Menos mal que ellos no ven esas cruces que clavamos
contra éste, contra aquél, si perdemos, si ganamos...
Menos mal que ellos no saben que dentro de la ciudad
somos los peseteros del Carnaval *pa* más de la mitad de los
[gaditanos.
Y que a nuestra manera: héroes *pa* los de afuera...
Pero en Cádiz, villanos.

La comparsa quedó tan absorta, emocionada y perpleja que de su alma sólo sonaron hondos suspiros y avisos de embargo, y desde la cumbre de muchos de los ojos brotaron manantiales de lágrimas saladas.

—Ya os la cantaré. Ahora vamos a cruzar el barrio de Santa María, San Juan de Dios, Catedral, Compañía, plaza de las Flores y Hospital de Mujeres. Cuando estemos cerca, giramos hasta Benjumeda para entrar en plaza Fragela y encontrarnos con el Teatro Falla cara a cara. A ver qué os parece.

Los dos kilómetros finales fueron un ir y venir de sensaciones sagradas, escatológicas, íntimas. A ninguno de los que emprendieron la ruta hacía falta convencerlos de Cádiz como patria final, como principio y sentido del universo, del Carnaval como fe religiosa. Pero la novedad la representaba el renacimiento de la pasión, embriagada por la distancia crítica que supuso perder la perspectiva para ir recuperándola paso a paso. Se trataba de que —en la medida de lo que las sensibilidades permitían— sus seres gaditanos y comparsistas se transformaran en el espíritu del peregrino que viene a Cádiz buscando la meca del Carnaval. Y de algún modo se había conseguido.

Al doblar la esquina de Benjumeda con Fragela y contemplar el Falla como el templo gigante en el que cada año adoran a sus dioses cantando, miraron al Comandante con abiertas sonrisas de admiración y agradecimiento, en uno de esos instantes de delirio común que se graban en la memoria de todos para siempre, delirio que sólo fue disuelto

—como no podía ser de otra manera— por la intervención particular del insuperable Adriano, que desanudando los cordones de sus zapatillas, aseveró con desespero:

—Johnny, me voy a comprar un litro *pa* echarme *pabajo* el café de esta mañana… ¿Vale o qué?

Johnny sólo hizo con sus dedos la señal de la victoria y se montó en el coche de Edy, que había venido a recogerlo.

—Descansad, compañeros. En unos días quedamos y os canto.

7. La comparsa ilustrada

El Comandante Matarratas se disponía a subir la cuesta más dura del curso carnavalesco. Tenía que vertebrar la estructura del repertorio de tal modo que éste se le quedara en bandeja y, sobre todo, que la idea le siguiera motivando. Era fácil venirse abajo durante el proceso de elaboración. El más mínimo traspié podía suponer un peligroso atasco, un giro no calculado en la orientación, una inoportuna inmersión en un pozo sin fondo, en un callejón sin salida.

A Johnny cada vez le costaba más hacer Carnaval, no porque hubiera perdido la ilusión, sino porque el carnaval que se premiaba en la actualidad distaba mucho de lo que él entendía por Carnaval y de lo que disfrutaba haciendo. Sabía que tenía al grupo con él, pero siempre y cuando le ofreciese esos modelos *ad hoc* que nunca generan debate porque se sabe que el gran público los aplaude. Si no, también lo tenía. Pero no con él.

Mas el Comandante Matarratas no escribía para el gran público, sino para su «chusma selecta», como él —orgulloso— la llamaba, término inspirado en la «inmensa minoría» a la que Juan Ramón Jiménez dedicaba sus libros. Ese público fue el que lo elevó de villano a héroe el año de La Lambada, el mismo para el que estuvo diseñando Los Twenty, público que no coincidía en expectativas con el grupo del Comandante, algo que lo traía por un incesante valle de molestas dudas y replanteamientos continuos. Más vueltas le daba, menos puntos de encuentro hallaba.

—El viernes que viene le voy a cantar a esta gente lo que tengo para Los Peregrinos —le confesó a Edy en medio de una visible preocupación.

—¿Les gustará más que Los Twenty?

—Más nos vale a todos —aseveró el Comandante mientras tarareaba las primeras notas de la presentación.

—De todos modos, como el año que viene no vas a dar clases para el Cortijo de Andalucía, podrías darlas para ellos, ya sabes, nociones básicas de historia, de religión, de política, de arte..., lo imprescindible para que sepan lo que están cantando y puedan defenderlo con más credibilidad. ¿No crees?

Se mantuvo un silencio de *match ball*. Hasta que el Comandante lo interrumpió radiante con un atronador «sí» del que Edy no sabía si sentirse orgullosa o culpable.

—Ahora mismo se lo comento a Manolito el Panameño para que se lo comunique al grupo. El viernes les canto y el lunes les hago un test cultural, a ver cómo andan. Realmente nunca he sabido a qué nivel se encuentran. Si los noto insuficientes, empiezo.

—¿Los ensayos tan pronto?

—No, Edy. Ensayos no. Clases. Ya que no las voy a dar en el Cortijo de Andalucía...

—Uy, uy, uy. Me van a odiar.

—No seré nada académico. Serán como charlas.

Así se lo hizo saber al Panameño, quien —muy escéptico— fue sincero con el Comandante:

—Tú sabes, Johnny, si les entra bien lo que les cantes... como si les pides que se apunten en *ballet* clásico.

—Pues ya puestos...

Para el viernes de los nuevos autos, el Comandante dispuso el protocolo al contrario que la vez anterior. Quería empezar golpeando. Lo necesitaba. Llegó el primero, como para hacerse fuerte dentro del local, marcando su territorio. Sacó la guitarra y empezó a calentar suavemente la garganta y las manos. La gente, tal como iba llegando, entraba en el local entre sorprendida y atenta. Aunque todos sabían que el Comandante iba a cantarles, no esperaban que el escenario ya estuviese montado.

Johnny respondía a los saludos con un leve guiño o sonrisa, prácticamente sin inmutarse, casi faltándole al personal su consideración más distinguida. Parecía un grupo de *rock* en el que la banda toca para

entretener al público mientras el solista saluda a sus músicos antes de empezar el concierto.

Cuando el Comandante contó dieciséis cabezas ante él, mandó callar con distante autoridad; y mirando al tendido y blandiendo una segura sonrisa en su rostro, entonó la prelúdica estrofa arpegiada que luego se convertiría en el estribillo de la presentación dejando, desde la primera estrofa, a todo el grupo boquiabierto y al borde del éxtasis. Era la mejor versión del Comandante Matarratas. La que todos tenían santificada. La que solía anticipar el triunfo.

Tras la generosa acogida de la presentación, cantó el pasodoble, dentro del mismo circuito de escalofríos y volviendo a deleitar al grupo con el inigualable magisterio con el que suele hacerlo cuando está inspirado y rebelde.

Y cuando toda la plaza agitaba los pañuelos pidiendo el rabo, por poco pierde las orejas. Cantó por último el cuplé de medida: una bárbara chabacanería, muy al gusto del Comandante, pero sin la gracia de otras ocasiones. Era un cuplé dedicado a la anterior alcaldesa, a la que terminaba diciendo que «echaba de menos el bastón de mando… y el bastón del concejal cuando se lo metía empujando…». En fin… el particular humor de Johnny o su habilidad para apagar los fuegos artificiales.

Las reacciones del grupo ante este tipo de situaciones eran muy diplomáticas, tanto que el propio Comandante los acusaba a menudo de falsos, así, sin pelos en la lengua, y se quedaba tan fresco. Ellos procuraban no manifestar abiertamente su oposición a un texto cuando no les convencía, bien por cortesía, bien por no desanimarlo, bien por un infundado temor a represalias de algún tipo: infundado porque jamás las había habido.

Pero esta reacción a medias confundía al Comandante, quien muchas veces marchaba con la sensación de haber satisfecho al personal, cuando en realidad se había quedado muy lejos. Él contaba con piezas seguras que el grupo —a sus espaldas— a veces había desestimado. Johnny tenía que descubrirlo a base de ligeras sospechas que le provocaban sordos cabreos.

—Amigos míos, cuánto me gusta sacar la polla en los cuplés y provocar el rubor de las morales puritanas. Esto es Carnaval.

—Sí, Comandante, Carnaval, pero siempre el mismo —murmuró Lolo el Cántabro, en un tono de resignada desconfianza que molestó a Johnny.

—¿Siempre el mismo? —dijo el controvertido autor, lanzando al aire el título de un discurso que andaba inquieto y necesitado de pronunciar—. No estamos haciendo un programa de televisión, señores. El Carnaval se inventó para transgredir la moral y la norma. Todo lo que no sea eso no es Carnaval, por definición. No es que a mí me guste otro Carnaval distinto al vuestro; es que a mí me gusta y a vosotros no.

—Ahí te equivocas, Comandante, claro que nos gusta, lo que ocurre... —Y observó el Converso de pronto que le había puesto a Johnny en bandeja el final de la frase que nunca debió poner.

—... Lo que ocurre es que nos gusta como público, solamente, ¿verdad? —completó Johnny inaugurando un largo y dramático silencio—. No os preocupéis. Nunca os he obligado a cantar algo en contra de vuestra voluntad, ni lo haré. Sería un suicidio. Lo que me molesta es que estas cosas os gusten en los demás, pero vosotros no queráis hacerlas. Volvemos al principio. Esto es Carnaval, no un programa de televisión diseñado sólo para gustar. Esto es lo que nos separa.

Y así clausuró Johnny el pequeño discurso, mientras guardaba la guitarra en la funda y se quitaba la diadema del pelo para colocarse el casco de la moto. Se despidió recordando que el próximo día habría ración extra de interrogatorio cultural.

—El lunes vamos a hacer una pequeña prueba inicial, a ver cómo andamos de conocimientos básicos. Será un test de varias cuestiones patrimoniales de primer orden. Quizá si vuestra formación aumenta, vuestra forma de entender el Carnaval también se haga más desinteresada y progresista. Cultura y transgresión suelen ir de la mano.

—¿Y al que cojas copiando, Comandante, un parte y una semana a su casa? —preguntó agudamente Vitorio, en medio de una carcajada colectiva, necesaria por otra parte para descongelar el granizo que Johnny había derramado injustamente tras su magistral presentación del repertorio, todo porque en el cuplé no había encontrado un refrendo en el grupo al mismo nivel del que halló cuando le mostró el resto de las piezas.

—Nadie va a copiar porque nadie sabe lo que voy a preguntar. Ni yo.

Marchó el Comandante Matarratas sin mostrar la enorme satisfacción que llevaba consigo. Los había derretido en un ejercicio de seducción, superior incluso a la propia calidad de lo que había cantado. Esta vez lo había hecho al contrario: había vencido primero y convencido después. Lo del cuplé era menos importante. A los comparsistas no les interesa de modo especial hacer reír, sino hacer llorar, a veces al precio que sea, aunque éste no fuera el caso del Comandante.

A lo largo del fin de semana, anduvo Johnny perfilando un test cultural de no demasiadas preguntas que pudieran darle una idea aproximada de cuál era el estatuto de conocimiento real del mundo que tenía su grupo. Por el local de ensayo o el autobús de las actuaciones jamás divisó libro ni periódico alguno, ni los temas de conversación cruzaron el charco del Carnaval, el fútbol o las piruetas genitales. A veces se enzarzaban en alguna disputa ideológica, a nivel de partidos políticos, pero hechas desde presupuestos muy elementales, como el prejuicio, la cuna, la herencia o los estigmas. Salvo con Pepe el Converso —siempre en contra de la mayoría por sus coqueteos ideológicos con el neoliberalismo naranja—, casi nunca se oía un argumento original a favor de la izquierda social de la que formaban parte, y mucho menos a favor de la izquierda política a la que la mayoría presumía de votar. Esta realidad era demoledora para el Comandante, quien entendía que los comparsistas tenían el oficio moral de convertirse en portavoces del pueblo, de los de abajo, del «Tercer Estado», como románticamente los llamaba.

El lunes, cuando llegó al local para realizar la prueba, se encontró con un fenómeno social sin precedentes. El fenómeno en sí, en contra de lo que mis queridos lectores están esperando, no era tanto la prueba de aptitud cultural para la comparsa, pionera en su género y surrealista si se plantea fuera de una novela —e incluso dentro—, sino algo todavía más llamativo, y por partida doble.

En primer lugar, cuando el Comandante llegó, casi todo el grupo ya estaba en el local, no repasando, evidentemente, pues no había ningún temario específico para preparar la prueba, pero sí conversando acerca de cuestiones artísticas, históricas, geográficas o relativas a otros saberes que pudiese Johnny preguntar en el test. El grupo formaba una

especie de corro ovalado, en cuyos extremos presidían la tertulia los más avanzados, el Converso al sur y el Bombero al norte.

En segundo lugar, por primera vez en la historia de los ensayos de la comparsa del Comandante Matarratas, ninguno de sus miembros había acudido vestido con chándal, sino con atuendo de tarde, uniforme de café. Hasta la subordinada reverencia con la que saludaron ese día al Comandante parecía más propia de un aula de facultad que de un local de ensayo.

Manolito el Panameño ordenó cuatro filas con cuatro sillas cada una para que se sentaran, separadas entre sí lo suficiente para que las visiones no alcanzasen al ejercicio de al lado ni con el cuello en modo tortuga. Como sobraba una silla libre, Johnny se la indicó a Manolito:

—Venga ya, no seas cabrón... —protestó el Panameño entre risas de fastidio.

—Aquí no hay más que dos clases sociales, la mía y la vuestra —aseveró Johnny.

Tal como se hizo el silencio, sin necesidad de que nadie lo pidiera, y en medio de la más universitaria solemnidad, advirtió el Comandante que daría el enunciado y las cuatro posibles respuestas, para que sólo escribieran en el folio el número de la pregunta y la respuesta escogida. Naturalmente, Johnny era lo bastante listo como para no dar la prueba escrita porque esa prueba podía convertirse en prueba... contra él. Sabía que si el test salía del local iban a lloverle los chistes ácidos y las críticas fóbicas y, aunque eso nunca le quitó el sueño, prefería evitarlo. La mala leche era uno de los clásicos ardides carnavalescos usados por los rivales en los momentos menos oportunos.

—Primer bloque —dijo Johnny anunciando el inicio de la prueba—. Preguntas de arte en general. Uno. Cuál de las siguientes características no es propia del Romanticismo. A. El desapego por lo terrenal. B. La exaltación de la subjetividad. C. El nacionalismo. D. La bisexualidad.

—¿Qué es la subjetividad, Johnny, lo de sujeto y predicado?

—Más o menos, Paul, más o menos: lo de sujeto y predicado pero sin predicado.

—Lo sabía. Eso lo he dado yo.

—Dos. A qué movimiento musical pertenecía Mozart. A. Clasicismo. B. Barroco. C. Modernismo. D. Impresionismo.

—La D. Mozart impresionaba. Impresionismo —susurró el Tío Mon a Silva con la mano en la boca.

—No, Mon, Barroco. Los adornos.

—Tres. Los movimientos vanguardistas: A. Van con los tiempos. B. Van por detrás de los tiempos. C. Se adelantan a los tiempos con renovaciones. D. Son ilegales.

—La D. El novio de mi hermana hace pintura de vanguardia, y todas las noches en el Balneario le pide la policía la documentación —explicó Vitorio.

—¿Por su cara de etarra?

—No. Por los cuadros.

—Cuatro. La generación del 27 se llamaba así porque sus poetas: A. Eran 27. B. Nacieron en torno a 1927. C. Publicaron 27 libros. D. En 1927 celebraron el tercer centenario de la muerte de Góngora.

—Qué mala leche, celebrar la muerte de nadie, y tanto tiempo después... Qué de odio ha habido siempre en este país —apuntó Cristóbal indignado.

—Cinco. La novela social de la España de la posguerra era: A. Realista. B. Surrealista. C. Fantástica. D. De terror.

—D. De terror —dijo el Tío Mon de nuevo en voz alta, presumiendo de algo de lo que estaba seguro.

—¿Seguro, Mon? —preguntó irónico Deep, sin titulación académica pero altamente autodidacta.

—A ver, con Franco, ¿cómo iba a ser la novela?

—Realista.

—Imposible. Si contabas la realidad te mandaban al paredón —insistió Mon.

—A ti sí que te va a mandar Johnny al paredón como todo lo estés respondiendo igual.

—Bloque de Historia. Uno. La época que empieza con la Revolución francesa es A. La Modernidad. B. El Renacimiento. C. La Edad Contemporánea. D. La Edad Media.

—La A. Seguro. De la Revolución francesa hace más bien poco. Es moderna.

—Mon, ¿tú has bebido? Dos. El Desastre del 98 es el drama nacional generado por A. La eliminación de España del Mundial de Francia 98. B. La muerte de los escritores de la generación del 98. C. La pérdida de Filipinas, la última colonia. D. El cajonazo de Las Ruinas Romanas.

—¿Cuál es, Mon, que no me acuerdo? —bromeó Deep para que Mon soltase otro disparate.

—Creo que es la B, porque la última colonia fue Cuba. Además, lo que hizo Franco de matar a los escritores del 98 fue un desastre, un auténtico desastre.

—Tres. El científico renacentista quemado por la Santa Inquisición fue A. Galileo. B. Copérnico. C. Giordano Bruno. D. Newton.

—D. Newton. La teoría de la relatividad.

—Estás empollado, Mon. Podías dejarlo ya y tomarte la litrona ahí fuera tranquilo.

—No, Mon, quédate. Si te vas podría considerarse «fuga de cerebros». Sigue con nosotros.

—Yo llegué hasta segundo de BUP, aunque algunas cosas se me han olvidado —lamentóse Mon sin que su disimulada embriaguez le permitiese detectar la irónica sorna que llovía en torno a sus comentarios.

—Cuatro. El Mayo francés fue en: A. 1920. B. 1968. C. 1969. D. Ha sido este año.

—Fíjate que la correcta casi siempre la pone la última. Este año en mayo bajó el paro en Francia. De ahí lo del Mayo...

—Hostias, Mon, no soples más, deja que cada uno responda por sí mismo —protestó el Comandante en un tono que empezaba a evidenciar algo de molestia, pues ya costaba distinguir si lo hacía en serio o trataba de envolver su incipiente borrachera en una alargada parodia.

—Cinco. En 1973 ETA mató a un pez gordo del Gobierno franquista: A. Carrero Blanco. B. Arias Navarro. C. Suárez. D. Fraga.

—No recuerdo. Yo también tengo alzhéimer. Como Fraga. Johnny, ¿Carrero Blanco era el padre de Miguel Ángel Blanco? Blanco terro-

rista... —amontonaba su retahíla el Tío Mon sin que nadie ya le echara cuenta.

—Bloque de Geografía. Uno. Los dos países más meridionales de América Latina son: A. Chile y Argentina. B. Chile y Uruguay. C. Uruguay y Argentina. D. Uruguay y México.

—«Meridional» quiere decir «al norte», ¿no, Johnny?

—Sí, Ringo, «al norte», la misma palabra lo dice —respondió Johnny con un seriedad tan cínica que enrojecieron hasta las paredes.

—Dos. Cuántas Comunidades Autónomas uniprovinciales hay en España A. Tres. B. Siete. C. Diecisiete. D. Todas.

—Es la C. Todas no, pero diecisiete por lo menos. El problema de España es que está muy dividida —aseguró Kukela con un semblante que reflejaba un hondo malestar por la falta de unidad nacional.

—Yo me conformo con que Cádiz siga siendo uniprovincial —defendió el Bombero.

—Yo también, pero sin Jerez y sin el Campo de Gibraltar, que deberían ser la novena y la décima provincia de Andalucía. Y nos ahorraríamos tener que oír tantas barbaridades contra Cádiz.

—Completamente de acuerdo, *brother*. La unión sin voluntad sólo da como resultado el odio insuperable y creciente entre las naciones. Si perteneciésemos a distintas provincias lo mismo se acababa el mal rollo que tenemos con esos pueblos —añadió Johnny.

—No sé. La herida con Jerez ya es muy grande. Y se abre continuamente con demasiada facilidad. Para cerrarla...

—Son cuatro mongólicos con el fútbol.

—No son cuatro, Pepe, son más, pero, vaya, que los mongólicos también escriben la historia; en España concretamente ha habido unos cuantos que han llevado hasta corona...

—Tres. Uno de los siguientes países no formó parte del bloque comunista de Europa como satélite de la Unión Soviética. A. Polonia. B. Bulgaria. C. Grecia. D. Hungría.

—¿Grecia? —susurró Silva al oído del Tío Mon.

—Qué va. Grecia también era comunista, niño, sólo tienes que ver cómo están ahora. El comunismo bloquea el comercio. Deja a los países sin respiración —dijo el veterano comparsista convirtiendo una

pregunta de Geografía en una lamentable lección de economía política. Y lo peor fue que algunos buscaron la mirada de Mon para asentir con él en señal de conformidad.

—Cuatro. La Capital de Holanda es: A. Eindhoven. B. Rotterdam. C. Amsterdam. D. Bruselas.

—Joder. Siempre pensé que era Ajax. ¿Amsterdam es el equipo o la ciudad? —preguntó confuso Paul.

—Amsterdam es el equipo. El alcalde es de allí.

—¿De Ajax?

—No, joder, de Holanda, de Rotterdam.

—Se nota.

—¿En qué?

—En que tiene toda la cara de un queso de bola.

—Cinco. Las dos provincias canarias son: A. Lanzarote y Tenerife. B. Tenerife y Las Palmas. C. Tenerife y Gran Canaria. D. Santa Cruz y Las Palmas.

—Johnny, las Islas Canarias son siete, te recuerdo.

—¿Y...?

—Has dicho dos en cada respuesta... —y al terminar de decirlo, Vitorio se dio cuenta de que andaba un poco liado entre isla, provincia y capital.

Pero el Comandante Matarratas mantenía un rostro de satisfacción contenida, pues al margen de las osadías del Tío Mon —con las que ya contaba— había una impresión general de que el grupo estaba respondiendo las cuestiones con inusitada solvencia (esto era algo excepcional dada la escasa formación cultural que, por desgracia, invade a muchos grandes grupos de Carnaval).

Para finalizar, el Comandante Matarratas iba a dictar las de cultura religiosa, algo básico para él, pues aun siendo ateo y anticlerical como pocos en el mundo, siempre obtuvo de la Historia Sagrada y la simbología cristiana un filón del que jaló incesantemente para sus repertorios, entre ellos, el actual.

—Último bloque. De religión. Amén. Uno. El cristianismo se convierte en religión oficial del Imperio romano: A. En el siglo IV. B. En el siglo XII. C. Tras como muere Cristo. D. Tal como Cristo resucita.

—D, evidentemente, antes de que resucitara podía dudarse que fuera el Hijo de Dios.

—Imbécil —hostigó Adriano a Mon, indignado con la remota posibilidad de que pudiera hablar en serio.

—Es broma, Adri. Es en el siglo IV. En el XII el Imperio romano estaba ya muy debilitado.

—Por cierto, el debut de Buffon con la selección italiana, ¿fue antes o después de la caída del Imperio? —apuntó agudísimo el Converso, que estos temas los dominaba a la perfección.

—Dos. Uno de los siguientes sacramentos no se puede recibir estando casado. A. Bautismo. B. Comunión. C. Orden Sacerdotal. D. Ninguno de los tres.

—La C, picha, menos mal que has puesto una facilita, Johnny, que ya te vale. Para meterte a cura no puedes estar casado.

—Pero tienes que tener el bautismo y la comunión; si no, no te dejan casarte —apuntó Deep antes de que el despropósito creciera.

—Pues aquí el señor Comandante se casó en la Iglesia, y es ateo —contraatacó inocente Paul.

—Ya, pero el ateísmo y la apostasía son cosas distintas. Cualquier ateo puede casarse.

—Con tal de que pague... —añadió insolente Kukela.

—¿Qué es la apostasía, Johnny? Suena a mermelada de las que hacen las monjas.

—No es mermelada de monjas, es mejor aún: es semen de obispo. Luego te explico. Tres. Según la Biblia, la gran adicción de Noé era A. El tabaco. B. El juego. C. El alcohol. D. El opio.

—La B. Por eso le mandó Dios el diluvio, para que metiera en el arca lo poco que le quedaba y así pudiera salvarlo. Lo había perdido todo con el juego. De hecho, el diluvio es una metáfora del problema del juego —dijo Ringo, mientras el resto miraba a Johnny por si éste reía en señal de negación.

Pero Johnny, inexpresivo como nunca, echó más leña al fuego:

—Así es, Ringo, y el arca es el símbolo de la cuenta ahorro-vivienda. Cuatro. Uno de estos saberes no tiene que ver con lo divino: A. Filosofía de la Religión. B. Teología. C. Teodicea. D. Teoría.

—Adivina ésta. La A, descartada. Y luego, todo lo que tiene que ver con Dios empieza por Teo —planteó un elocuente Paul, que a medida que el Tío Mon ganaba prudencia la perdía él.

—Y cinco. De los mandamientos siguientes, hay uno que no tiene relación con el Carnaval: A. Santificarás las fiestas. B. No robarás. C. No codiciarás los bienes ajenos. D. No matarás...

Aquí ya empezaron a reír, animados por la relajación de saber que la prueba había acabado. Pero la risa iba subiendo de tono por la habilidad con la que había dispuesto Johnny las posibles respuestas. Parecía imposible tachar una como correcta. Los carnavaleros santificaban la fiesta, pero en muchos grupos y estamentos se conocían casos de robo. Por otra parte, era normativa la envidia y la codicia de lo ajeno, como si fuera una parte más del disfraz. Y matar... físicamente no se había llegado nunca a tal extremo, pero muchos autores de Carnaval «mataban» a quien fuera por tal de conseguir una letra lacrimógena. Los «muertos» constituían la fuente de inspiración más inagotable para los repertorios que aspiraban a un premio de la Academia. De hecho, el mayor temor de este grupo durante el Concurso es que muriese alguien en condiciones macabras, pues esto daría alas a los poetas rivales, especialistas en rimar tragedias: todos, excepto el Comandante Matarratas, que siempre huía de estos modos de hacer Carnaval que él consideraba frívolos y de pésimo gusto.

—Buen dilema. Ahí poned lo que queráis que cualquiera estará bien... aunque la última quizá sea la más oportuna —lamentó Johnny, extendiendo la mano para que fueran entregando los tests.

En el mismo local corrigió el Comandante las pruebas. Cada respuesta mal restaba un punto. Si no se contestaba, no restaba ni sumaba. El resultado se dividía entre dos para que la nota se asemejase a la de cualquier examen tradicional. Y el resultado fue mucho mejor del que Johnny esperaba. Salvo el Tío Mon, que había respondido más preguntas mal que bien, el resto tenían una nota superior a siete, y Pepe, el Chino, el Bombero y Deep hicieron pleno: veinte de veinte. O sea, un diez.

Lo que empezó casi como una broma del Comandante en venganza por el aborto de Los Twenty, terminó resultando un agradable pasa-

tiempo con resultado sobresaliente, que acabó generando un debate impropio de un ensayo de comparsa. Se planteaba la relación entre Carnaval subversivo, conocimiento, formación, ideología y cultura, en unos términos que hasta al propio Johnny sorprendieron. El grupo pensaba más y mejor de lo que él estimaba. Al final, estaba resultando que el más prejuicioso estaba siendo el propio Johnny quien, a partir de ahora, tendría que achacar la falta de sintonía con el grupo a otros motivos, como por ejemplo a la poca chispa de algunas de las composiciones que había traído últimamente.

El Comandante Matarratas usaba muchas veces un discurso en favor de la autocrítica y del continuo rectificar, única forma de no persistir en los errores y estrellarse, vicio que —según él— distinguía a las mayorías, tanto en los órdenes privados como en los públicos, ya fuesen morales o profesionales. El «y tú más» que pusieron de moda los políticos españoles cuando la crisis, no era más que el reflejo de una cultura prepotente —por occidental— e ignorante —por ibérica—, cuya mezcla no podía desembocar en algo que no fuese una catástrofe.

A menudo criticaba Johnny a muchos autores de Carnaval, cuya resistencia a caminar con los tiempos los hacía salirse fuera de la órbita de su época, y terminaban dando coletazos sin sentido, enfangando su obra y su nombre con vulgaridades cada vez mayores y más repetidas. El estancamiento jamás lo achacaba a un talento gripado, ni al abandono de las musas, pues a punto de cumplir los cincuenta no le convenía defender la hipótesis del arroz pasado. Siempre insistía en que se trataba de ir realizando un esfuerzo mayor por seguir avanzando a la misma velocidad que el tiempo, de no quedarse atrás, de ir montado en el tren de la vida con la misma ilusión que el último pasajero. Esa actitud era la que podía convertirte en un clásico, por oposición al viejo, al que caduca. No es lo mismo estar en el mundo que estar con el mundo. La primera forma de estar hace que el mundo —llegado un momento y una edad— se te escape. De la segunda, estando con, el mundo nunca se te va. Es la forma de estar de muchos veteranos que, pese a su edad, siguen siendo ídolos y referentes de sucesivas generaciones de jóvenes. Tanto es así que, en épocas de esterilidad para los talentos, como la

nuestra, hay veteranos para los que no se encuentra recambio —por más que se les busca.

En el Carnaval empezaba a pasar algo así. El Comandante Matarratas se daba cuenta. Por una parte, este hecho le beneficiaba en lo artístico. Pero por otra, como defensor de las formas carnavalescas puras, se hundía contemplando un horizonte sin barcos. El Carnaval, según Johnny, estaba a una sola generación de disolverse en otro género, como las vanguardias del siglo xx disolvieron el arte en diseño. Era un peligro, una alerta roja, una teoría que sólo veía él... o que sólo él veía con tanto dramatismo. El Comandante, reconocido profesor de Ateísmo del Cortijo de Andalucía, era el primero en lamentar la falta de pensamiento propio de la juventud actual: «Así es imposible que surja una estrella, ni para el Carnaval ni para el dominó», afirmaba apenado a menudo, a la vez que condenaba el sistema actual por poner tan difícil a la juventud el desarrollo del libre pensamiento. En los institutos habían desaparecido los concursos de poesía y relatos hacía décadas. Eso ya lo decía todo. Nadie pensaba, por tanto, nadie existía.

8. Capítulo de tránsito intestinal

Antes de comenzar los ensayos, y dado que había que ventilar varias actuaciones con Los Cohiba, se dio vacaciones hasta dentro de dos semanas. El Comandante también las necesitaba para ganar tiempo limando las impurezas musicales de sus composiciones.

Pero el primer sábado por la mañana, a la vuelta de una actuación en Espartinas, Johnny encontró un mensaje de Deep en su teléfono: «Tenemos que vernos. Esto va a reventar».

—Qué pasa, *brother*, ¿lo de siempre?

—¿Estás en casa? Me acerco ahora y te comento.

Deep y Johnny salieron a tomar un café al Paseo Marítimo, a ver si el sol y la brisa de poniente les aclaraba las ideas, pues parecía urgente tomar ya una drástica decisión.

El grupo arrastraba un viejo problema con Kukela y el Perla. Ambos habían ingresado en una secta religiosa desconocida hasta entonces por la mayoría, Los Apóstoles, que se dedicaba a reclutar adeptos entre las clases más desfavorecidas, predicando la austeridad casi absoluta, la oración continua en voz alta y la donación a la Santísima Trinidad de todos los bienes materiales que poseyeran u obtuviesen, como única posibilidad de salvación ante el inminente advenimiento del fin del mundo.

El Comandante Matarratas, profesor de Ateísmo en la reserva activa, era un declarado enemigo de cualquier tipo de religiosidad oficial, pero más aún de las clandestinas, en las que siempre había observado un lavado de cerebro destructivo de la personalidad y, a partir de ahí, un negocio encubierto por parte de los líderes del movimiento. Los chicos del grupo eran más escépticos. Se lo tomaban con otro humor, restándole trascendencia a la creciente espiritualidad de sus apósto-

les —como ellos se hicieron llamar a partir de entonces—, dando por hecho que esa pájara mental se desvanecería a medida que pasara la novedad inicial, y se reincorporarían al mundo de los mortales quedando todo en una entrañable anécdota.

No obstante, con los meses comenzó a suceder lo contrario de lo previsto. Su militancia en Los Apóstoles fue radicalizando sus tesis. Lo que comenzó siendo un accidental encuentro con la fe, se fue convirtiendo en un trastorno de la personalidad, quizá no patológico, pero de un convencimiento tan profundo que cada vez eran menos reconocibles para el resto de la comparsa, hasta el extremo de convertir los encuentros en el local en improvisados testimonios de iluminación y verdades reveladas.

A veces, antes de alguna actuación importante, el grupo solía ensayar para repasar las piezas menos habituales. En los descansos, mientras la mayoría bebía una cerveza, ellos se bebían el apócrifo evangelio de Jeremías, absortos en su lectura, próximos a la levitación:

—Hermano Johnny, Comandante de Nuestro Señor, no es necesario que escribas más. Dios tiene preparada para ti la Comparsa Divina, la infinita y celestial, la que todos cantaremos desde los cielos.

—¿A entrada o a caché...? No me convences, Kukela, Dios no paga a la SGAE —soltó Johnny sin el menor escrúpulo.

De pronto, el Perla recitaba alguna cita apocalíptica como procurando despertar el interés del agnóstico poeta: «Se nublará la tierra y un diluvio inundará campos y ciudades; ésa será la señal. Cuando todo esté cubierto aparecerá un enorme carro alado que nos llevará a la gloria celestial».

—A nosotros quizá. A ti te va a dejar otra vez en Punta Umbría... —lamentó a lo lejos Adriano, quien empezaba a plantear la gravedad que este fenómeno iba alcanzando, así como los problemas que podrían derivarse de esas actitudes sin precedente.

Una tarde, con motivo de una actuación estelar en Granada, Kukela y el Perla llegaron al bus de la comparsa sin los disfraces. Su respuesta fue «un disfraz en el cuerpo es una barrera que impide a Dios abrazar tu alma».

—Si en diez minutos no estáis aquí con los disfraces, nos vamos

sin vosotros. Y decidle a Dios de mi parte que os abrace después de la actuación, si es tan amable —les advirtió acaloradamente Deep en tono de ultimátum.

Volvieron con los disfraces. Pero ya el viaje fue una conjura del grupo contra ellos. Los apóstoles, desde los asientos delanteros que ocupaban, exclamaban de repente cánticos de alabanza al Supremo, poniendo música improvisada a textos que seleccionaban del evangelio que portaban devotos en sus manos. Los chicos no daban crédito. Las habituales bromas fueron dando paso al silencio y a las miradas cómplices, que se desviaban hacia el paisaje de la carretera cada vez que alguno de los dos caminaban por el pasillo del autobús dando la bendición a sus compañeros.

Al llegar a Granada y bajar del bus, mientras recogían sus equipajes del maletero, un grupo de aficionados los reconoció y acudió alrededor del grupo para saludarles y fotografiarse con ellos. Kukela y el Perla se mantuvieron al margen del grupo justificando su negativa a posar ante la cámara:

—Hermana, la fotografía es banal; el espíritu de nuestro ser trasciende a lo que el iPhone frívolamente capta. Las fotografías son para el diablo, que es quien comparte nuestras virtudes en el fuego eterno. Jeremías. Versículo ciento cuatro —predicó el Perla a la chica con un sacerdocio casi profesional.

—Deep, ¿el Perla viene bien? Mira lo que me ha dicho —preguntó la desconcertada fotógrafa al director, presa de un incómodo nerviosismo.

—No le eches cuenta, es que no le gustan las fotos —respondió Deep sin saber cómo disculpar el preocupante delirio de su compañero.

En los camerinos la tensión atravesaba las paredes. Algunos comentaban la posibilidad de que los dos apóstoles estuviesen consumiendo alucinógenos. Pero sus rostros mostraban una conventual beatitud, y sus serenos pulsos y timbres vocales dispersaban de inmediato el temor. Aun así, conforme se acercaba el momento de subir al escenario, la desazón se instalaba en el grupo, pues ninguno se veía con fortaleza ni capacidad para enderezar el diluido entendimiento de los improvisados sacristanes.

—Oh, mi Señor, nuestro Señor. Gracias te damos por estas canciones que vamos a cantar —dijo el Perla con el micrófono abierto justo antes de empezar la actuación.

El público entendió que se trataba de una broma y rio de modo abundante, mientras el grupo, conocedor de la dirección que estaba tomando la fe de estos nuevos apóstoles, lo miró estupefacto entre el espanto y el asombro.

—¿Por qué no reservas la fe para los momentos de culto, Moisés? —susurró Deep al Perla sobre el escenario, mientras estiraba una falsa sonrisa de disimulo.

—Me lo ordena mi Señor, Deep. Conviértete si no quieres condenarte —respondió el Perla con la mirada extraviada.

Por su parte, Kukela, al finalizar cada pieza del repertorio y recibir la ovación del público, soltaba la guitarra y se arrodillaba sobre el escenario con los brazos levantados.

—¡Gracias, mi Señor, mi gloria es tu gloria. Recibe los vítores del pueblo en señal de alabanza por tu grandeza!

El resto del grupo no se atrevía a rechistar superado por el entusiasmo religioso del guitarra. Sabían que ningún monaguillo aventajado había consumido alcohol ni tóxico parecido, pues la dirección de la secta lo prohibía con rotundidad, pero la situación se les escapaba de toda lógica, no tanto por lo novedoso como por lo exótico y disparatado.

La actuación se complicó cuando el grupo fue a cantar «De tanto preguntar por Dios», un pasodoble marca de la casa que constituía una defensa radical del ateísmo que desarmaba al más creyente. Al entonar los primeros compases, Kukela y el Perla se bajaron del escenario ante el bochorno de la comparsa, que seguía cantando más pendiente de éstos que del pasodoble. Pero ahí no quedó todo. Al terminar el pasodoble, la ovación fue interrumpida por los dos beatos quienes —a pie de escenario— iniciaron una sarta de misivas y sermones que provocó la inmediata reacción de los más incrédulos.

—¡Oh, Señor, nuestro Señor, ten misericordia y perdona a nuestros hermanos!

—¡No escuches sus herejías! ¡Su impiedad es sólo porque no te conocen!

—¡Convertíos a la fe que el fin del mundo se acerca!

—¿Me da tiempo de pedirme un Legendario Cola? —preguntó con guasa un espectador de la primera fila.

—El licor destruirá la serenidad de tu espíritu, y los arcángeles del Señor no podrán devolverte al Paraíso —respondió el Perla absorto en su propio éxtasis.

—¡Vamos para los camerinos, rápido! —ordenó Deep dirigiéndose en especial a los dos místicos abades, que habían colmado la paciencia del grupo, provocando la sospecha entre el público de haber subido al escenario en un poderoso estado de alucinación.

Sin entretenerse por el camino con los aficionados —como era habitual tras las actuaciones—, el grupo metió la sexta velocidad hasta que llegó al camerino. Deep cerró con llave por dentro. Faltaba el Perla, quien normalmente se encargaba de cobrarle al empresario.

—¡Ni una más, Kukela, ni una más! ¿Estáis locos o es que os habéis fumado África entera? ¡Podéis profesar la fe que os dé la gana, pero no consiento que impliquéis a la comparsa con payasadas de este tipo! ¡Esto está grabado y mañana seremos el cachondeo de las redes!

—Hermano Deep, que la paz de Dios se adueñe de tu ira. Prepara tu alma para su venida —respondió Kukela con un recogimiento desafiante.

—Pues prepara tú también tu cuerpo para volver con los Boniatos —dijo Deep parafraseando el salmo recibido.

—¡Oh, no, mi Señor no acoge en su seno a los que sólo se preocupan por los bienes materiales! —volvió a responder Kukela, aludiendo al desmedido interés por el dinero que había en la comparsa de los Boniatos.

Se cambiaron de indumentaria en tiempo récord y se dirigieron raudos al bus que los esperaba a las afueras del recinto, donde ya se encontraba el Perla sentado en el asiento del conductor. Por un momento temieron lo peor.

—¿Y el chófer, Perla? ¿O también vas a conducir tú?

—Yo no, Hermano Cántabro, es Dios quien conduce nuestras vidas.

—¿Qué? Mira, Perla, cuando lleguemos a Cádiz, que tu vida la con-

duzca quien a ti te dé la gana. Pero la mía la conduce el chófer. Vente ahí detrás con nosotros y reparte, anda. Y luego hablamos. Yo esto no lo aguanto más —respondió Lolo próximo al ataque de nervios.

Ya con el bus en marcha rumbo a Cádiz y el grupo apiñado en los asientos de la parte trasera, Deep volvió a solicitar la presencia del Perla para repartir el dinero de la actuación. Mas el Perla, con las manos en los bolsillos y en tono de homilía, comenzó a desvertebrar el sistema óseo y nervioso del grupo:

—¿Para qué queréis el dinero, siervos de Satanás? Con el fin del mundo en las inmediaciones del tiempo, el dinero sólo os servirá para quebrar vuestra paz en bares y centros comerciales.

—Y para pagar la luz, que me la cortan esta semana —añadió Ringo.

—Hermano Ringo: Dios es la verdadera luz que necesitas, y esa luz no hay compañía eléctrica que pueda cortártela. ¿No te das cuenta?

Ringo perdió los estribos y colocó la punta de su baqueta en la pronunciada nuez del apóstol:

—¿Sueltas la pasta ya o quieres ser otro más en los altares?

Deep separó a Ringo y condujo del brazo al Perla hasta sentarlo en los primeros asientos junto a Kukela, donde sin testigos volvió a preguntar por el dinero de la actuación.

—«Entrega todo lo que tienes a los pobres y sígueme», dijo el Señor. La organización del festival a cambio nos ha regalado una caja de piononos para cada uno. Están en el maletero...

—Chófer, pare usted en el área de servicio, por favor —dijo Deep seguro de su decisión.

La comparsa al fondo observaba los movimientos de reojo, sabedora de que algo terrible podía suceder en cualquier momento.

—¡Os quedáis todos en el autobús! Perla, Kukela, acompañadme. Panameño, baja conmigo. Chófer, abra el maletero un momento.

Deep sacó del maletero los equipajes de los dos santos y las quince cajas de piononos.

—Manolito, apresúrate y reparte el fondo que queda entre la comparsa como si fuera el dinero de la actuación de hoy. Rápido. Como se enteren de lo que han hecho estos dos no salen vivos de la gasolinera. A vosotros os dejo ahí quince cajas de piononos. Si las vendéis en la gaso-

linera a diez euros cada una, tenéis ciento cincuenta, suficiente para llamar a un taxi que os lleve a Cádiz. Nos vemos.

—Pero Deep...

—Ea. ¿No queríais ir con Dios? Pues quedaos con él y no volved por aquí.

—¡Deep, por favor! ¿Esto qué significa? ¿Por qué...? —clamaron desolados los perturbados apóstoles, que con la certeza de haber obrado correctamente no daban crédito a la decisión del director.

Al subir de nuevo al autobús, el grupo puesto en pie brindó una tronadora ovación al director, agradeciendo que su mano dura los salvara de más incidentes del tipo que habían acabado de padecer. Y eso que, de momento, Deep y el Panameño habían evitado comunicar a los chicos que el Perla había donado a la organización el dinero que iban a cobrar por la actuación. Cuando lo supieran, los ánimos estarían calmados y los apóstoles más lejos y, por tanto, más disipada la furia y el intento de linchamiento. Los apóstoles eran irrecuperables. Sus cerebros estaban centrifugados. Hubo un acuerdo expreso por parte de todos para no comunicar el motivo oficial de su salida de la comparsa.

No obstante, estas noticias solían correr como la pólvora. El grupo se conjuró para no dar pistas, pero Kukela y el Perla plantaron sendos comunicados de despedida en sus cuentas de Facebook. El alboroto en las redes estaba servido. Era inevitable. Del mismo modo que en las cadenas de televisión nacionales triunfa la telebasura a costa de la vida privada de los famosos, las interioridades de los grandes grupos de Carnaval también alimentaban el morbo de ese público marujón que, sin demasiado quehacer personal, pasaba las horas en la red valorando cuestiones que nunca fueron ni serán de su incumbencia.

Más complicado que prescindir de alguien era ficharlo. Las ofertas se multiplicaban. Se sabía que existían dos huecos libres en la comparsa del Comandante Matarratas. Un buen año, esos huecos podían equivaler a un puesto de trabajo, pero sin trabajar, lo cual era más rentable. Pero, sobre todo, era el prestigio social lo que estaba en juego, en la Tacita de Plata y en toda la Andalucía carnavalera.

No obstante, nunca había acuerdo completo. Unos apostaban más por la figura, la estrella; otros por la persona. Algunos candidatos

barajados ya habían estado en la comparsa, y en casi todas las despedidas se escapaban dardos envenenados. Por eso Johnny era partidario de la escasa bondad de las segundas partes: «La gente no cambia, o lo hace para peor», argumentaba en este tipo de diatribas el Comandante, guiado por su habitual y abrumador pesimismo antropológico.

Por otra parte, casi todos los grandes cantantes de Carnaval estaban determinados por su condición de estrellas. El universo del Carnaval era limitado en sus coordenadas, pero existía y, como tal, también tenía estrellas... y a las estrellas había que darles de comer aparte. «¿Guasa los autores? Guasa vosotros, que evitáis los terremotos porque no os traga ni la tierra», refería a menudo Johnny a estos carusos del Carnaval. Además, algunos de los que estaban sobre la mesa habían cantado en contra del Comandante. Y aunque esta práctica era habitual en el mundo de la comparsa, Johnny cada vez la tenía más en cuenta: «Si me escupes, luego ten la decencia de no venir a poner la mano, no vaya a ser que te la corte». Pero a muchos de éstos la decencia les importaba tanto como al Gobierno del Partido Popular.

También era frecuente «tocar» o atender el ofrecimiento de miembros de la competencia directa. Los Boniatos, @mellamoale y el Comandante se habían intercambiado hasta grupos enteros, aunque Johnny ya no era partidario de meter en el cesto fruta madura: «La fruta madura se pudre en cuanto se calienta; la verde aguanta más y mejor». Los años, la veteranía, la experiencia, la madurez o, quizá, la propia escasez, habían conseguido que el Comandante volviese a valorar el encanto de las cosas vírgenes.

Durante estos compases, el Tío Mon intentó con inocente interés personal que Deep fichase a Valivila, un veterano contralto que dos años atrás había rechazado la oferta del Comandante para cantar con Los Ricos. Valivila poseía un perfil que ya había sido desechado por la mayoría del grupo. No era tanto la edad como la antigüedad lo que descartaba a muchos grandes cantantes que se ofrecían. Pero Valivila, además de brillante, contaba con una peculiaridad que lo hacía el preferido del Tío Mon: vivía en Málaga, como su hija pequeña y su novia, con lo que el ahorro de gasolina era casi más importante que la voz. El grupo adivinó de inmediato su jugada y recordó a Mon el camino por

el que se llega a Madrid. Ninguno echó cuenta salvo Johnny, que había cantado una noche con él hacía pocos meses y daba fe de las exquisitas facultades que conservaba.

Pero en medio de esta vorágine de idas y venidas de nombres y hombres, irrumpió en las redes sociales la crónica de la anunciada muerte de la comparsa de los Boniatos. Las cosas iban mal. Era un grupo montado solo en torno al dinero. Los ejércitos de mercenarios sólo son útiles cuando los objetivos económicos se consiguen. Fuera de ahí, constituyen tal peligro que incluso se disparan entre ellos mismos, y el cataclismo no sorprende a ningún perspicaz, por ejemplo al Comandante Matarratas, quien de inmeditato abrió el WhatsApp para echar un cabo a Peter Pan y al Yanqui, los dos miembros de los Boniatos que quería recuperar para su comparsa.

Sin ambages, los dos aceptaron la oferta del mejor grado. La comparsa había dado un salto musical de varios escalones, pues Michel Tran-Tran seguiría también en el grupo y, con sus quince miembros, se presentaron oficialmente en las redes. Retrato de familia: la plantilla asustaba. Al Comandante Matarratas le faltaba un poco más de glamur y algunas motas de polvo de estrellas en su conjunto, que siempre venían bien en ese —además— circo mediático en el que se había convertido el submundo del Carnaval.

Peter Pan ya había tocado la guitarra con el Comandante, con quien debutó en una de sus mejores comparsas quince años atrás, ganando el primer premio. Era, sencillamente, un genio. El Yanqui se situaba como el comodín de las guitarras y las voces, un todoterreno de la más alta estima del mundo de la música.

Tanto el nuevo grupo como el Comandante se las prometían felices, tanto que, para celebrarlo, aprovecharon la última actuación de verano de Los Cohiba, y prepararon una fiesta en un chalé alquilado al término de la actuación, fiesta que no se celebraría, pues la sombra del diablo ya planeaba sobre la comparsa sin que, por supuesto, nadie pudiera imaginarlo.

Sala Blasfercoco, en un pueblo próximo a la desembocadura del Guadalquivir. Eran las diez de la noche. Mientras media comparsa tapeaba en bares cercanos, la otra media aguardaba en los camerinos

afinando los instrumentos. Cuando de pronto, cual redada a banda criminal, irrumpió una patrulla de la Guardia Civil, que taponando la puerta de salida empezó a intimidar e interrogar a los pocos miembros de la comparsa que encontraron.

—¿Vosotros sois los que estáis haciendo la vida imposible a esa pobre gente, verdad? A ver, documentación —acusó severamente el sargento a los que estaban allí.

Ellos, sin perder la templanza en ningún momento, se identificaron y manifestaron su sorpresa y su molestia ante la inesperada y violenta situación.

—No sé a qué se refiere, agente. Nosotros venimos a cantar. Somos una comparsa. Ni siquiera ganamos dinero con esto. El dinero del contrato es para pagar los disfraces y el atrezo del año que viene. ¿No se habrán confundido? —dijo Pepe el Converso, en un alarde de hipocresía que hizo dudar a los propios agentes, pero que delataba un temor ulterior que no pasó inadvertido al sargento.

—Lo del dinero no es asunto nuestro, muchacho. Nosotros no somos inspectores de la Seguridad Social. Es más: estamos aquí porque algunos de sus compañeros están acusados de algo muy grave en relación con esos inspectores a los que ustedes temen tanto, que por algo será. ¿Dónde están el autor y el director de la comparsa?

En pleno tiroteo, Manolito el Panameño, desafiando a la gravedad, consiguió enviar un wasap al grupo para que los que estaban fuera supiesen qué ocurría en el interior de los camerinos: «Guardia Civil. Asunto CYCUTA. Deep y Johnny, alejaos de aquí. El resto, no sabéis nada».

Al ver el mensaje, ambos montaron en el coche de Deep y huyeron en dirección Zahara a toda la velocidad. Mientras Deep conducía, Johnny abrió Twitter en su móvil y, con la voz exuberante por una perversa risa de satisfacción, leyó textual: «Encuentran a tres inspectores de Trabajo atados y amordazados en la orilla de la playa de Sanlúcar, a punto de ser arrastrados por la marea. CYCUTA reivindica el atentado».

CYCUTA era el nombre de una organización —si no terrorista, pues no usaban armas, sí bastante subversiva— cuyas siglas respondían a las iniciales de «Carnaval y Cultura. Unión de Tropas Anticapitalis-

tas», integrada por destacados personajes del mundo de la cultura y del Carnaval, y que se dedicaba a practicar escraches, chantajes personales y extorsiones a un grupo de inspectores de la Seguridad Social que le habían declarado la guerra al Carnaval. Estos inspectores se presentaban en las salas cuando los grupos estaban actuando sin estar dados de alta. Algunos grupos ya habían sido fuertemente sancionados, llegando incluso a perder sus miembros las prestaciones que percibían en concepto de ayuda familiar y similares.

Los miembros de CYCUTA, de momento, habían sabido guardar el anonimato. Para ello, habían evitado desde el principio el uso del WhatsApp y del correo electrónico. Crearon una cuenta de Facebook con la que alertaron a un individuo de las infidelidades a las que estaba siendo sometido por su mujer, una de las inspectoras implicadas, precisamente con un amigo de uno de los jefes de la Piara, el clan mafioso que organizaba el Concurso. Se comentaba que un personaje apodado el Cizaña, director de la comparsa del Asustaviejas, a su vez letrista del coro de Gatopardo, el gran líder de la Piara, ofrecía sexo a la inspectora a cambio de información confidencial acerca de las irregularidades profesionales de los comparsistas. Tras el escándalo montado en las redes, la cuenta de CYCUTA desapareció sin dejar rastro.

Uno de los mayores vicios de los gaditanos en general, y de los comparsistas en particular, era hablar más de la cuenta, convertir el secreto en grito, el rumor en ciencia y el silencio en sentencia. Por ello, sospechábase de personajes estelares de grandes grupos que estaban en el ojo del huracán, que con ese tipo de actuaciones amedrantaban a los inspectores que se atrevieran a dar el fatídico paso al frente. Los chivatazos a cambio de favores se cruzaban de un lado a otro de la trinchera. España pura. Fuentes maliciosas apuntaban directamente la autoría de los últimos atentados de CYCUTA a miembros de la comparsa del Comandante Matarratas, una de las más perseguidas por las inspecciones, excesivamente señalada en la cruzada institucional contra el Carnaval, pues de sobra se sabía que otros muchos también actuaban de modo irregular. Pero la sombra del motor político cabalgaba a lomos de la inspección. Habían sido muchos y muy fuertes los dolores de cabeza que los subversivos textos del Comandante habían dado

a las cúpulas de los partidos, y demasiadas las veces que había puesto la cara colorada a los gestores de la cosa pública, tanto de un bando como de otro, pero de modo especial a los herederos del franquismo, los corruptos guardianes de la administración española actual; y lo que es peor: siempre respaldados por el fervor y la veneración de las clases progresistas más próximas al Carnaval. «La libertad de expresión existe como tal, no lo niego; pero es indudable que ejercerla no sale gratis, ni mucho menos. Tiene un impuesto sobre el texto revolucionario que hoy, todavía, en España, el que lo hace lo paga», había declarado el Comandante en la última entrevista que concedió a *El Coño de la Bernarda*, ese periódico afín a la casposa herencia de los viejos falangistas.

Deep y Johnny, durante el trayecto, apagaron sus móviles para evitar contactos delicados. Aunque quizá la desconexión fue más sospechosa. A la mañana siguiente se encontraron con decenas de llamadas perdidas de teléfonos corporativos. Efectivamente, tal como Johnny encendió el móvil, recibió un requerimiento judicial para que se presentara junto a Deep en un juzgado de instrucción de la capital a la mayor brevedad. De lo contrario, serían declarados en busca y captura.

—Johnny, voy a llamar a mi abogado, lo recogemos en *Port Royal* y nos vamos con él para el juzgado.

—*Brother*, querido, no te digo que tienes la cara como la pared porque la pared es roja... ¿Qué te pasa? ¡Ni que nos fueran a meter en la cárcel, coño, con el miedo...! —gritó enfurecido Johnny, quien aun rebosante de orgullo confesaba dejarse contagiar por la inseguridad de Deep.

Camino del juzgado, Deep procuró mantener la calma y el silencio. Johnny, por su parte, se limitaba a sentenciar radicalmente con una sola frase que recordaba a Sócrates: «Sólo sé que no sé nada».

—¿Y si nos preguntan dónde estábamos ayer a las nueve de la noche?

—Pues se les dice que con la comparsa en el bus. Llama a Vicente el Chófer y se lo comentas. Que prepare una factura falsa con fecha del domingo. Para una vez que íbamos en nuestros coches...

—Ok, Johnny, vamos a liarla ya del todo. ¿Los Peregrinos? «Vacaciones entre rejas», vamos a sacar el año que viene...

Ya en el juzgado, aunque Deep seguía visiblemente nervioso, Johnny se transformó en el Comandante Matarratas, el auténtico, el que disfrutaba como nadie de los desafíos a la justicia y las piruetas en los márgenes de la ley. Y el propio juez, gran conocedor del mundo del Carnaval y encubierto seguidor de la comparsa del Comandante, invitó con gesto amable a ambos a pasar a su despacho para hacerles algunas preguntas.

—¿Qué nos trae por aquí, señoría? —preguntó Johnny como si conociera al juez desde la infancia.

—¿Conocen a la organización terrorista llamada CYCUTA?

—Por supuesto, señoría, todo el mundo la conoce. Se dice que son gente del Carnaval que están extorsionando y jodiendo a inspectores de la Seguridad Social que andan detrás de los grupos que actúan irregularmente.

—¿Ustedes actúan regularmente, no? —inquirió irónico el magistrado juez.

—Claro, señoría. Nosotros somos una asociación cultural sin ánimo de lucro. Lo poco que ganamos en las actuaciones lo guardamos para vestir y poner en escena la comparsa del año que viene. Procuramos que no nos cueste el dinero. Pero no nos lucramos. El Carnaval no da ni para desayunar.

—¿Y se dan de alta?

—No, señor juez. Si nos diésemos de alta nos lucraríamos.

—O sea, que si les viene una inspección de trabajo pueden multarles.

El Comandante Matarratas se disponía a continuar su discurrida defensa cuando, ahuecando policíacamente el tono de la voz, el juez lo interrumpió yendo al grano sin más vacilaciones.

—¿Puede alguno de los dos decirme por qué el domingo no usaron el bus habitual de la comparsa y fueron a la actuación en sus coches particulares?

No dejo de reconocer que, incluso como narrador, éste es uno de esos momentos en los que hasta yo tengo que parar, tragar saliva y beber un poco de agua.

Deep y Johnny se miraron, pero no se entendieron. Mientras el director respondía: «Porque luego teníamos una fiesta en un chalé y ya

no volvíamos», el poeta cruzaba su argumento: «El bus lo usamos para desplazamientos más largos».

Las dos respuestas eran razonables, aunque cruzadas perdían crédito. No obstante, el problema real era que el juez ya sabía que esa noche no habían usado el bus para desplazarse y que, por tanto, eso significaba que estaban siendo investigados con lupa a propósito del amordazamiento de los tres inspectores. Un silencio de jungla retumbó en los amontonados pliegos de la mesa del juez. El magistrado redactaba un documento en su ordenador, mientras Deep y el Comandante Matarratas iban tomando conciencia de lo poderosa que es la justicia con los débiles. Y el juez volvió sobre el asunto:

—¿Saben lo de los tres inspectores amordazados y atados en Sanlúcar, que no fueron arrastrados por la marea de milagro?

—Algo he leído en Twitter, señoría. Es un poco fuerte, la verdad. Pero, claro, si ellos declaran la guerra, tienen que ser conscientes de lo que significa reventar la economía de familias humildes. Si el Gobierno fuese más listo, jamás hubiera tocado la economía sumergida. No se le roba a nadie, ni se hace competencia desleal —pues nuestro género es único—, no se malversa dinero público. Pero quieren romper la cuerda por el cabo más deshilachado... Supongo que aquí nadie se va a quedar de brazos cruzados. Es demasiado doloroso ver cómo los mismos que hacen la vista gorda con los mafiosos del partido, van a intentar fundirse a gente que gana con el Carnaval lo justo para evitar mandar a sus hijos a un comedor de caridad... —aseveró el Comandante con valentía.

—O sea, que lo justifica usted, señor Matarratas, o como le digan —respondió el juez levantándose de su asiento.

—No lo justifico, señoría, lo explico. Y llámeme Johnny. Lo otro es un apodo que usan sólo mis amigos, y usted no lo es —contraatacó el Comandante, que se levantó también de su asiento como hablándole de igual al magistrado.

Éste, preso de un ataque de soberbia, colocó sus inquisidoras manazas sobre los hombros de Deep y de Johnny, a la altura del cuello y, sobándolos con la malintencionada suavidad de los curas antiguos, les ordenó en tono amenazante:

—Preséntense aquí los días uno y quince de cada mes hasta nueva orden. Tienen prohibido salir del país. Pueden marcharse.

—¿Podemos marcharnos del país o de aquí solamente...? A ver si nos aclaramos, que me han llamado del Madison... —murmuró Johnny a Deep, jocoso y sonriente, mientras salían del despacho del juez sin despedirse, y con la agria sensación de tener a la justicia rozándoles los talones.

Ambas partes habían evitado levantar las cartas, de momento. El juez intuía que Deep, Johnny o los dos habían intervenido en el atentado de Sanlúcar. Éstos, a su vez, sabían que tenían que andar de puntillas.

El escribano también sabe algo más. Pero aunque su pretensión no era escribir una novela de suspense, una vez que —sin querer— lo ha provocado, ha decidido mantenerlo ahí y pasar al siguiente capítulo.

9. La vuelta al cole

Septiembre se despedía con el mismo calor con el que empezó, pero con menos claridad. Todas las mentes estaban puestas en el último lunes del mes, cuando empezarían los ensayos, el nuevo curso antiacadémico de la comparsa del Comandante Matarratas y, por extensión, de todos los grupos que participarían en el próximo COAS (recuerda, avispado lector, el Concurso Oficial de Agrupaciones Subordinadas).

Durante ese mes, la mayoría aprovechó para darse unas pequeñas vacaciones con su pareja. Johnny, por su parte, se dedicó a torturarse frente al ordenador, con la guitarra en las manos como si fuera una cruz, consciente de que septiembre siempre era un mes imposible para la creación. Los últimos coletazos del verano hacían el calor más insufrible, una pesadilla que parecía no acabar nunca. En casa, el ventilador removía el aire caliente, y en las terrazas de los bares las moscas cojoneras arrugaban la frente y la paz del Comandante.

Finalmente, Johnny decidió suspender las composiciones hasta que el calor y el continuo viento de levante fuesen remitiendo. Entre tanto, retomó con esmero un proyecto de novela que había dejado por la mitad antes del verano, *La Pasión según Matarratas*, un relato real sobre la vida de un fervoroso cofrade, un «capillita» como se le conocía en el argot de la Semana Santa andaluza, para el cual —lógico— no encontraba editorial que se atreviese con la publicación. Ninguna empresa del libro quería colaborar en el escándalo que el perfil de la historia auguraba con absoluta claridad, y que obligaría a retirar la novela del mercado el mismo día de su presentación.

Sabedor de que esa novela difícilmente vería la luz en un futuro inmediato, avanzado el mes, la fue alternando con la grabación de las piezas que en su día el grupo ya conoció y que tanto gustaron. Pepe el

Converso llevaba a casa de Johnny un equipo de sonido portátil, en el que la voz y la guitarra del Comandante se envolvían en una acústica notablemente más deliciosa que en su registro natural. Los avances tecnológicos ofrecían los maquillajes necesarios para velar los chasquidos de las cuerdas y las imprecisiones vocales de Johnny, tan apasionado como heterodoxo y limitado para ejecutar sus propios temas.

Con un equipo de arreglistas que ya lo quisieran para sí muchos grupos del universo pop, fueron montando la primera maqueta que se entregaría a los miembros de la comparsa, de modo que al llegar al ensayo el trabajo consistiera sólo en montar y afinar lo aprendido en casa a través de los audios. Los ensayos tradicionales de las agrupaciones de Carnaval consistían básicamente en ir montando el repertorio verso a verso, a golpe de repetición, lo cual convertía dicho ensayo en un aprendizaje monótono, aburrido, insufrible en ocasiones para el propio Comandante, quien no soportaba perder el tiempo de esa manera.

«Al ensayo hay que venir a divertirse, no a recitar la tabla de multiplicar; esto es un arte para mayores, no para párvulos», insistía al respecto Johnny, que nunca fue partidario del modelo de ensayo interminable de la vieja escuela. Recordaba sin cesar al grupo que para transmitir había que sentir, y que para sentir no se podía repetir más que lo necesario. De lo contrario, los textos se robotizaban hasta el extremo de cantarse por defecto, con lo cual se perdía incluso el criterio de calidad de lo que se estaba ensayando. Muchos años de experiencia avalaban las tesis del Comandante.

Y llegó el último lunes de septiembre, sin golondrinas pero con el sueño de la victoria volando bajo por los alrededores del nuevo local de ensayo, un pequeño teatro situado en las dependencias de la Residencia Militar de Cortadura.

Aparentemente, lo militar se hallaba en las antípodas morales e ideológicas del Comandante Matarratas. No obstante, su ascendencia militar disculpaba lo incómodo de la disciplina castrense, extensiva para todo mortal que cruzara la linde. Una foto al entrar y otra al salir registraba los movimientos de la comparsa dentro de la Residencia en la que, cual si fuera una pequeña tropa, tenía igualmente que entrar y salir al completo de las dependencias militares. Sólo les faltaba desfilar.

El coronel advirtió a Deep de que en el teatro podrían fumar tabaco y beber alcohol, siempre y cuando todo quedase inmaculado al finalizar el ensayo. Pero prohibió expresamente el consumo de todo aquello que se liara en papel. No era exagerado temer por la serenidad y la concentración de algunos miembros de la comparsa, para quienes el porro merodeaba por sus labios con más frecuencia que el carnavalesco pito de caña.

Así las cosas, la mayoría optó por ir al gimnasio dos horas antes del ensayo, como saludable estrategia para prevenir la abstinencia en el local, aunque alguno que otro, de sobras reticente con el ejercicio físico, prefiere se tocar la corneta en la baranda del Paseo Marítimo antes de empezar el ensayo. La despenalización moral del canuto, unida a su popularidad entre las clases humildes gaditanas, evitaba la consideración de tóxico peligroso. Además, parecía inconcebible una comparsa sin chocolate ni alcohol.

Johnny, otrora adicto a todo lo destilado y humeante, aun tras cambiar de bando y convertirse a la abstinencia deportiva, nunca militó en las ligas antivicio y siempre se mostró indulgente con estas antillanas costumbres de su gente más próxima, por verlas y entenderlas inherentes a ese modo especial de encarar la vida del mamífero carnavalesco.

El primer día de ensayo fue especial. Manolito el Panameño llegó con viandas suficientes para celebrar tres navidades seguidas. Fue gentileza del Comandante, quien presumía de patrocinar el brindis inaugural del curso.

La primera foto de entrada en el control de la Residencia Militar, junto a la bandera de España, fue acompañada por un jocoso susurro del himno nacional, pero entonado con tan sana simpatía que hasta hizo sonreír al cabo de guardia.

Una vez dentro del local, el grupo celebró la amplitud del escenario. Pero acto seguido —como no podía ser de otra manera— comenzaron a sucederse las inevitables referencias al cuadro del rey Felipe VI y doña Letizia.

—¡Qué chula es la portada del disco nuevo de Kiko y Sara! —vociferó el Tío Mon, sin darse cuenta de que el coronel había llegado para darle la bienvenida al grupo.

Al percatarse del delicado bochorno, Mon sacó su teléfono móvil del bolsillo y buscó en Internet la portada del disco:

—Mira —dijo de nuevo enseñando el celular al grupo.

El coronel, que aun siendo amante del Carnaval, protegía los valores del ejército como nadie, miró fijamente a Mon con cara de pocos amigos, y con el índice le hizo un gesto de negación que terminó de arruinar la inoportuna salida del grandullón comparsista.

—No, mi sargento, si no me refería al príncipe. Es que Kiko es mi vecino y le venía comentando a ellos...

—Mire, joven, ni yo soy «su» sargento, afortunadamente, ni yo soy sargento, sino coronel, ni el del cuadro es el príncipe, sino el rey de España. Así que si quiere durar aquí más de media hora respete nuestros valores, haga el favor.

—De acuerdo, mi capitán, era una broma. Pero se parece, ¿verdad? Es que Kiko es mi vecino. Bueno. Era. El padre salió un año conmigo. Buen tío...

Durante un largo minuto el grupo contuvo la respiración, hasta que por fin el coronel abandonó el teatro con las manos en la cabeza, como diciendo «a quién he metido yo aquí». Hubo clemencia, pero Deep cogió a Mon por el cuello y le dio el ultimátum:

—Si por tu culpa nos vemos sin local vamos a ensayar en El Puerto II... de la que te vamos a dar.

Para relajar el tenso estreno del local, el Panameño preparó una mesa con cócteles y aperitivos. Mientras, la sala de máquinas —como en el argot se denomina a las cuerdas y a la percusión— comenzó a ensayar los primeros compases de la presentación de Los Peregrinos, pieza que ya dominaban como si la hubieran tocado toda la vida. El sistema de grabación y reparto de audios funcionaba, sobre todo durante los primeros meses. Así, antes del descanso, el grupo entero fue capaz de cantar la pieza íntegra:

Oh, sin dios y sin permiso,
y a falta de Paraíso,
ya tengo mi religión.
Oh, con unos cuantos apóstoles más

que lo mismo que yo de rendidos están
al Misterio que aquí se predica al cantar,
y siguiendo a la Osa del Sur, mi Estrella Polar...
Y guiándome a solas
por la luz cegadora de San Sebastián,
el eterno perfume de su bajamar
y el azul y amarillo de la claridad,
desde un país imposible igual que un profeta,
con este nuevo evangelio de música y letra,
vengo buscando la meca de tu Carnaval.
Por el mundo voy caminando.
Como un peregrino llevo toda la vida.
Siempre por el margen y pisando los charcos.
Buscando la verdad por direcciones prohibidas...
Y con mi bastón y mi canción de amor de Carnaval,
tengo tanto cielo y tanta fe
que siento de cerca a la eternidad.
Mi Carnaval...
No busques vírgenes ni ángeles que no hay,
que mi religión es tan profana y tan real
que, en esta meca de los peregrinos de *Cai*,
las calles son su Catedral.
Una Catedral en la que no hace falta cúpula:
se queda, cuando el sol se va,
de centinela la luna.
El único Mandamiento
es cantar por Carnaval,
y el único Sacramento
tirarse desde el Puente Canal.
Por el mundo voy caminando.
Como un peregrino llevo toda la vida.
Siempre por el margen y pisando los charcos.
Buscando la verdad por direcciones prohibidas...
Si el corazón peregrino,
tu corazón de canalla,

de pronto sientes que estalla,
has encontrado el camino
que lleva a la salvación:
el caminito del Falla...

El propio grupo se brindó a sí mismo su primera gran ovación, en inequívoca señal de ilusión desbordada. En tanto, el Comandante Matarratas, de pie junto a la puerta, sonreía de gozo y satisfacción mientras le mostraba a su comparsa el pulgar hacia arriba.

—Por hoy es suficiente. Por cierto, la próxima vez aguantamos el genio y contenemos la voz un poco más. Y también más rápido. Y hay que sacar todos los versos a contratiempo. Y la percusión más suave. Y más seca. Y la segunda que suene más equilibrada. Y el platillo más sordo. Y no dejéis las notas colgadas. Y no hagáis las tres guitarras el mismo rasgueo, que parecéis los hermanos de Manolo Escobar. Y... por lo demás muy bien.

10. El informe Warren. Versión gaditana

Los militantes del Carnaval encontraban cada año en las tardes de ensayo un bálsamo, un remedio, una terapia natural para combatir la angustia existencial del otoño. La cada vez más temprana caída del astro se distraía con el regalo de las canciones que iba trayendo el Comandante y que los comparsistas aprendían con los cinco sentidos reducidos a memoria y entusiasmo.

Durante los segundos compases, los que siguen inmediatamente a la novedad, cualquier prolegómeno, descanso o estiramiento se convertía en un debate parlamentario acerca de cualquier escándalo publicado por la rumorología carnavalesca. A falta de sabiduría real sobre la marcha de otras agrupaciones, las publicaciones en las redes y los vecinales «dicen que...» daban paso a interminables preámbulos sobre lo que ocurría en el piso de enfrente.

Estas pláticas incluían como columna vertebral el juicio de valor y la desconsideración anticipada sobre los rivales, generación espontánea de una costumbre surgida como necesidad para confirmar la confianza en la oración particular que cada cristiano rezaba. Mas el Comandante se mostraba siempre como el enemigo natural de esta repulsiva tradición basada en la venta anticipada de las pieles del oso:

—Sois buenos cantantes, pero mejores cotorras. En primer lugar, ¿cómo se os ocurre criticar lo que están haciendo los demás sin haberlo escuchado? Y en todo caso, ¿por qué no os centráis en lo que estáis haciendo vosotros y os olvidáis del resto? Esto no es un cuerpo a cuerpo. Por bien y bonito que lo hagamos, si los Boniatos o @mellamoale vienen con una historia que a la gente o al jurado les gusta más que la nuestra, no tenemos nada que hacer, nos pongamos como queramos ponernos. Así que vamos a dejarnos de mirar a un lado y a otro

y vamos a preocuparnos de depositar aquí toda nuestra confianza y nuestra energía, marujas, que sois tan marujas como ellos, y yo quiero una comparsa de hombres: no aguanto los puestos de verduras —tenía que recordar Johnny varias veces a lo largo de la temporada.

Por otra parte, las luchas intestinas con la Piara por hacerse con el control para la organización del COAS también coloreaban la rutina de las primeras semanas, aunque la mayoría de los ejércitos carnavalescos había caído en el escepticismo y no contemplaba con ilusión ninguna de las reformas que se planteaban respecto al próximo Concurso. Era una relación parecida a la del ciudadano español con sus gobernantes. En el fondo sabían que todo seguiría igual. La única lucha real era la batalla por la victoria, y ésa había que trabajarla a golpe de verso y de voz.

Una vez superada la novedad inicial, el mayor riesgo común y temor colectivo era la inevitable llegada de la monotonía y la zozobra y, con ella, el tedio y las pájaras. Durante algunas semanas de octubre y noviembre, los ensayos parecían tomar la dirección opuesta a la meta, y con relativa facilidad se perdía el norte del progreso. Por eso el Comandante insistía tanto en la necesidad de no hacer de los ensayos un ejercicio interminable de repeticiones.

—El ensayo de calidad —seguía insistiendo— consiste en cantar cada tema poniendo el alma, aunque el público no sea más que una pared desconchada y no oigamos mayores aplausos que las embestidas del viento. Sé que es incómodo, pero hay que concentrarse y sobreponerse. Cerrad los ojos. Imaginad que estamos en el Falla. Se trata de perder de vista el concepto de ensayo y sustituirlo por el de actuación, en la que no puedes equivocarte porque no te dan la oportunidad de empezar de nuevo. Hay que estar preparados para maquillar un error e incluso ser capaces de rentabilizarlo con naturalidad. Y esto sólo se consigue cuando cargas cada instante de ensayo con realismo imaginario, valga el oxímoron.

—¿Qué es eso de «oxímoron», Johnny, que tiene nombre de equipo de Segunda B? —preguntó Adriano con sorna.

—Es un recurso estilístico que consiste en unir dos conceptos antagónicos, como la realidad y la imaginación, en este caso.

—Pero la imaginación puede convertirse en realidad, ¿no, Comandante? —apuntó agudo Vitorio.

—Efectivamente. De eso se trata. Por eso os invito siempre a cambiar el chip cuando nos ponemos a ensayar. Y, por cierto, estáis mostrando una lucidez y un interés filosófico por los temas de siempre que os puede rejuvenecer bastante al encararlos con nuevos ojos, con esa óptica más comprensiva que estáis presentando últimamente.

Ringo, el atlético percusionista de la carnavalesca banda, se dirigió a Johnny y, con la baqueta en la mano como una prolongación del índice, recorriendo verticalmente de arriba abajo el reducido vientre de Adriano, fue escueto y conciso a la hora de señalar las causas del progreso intelectual del grupo:

—Hazme caso, Johnny: el gimnasio.

—Eso parece, queridos peregrinos. De hecho, este ensayo hace años parecía un *afterhours*, y ahora me recuerda a una jaula de mandriles del zoo: nada más que hay fruta y agua. Después querréis que os den un premio… —confesó irónico el Comandante Matarratas, a quien una sonrisa de satisfacción le delataba su inequívoca fe en el giro radical que su comparsa había experimentado—. Soy el primero en dar fe de que los hábitos saludables pueden elevar el Carnaval al rango de arte mayor, mucho antes que los vicios heredados de ese concepto yonqui de la comparsa que mantuvieron muchos de nuestros ídolos, de los cuales, los pocos que siguen vivos caminan con muletas y ansiolíticos.

Ciertamente, durante las décadas finales del siglo anterior, el mundo del Carnaval estuvo asociado al abuso del alcohol y otras drogas, fenómeno cultural de naturaleza artística que había marginado socialmente a los comparsistas. Afortunadamente, este despropósito estaba cayendo en desuso hasta el límite de haber situado el botellín de agua en el reclamo principal de la garganta seca, muy por encima del vino u otros licores. Un comparsista en estado de embriaguez, otrora normativo, constituía un desecho y un repudio que ni la mayoría del grupo soportaba, amén del público, máxime cuando, quien así se mostrara en la actualidad, sabía que era inmediatamente expuesto y linchado en las redes sociales a través de humillantes y continuas reposiciones. Quien quisiera triunfar y mantener un mínimo de estima pública,

tenía que comportarse como un auténtico artista arriba y abajo del escenario; de lo contrario, sería sumergido en el más demoledor y definitivo de los ridículos públicos.

Pero el golpe bajo a los testículos de la comparsa llegó a casa de Deep en forma de correo certificado, con remite del Ministerio de Justicia: «El Juzgado de Instrucción número 1 de Cádiz le imputa en un presunto delito de secuestro y homicidio frustrado en grado de tentativa. Deberá comparecer en dicho juzgado el lunes 26 de octubre para practicar diligencias...».

—Me cago en su puta madre. *Brother*, ¿tú no has recibido nada? —preguntó Deep a Johnny por teléfono con una temblorosa y vespertina disfonía.

—Afirmativo. Acaban de llamarme del juzgado. Me han dicho que nos presentemos acompañados de abogado, o nos pondrán uno de oficio. Yo llamaría a Gighi el Napolitano, que tiene un aire de mafioso que seguro los acojona.

A la mañana siguiente, antes de presentarse ante el todopoderoso juez Valjibia que instruía el caso, Deep y Johnny se citaron con Gighi, un abogado italiano especialista en defender a jóvenes acusados por delitos de corte subversivo contra autoridades políticas y policiales.

La cita comenzó del modo más optimizado posible, pues Gighi se confesó como un fanático seguidor del Comandante Matarratas. Así, lo primero que sacó de su repleta cartera fue el último libro del Comandante para que éste se lo firmara. Y aunque Johnny no estaba del mejor humor para dedicatorias, entendió que ésta era la mejor manera de asegurar una defensa con garantías que, por otra parte, se suponía imprescindible para evitar la cárcel. Parecía claro que el juez que les tomó declaración iba a por ellos, al margen de que estuviera investigando el atentado del CYCUTA en la dirección correcta. La presión social sobre el caso iba en aumento y no era la primera vez que su comparsa había sido objeto de un castigo ejemplarizante.

Una vez resumida la exposición del requerimiento, Gighi, sin restarle gravedad a la imputación, animó a sus defendidos a declararse inocentes en todo momento:

—A mí no me tenéis que justificar lo que habéis hecho, porque yo

estoy de acuerdo; pero al juez tampoco, porque él considerará entonces un doble delito: hacerlo y encima justificarlo. Os lo digo después de haber leído vuestra declaración: una cosa es la legitimidad moral de atentar contra quien te pretende joder el sustento, y otra muy distinta intentar que un juez facha —que además va a medias con estos cabrones— te lo disculpe. De momento, no hay pruebas de cargo contra vosotros. Por tanto, aunque os declaren culpables vamos a hacer lo posible por evitar la cárcel.

—¿Cárcel? ¿Pero tú cómo estás tan seguro de que hemos sido nosotros? —preguntó Johnny desde una repentina y distante inseguridad en su abogado.

Tras una monosílaba carcajada, Gighi guardó su libro en la cartera, y tras apurar el café, ponerse en pie y tender su mano en señal de compromiso, fue terriblemente sincero:

—Yo no estoy seguro, Johnny... Pero el juez sí lo está. En tu última declaración justificaste el atentado como si fueras Otegui, y con eso es suficiente.

—Pero, bueno, ¿tú ni siquiera nos vas a preguntar si hemos sido nosotros o no? —planteó finalmente Deep.

—¿Yo? ¿Para qué? Yo sólo defiendo a inocentes, y los inocentes siempre dicen la verdad. Los culpables son ellos.

Esta jacobina forma de despedirse de Gighi infló al Comandante de orgullo, pero Deep no pudo dejar de ocultar una mueca de confuso pavor, producto del eco que la palabra «cárcel» había provocado en el interior de sus parietales.

Ya en la puerta del juzgado, apareció de nuevo Gighi, con el semblante más serio y las facciones más tensas. Deep no paraba de trazar con su mano un circuito desde la cintura hasta la nuca, pasando por el esófago, la barbilla y el travesaño de sus oscuras gafas. El Comandante ojeaba su cuenta de Twitter vigilando la repercusión pública del caso. *El Coño de la Bernarda*, el amarillo diario del Carnaval, había irrumpido en la red con un tuit aséptico pero incómodo: «Continúan las instrucciones judiciales sobre el caso Sanlúcar. Por el momento, no hay detenidos». Johnny no lo comentó para no elevar la tensión, y mientras guardaba el móvil en el bolsillo se abrió la puerta lateral del despacho

del magistrado, por la que asomó el pálido rostro de la secretaria judicial solicitando a Gighi su presencia.

—¿Yo solo? Mejor. Esperaos aquí, camaradas.

Los imputados comparsistas cruzaron levemente sus miradas y se sentaron en un incómodo banco de robusta madera, a la entrada de aquel consagrado patíbulo.

A medida que pasaban los minutos, crecía la impresión de que Gighi iba a evitar un nuevo interrogatorio. Pero cuando esta impresión se había transformado en seguridad, nuevamente abrió la puerta la secretaria:

—¿Los delincuentes?

—No, Los Peregrinos.

—¿Cómo?

—Los Delincuentes son un grupo, señorita. De Jerez. Nosotros somos comparsistas: Los Peregrinos —respondió el Comandante altanero, apostando por el humor como sentido universal de supervivencia.

—Las explicaciones se las dan ustedes al juez. Pasen, por favor.

Gighi, de pie y de espaldas al juez, con la cartera bajo el brazo, guiñó con disimulo a Deep y a Johnny. Éstos se percataron rápidamente de que una buena parte del asunto podría estar resuelto a su favor, aunque había que oír al severo magistrado, quien sin disimular su contrariedad con la marcha del proceso, ofreció a ambos un rumbo inesperado:

—Sé que vosotros participasteis en el atentado. Uno de los inspectores reconoció tras su pasamontañas el aliento a Moods, tabaco que sólo usted fuma y alguno más.

—Si lo fumo solo yo, ¿cómo lo reconoció? —preguntó Johnny.

—Porque el inspector era ese «alguno más» que fumaba su tabaco hasta que dejó de hacerlo —respondió el juez desafiante, quien prosiguió sin que ya el Comandante se atreviese a interrumpirle de nuevo—. Es cierto que la prueba es débil, aunque para mí suficiente. Pero he pensado que quizá podrían ver reducida su condena y evitar la cárcel si a cambio colaboran en lo más importante de la investigación: quiero una lista detallada, con nombre y apellidos —nada de apodos— de todos los miembros de CYCUTA, así como una relación

de las labores que desempeña cada uno dentro de la organización, y un informe sobre las próximas autoridades políticas y administrativas contra las que piensan atentar.

Tras un largo minuto de silencio en señal de duelo, Johnny miró a Deep, quien sobrepasado por el chantaje judicial no atinaba a articular sílaba.

—No sé qué decirle, señoría; estamos presos por la conmoción de lo que nos propone —susurró Johnny para no mostrar descaradamente su alivio.

Pero el juez, jalando del ingenuo eufemismo del Comandante, añadió una última losa:

—Ustedes dirán si prefieren estar presos por la conmoción o presos por un delito... o por varios.

Johnny dio el único paso al frente que lo separaba de la mesa del juez, y golpeando con su pie el pie de su compañero, acabó entregándose:

—De acuerdo, señoría, aceptamos el compromiso. Sólo pedimos el tiempo necesario para entregarle el informe que nos pide con la certeza y la fiabilidad que la cuestión requiere.

—Tómense el tiempo que necesiten. Sólo les marco un plazo: si la organización CYCUTA vuelve a atentar, toda la culpabilidad recaerá sobre ustedes y el ingreso en prisión no lo evitará ni Dios.

—Van a ser buenos chicos, señoría —concluyó el abogado, señalando a los imputados el camino de la puerta para salir del despacho.

Johnny, fiel a su polémico estilo, no pudo evitar dejar su sello irónico, y desde la puerta espetó finalmente al juez:

—¿A mano o a máquina, señoría? Se lo digo por lo de evitar el polígrafo...

Deep empujó bruscamente a Johnny antes de que el juez Valjibia se arrepintiera de la oferta ante las desafiantes vaciladas del Comandante, y salieron del despacho como si por megafonía los hubieran requerido en un escenario para cantar. Sólo faltaba el pasacalles. Pero ninguno de los tres habló hasta que llegaron al mismo bar en el que se reunieron antes de la citación. Allí, en la barra, Gighi disfrutaba presumiendo de haber sido el ideólogo del improvisado plan. Deep se echaba las manos a la cabeza sin mover ficha. Y Johnny, que al parecer lo tenía todo muy

claro, pedía por vez primera en mucho tiempo un Jack Daniel's para celebrarlo.

—Alegra la cara, *brother*, que ya nos tocaba tener cogidos por los huevos a esa mancha de mamones. Van a poner de jurado este año a quienes digamos nosotros. O si no, los próximos en volver aquí van a ser ellos.

—O sea, que los piensas delatar —afirmó Deep entre la tormenta y el espanto.

—Faltaría más. ¿Quién te crees que nos ha delatado a nosotros?

—Perfecto, Johnny, los delatamos. ¿Y si acceden a nuestra petición para poner al jurado?

—Los delatamos después del Concurso. O antes. Hay que enterarse si los Boniatos están dispuestos a incendiar la sede de la Piara.

—Sinceramente, Johnny, a lo mejor no vamos a la cárcel, pero nos tendremos que ir de Cádiz. Creo que es una trampa. No me fío de ese juez. Sabe mucho más de lo que enseña y creo que va a por nosotros. En especial a por ti. Le has vacilado mucho, demasiado.

—¿Por mí? Ése no sabe con quien está hablando. O lo sabe demasiado bien. ¿Te digo lo que pienso? Es una intuición, pero creo que no tienen cojones de tocarnos porque él mismo sabe que —como tiremos de la manta— aquí cae hasta Dios: o sea, él. Si no, al tiempo.

El Comandante apuró el güisqui de un trago y pidió otro. Gighi se excusó y tomo asiento con otros clientes. Deep conectó el móvil para informar a Manolito el Panameño de la situación. La comparsa no podía saber nada. Era peligroso. Todos tenían amigos en CYCUTA. Se había salvado un gran escollo, pero el que tenían ahora por delante tampoco era minúsculo. Johnny pidió otro güisqui más y siguió ironizando sobre el dudoso corporativismo de CYCUTA: «Carnaval y Cultura. Unión de Tropas Anticapitalistas... y son los primeros que venden a su puñetera madre. ¡Anda que les den...!».

11. El llanto de las musas

La comparsa tenía que seguir avanzando, pero Johnny se enfrentaba a un problema cada vez mayor. Los autores de Carnaval eran cronistas de una época, portavoces del pueblo. Pero si el pueblo estaba dando para poco, la época daba aún para menos. Fueron infinitas las veces que se le escuchó lamentarse de haber nacido en un tiempo y un país equivocados. Su claridad ideológica y su vitalismo nietzscheano lo hacían desestimar y arremeter de modo constante contra la creciente inautenticidad de la sociedad que le había tocado, de su falta de valores, del materialismo ciego, del olvido de la excelencia. En definitiva, el Comandante Matarratas no perdía jamás el deseo y la necesidad de escribir pero cada vez creía menos en su sentido, en su fin social: «El mundo está desencantado. No me apetece seguir poniendo mi talento a su servicio».

Realmente, el mundo seguía siendo el mismo. El amor y la tierra mantenían intacta la fe del Comandante. Pero la gente iba cayendo en un escepticismo pasivo que desesperaba a un muerto. La rabia existencial de nuestro poeta rebosaba ante la falta de conmoción de una sociedad a la que la injusticia, la miseria y el abuso de poder le importaba menos que los emparejamientos de la Champions. Había comprobado en los últimos años no sólo cómo los jurados premiaban antes las crónicas necrófilas que las sacudidas de conciencia, sino —lo más grave— cómo el gran público había volcado selvas de opio sobre la suya. Exceptuando esa chusma selecta a la que tanto adoraba y para la que con tanto esmero escribía, al resto de la gente parecía incomodarle que le jalaran del cuello de la camisa, que le abrieran sus tupidos ojos.

—Johnny, esos temas no puedes olvidarlos. Como tú los tocas, no los toca nadie. Es cierto que no se puede abusar de ellos porque satu-

ran, cansan. Pero tampoco podemos dejar huérfanos a los que nos esperan. La gente necesita que le despiertes la conciencia —invocó en medio de un ensayo un siempre comprometido Vitorio.

—La situación ya ha cambiado, compañero. Los pocos que quedan con conciencia la tienen despierta. Al resto no puedo despertársela, sencillamente porque no la tiene —concluyó el descorazonado Comandante.

Deep, que conocía mejor que nadie sus cambios de humor, quiso animarlo con un poco de realismo ingenuo:

—Mira, *brother*, no te castigues. Plantéate que estás pasando una crisis, como la está pasando el país.

—Gracias, Deep, pero la crisis no la está pasando ni el país ni yo. Lo del país es una catástrofe; lo mío, un desengaño, incurable, progresivo y mortal, como el alcoholismo cuando no se detiene a tiempo. Nuestra sociedad ha entrado en fase terminal. Los ciclos históricos se repiten. La alianza Estado-Capital de nuestra era es igual de terrorífica o más que la alianza Iglesia-Estado del siglo IV, cuando oficializaron el cristianismo como religión oficial del Imperio romano. El poder se ha fortalecido consigo mismo y ha vuelto a perpetuar al pueblo en su ignorancia y su pobreza. En vez de la cruz, ahora usan a los medios.

—Pues, mira, ahí lo tienes: ése podría ser el tema de un gran pasodoble, aunque sólo sirviese para hacer un corte de mangas —apuntó Lolo el Cántabro con aguda y desacostumbrada óptica.

El Comandante Matarratas colaboró con el reflexivo silencio que los reflejos concursistas del Cántabro habían volcado de pronto en toda la comparsa. Sonrió y levantó el pulgar en señal de provisional despedida.

—Voy a tomarme unos días. Necesito caminar por la sierra al amanecer. Me marcho con Edy a una cabaña. Pero no os preocupéis; además del bastón, me llevo la guitarra... Vosotros seguid ensayando. Yo me encargo del resto.

Durante las dos semanas siguientes, el grupo, más que a ensayar, se dedicó a debatir acerca de la necesidad de incluir un pasodoble de los que ellos llamaban «de efecto», una letra de ésas que el Comandante odiaba porque pertenecían al género que él mismo bautizó como «tra-

gedia-ficción», la antítesis de su paradigma de Carnaval, pero que si se construía bien solía provocar el llanto fácil, la ovación y la consecuente lluvia de puntos en el jurado. Se trataba de plantear un drama, normalmente basado en hechos reales, que desbordara la primitiva emoción de un perfil concreto de público, el que durante las últimas ediciones copaba casi al completo el aforo del Teatro.

El Yanqui, uno de los últimos en llegar al grupo y que, por tanto, menos conocía la intransigente personalidad de Johnny en ese sentido, fue el promotor de una idea que en un principio no fue bien acogida por el grupo. Propuso que la composición del texto corriera a cargo de las mejores plumas de la comparsa, y que una vez desarrollada y corregida, fuese cantada al Comandante, a ver si colaba.

La primera reacción de algunos prudentes veteranos fue tachar el proyecto de pasión inútil.

—Perder el tiempo, cabrear a Johnny y hacerle que olvide la poca sintonía que le queda con nosotros, eso es lo que vamos a conseguir —sentenció Pepe el Converso desde su crítica prudencia.

Pero, sorprendentemente, el mejor amigo del Comandante, el propio Deep, de súbito se levantó del asiento en el que, mudo, había asistido al debate. Y sonriendo a la misma velocidad que pensaba, transformó su inicial escepticismo en fe absoluta:

—Él nunca va a escribir cosas así. Pero nosotros podemos intentarlo. Si fuésemos capaces de venderle la moto un día de ésos de los que él viene generoso, no descarto que lo acepte. En todo caso, va a depender de nosotros. ¿Qué tema proponéis?

Todos se miraron pero ninguno fue capaz de articular sílaba. No estaban pensando. A decir verdad, estaban temiendo. Si el proyecto no cuajaba y el Comandante lo recibía como una reacción contra su modo de entender el Carnaval, existían serias posibilidades de que los temerarios comparsistas responsables del desafío cayesen en su definitiva desconfianza, y que por ello no durasen en el grupo más de lo que tarda en saltar levante. De alguna forma todos sabían que, más que en un deporte de riesgo, aquello podía convertirse en un suicidio carnavalesco. Hasta que, finalmente, Peter Pan rompió el hielo con un balón bombeado al área:

—El año pasado, los Boniatos trajeron un pasodoble sin terminar, a ver qué nos parecía. La idea no nos disgustó del todo, pero el desarrollo, a ratos, nos perdía, la rima no sorprendía y la falta de final claro hizo que el grupo terminara sin echarle demasiada cuenta. No se supo más del pasodoble.

—Y ¿se puede saber de qué iba? —preguntó interesado Mon, mientras el resto seguía con enorme expectación la sugerencia de Peter.

—No sé si lo entendimos bien, pero si mal no recuerdo, hablaba de un director de banco que desahució a varias familias de sus casas mientras ocupaba el cargo. Un día, el banco en el que trabajaba suprimió la sucursal que este hombre dirigía, y redujo plantilla hasta el extremo de dejar en el paro al propio director. A los dos años, una mañana llegó la policía con una ejecución de embargo al domicilio del exbanquero. Al abrir la puerta, el hombre se encontró con que la Plataforma Antidesahucios estaba allí para impedir que lo echaran de su casa. Pero cuando los de la Plataforma reconocieron al banquero, el mismo que había ordenado sus propios desahucios, entonces...

—¿Entonces qué, Peter? ¡Por tu madre! ¡Sigue, sigue, estoy nervioso! —gritaron varios al unísono.

—Entonces se acabó el pasodoble. Ya no se supo más de él...

Un hondo lamento de desesperación y estafa se apoderó del grupo.

—Es fácil. Le pregunto al Boniato si lo va a utilizar este año, y si no, pues lo acabamos nosotros —propuso Peter Pan, concluyendo el debate con un generoso sentido de la compensación.

—Vale. La idea puede ser buena. Nosotros nos encargamos de ir redactándola —dijo Paul señalando a Cristiano.

El personal se miró como sin tenerlas todas consigo, ya que ni Cristiano ni Paul registraban crédito literario en su historial como para materializar un pasodoble que, en caso de éxito, tendría que ir firmado por el mismísimo Comandante. Pero como tampoco había nadie más dispuesto a ejecutar aquel intento de suicidio, el grupo al completo dio a éstos el beneficio de la duda.

Entre tanto, y a más de cien kilómetros al noroeste de la ciudad, Edy y Johnny recorrían interminables y escarpados senderos, que los elevaban a gargantas y cumbres donde divisar evocadoras inmensida-

des entre amaneceres en extinción. Era uno de los éxtasis necesarios del Comandante que, haciendo honor a su apodo, siempre guiaba la pequeña expedición portando no más que fruta y agua en su mochila, además de su inseparable libreta.

Aprovechaba cualquier cima o descanso para sentir el clímax de la identidad, de la fusión, de la armonía con la naturaleza, en relajantes pero intensos ejercicios de contemplación reflexiva, que solía interrumpir con severas críticas al vasto imperio de la civilización occidental.

—Confieso que me descubro ante la estrategia política de Moisés: si en algún lugar puede oírse la palabra de Dios es aquí.

—Y en el mar —completaba Edy, como buscando el horizonte en el fondo de los valles.

—Aunque mejor comprendo a san Francisco de Asís: la montaña es mi hermana; el águila, mi amiga; la araña, mi compañera.

—Qué religioso te vuelves en cuanto ves dos pinsapos en persona —le decía a menudo su lozana Edy, que lo acompañaba pero sin participar demasiado de la comunión orgásmica de Johnny con las cordilleras.

—La religiosidad no consiste en rezar las oraciones aprendidas, ni en ponerle velas a las vírgenes, ni en suplicar favores a los santos. Eso es superstición barata. La auténtica religiosidad es profundamente pagana y está en la base de todas las religiones originales. Ser religioso es plantearse el sentido de una existencia limitada en el tiempo, tomando conciencia precisamente de esa finitud constitutiva del ser humano que es la muerte, pero que nos guste o no —que no nos gusta— es el único destino y el sentido absoluto de nuestra vida. Ser religioso, plantearse todo esto, en la plenitud o en la tragedia, no te obliga en modo alguno a profesar una religión construida desde la ignorancia y el miedo, por toda suerte de chamanes y sacerdotes que buscan en ella la catapulta para encaramarse a los tronos terrenales del poder y el dinero. Eso no soluciona el drama de la existencia; antes, al contrario, lo complica: por vivir subordinado a la otra vida, a la que no existe, dejas de vivir la que tienes, la única que hay. No hace falta admitir la supremacía de ningún dios. Ser ateo es tan sencillo como aceptar solamente la realidad tangible, la visible, la demostrada, la deducida.

—Pero Johnny, no seas grosero, querido. Sabes que Dios no se

presta ni a deducción, ni a demostración; ni a la vista, ni al tacto. Es tan superior y perfecto que su naturaleza escapa a todas esas capacidades humanas, que por muy inteligentes que sean, son eso, humanas.

—De lo que deduzco que, según usted, sor Edy de Cádiz, lo divino sólo puede comprenderse desde lo divino, y que, por tanto, lo humano está tan radicalmente separado de lo divino que hace imposible la identidad... Pues más claro me lo pones.

—En Dios sólo se puede creer o dejar de creer —resumió Edy, quien empezaba a dar síntomas de pereza intelectiva, además del nerviosismo propio del creyente que se presiente amenazado al comprobar la debilidad dialéctica de la fe.

—Amada mía, sólo entiendo la fe a partir de indicios firmes, de huellas claras. Y no las hay. No necesitamos reconocer a un Creador de todo esto... salvo por una cuestión de literatura romántica.

—¿Tú no tienes miedo a la muerte?

—La muerte no me da miedo, sino coraje. No soporto dejar aquí a tanto como quiero porque un día me obliguen a marcharme sin billete de vuelta.

—Miedo o coraje, llámalo como quieras, pero te agobia la muerte —dijo Edy clavando el dardo envenenado.

—La muerte, decía Epicuro, no debe ocuparnos. La muerte no es compatible con la vida. Y una vez muertos, te aseguro que nadie se ocupa de nada. Es *pa ná*, como dicen en mi tierra.

—Pero tú no dejas de darle vueltas. A ver si te aclaras —continuó Edy, echando sal gorda en la herida.

—Cierto, el silogismo de Epicuro no es más que un regate lógico al drama de la existencia. Pero no vale. La lógica puede reducir al absurdo la forma de una proposición, pero no su contenido, máxime si como —en este caso— el contenido es puramente emocional. Y dame un cigarro...

—No tengo. Entonces, queridísimo Bill, ¿hay que vivir como si cada día fuera el último?

—Depende del día. Por ejemplo, hoy sí. Por eso, dame un cigarro. Mañana no existe. Cada vez que llega mañana se convierte en hoy, y así sucesivamente. Pero no hay forma de detener el tiempo. Qué putada.

—Pues yo creo en Dios —concluyó Edy, haciendo inútil la reflexión de Johnny, quien en sus discursos acumulaba siempre la pretensión encubierta de racionalizar a Edy, algo a lo que ella se resistía en rotundo.

—Cuando tú —o quien sea— me explique qué o quién es ese Dios del que lleváis tantos siglos hablando, entonces yo podré decir «yo también» o «yo tampoco». Pero mi problema, cada vez que hablo con un creyente, es que nunca me dice a qué se refiere cuando nombra la palabra imposible, la palabra Dios. Sentido y referencia, Edy, sin lo cual no hay concepto que valga.

—Mira, Comandante Matarratas, yo creo en Dios porque me lo enseñaron, y todos los días le pido por nosotros. Eso me ayuda a vivir. ¿Es malo? Y tú serás todo lo ateo que tú dices que eres, pero en tus comparsas no paras de hablar de Dios.

—No exactamente, Edy. Dios es un recurso literario y, por supuesto, antropológico, como la Biblia, el mayor tratado de antropología jamás escrito. Dios es el concepto más torpe y a la vez más hábil creado por el hombre, según se use. Se trata de ponerlo a tu servicio como y cuando te convenga a ti, y no a Él. Sin subordinarte. De lo contrario estás perdido. Es un delirio de la razón, necesario quizá, pero un delirio. La cuestión es hacerlo útil. Y sí, claro, lo utilizo en mis canciones. Me funciona.

—¿Estás desafiando a Dios, queridísimo Bill?

—No, queridísima Edy, te estoy desafiando a ti. Dios no está ahí ni siquiera para dejarse desafiar. Y menos por mí. No soy tanto. Al final va a resultar que tengo un concepto más elevado de Él que tú.

—Tengo hambre, Johnny, ¿tú no?

—Sí, anda, pídele a Dios que nos traiga un revuelto de espárragos trigueros y una botella de Ribera del Duero. A veinte grados, si puede ser... O mejor me conformo con que le pidas que deje algún bar abierto en el pueblo, que se nos está echando la hora encima.

Aunque disimulaba a duras penas, a Edy le enojaba la astucia filosófica del Comandante, pues en su hondo pesar, admitía su impotencia para combatirla. Y aunque quiso cambiar de tema, ya no pudo evitar que el camino de vuelta fuese un continuo chorreo de meditaciones trascendentales salpicadas con saltos intelectuales de pértiga.

—Oye, Edy, ¿tú crees que la presencia de Dios en mis comparsas no

es más que un ejercicio de rebeldía por la fe perdida, o será más bien un intento de sublimar ese rescoldo de fe que aún conservo?

—Creo sinceramente que tú eres tan creyente como yo, pero a tu forma.

—No te equivoques, bella mujer, pensar y creer son dos verbos distintos. En el primero no va incluido necesariamente el segundo. Pienso para saber si creo o no, y hasta qué punto. Si el pensamiento sobre Dios no estuviera tan cerca de la Iglesia católica, quizá fuese más fácil terminar creyendo algo, admitiéndolo en alguna medida. Pero por desgracia nuestro pensamiento sobre Dios está deformado, culturalmente intoxicado por sus históricos poderes y atributos, tan contradictorios entre sí que ninguna reflexión crítica puede admitir su existencia sin más. Por ejemplo: ¿has observado la antítesis demoledora que hay en el mundo entre el orden físico y el caos humano? El universo está ordenado según leyes fijas. De hecho, «cosmos» en griego significa «orden». Se supone que ese orden lo introdujo el Creador para poner fin al caos reinante. Pero el hombre, aún siendo parte del universo, escapa a todo orden. El caos humano procede, o bien de nuestra falta de entendimiento sobre nosotros mismos, o bien de nuestra falta de voluntad para entendernos, que no sé qué es peor. Pero es un caos. Siempre lo ha sido. Y desde el caos que tienen montado los hombres han querido fabricar un arquitecto divino. Así les ha salido. Cuando dicen que Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, realmente estamos diciendo lo contrario: el hombre, a su caótica imagen y semejanza, hace a Dios. Y el resultado no puede ser otro: un concepto tan insuperable que no es posible ni para creerlo. Por eso, a día de hoy, a siglo de hoy, a milenio de hoy, seguimos como al principio.

—Pues en algo hay que creer —apostilló Edy resignada.

—Quizá. Pero si crees, crees. Quiero decir, militas, comulgas. No te quedas danzando en un sí pero no. Sin ir más lejos, yo «creo» en el Carnaval. Lee esto.

Y llegando al pueblo, el Comandante se sentó en una roca junto a la carretera. Abrió su mochila. Sacó su libreta y se la mostró a Edy por los últimos versos escritos:

Creo en ti, oh, Todopoderoso Carnaval de Cádiz.
Creador del Cielo inmenso de los pobres
y Creador de la Tierra como calle.
Creo en el Tío de la Tiza, su hijo primero,
y en todos sus hijos, los otros, los chirigoteros,
que los concibieron por la obra y la gracia del divino Espíritu
que el pueblo necesita,
el pueblo que nació de la Virgen Tacita.
Creo en ti, Carnaval gaditano,
que padeció bajo el poder de tantos tiranos,
hasta ser crucificado
muerto y sepultado.
Y que, desde los infiernos,
resucitó al tercer siglo de entre los muertos.
Y ascendió a la Cruz Verde,
donde vive sentado a la izquierda del Falla,
adonde brilla su reino,
para que la gente viva feliz
aunque no tenga gobierno.
Creo en el Espíritu Libre y Santo,
en la Iglesia de Los Compases Celestiales,
en la comunión de la gente cantando,
el perdón de los pecados inmorales,
en la resurrección de las caras pintadas de blanco
y en la vida eterna de los carnavales.

—Cántamelo.

—Ahora no, Edy. Luego, con guitarra. Es una canción. No es para ser leída, sino cantada.

—Entonces, ¿para qué la pones en la novela?

—¿En qué novela, en la del capillita? Esa gente sí que no cree ni en lo que adora.

—Pero ésa es la libreta de la novela, ¿no?

—No. Ésta es la de Los Peregrinos. La de la novela es la que tú me regalaste.

12. La primera estrofa

Esa misma tarde llegaron Paul y Cristiano con la primera estrofa del pasodoble prometido. Propusieron al grupo que la escuchara para que emitiera su juicio, por si no gustaba cambiar de rumbo... o de poetas.

Los dos improvisados Matarratas se colocaron en el centro. La comparsa los rodeó entre la expectación y el temor de saber que, de alguna manera, estaban conjurando contra el Comandante. Sonaron las guitarras, y Paul y Cristiano cantaron de memoria:

> En un Cajasol gaditano cualquiera,
> había un director, usurero de veras,
> maldito del *to*, para que tú lo vieras,
> los dientes *pa* fuera,
> *po* más malo era...

Y ahí lo dejaron, como el que no quiere la cosa. Entre el estupor y la ironía, el grupo intentó mantener el tipo, pero, como si se estuviera rodando a cámara lenta, terminó estallando en una carcajada sana, inevitable, sin maldad alguna.

—Lo de «maldito del *to*» es la descalificación más baja en la que puede caer un director de banco; ni miserable, ni cabrón: «maldito del *to*». Mañana, como al director de Unicaja se le ocurra negarme el préstamo para el coche, se lo digo en la cara: eres «maldito del *to*» —afirmó burlón Adriano, provocando que la risa se desbordara y los puñetazos en las mesas sonaran más fuerte.

—A mí me ha parecido más humillante lo de «los dientes *pa* fuera... *po* más malo era». Entre la rima consonante y la ofensa física me

recuerda a Quevedo —añadió el Bombero planteando un agudo símil que casi nadie advirtió.

—¿Mami Quevedo, el que jugaba en el Cádiz, que se casó con Cristina Tárrega? —preguntó sorprendido Silva.

—No, Silva, Mami no, Francisco, Francisco de Quevedo, su tío — dejó caer con irónica malicia un desesperado Pepe.

Deep llamó al sentido común.

—A ver, el planteamiento no está mal. Lo que ocurre es que, si empezamos así, el público va a pensar que nos hemos convertido de pronto en chirigota. Sería mejor tal vez que lo empezara a escribir alguien que cuidase más la forma, sobre todo al principio. Si empezamos atacando de modo tan visceral, ¿qué vamos a dejar para las últimas estrofas?

—¿Y por qué no buscamos otro tema que no despierte tanta rabia? —apuntó Peter Pan, arrepentido en parte por haber rescatado una idea de los Boniatos que quizá en este modelo de comparsa jamás encajaría.

El Chino, que poseía la habilidad de confundir al grupo con la dispersión de sus múltiples saberes, se señaló a sí mismo como portavoz de una nueva sugerencia:

—En mi casapuerta vive una mujer muy mayor, en el primer piso, que lleva cinco años en un carrito de ruedas, sin poderse mover de allí porque no puede bajar las escaleras con el BMW. No tiene a nadie, sólo a una hermana medio coja, tanto que lleva muletas. Algunas tardes la saca de paseo. Pero el descenso de las escaleras es una odisea que cualquier día acaba en tragedia. Al parecer, la mujer ha estado intentando que la instalen en la planta baja, que tiene un piso deshabitado. Pero el dueño del piso se niega porque quiere hacer reformas para venderlo, y en Servicios Sociales no le ofrecen ninguna solución. Algunas veces, me he percatado de la dificultad y la he ayudado yo: primero he bajado a la vieja en *borricate*, la he dejado en el suelo y luego he subido a por el carro, pero jugándome la vida, ya que el carro pesa una tonelada, y la vieja se me agarra al cuello como un puma... y me asfixia (la cabrona). Ahí os lo dejo.

—Dramática historia, sí señor —rubricó el Tío Mon apurando su tercera lata de cerveza.

—Dejádmelo a mí que me veo capaz de escribirlo. Me he acordado de mi madre, que está fatal con la cadera y me he puesto en solidaridad.

No os garantizo nada, pero a ver si en esta semana puedo traeros algo, y ya vosotros me ayudáis a terminarlo.

—Perfecto, Mon, tú te encargas. Pero el lunes viene Johnny; a ver si el viernes, como muy tarde, tienes algo —le rogó Deep echándose las manos a la cabeza, del todo inseguro ante el osado atrevimiento de Mon, al que siempre encantó hacer funambulismo sin barra de equilibrio, ¿para qué?

En el otro hemisferio del mundo, el Comandante apuraba sus últimas horas en la montaña, cuando una comprometedora llamada apresuró su vuelta. El pequeño Boniato, el menor de los hermanos y buen amigo de Johnny, le había dejado un mensaje de voz en el que decía: «Johnny, tenemos que vernos. Es delicado. Cuestión de Estado. Cuando llegues a Cádiz me llamas».

El Comandante, intuyendo el motivo de la llamada, no dudó en adelantar un día su retiro trascendental. Y a la mañana siguiente, sacrificando su última excursión, regresó a Cádiz y se citó al mediodía con el pequeño Boniato en la Alameda.

Moreno Deivis, como se llamaba realmente, llegó con la cara descompuesta, invitando al Comandante a sentarse en un banco mientras se calmaba; y tras encender un segundo cigarro, le expresó a Johnny su desazón:

—Nos están pisando los talones. En el Juzgado de Instrucción número 1, el que lleva el caso CYCUTA, saben que mi hermano y yo pensábamos incendiar la sede de la Piara. En el número 2 trabaja un amigo que me ha llamado para advertírmelo. Por lo visto el juez Valjibia está llamando a declarar a gente implicada en atentados y alguno se está yendo de la lengua.

—Ya lo sé, pequeño Boniato. A Deep y a mí nos citaron el otro día como imputados en el asunto de los inspectores que aparecieron amordazados en Bajo Guía.

—Y cómo lo sabían —preguntó Deivis.

Johnny, muy astuto en esta ocasión y presintiendo que jugaba con ventaja, demoró intencionadamente la respuesta, mientras Deivis encendía otro cigarro sin saber adónde dirigir la mirada.

—No lo sabían. Porque no pueden saberlo. Nadie puede saberlo. De

hecho, ¿tú lo sabes? Se lo imaginaban... Pero se lo imaginaban mucho, tanto que diría que alguien se lo había soplado —respondió el Comandante mirando al cielo y mascando su chicle con chulesca lentitud.

—Yo no me fío de @mellamoale. A él también lo citaron y hace unos días abandonó de pronto el grupo de WhatsApp, sin que aparentemente ocurriera nada y sin dar ninguna explicación —dijo el pequeño Boniato, como queriendo desviar la manifiesta sospecha que Johnny había sigilosamente levantado contra él.

—Yo no me fío de nadie. Dile a Henry Torbellino que nos convoque a todos urgentemente. Que deje claro que quien falte a la reunión se estará delatando. O damos con el chivato o el Concurso de este año se va a celebrar en El Puerto II.

Sin casi despedirse, marchó Johnny para llamar a Deep y comunicarle la situación. Pero Deep se había adelantado. Él había sido objeto de otra llamada por parte de Séptimo, el director de la comparsa de Jesse Welcome, que también había sido citado a declarar.

No tardaron en darse cuenta de que la lista que les había pedido el juez ya no tenía sentido. Alguien próximo andaba colaborando y estaba identificando a CYCUTA con el Comité para la Decencia del Concurso, plataforma que amenazaba a la Piara con quitarle la organización del COAS. Indefectiblemente, se trataba de alguien muy próximo a la organización o al Comité. Pero ¿quién?, preguntaban entre la indignación y el miedo.

Quedaba claro que en lo sucesivo había que cambiar de estrategia. Si el chantaje judicial seguía surtiendo efecto podrían estar en el abismo de las mutuas traiciones, y todos caerían. Había que ir más allá: complicar la trama implicando a tantos peces gordos que el propio juez se viera obligado a paralizar la investigación... o a archivar todas las causas.

Deep y Johnny quedaron antes del ensayo para iniciar una investigación paralela, previa a la reunión de CYCUTA. Menos mal que ellos, de momento, no habían caído en la tentación de entregarle al juez la lista negra. Al menos, de una de las dos condenas —la pública— quedaba a salvo. La otra, la particular, seguía en el aire. En el contaminado aire.

13. Adiós a la patria

La tarde presagiaba borrasca, en el cielo y en el entorno de la comparsa. En la previa del ensayo, Deep, con fundado temor ante el osado proyecto literario del grupo, había dejado caer al Comandante la conveniencia de ir completando el repertorio con algún tema sensiblero de los que arañan puntos. Incómodo y molesto —aun manteniendo la diplomacia—, Johnny no fue rotundo ni categórico, como en otras ocasiones, pero de nuevo volvió a plantear el conflicto entre las dos grandes formas de concebir el Carnaval.

—*Brother*, la emoción se provoca de modo natural. Los pasodobles de diseño me resultan vomitivos. Cuando no se escribe con el alma el resultado es artificial. Me da igual que a una parte del público le guste. A mí no. Es absurdo que predique una cosa y haga la contraria.

—¿Y si dejas que alguno de los chicos traiga un apunte y tú le das esa forma tuya inigualable? —apuntó Deep cauto, pero soportando la inexorable aceleración de su ritmo cardíaco.

—Un carajo como la torre de Iberdrola —fue la despiadada respuesta de Johnny.

Una mueca de risa incompleta avergonzó el rostro del director. Pero el Comandante, al sentir la violenta desazón que había provocado en su amigo, reaccionó con inusitada bondad:

—Es broma, chaval. Si traen algo lo escucharé. No voy a perder nada. Pero si digo qué me parece, no me acuses de cruel: más crueles son ellos conmigo si se atreven a algo así.

Deep volvió a encajar su rostro. Pagó los cafés y dejó a deber el mal trago. Para tanto no llevaba en la cartera.

Con toda la intención, el Comandante Matarratas retrasó su llegada junto a Deep al ensayo, de modo que el grupo estuviese al completo

para recibirlos. Al bajar del coche, la ironía de Johnny delataba que ya estaba al tanto del proyecto de pasodoble.

—¡Cuánto Benedetti, Garcilaso y Neruda juntos veo ante mis ojos! ¡Esto no es una comparsa; es la generación del 98 un siglo después!

Una vez más, la mayoría del grupo no sabía dónde meterse ni qué cara poner. Cuando Johnny saludaba con esa ironía tan mordaz, el desconcierto desafinaba las cuerdas de las guitarras.

—A ver, que me doblo de ilusión, ¿quién es el primero que se atreve a desbancarme? ¿Con quién tendré que compartir en lo sucesivo mis derechos de autor?

La aureola de mofa que rodeaba a Johnny era insultante, intimidatoria. Pero Mon, que no le teme ni a Dios ni al diablo, cogió una guitarra, e instó al Comandante a que se sentara:

—Escucha esto, Johnny, y dime luego qué te parece. Está basado en hechos reales:

> Una viejecita del Barrio La Viña
> vivía *postrá* en su silla de ruedas,
> pero su rodar, un diita cualquiera,
> va a ser boca abajo
> por las escaleras…

—¡Alto! —interrumpió Johnny—. Has empezado por el final. Te has cargado a la vieja en el quinto verso. En principio no está mal. Es todo un récord en el planteamiento de una tragedia. Pero, sinceramente Mon, ¿no crees que si provocas tanta angustia de partida, el público puede dar por resuelta la trama y abandonar la sala a mitad del pasodoble?

—No, Comandante, ahí está la diferencia, que al final salvo a la vieja.

—Entonces no vale, Tío Mon, que pareces nuevo. La vieja tiene que mantener la ilusión durante el pasodoble, pero morir contra pronóstico en los versos finales. Eso es lo que sorprende, lo que hace llorar. Si no, fíjate en los pasodobles de las comparsas estos últimos años. Durante el desarrollo, el poeta consigue que el público tome cariño al personaje, y en la última estrofa es cuando se lo arrebata.

—Hostias, es cierto —claudicó Mon ante la evidencia.

Mon no reparó en la insolente burla a la que estaba siendo sometido por un Johnny más sarcástico que nunca, quien había decidido colaborar en el esperpento para conseguir una diversión particular a su costa que, poco a poco, fuese minando la moral del proyecto.

—¿Ninguno más ha traído nada que puede ser útil? —preguntó Johnny mirando a la grada, con un interés que ya comenzaba a levantar la sospecha de los más perspicaces.

Pero el propio Mon, ni corto ni perezoso, sacó un nuevo as de su ancha manga. El definitivo.

—También he traído esto. Es sólo una idea que tú, querido Comandante, podrías rematar. Es al Ejército, que se está pasando con nosotros, y yo sé que tú fuiste insumiso en su día. Tanto control… ni que fuésemos nosotros unos reclutas de los de antes.

—Por favor, Mon —protestó desesperado Deep, a quien le superaban las inocentes cabriolas del veterano cantante—, que estamos en territorio militar, hijo mío…

—¡No importa, de los cobardes nunca se escribió nada, venga ahí, con dos cojones! —dijo el Comandante Matarratas, excitado con el riesgo no calculado de Mon y prometiéndoselas muy felices.

Y allá que fue aquella elegía al poder militar:

En la sociedad española de hoy,
adonde la paz reina por todos lados,
pregunto en verdad ¿*pa* que están los soldados
que con los impuestos
nosotros pagamos?
Pa ná, ya no sirven *pa ná*, porque están, además, todo el día
[en la cantina.
Pa ná, ya no sirven *pa ná*, sólo hacen charlar de las mismas
[pamplinas.
Lo que deberían hacer es quitar el ejército que es una ruina…

—Buenas noches, caballeros —sonó la voz del coronel saludando desde la puerta—. No se lo tomen a mal, pero tengan a bien recoger

sus instrumentos y abandonar definitivamente nuestras instalaciones. Agradézcanme que no les demuestre para qué sirve el Ejército en una situación como la que ustedes acaban de provocar. ¿Les parece correcto devolver el favor que se les ha prestado con una canción como ésa?

El silencio se apoderó de toda la comparsa. El Tío Mon cubrió su testa con la funda de la guitarra. El resto, raudo, acometió la recogida de los instrumentos y los cascos vacíos de licor, abundante como cada viernes. El coronel seguía en la puerta vigilante, sin moverse, retorciendo la mandíbula como un felino cuando va a atacar.

—No me parece correcto, coronel. Tenga mis disculpas y las del resto del grupo. Entendemos su enojo. No les molestaremos más. Y muchas gracias por su buena voluntad. Si encuentra algunos tornillos sueltos por el suelo, llame al grandullón para recogerlos. Son suyos. Sólo a él se le ocurre algo así. Los demás no lo sabíamos. Lo dicho. Buenas noches. Ha sido un placer.

Las medidas excusas de Johnny hicieron dar un paso atrás al coronel, pero ya era tarde. La vergüenza del grupo le impedía seguir ensayando allí.

Salieron en silencio. Ya fuera del recinto, y aún dentro del asombro ante la insensatez de Mon, el propio Johnny celebró el pasodoble de Mon y sus consecuencias:

—Insuperable, Mon. Te felicito. Jamás pensé que tus dotes literarias fuesen capaces de acabar con la pesadilla de ensayar aquí. El pasodoble no se va a cantar porque el tema llega con dos décadas de retraso, aunque la rima es muy original: «cantina, pamplina, ruina...». Pero hay que mirar su lado positivo. Volvemos a nuestro local de ensayo de siempre. Habrá que seguir pagando el alquiler, pero se le descontará a Mon del primer reparto; al fin y al cabo, ésa era su intención, ¿no, Mon?

—Hombre, no exactamente. No podía imaginarme que en ese local había cámaras conectadas al despacho del coronel.

El Comandante y su corte se sentaron en la terraza del bar situado a las afueras de la Residencia Militar de Cortadura, su «oficina», como lo llamaba irónicamente Johnny, dado que allí era donde se reunían siempre para abordar la administración de la comparsa, y donde él mismo liberaba gran parte de sus inquietudes poéticas.

Dolidos pero resignados, alrededor de las preceptivas copas del viernes, atendieron en silencio las positivas reflexiones de un Comandante por cuyo borde se derramaba su catarata más anarquista:

—Problemas con la Justicia, con la Seguridad Social, ahora con Defensa, prófugo del sistema educativo… ¿Queda algo más en el Estado que no dé por culo? En vez de en el COAS, deberíamos presentarnos en Uruguay. Allí nuestra vida tendría más sentido que aquí. Estoy harto de un país de súbditos imbéciles a las órdenes de gobernantes inútiles. Y lo peor: esto ya ni siquiera tiene sentido denunciarlo cantando, como hacíamos antes, pues la gente ahora escucha y mira para otro lado, como si estuviésemos hablando de Tanzania. Prefieren distraerse oyendo tragedias inventadas de los comparsistas al uso porque, al menos, les hace olvidar lo que tienen delante, total, si no piensan mover un dedo y están dispuestos a seguir soportándolo… De hecho, os iba a cantar hoy esta cuarteta para el popurrí…

Ante la renovada expectación de los presentes, y aprovechando que en la terraza del bar ya sólo quedaban ellos, el Comandante Matarratas desenfundó la artesana guitarra de Peter Pan, desdobló una cuartilla emborronada sobre la mesa y entonó estos versos con honda y desgarrada épica, como si el Carnaval tuviera menos solución que el mundo:

Siete pecados son capitales
si le hacen daño al Espíritu Santo de los Carnavales.
Pero el mayor pecado mortal
es ir al Concurso con la exclusiva intención de ganar.
La codicia de lo ajeno, escribir por vanidad.
Hacer lo mediocre bueno y, lo bueno de verdad,
arrinconarlo para ver si no se da cuenta la gente,
vaya a ser que lo convierta en sublime y excelente,
mejor se premia una historia que ni el que la canta, siente.
Por eso cualquiera llega aquí más rápido y más lejos que el
[valiente…

Y hacer del poderoso grito de mi pueblo…
Del grito de mi pueblo un silencio cómplice,

que no perfore el tímpano ni tronche el látigo
del banquero ladrón y el empresario mísero,
del ministro cabrón y el gobernante vándalo.
Y en medio del escándalo,
su grito terrorífico
ayer fue canto mítico.
Hoy es silencio bárbaro
que inventa
cientos de tragedias imposibles
para que la gente olvide que la suya,
la suya es la única real...
Y eso nunca ha sido Carnaval, oh, pueblo, no.
Mas tu humilde mérito y tu honor no te lo quito.
Pero, aunque te duela, te repito: oh, pueblo, no,
eso nunca ha sido Carnaval...

La decena corta de peregrinos que gozaron la fortuna de catar la primicia del Comandante, celebraron doblemente la cuarteta, como final feliz del capítulo militar y como reivindicación de una concepción del Carnaval que —manifestada de esta forma— sí compartían con su autor. Y la noche, como en señal de agradecimiento, les brindó el colofón.

—Están televisando el pleno del Ayuntamiento. ¿Hoy no se votaba la sustitución de la Piara por el Comité para la Decencia del Concurso? —alertó el camarero a los comparsistas.

Cambió el tercio y entraron en el bar para agolparse bajo el televisor, atentos aunque temerosos de que los rumores sobre el cambio finalmente se torciesen en la votación, pues así solía suceder en el Gobierno de la ciudad con todo lo que proponía su alcalde.

Pero en esta ocasión la oposición política no tuvo valor de enfrentarse al mundo del Carnaval ante las cámaras. Se manifestó en contra del Comité para la Decencia, pero se abstuvo en la votación. Eureka. Victoria, pues. Al fin. Parecía un sueño. Algunos no daban crédito. El primero, el propio Comandante, que pidió un chupito de licor para celebrarlo, en contra del serio reojo de Deep.

—Cuidado, Johnny, que cada vez que andas por el alambre acabas en el suelo.

—O en el cielo, *brother*, o en el cielo...

Eufórico, el Comandante siguió pidiendo chupitos, hasta cumplir la media docena, instante en el que solicitó su ingreso en el «Jack Daniel's *on the rock*», presagio de desdentadas aventuras.

—Kichi I de Rotterdam *for president* —clamó alzando su güisqui, mientras sus mejillas iban cobrando el tono del crepúsculo y sus ojos el brillo de un triunfo merecido.

—¡Qué de años ha costado; creí que este día no llegaría nunca: al mismísimo carajo la Piara! *Brother*, ¿sabes qué vamos a hacer ahora? Ir a la reunión de CYCUTA. Vamos a reventarlo todo. Éste es el momento.

—La reunión se ha aplazado para el lunes, Johnny. Además, he estado hablando con algunos de ellos y parece que el círculo se cierra sobre Juaqui el Sepulturero.

—Me lo temía. Lo malo es que esto lo va a terminar de desatar —observó el ebrio poeta, hondamente consternado por la contrapartida que de pronto había acabado de aparecer.

—Si el Sepulturero era el chivato, ahora, sin nada que perder, nos puede terminar de arruinar. Pero, insisto, ese mierda sólo sabe lo que alguno de nosotros haya podido contarle.

—Cierto, Johnny, pero de eso nunca nos vamos a enterar, a menos que...

—A menos que pongamos contra la pared al soplón del Moreno Deivis, el que trabaja en el Juzgado número 2, que es quien lo advirtió —completó la estrategia el Comandante.

—Pero lo que tú no sabes es quién es el soplón del Moreno: te vas a quedar muerto.

—¿Quién, *brother*? —preguntó Johnny, enseñándole el vaso vacío al camarero para que se lo llenara.

—Paco el Penitente, el bandurria del coro de Gatopardo y Arriba, los dueños del COAS junto al Sepulturero. El alma de la Piara, vaya. Creo que el pequeño Boniato no se entera. El Penitente no le ha soplado nada. Es un farol para que cante. No hay lista negra como tal en manos

del juez. A menos que el Moreno haya caído en la trampa y haya empezado a soplar preso del miedo...

—¿Sabes, Deep? Tu investigación resuelve una de mis mayores intrigas —dijo el Comandante saliendo del bar con un cigarro entre los dientes.

—Esta mañana, en la Alameda, el Moreno estaba muy nervioso; demasiado nervioso. Sobre todo desde que le dije que no me fiaba de nadie.

—Yo tampoco me fío de nadie, Johnny, y menos de ti cuando pasas del tercer güisqui —sentenció Deep rolando el tono del color a morado angustia.

El Comandante sonrió y se despidió de todos haciendo la señal de la victoria con los dedos.

—Recógeme el lunes, *brother*, a ver qué pasa en la reunión... si no nos detienen antes...

Había caído la Piara en manos del Comité para la Decencia, plataforma provisional que se encargaría de organizar el COAS en cuestión de tres meses. Pero el temor de Deep y Johnny era obvio. Tenían fundados motivos para sospechar de cualquiera. Ambos sabían que la naturaleza del carnavalero es fácilmente sobornable, y el giro que había dado la organización del Concurso desde aquella noche podía terminar de desatar el combate con el derrocado imperio de la Piara. El derecho al pataleo de los cerdos salientes llevaría —casi con total seguridad— a CYCUTA al banquillo y, quién sabe, si más allá. Sólo quedaba una posibilidad para evitarlo: auditar las cuentas de los últimos Concursos y negociar con la Piara, algo con lo que no todos estaban de acuerdo.

Con motivo de la reunión clandestina de CYCUTA, el ensayo del lunes se adelantó a primera hora de la tarde. Y, como no podía ser de otra forma, el Comandante celebró la victoria en el Pleno del viernes con un nuevo pasodoble:

> Septiembre retira calor y devuelve
> las nubes al mar, y a la orilla las algas,
> septiembre, el hogar de la tarde que llueve:

de un sol que es más leve,
y lunas más largas.
Septiembre devuelve al niño a la escuela,
septiembre calienta café y devuelve otra vez a la calle el ruido,
septiembre no calma la sed, pero oculta la piel con su fiel
[guayabera.
Septiembre es el llanto de un mes de un verano después de un
[amor que se ha ido.
Vándalo, septiembre es vándalo,
septiembre seca la hoja del árbol y del corazón
a la sombra del paro, mientras que la uva
resiste madura aguardando ternura de los pies descalzos del
[vendimiador,
septiembre es el vengador de un Gobierno traidor
que castiga al de siempre.
Pero en Cádiz por septiembre
resucita la canción.
Cuando llegan las golondrinas
a beber en La Caleta,
se convierten en serpentinas
el alma de los poetas.
Los dolores de tanta gente
se curan en los ensayos,
que aunque se le llame septiembre
parecen agua de mayo.
Mayo es el mes de las flores.
Julio, el de nuestras caballas.
Septiembre el del pasodoble
que luego pare en el Falla
y si se adelanta, ya
se le bautiza en febrero
y nos dura un año entero:
Larga vida al Carnaval.
Y septiembre fue el final de un Patronato puñetero,
donde mandaba patrón, ahora manda el marinero.

Carnavaleros unidos, por Cádiz y la humanidad.
el sueño se está haciendo realidad y la realidad nos parece un
[sueño.

Y esto es lo que hay, los Carnavales de *Cai*,
en las manos del pueblo.

Tras la encendida ovación, y con la satisfacción aún rodando por los rostros de los peregrinos, Peter Pan cortó en seco la moral con una observación tan infantil como perversa:

—La única pega que le veo al pasodoble es que estamos en octubre. Por lo demás...

—Hostias, Peter, que octubre no rima con nada, por Dios, ni en octubre pasa tanto como en septiembre —protestó el Comandante, molesto con el exceso de racionalidad del genio de la guitarra.

—En febrero ya nadie recuerda en qué mes ocurrió esto —protestó también la mayoría del grupo, cuya euforia se había resquebrajado de un solo golpe.

—¿Ves, Johnny? Estas cosas no suelen pasar en el otro mundo que te comenté. Allí, el que quiere la coge y el que no la suelta, pero no te hacen un comentario de texto cada vez que presentas un tema —dijo el Yanqui al Comandante, recordándole una propuesta que le planteó hacía poco tiempo.

El Yanqui era un consumado fabricante de canciones para el universo pop a nivel nacional, y en alguna ocasión le había sugerido una simbiosis artística mirando más allá del Carnaval. Johnny, más escéptico en esa materia, cada vez se mostraba más convencido cuando el Yanqui insistía en el guiño.

—El Carnaval se te queda pequeño, Comandante —le susurraba tentadoramente al oído.

—El Carnaval es grande o pequeño según lo hagamos nosotros —era la rutinaria teoría de Johnny—. Aquí puede tener cabida todo. Un escenario como el del Falla te permite mucho más de lo que ofrecemos. El reglamento del COAS es un despropósito de normas estrechas, prohibiciones, penalizaciones, sanciones... es un código penal en toda regla. Carnaval es sinónimo de libertad en todos los órdenes, y en el artístico

también. Lo que ocurre es que, como me dijo una vez el Goma, se ha convertido en un partido de fútbol para cojos: si tú tienes dos piernas, o te amarras una o no te dejan jugar.

—Sí, pero el público del Carnaval se ha dejado llevar por nuestra propia estrechez de miras, y ha interiorizado en su mente el mismo corsé que nosotros, con lo cual, si hacemos el menor experimento, mucha gente lo desestima alegando que «esto no es Carnaval»; ya os pasó con La Lambada y con Los Cohibas —respondió el Yanqui, en un tono que conmovió al Comandante por su primitiva lógica. El Yanqui se situaba en un extremo en el que el pulso con el público no hallaba sentido—. Educar al público a estas alturas es luchar contra molinos de viento. Intentar, como tú pretendes, que la gente vaya entrando por la dirección que tú marcas es una tarea demasiado compleja, Comandante. Es más rentable llevarle al público lo que le gusta que hacer lo que te gusta sin moverte del sitio, y además pretender que el público vaya a ti. Una vez que el público está acomodado en sus butacas, el que tiene que viajar eres tú. Cuanto más fácil se lo pongas mejor.

—Esto que me dices traducido resulta que haga el Carnaval que quiere el público, y si quiero hacer lo que me gusta a mí, que me vaya a Miami —concluyó resignado Johnny.

—No es necesario irse tan lejos. Desde casa pueden hacerse muchas cosas, Comandante, ¿o tú compones en el Barrio Latino?

Ambos levantaron el pulgar hacia arriba como guiño y beso de despedida. Deep abrió las puertas de su coche invitando a Johnny a subir para acudir a la reunión de CYCUTA. Pero antes, el Comandante se dirigió a un pequeño corro de peregrinos que duraba en el interior del local y, con un semblante que podía interpretarse de cualquier forma, les animó a escribir otra letra de ésas de las que se había enterado que andaban haciendo.

—Podíais daros una vuelta por el hospital. Allí van muchos poetas a inspirarse. Aquí al lado hay un tanatorio. También os podía servir. Animaos, que ambos son dos parques temáticos superiores a todo lo que vuestra imaginación pueda alcanzar. ¿Ok? Nos vamos a merendar.

Ni Deep ni Johnny habían querido comunicarle al grupo ningún movimiento relativo al proceso contra CYCUTA. Podía provocarles

un seísmo emocional que derivara en investigaciones particulares, nada convenientes tal como estaba la situación.

Antes de llegar, autor y director coincidieron en no llevar la iniciativa de la reunión. El silencio, como estrategia psicoanalítica, podía ser el vehículo que condujese a la autodelación, en caso de que la hubiere.

En un humeante antro escondido en unos bajos deshabitados del Barrio del Balón, otrora local de ensayo de castizas chirigotas, aguardaban Jesse Welcome, Repentino Todobar, Henry Torbellino y los hermanos Boniato —Moreno Deivis y Sir Tubérculo—. Al entrar, Deep y Johnny saludaron al tendido buscando con la vista al que faltaba.

—@mellamoale vendrá más tarde; me ha dicho que está ensayando —dijo Henry, sabiendo que la reiterada ausencia de aquél en las últimas reuniones había comenzado a levantar sospechas.

—¿Ensayando qué? —preguntó Johnny para incomodar, sabiendo que no hallaría respuesta.

Tras un protocolario silencio, Todobar, el más pausado de los presentes, y el más hábil para conducir cónclaves complejos, abrió la veda con una exposición del cuadro que incluía dos hipótesis:

—Paco el Penitente no es de fiar —dijo con la mirada clavada en los Boniatos—. Es un lameculos de Arriba y Gatopardo, y desayuna a diario con Juaqui el Sepulturero, del que sospechamos todos. La caída de la Piara lo ha desatado, tanto que lo convierte en nuestro primer rival a batir. Sólo podríamos frenarlo con la amenaza de la auditoría de las cuentas de los últimos concursos, como dijimos en su día, que podría llevar a la cárcel a toda la Piara.

—O sea, que podríamos acabar todos cantando en la cárcel... —apostilló Deep.

—O cantando para no ir a la cárcel... —añadió Henry, muy dado a usar el doble sentido en situaciones límite.

—Pues justo ésa es la otra hipótesis, la de que alguien muy próximo a nosotros haya cantado ya, con lo cual, la trampa del juez Valjibia habría resultado. Tengamos en cuenta que, en principio, la Piara conoce la existencia de CYCUTA, pero se supone que no debe saber exactamente quiénes somos, salvo que alguien se haya ido de la lengua, no ya con el juez, sino con Paco el Penitente.

—¿Y por qué en vez de mirarme a mí no miras para la puerta? —preguntó con agresividad Sir Tubérculo, el mayor de los Boniatos—. Aquí no estamos todos. Es cierto que el miedo está provocando la desconfianza interna entre los que estamos, pero más desconfiaría yo de los que no están.

—No me habéis preguntado la contraseña —fue el saludo de @mellamoale, quien entró repentinamente, llevándose como respuesta una cálida sonrisa de relax de los cardenales, cuyos termómetros de la sospecha descendieron a temperatura ambiente—. Mañana tengo que declarar yo. Pero no voy a ir. Irá mi abogado. Esta misma noche marcho a Buenos Aires para hacer unos bolos en solitario. Volveré poco antes del concurso —y rio en inequívoco signo de elusión de responsabilidades.

—Me alegro. Yo sospechaba de ti —acusó con veneno el Comandante.

—Ja, ja. Por eso me voy —respondió el ganador de la anterior edición, siguiendo lo que creía que era otra broma de Johnny.

—Por eso yo no sospecho... Por eso yo ya lo tengo claro. Por eso te vas... ¿O no? —rubricó Deep haciendo equipo con su autor.

@mellamoale no había tomado asiento siquiera. Humillado por la inesperada acusación pública retó al resto de los cardenales que, por un instante, bajaron la mirada. Con retorcido gesto de acritud, y sin mediar palabra, salió de un portazo del antro aquél, quedando el resto contando las moscas de una en una.

Todobar, cauto como de costumbre, volvió a descongelar el cónclave con estimada parsimonia:

—Yo, sinceramente, creo que él no ha sido. Puede que su marcha esté motivada también por el miedo a caer.

—A caer en nuestras manos —insistió Deep.

—Calma, Deep, yo apuesto antes por la rabia del Sepulturero. No lo conocéis bien. Superado por el derribo de la Piara es capaz de todo, aunque luego se arrepienta. Yo tengo su número. Si queréis lo llamo ahora y pongo el altavoz. Se pone muy nervioso cada vez que le hablo, y puede que con algunas preguntas comprometedoras cante la gallina.

—Buena idea. Venga, llámalo delante de nosotros —propuso Henry exultante de morbo.

Repentino Todobar colocó su móvil en una silla situada en el centro del cónclave, y pulsó el número del Sepulturero desde su agenda. Sólo el caudal de la sangre de los comparsistas sonaba en el silencio sucio de aquel viejo antro. A la tercera llamada, el Sepulturero descolgó su celular:

—Hola Todobar. ¿Se puede saber qué mierda quieres a esta hora?

—Hola Juaqui. Era sólo una pregunta. Me han llamado del juzgado para declarar...

—Ya, sobre el caso CYCUTA; lo sé —interrumpió el Sepulturero.

—No, no exactamente, Juaqui: sobre el caso Piara. Al parecer, alguien ha solicitado una auditoría de las cuentas de los Concursos de los últimos cinco años, y yo no tengo nada que ver con eso. Había pensado que tú, que llevas media vida ahí metido, me explicaras de qué os acusan, por si puedo defenderos.

—¿Yo? —gritó descompuesto el Sepulturero— ¡Una mierda! ¡A mí sólo me daban cincuenta entradas por función, porque soy el presidente de los Coloretes de Oro, cincuenta y ni una más!

—Vale, Juaqui, no te alteres; es que los Coloretes ya tienen una credencial para entrar, y no sabemos qué hacías entonces con tantas entradas, porque tú no las revendías, ¿no?

—¡Yo revendía una mierda! ¡Las repartía!

—Ya. Te lo digo porque mucha gente de a pie ha presentado entradas de protocolo diciendo que las habían comprado en la sede de tu asociación.

—¡Una mierda habían comprado! ¡Eso lo han dicho los de CYCUTA para hundirme, ya se lo dije al juez!

—Ah... No lo sabía. Valiente gente.

—¡Gente no, gentuza de mierda, los Boniatos, el Comandante Canuto ése, el @mellamoale de los cojones... tus amigos de mierda!

—Pero, Juaqui, tranquilízate: ¿tú cómo sabes que CYCUTA son ellos?

—Porque el juez Valjibia me lo dijo.

—¿Él a ti o tú a él?

—¡Los dos!

—¿Los dos? ¿Os lo dijisteis los dos a la vez? No te entiendo, Juaqui.

—¡Mira, si lo que me quieres es liar, vete a la mierda!

Y el Sepulturero colgó.

Aunque certificar la sospecha no agradó a ninguno, pudo más el deseo de reventar de risa ante su ridícula ira. La voz irritada y chillona, la guardia levantada y el uso reiterado de la «mierda» para adornar cada respuesta lo fueron delatando desde el principio hasta el final.

Sobraban los comentarios. Un «mañana yo me encargo de éste y del juez» fue la última y tranquilizadora sentencia del cauto Repentino, quien emplazó a Henry para que convocara una próxima reunión cuando hubiera novedades. El hacha de guerra se había desenterrado. Si alguna de las dos partes no levantaba la bandera blanca, efectivamente, todos podrían acabar cantando en la cárcel.

14. Un valle de lágrimas

Las lluvias torrenciales de las semanas siguientes fueron inundando los sótanos del Comandante de una extraña y profunda melancolía existencial.

Había dejado de acudir a los ensayos casi por completo. El motivo, según él, el regreso a la comparsa del Mazorca, castizo cantante que en su día abandonó esta comparsa para irse con la de los Boniatos, que le prometían más dinero, promesa que no llegaría muy lejos cuando, a los dos años y medio, otra vez estaba aquí. El grupo lo veía con buenos ojos. El Comandante no. Él procuraba mantener unos mínimos códigos de honor que el resto del grupo ignoraba. Pero tampoco se imponía al grupo cuando el asunto era de interés colectivo.

Por otra parte, había dejado de fumar. Como tantas veces. Sabía que su humor le podía traicionar, sobre todo en los primeros compases de la retirada. Pero al margen de la nicotina, era muy consciente de que algunos déficits del grupo le impedían estar a gusto, como la impuntualidad, la informalidad para venir con los deberes hechos... y ahora lo del Mazorca.

Cuando el Comandante Matarratas sufría una crisis, no importa de qué tipo ni por qué motivo, ni hablaba por el grupo de WhatsApp, ni comunicaba nada a sus amigos personales, ni escribía para la comparsa. Tarde o temprano, preocupantes presagios sobrevolaban por la mente de la mayoría. Al persistir su ausencia, la moral de la tropa iba a menos por ensayo. Deep sabía que hablar con él podía ser incluso peor. Cuando Johnny andaba ofuscado y no daba señales de vida durante tanto tiempo, quien lo conocía sabía que un motivo profundo y un argumento mayor lo acompañaban. Nadie ni nada lo iban a convencer de lo contrario. ¿Nadie?

Una tarde que Deep sabía que Johnny había ido a nadar, llamó a Edy para saludarla personalmente, dado el tiempo transcurrido sin verla y sin tener noticia de ninguno de los dos. Y después de los amables protocolos, fue directo al grano:

—El que me tiene preocupado es Johnny. Hace un mes que no aparece por el ensayo, y barrunto como si no quisiera saber nada de nosotros. ¿Cómo lo ves tú, Edy? ¿Contigo está igual?

—No, Deep, conmigo está peor. A vosotros no os ve. Pero a mí me ve más de la cuenta. No para. Se cree que es Ortega y a mí me tiene como a Gasset: «No puedo con la brevedad de la vida», «me da coraje tener que morir», «el hombre es malo por naturaleza», «la sociedad únicamente lo empeora»... ¿Qué más, qué más...? Ah, espera: «Necesito irme a La Habana y no volver», «no pienso seguir sufriendo»... Pero no para.

—¿Y lo ves escribiendo o componiendo algo?

—Artículos y algo de la novela aquélla del capillita que empezó este verano. Pero la guitarra no la coge. Mucho deporte, eso sí.

Deep activó el protocolo de emergencia y llamó a Johnny para almorzar. Johnny no se negó. Faltaba mucho aún por peregrinar como para que el Comandante sufriera una pájara de tal tamaño. Por todos era sabido que cuando el poeta desaparecía, el que ocupaba su lugar era un hombre con paraguas. Lo segundo preocupaba a Deep casi más que lo primero.

Para no arriesgar las emociones de Johnny, Deep optó por citarlo en ese bar que el Comandante ocupaba como su segunda casa. En su territorio, Johnny se defendía mejor y evitaba que Deep llegase al corazón del conflicto porque, ante todo, no estaba dispuesto a resolverlo. Quizá una pataleta de niño. Quizá una demanda de afecto. Quizá un hastío prematuro.

Las horas pasaban. Caían el sol y los cafés, y más refrescos sin que el Comandante se dejara encallejonar. Hasta que el desesperado director lo intentó metiéndose a contra flecha:

—Johnny, ¿tú no temes que por no mimar un poco al grupo, en cuanto no se consigan los objetivos, el grupo se vaya?

—No, *brother*, no lo temo. Lo deseo. Yo no mimo al grupo porque no quiero que se consigan los objetivos. A ver si se van.

—¿Y dónde vas a encontrar un grupo como éste?

—No quiero un grupo como éste.

Tras la sacudida, Deep quedó noqueado. Al verlo con síntomas de arritmia, Johnny reaccionó:

—Quiero decir que no quiero al grupo así. Este año van mal desde el principio. Mayor impuntualidad que nunca, menos trabajo que siempre y muchos intentos de intervenir en el repertorio. Y eso sí que no lo soporto.

—Me lo temía. Tenía que haberlo frenado. Pero no se perdía nada por probar.

—No me molesta que alguno haga un pasodoble. Lo que no entiendo es qué hacen aquí con un planteamiento del Carnaval tan lejano al mío. Son ganas de que a mitad del camino cada uno coja un atajo distinto.

—Sólo quieren ganar, Johnny, no mires más allá, que no hay más.

—Ése es el problema, que no hay nada más que el deseo de ganar como sea, «la exclusiva intención de ganar», recuerda, aun convirtiendo el Carnaval en lo mismo que yo denuncio. Con las músicas les sucede igual. Siguen la estela de una generación de comparsistas que empezó a intervenir en las melodías, para hacerlas más espectaculares, para darles «efecto», como dicen ellos. ¡Uf!, qué horror. Las destrozan. Como no estés encima, muerden en el nervio y jalan. Con lo bien que dicen que cantan, en lo que va de siglo XXI, todavía no ha llegado un grupo que cante los repertorios mejor que su autor.

—Por supuesto, Comandante, llevas razón en que los autores son los que realmente hacen Carnaval, pero los grupos están ahí...

—Los grupos están ahí, *brother*, y de ahí no pasan. Pero el Carnaval no «está-ahí». El Carnaval es dinámico, representa el movimiento universal en clave cómica y crítica. Si no, amigo, no estamos hablando de lo mismo. Los grupos permiten evolucionar tan poco al Carnaval que nuestro Concurso está empezando a parecerse a un concurso cualquiera de telebasura. «Esto compite, esto no compite...».

—Bueno, qué, ¿vienes y le cantas algo al grupo y lo animas?

—¿Y a mí quién me anima?

—Pues hoy el ensayo puede estar simpático, Comandante. El Chino

va a cantar un pasodoble de alguien del grupo que quiere guardar su anonimato. Con lo cual la veda está abierta. No hay compromiso.

—O sea, que seguimos en las mismas. Genial. Iré. Tengo la burla asegurada. Lo único bueno de volver al mundo es que al menos puedo reírme de alguien.

Deep miró al Comandante como diciendo «*ojú*, mal humor lleva éste; vamos a ver por donde sale...». Pero Johnny montó en el coche con ganas, tarareando el estribillo del repertorio incluso, como cuando va a presentarle al grupo algo nuevo de lo que está convencido.

Ya en el local, el Chino se colocó en el centro con la chuleta en el móvil, y el Comandante pidió que el grupo se retirase hasta el fondo y se colocara como los futbolistas durante las tandas de penaltis, todos abrazados, por la cintura o por los hombros. La estampa desconcentró al Chino, a quien costó un largo minuto recomponerse para cantar:

Despierto de un fuerte dolor de cabeza,
vomito al toser, se me olvidan las cosas,
me pongo de pie y los pies se me tensan,
los brazos me pesan,
de forma horrorosa.
Un fuerte mareo me nubla la vista.
Mamá, llévame al hospital, que me encuentro muy mal.
[Méteme por urgencias.
Mamá, llévame al hospital, mira qué cardenal y con más mala
[pinta.
Mamá, no te quiero asustar, pero creo en verdad que esta es mi
[sentencia.
Se acabó, mi vida se acabó.
De pronto no veo más que batas blancas y una reunión
en la que todos hablan con semblante serio.
Y dice el de en medio: «Aquí no hay remedio;
quite la camilla, traiga un ataúd,
que hay mucha lista de espera.
Y sáquelo fuera hasta que se muera,

que para lo que le queda...
Lástima de juventud...

Jamás hubo un silencio con tanto eco en un ensayo del Matarratas. Todos miraban al Chino como no queriendo creer que hasta ahí llegaba el pasodoble. Johnny estaba detrás del grupo, callado de momento, caminando lentamente de un extremo a otro de la nave. Por supuesto, ninguno era capaz de darse la vuelta para ver qué cara había puesto. Hasta que, de pronto, el Comandante se situó a medio camino entre el Chino y el grupo y, mirando alternativamente a uno y a otro, cual si entre los dos se estuviesen jugando una bola de set, dijo con agria suavidad y la responsabilidad repartida:

—¿Es real o lo estáis matando vosotros?

—Esto a mucha gente le gusta, Johnny. Concursa, es la palabra. Si no, acuérdate del año pasado —justificó el Chino como si fuera suyo.

—Ya. Del año pasado. Y del anterior. Y de todo los años. Desde que tengo uso de razón recuerdo que en Carnaval siempre se han presentado dramas enormes, tragedias imposibles. Mas tengo que reconocer que más retorcida que ésta no había oído ninguna. Y, por cierto, ¿cómo la pensáis acabar? Porque se supone que con este pasodoble pretendéis ganar el concurso. ¿No?...

—Hombre, también queremos hacerlo de modo asambleario, que está de moda —dijo Paul para quitar hierro—, por eso no lo hemos acabado. Queremos que tú también nos des el visto bueno, Johnny, si no, no tiene mucho sentido seguir.

—Sé que para ganar el Concurso —matizó Johnny con un mosqueante paternalismo— vosotros creéis en esto más que en lo que yo hago. También sabéis que no suelo imponerme al deseo colectivo. Pues llegado este momento, sólo os puedo animar a que —ya que os habéis propuesto hacerlo— lo hagáis bien. ¿Cómo es «bien»? Os sugiero. ¿Cómo hice yo antes de escribir La Lambada? Me fui a Oporto. ¿Antes de Los Cohiba? Me fui a La Habana. Está claro, ¿no?

—Nos estás insinuando que nos vayamos al hospital, ¿verdad? —preguntó el propio Chino sopesando la auténtica dimensión del pasodoble, la realidad de la tragedia que se estaba narrando.

—Claro, Chino. Podéis aprovechar que este año la Navidad cae en fin de semana. Es una época en la que suelen echar de los hospitales al que está medio listo, para que muera en casa con la familia. Y en torno a los pocos que quedan para morir allí se conforman situaciones dantescas a las que, si sois capaces de resistir con frialdad antropológica, les podéis sacar mucho partido. Hay que ganar el Concurso como sea, ¿no es eso?

Algunas cabezas comenzaron a girar sin rumbo fijo ante la macabra sugerencia de Johnny. Su inesperada generosidad con la propuesta del grupo había dejado a la mayoría tan perpleja que ni siquiera reaccionaba. «¿Se estará burlando de nosotros?», era la amenaza que sobrevolaba sus frontales. Ninguno se atrevía a decirlo, pero estaba claro que todos lo pensaban. La forma de hacer Carnaval del Comandante Matarratas era de sobra conocida por su grupo, tanto que ni en el mejor de los sueños hubieran esperado esa respuesta a su osadía.

—Y, por cierto, está muy bien escrito. El que lo ha hecho sabe lo que se hace. La estructura obstaculiza a ratos el desarrollo, pero el poeta ha vencido esa dificultad. Además, la rima está conseguida, suena muy natural, nada forzada. Vamos, que no parece que lo haya hecho ninguno de vosotros. Pero lo único que sí os pido es que, al menos, sea obra vuestra, para que yo pueda presumir de tener poetas en mi grupo, macabros, pero poetas —concluyó el Comandante en un tono tan firme que nadie era capaz de distinguir hasta qué punto era ironía o lo estaba diciendo en serio.

—Hemos considerado no decirte de quién es, pero créete, Johnny, de verdad, que es de alguien de aquí —defendió de nuevo el Chino.

Estaba acabando el ensayo cuando Deep hizo señales de humo a Johnny para que saliera del local. En la puerta, sólo mostró su móvil con un wasap del Moreno Deivis: «Mi abogado ha descubierto que los locales en los que actúa @mellamoale en Buenos Aires son propiedad compartida del juez Valjibia y Gatopardo, y que el Sepulturero podría trabajarlos como representante de artistas; ¿te lo crees ahora?».

—No sé qué pensar ya, *brother*. Siempre he supuesto que entre nosotros había un chivato, pero también he visto una obsesión especial en los Boniatos para convencernos de que ese chivato es @mellamoale.

—Y tiene sentido, Johnny. Desde que @mellamoale anunció su

vuelta, y con el Sepulturero retirado, el monopolio del drama carnavalesco vuelve a tener un dueño claro. Esa línea la explotaba el Moreno Deivis, pero el año pasado llegó Martínez Pares y en dos funciones se cargó a tres. No dejó títere con cabeza. ¿Cómo conmueve ahora a las masas el pequeño Boniato?

—¿Y a esto quiere jugar también nuestro grupo? De momento lo voy a consentir, pero como la fastidien no me ven más el pelo —advirtió el Comandante con la intención de desviar el punto de mira de su compañero.

—Todos sabemos que tú no estás dispuesto a desacreditar a @mellamoale, porque es un rival directo y porque tienes buen rollo con él. Pero si ha sido él quien nos ha delatado, tenemos que hacer algo.

—¿Algo como qué? Piensa con el interior de los parietales, *brother*. Si decimos públicamente que es un chivato, estaremos apoyando que la lista negra que tiene el juez Valjibia es —en efecto— el alma de CYCUTA. Lo que ha descubierto el abogado de los Boniatos será cierto, pero eso no prueba nada. @mellamoale y Valjibia mantenían una gran amistad antes de que Ale se fuera a Nueva Orleans. Valjibia siempre ha perseguido a los carnavaleros y éste nunca se ha mostrado crítico con él, al menos en público.

—La única posibilidad que nos queda es reunirnos con el juez y darle una lista negra falsa, pues la auténtica ya la tiene. Habría que hacerle creer en otra hipótesis, en un CYCUTA compuesto por nuestros enemigos y entre cuyos objetivos figure, precisamente, él. Así la ira del juez Valjibia podría alejarse de nosotros...

—Excelente, Deep. Si esto sale bien y alguna vez escribo una novela policíaca te pagaré el final.

El director y el Comandante se despidieron y se citaron a la mañana siguiente muy temprano, en la puerta del juzgado. Allí esperaron la llegada del juez Valjibia. Al verlo bajar del coche oficial —abrigo marengo, mascota negra, bufanda burdeos y maletín marfil, más propio de un capo que de un magistrado—, ambos se acercaron, se plantaron delante cortándole el paso con amabilidad, lo miraron en tono confidencial y pronunciaron a una voz el nombre del bar en el que lo esperaban: «El Ratón».

Abrieron de nuevo el camino al juez, que los miró con un inexpresivo aire confidencial, frío pero un tanto huracanado en la solitaria arruga que coronaba sus cejas, pues era de súbito contradictorio que fuesen ahora sus imputados quienes lo citaran a él.

No tardó en llegar. En una parte de la mesa el juez Valjibia, en la otra los comparsistas, con los cafés aún humeantes. El silencio de rigor duró poco. Deep, portador de una servil simpatía, idónea para la ocasión, tomó decidido la palabra.

—Nos pidió una lista negra. Aquí la traemos. No está completa aún. Lo que sí podemos garantizarle es que es más negra de lo que imagina. CYCUTA es la punta de un iceberg cuya superficie es la casta más prestigiosa de la ciudad; y la base...

—¿Y la base?

—Medio Cádiz y parte del extranjero, señoría. Si me permite, le explico con brevedad.

—Y sin brevedad. Lo que quiero es que me explique bien.

Deep pidió una ronda más de cafés y procedió al relato de los hechos, ante un Valjibia que, por vez primera, desapretó sus puños convirtiéndolos en palmas que, en forma de uve, se colocaron bajo su mandíbula, sabedor de que algo denso llegaba de camino.

—Ni aquí el Comandante ni yo tuvimos nada que ver con el delito que usted nos imputa. Créame. El farol del Moods no tiene sentido. No es probatorio y usted lo sabe. Pero guardamos silencio porque la información que manejábamos no era fiable, y si no era cierta, del mismo modo podía volverse contra nosotros. Apunte un nombre. Augusto Cinturón, conocido en el mundo del Carnaval por Augusto el Cizaña. Este hombre es un fracasado. Era un intérprete soberbio, que cantó al servicio de los mejores autores, en los mejores grupos, pero su naturaleza salvaje le impide que su voz siga luciendo entre las estrellas. Su odio y su rabia le convierten hoy en un gran enemigo del Carnaval. Hubo hace dos años una comparsa dirigida por él y escrita por Arriba, el socio de Gatopardo, que tras levantar una gran expectación, no consiguió competir ni en el Concurso ni en el mercado. Arriba regentaba un bar típico en el que paraba Gabriela Sinmoral, excorista e inspectora de trabajo, una de las tres víctimas de CYCUTA en Bajo Guía. Allí fue donde

se conocieron la inspectora y el Cizaña, que en cuanto supo de quién se trataba y qué andaba buscando, le ofreció a la inspectora su agraria entrega a cambio de la información que necesitara. Una noche, subidos de alcohol, acabaron en casa de Arriba, él, la inspectora y el Cizaña. Ahí ya no podemos saber exactamente qué pasó. Pero el fin de semana siguiente empezaron a aparecer inspectores en muchas salas en las que actuaban los grupos de Carnaval más importantes. Algunos presentaban la documentación medianamente en regla. Otros no tanto. Da la casualidad de que se instruyeron expedientes contra los grupos en los que había cantado el Cizaña. Sabemos que esto es así porque el propio Cizaña, que además es un bocazas, cometió la torpeza de advertir de lo que se avecinaba a varios de los pocos «amigos» que le quedaban en esos grupos. A Arriba también le convenía. Su socio, el Gatopardo, era el que cortaba el bacalao del COAS junto a Juaqui el Sepulturero.

—¿El bacalao del COAS? —preguntó Valjibia con amable interés, frotándose descaradamente las manos.

—El bacalao del COAS es un pastel salado compuesto por la publicidad estática del Teatro, la publicidad móvil de las cadenas de radio y televisión que retransmiten el concurso, los contratos con Ondateo y Canal Olé, la plataforma de Youtube que cuelga los videos de las actuaciones y, de modo especial y sobre todo, el negocio de la reventa de las entradas de protocolo y pases de favor, además del nombramiento del jurado, la concesión de los galardones, los premios y un largo etcétera de guindas que coronan el pastel. Mucha pasta. Por tanto, mucha mafia. No mafia como la de Las Vegas. Mafia barata, pero mafia al fin y al cabo.

—Vaya —asintió el juez bajando la mirada entre la indignación y la vergüenza—. Sospechábamos algo, pero todo parecía muy bien organizado.

—Y tanto, como que no había quien los echara de ahí. Habían montado un chiringuito a su medida con un blindaje administrativo infranqueable —añadió oportunamente Deep.

El Comandante, que dado el cordial ambiente de la reunión se encontraba cómodo, también tomó la palabra para afinar mejor las relaciones de la Piara con CYCUTA:

—Tampoco es casualidad, señoría, que las inspecciones fueran dirigidas contra los grupos cuyos autores y directores habían formado el Comité para la Decencia del Concurso. Esta especie de plataforma se creó hace más de un año con el objetivo de destronar a la Piara y tomar las riendas del Concurso. Y la única forma que se le ocurrió a la Piara para frenar el inevitable golpe de Estado fue la de acoso y derribo en los términos que usted ya sabe, aun a sabiendas de que esto no pararía lo otro.

—¿Y CYCUTA, pues, qué pinta en todo esto?

—Mucho, señoría. Pero no tanto como parece. CYCUTA surge como reacción contra las actuaciones de los inspectores, y está formado, ciertamente, por gente de los grupos afectados y radicales afines. Pero no tiene nada que ver con el Comité para la Decencia, como la Piara ha intentado hacerle ver a usted. Los objetivos de una organización y otra son distintos. El Comité no coordina ni anda detrás de las actuaciones de CYCUTA. Desde el Comité nos procuramos mantener informados sobre lo que hacen, pero no sabemos quiénes son. Y si alguien sospecha de alguien, calla. Identificarnos con CYCUTA era sólo una perversa estrategia de la Piara para desprestigiarnos, social y legalmente. Mi aquí amigo y director es testigo de cómo, en cierto bar de la capital, Juaqui el Sepulturero arremetió contra los Boniatos y @mellamoale, con un chabacano grito desde larga distancia: «¡En el talego, ahí es donde vais a acabar vosotros, en el talego!».

—Y un último apunte de máximo interés para usted, señoría —dijo intrigante Johnny ya de pie, mientras lanzaba en corto sus llaves hacia arriba.

—No me asuste, Comandante...

—No le asusto, pero póngase a salvo de la Piara. Usted tiene por delante un extenso repertorio de métodos para hacerlo.

—¿Yo, a salvo de la Piara?

—Este tal Juaqui el Sepulturero, al que usted conoce perfectamente, también comentó que si usted no acababa con nosotros, él acabaría con usted. Está, según cuenta, dispuesto a demandarlo porque ese local que usted lleva a medias con Gatopardo en Buenos Aires es fraudulento. Él es el primero que contrata como representante a artistas

que actúan allí sin estar dados de alta. Nosotros también manejamos cierta información, como ve...

—Hijo de puta —espetó Valjibia riendo pero claramente ofendido—. Es cierto: va a acabar conmigo. Muy mal, además. Conozco bien al Sepulturero ése. Como si lo hubiera parido. Yo, como sabéis, fundé en cierta ocasión un colectivo de intérpretes para integrarlo en la Piara, y el Sepulturero de los cojones fue el que intervino definitivamente para que mi ingreso en la Piara no se produjera nunca, temeroso de que yo, desde el poder que la judicatura me otorga, desmantelara a esa manada de cerdos mafiosos. A cambio, Gatopardo y él me ofrecieron participar en los beneficios de ese local de Buenos Aires del que me hablan, y cuya fraudulencia desconozco. O desconocía...

— Por lo tanto, estamos más cerca que lejos, ¿no, señoría? —dijo Deep casi celebrándolo ya.

—Pero no lo debe parecer. Soy humano y entiendo la furia de CYCUTA. Pero también soy juez y no puedo mirar para otro lado si aparecen en mi despacho casos graves como el de los inspectores amordazados. De todas formas, voy a levantar el secreto del sumario del caso CYCUTA y voy a abrir diligencias contra la Piara por prevaricación, malversación de fondos públicos, falsedad documental, reventa ilícita y apropiación indebida.

—¡Dos cojones, señoría! —gritó el Comandante en voz baja, preso de una euforia casi imposible de contener—. Pero procure resolver antes su relación con el local de marras, no vaya a ser que se meta en un lío usted también... Como le hemos dicho, CYCUTA es la punta de un iceberg bajo el que puede encontrarse media ciudad. O tres cuartas partes.

—Tranquilo, Matarratas. Ahora soy yo quien necesita sendos favores de vosotros, que sois los únicos que ya sabéis todo esto. Uno, muy fácil: el número de móvil del Sepulturero, que al parecer lo ha cambiado últimamente. Otro, muy difícil: mantengan absoluto silencio, ignorancia, negación. Cualquier indicio que nos vincule puede fastidiar la investigación y, por supuesto, jugaría también en vuestra contra.

—Delo por hecho.

Estrecharon sus manos en señal de compromiso y salieron de El Ratón cada uno por una puerta. Primero Deep. Luego Johnny. El juez, el último. Ahora todos estaban contra las cuerdas.

15. Y ahora Carnaval

El silencio se mantuvo incluso hasta en los oídos del grupo. Por primera vez, ningún rumor había trascendido a las redes, los ensayos, los wasaps. Parecía un caimán tan peligroso que huía de la posibilidad del comentario. Ciertamente, de un modo u otro, indirecta o directamente todos podían terminar mordidos. Y aunque en el ambiente había un olor a chamusquina que impregnaba todos los rincones de la ciudad, el mundo del Carnaval se había convertido en una tumba.

Aunque sin muchas ganas —les comía la curiosidad—, hicieron una gran esfuerzo en concentrarse en los textos del repertorio, con la desoladora sensación de que si la cosa se torcía, a lo mejor ni veían la luz. Deep y el Comandante, que para esas lides eran expertos currantes, pusieron todo de su parte para hacer que las mentes de los comparsistas se quedaran dentro del ensayo. Poco a poco, el repertorio comenzó a sonar como nunca. Había un amor propio que en momentos así se apoderaba de la comparsa y convertía la dificultad en orgullo. Incluso las piezas que interpretaban con menos fe se transformaban en esa canción de la cual parece que depende el premio del Concurso.

Ya más animados, volvieron a normalizar el descanso, o sea, a comentar lo que se rumoreaba que llevaba éste o aquél, algo que a Johnny siempre molestaba sin disimulo:

—¿Ya estáis otra vez con lo mismo? Además, hagan lo que hagan ellos, de nosotros no depende más que lo nuestro. Nosotros jugamos una liga aparte. Para bien o para mal, sus referencias no nos valen. También sabéis que cuando estáis tan pendientes de ellos os sienta mal. Os ponéis inseguros, nerviosos, perdéis fe en vuestras posibilidades. Con lo chulos que sois, parece que os atenaza el miedo. No es justo. En fin. Lo de siempre... —terminaba resignado el Comandante.

Ninguno solía objetar nada contra estas reflexiones, pues de sobra sabían que eran ciertas. Entonces creyó el Comandante que era el momento de subir la moral de la tropa con un pasodoble de enorme lirismo y final guerrero, de ésos que siempre suele encantar al grupo:

Allí donde el hombre se vuelve decente.
Adonde el sudor se convierte en el vino.
Adonde el dolor borra cuentas pendientes.
Allí donde siempre
se acaba el camino.
Mi patria, mi escuela, mi templo diario...
Allí donde el mundo al pasar, el paraguas y el llanto se quedan
[afuera.
Mi cárcel y mi catedral, con su cura, su altar y su confesionario.
Allí donde Dios al entrar se convierte, sin más, en un hombre
[cualquiera.
El rincón, el último rincón,
adonde aún se celebra lo de la multiplicación,
cual si fuera el milagro del pan y los peces:
yo he visto mil veces, venir de la playa
solas las caballas
sin su pescador,
que espera dentro cantando y multiplicando por mil la alegría,
que es el pan de cada día,
si no hay otra solución.
Cuando llego siempre se han ido
los males y los dolores,
porque amigos que son amigos
hacen de amigos y amores.
Y qué no tendrán sus vitrinas,
cómo será su veneno,
que las mujeres van tranquilas
y los guardias tienen miedo.
Lejos de todos ustedes
y del mundanal ruido,

entre sus cuatro paredes
la vida tiene sentido.
Me da igual que exista un Dios
que resucite mi alma
porque como allí me tratan
nadie nunca me trató.
Allí dentro soy feliz, allí tengo vida eterna.
Allí dentro hay un país, que el que bebe lo gobierna.
Y con la copa en la mano, ya nos tocaba brindar;
nos da igual lo que dure el tonto del rey pero larga vida tenga
[la reina...
me refiero a la reina, a nuestra única reina,
nuestra vieja taberna.

En un principio, el pasodoble fue acogido con una generosa ovación. Eso no suponía novedad alguna. Aunque de inmediato surgió el debate de si esta letra se debería cantar con una jarra de vino en la mano, para que el público estuviese más cerca del homenaje a la taberna desde el principio, y no se perdiese durante el desarrollo, llegando al final desconcertado.

Otros, en cambio, no lo consideraban necesario, pues contemplaban con más entusiasmo la incertidumbre que iban generando los versos, resueltos al final de una manera tan contundente. Ésta era, por supuesto, la posición del Comandante Matarratas y de los partidarios de mantener siempre el mayor tono poético posible.

Mas el debate no era en vano. No sólo afectaba al Concurso de Carnaval, sino a la mayor parte de los géneros artísticos de la actualidad. Lo comercial condiciona todo excesivamente. Llega a determinarlo incluso. Hay que pensar en el público, efectivamente, pues las creaciones van destinadas a él. Pero hay quienes prefieren un público selecto, que participe de la obra dejándose hacer pensar, y quienes prefieren un público más amorfo al que no se le haga pensar, entregándosele la obra lo más mascada posible. La segunda opción cuenta siempre con el apoyo de los que valoran en el arte, ante todo, su función crematística, es decir, un motor para ganar dinero. La primera opción eleva el arte,

aunque dificulta la consecución de los objetivos económicos, que tampoco hay que perderlos de vista tan altruistamente. La segunda populariza el arte hasta alejarlo de aquel depósito de lo sublime en el que se convirtió en otras épocas de la historia.

Aunque los comparsistas no eran sabedores de esta diatriba estética, ni tenían por qué serlo, sí eran partícipes de ella en el reducido ámbito del Carnaval, pues, salvando las distancias —y sin salvarlas—, la encrucijada se planteaba en los mismos términos.

Esta cuestión también conducía a otra que, con mayor crudeza y realidad, afectaba a los miembros de la comparsa del Comandante Matarratas, ahora y siempre. En muchas ocasiones, la perversión y la malicia periodística cuestionaban al Comandante en las entrevistas el hecho de que sus cantantes comprendiesen, sintiesen y se identificasen con lo que Johnny escribía: «¿Todos? Es imposible. Aquí escribe uno y cantan quince», solía responder Matarratas dando la cara siempre por los miembros de su grupo. «Pretender que tus cantantes tengan tu misma formación, ideología, visión del mundo y que encima canten como los ángeles, es pretender demasiado... ¿no? Esto no es Les Luthiers. Es sólo una comparsa de Carnaval...», declaró el Comandante en más de una ocasión.

No obstante, su sueño siempre fue algo parecido a Les Luthiers: una comparsa que aunara filosofía, humor inteligente y lirismo extremo con las excelencias rítmicas y melódicas propias de los gaditanos. Pero, incluso en los momentos de mayor entusiasmo, aceptaba con resignación que el perfil típico del comparsista gaditano estaba sujeto a su origen tradicional. Por lo general, la dedicación al Carnaval como actividad diaria era propia de sectores sociales desfavorecidos. Las clases cultural y económicamente más formadas y elevadas, no sólo preferían otros géneros artísticos más reconocidos, sino que clavaban un indecoroso estigma sobre el mundo del Carnaval, presidido por la cruz del clasismo.

El Comandante, que además de comparsista poseía una condición social y cultural algo superior a la media, había escrito y publicado a este respecto dos libros de ensayo en los que, precisamente, defendía el Carnaval como «un arte mayor para una chusma selecta», reivindi-

cando en todo momento la dignificación social, artística y económica de su género. Y no era sólo una defensa romántica: estaba argumentada con presupuestos sólidos. La paradoja de estos libros de ensayo era que sus tesis no llegaban a los sectores que defendía, dada la tradicional enemistad que unía a los comparsistas con la lectura en general, y en especial con la lectura de ensayos de corte filosófico. En resumidas cuentas, por más que se afanaba el Comandante en defender la dignificación del Carnaval, más estéril era su resultado. Entre tanto, asistía con dolor a una evolución del Carnaval hacia caminos y derroteros definitivamente alejados de su propósito.

En el fondo, Johnny hacía tiempo que había dado por perdida esa batalla como tal, aunque por principios seguía defendiendo sus tesis en público y en privado. En público era fácil y contaba con mayor éxito y respaldo. En privado, en cambio, el fracaso era desolador. En el terreno de la praxis, en el ensayo, no en el filosófico sino en el de la comparsa, todos sus argumentos se derrumbaban con contraataques de su propio grupo. Expresiones del tipo «esta letra está del carajo pero la gente no la va a entender» o «este pasodoble es muy bonito pero no concursa», eran más convincentes que todo aquello que Johnny se descorazonara en defender en dirección opuesta.

Por eso, no fue de extrañar que, tras la interpretación del pasodoble de la taberna y su posterior debate de si cantarlo con la copa en la mano o sin ella, se retomara la ya consabida cuestión de la urgente necesidad de contar en el repertorio con un pasodoble de los que el grupo llevaba semanas intentando imponer al Comandante.

Como ya saben mis queridos lectores, Johnny no solamente no se había opuesto a la quimera del grupo, sino que la animaba, promovido en el fondo por un innegable espíritu de crueldad, convencido de que, cuanto más lo intentaran, más se divertiría él y más se desanimaría el grupo ante la evidencia.

Ciertamente podía ser así. Pero esta certeza, por sí sola, no bastaba al grupo para desistir de sus intentos y sumarse al bando del Comandante con la esperanza y el convencimiento necesarios. De hecho, y viendo que el debate de la copa y la taberna no se resolvía, Johnny optó por aplazarlo y trivializar esta cuestión con aquélla:

—¿Y de lo vuestro? ¿Aún no ha surgido una idea que os fascine y en la que veáis ya las lágrimas del público y el premio del jurado? —preguntó al aire Johnny, cargando de perversión las húmedas paredes del ensayo.

Hubo sonrisas, que se confundían con risas; o mejor dicho, con «risitas», diminutivo que denota enojo contenido ante la evidente burla, pero que se fueron apagando a medida que comenzó a brotar el hilo de la voz titubeante del Chino:

—Bueno. Yo sigo pensando que lo que se había traído hasta ahora no estaba mal, como idea, aunque su ejecución fuera bastante mejorable, por supuesto. Pero también se me había ocurrido otro tema que, por su actualidad, quizá resulte más cómodo de escribir.

—¿Cuál, Chino? —preguntó ilusionado Deep, como abanderando una empresa en la que él manifiestamente creía.

—Supongo que sabéis que se está provocando una alarma social importante con la adicción a las apuestas deportivas, sobre todo en gente joven, sin distinción de sexo, estatus, edad, cultura, etc. Pues bien. Mi primo, que es un chaval aparentemente normal, estudiante de segundo de bachillerato en un colegio de curas, que no fuma, ni bebe, deportista, con su novia de siempre…

—¡Chino, cojones, tu primo es cualquier cosa menos normal! —interrumpió protestando Adriano—. Por lo menos yo no conozco a ningún chaval de hoy día que sea así. ¿No tiene nada malo? «Normal» dice que es… Venga ya, hombre, venga ya…

Tras las carcajadas de asentimiento del grupo, invitaron al Chino a que siguiera narrando el relato de su primo.

—Os juro que es verídico. Prosigo. Resulta que mi primo sí tiene algo malo. Es un forofo del Real Madrid. Y algo peor. Se ha enganchado a las casas de apuestas por Internet.

—Lo de tu primo no es de ser malo, picha: lo de tu primo es de ser *carajote*. No sé si es peor lo primero que lo segundo —volvió a interrumpir Adriano.

—¿Puedo acabar? —preguntó ya un poco moscas el Chino, sintiéndose ofendido dado el drama que aquello estaba provocando en su familia.

—Venga, acábalo. Remátalo.

—Que te pasara a ti, Adriano, que te pasara a ti...

Ante la evidente muestra de congoja del Chino, Adriano se disculpó y el grupo dejó de reír, invitando a que el narrador llegara al final de la historia.

—Como os he dicho, mi primo es estudiante y no tiene más ingresos que la paga semanal que le dan mis tíos. Pues la mañana del día 1 de noviembre, el día de Todos los Santos, mi tía fue a ponerle una vela al cofre en el que guardaba las cenizas de su madre, o sea, de nuestra abuela. El cofre no estaba. Imaginaos el numerito familiar que se montó. La primera reacción de mis tíos fue sospechar de mi prima, que todos sabemos que tiene un novio con muchos problemas...

El Chino, de pronto, rompió a llorar. Entre el silencio de hielo que rodeó el desconsuelo del Chino, sólo sonó el susurro de un inconsciente Mon que, tapando con una mano su boca, pronunció la pregunta maldita:

—¿Con qué tiene problemas el novio, carajo? ¿Cree en la reencarnación o es que hace croquetas con las cenizas de las viejas?

Aunque el grupo hizo el mayor esfuerzo de su vida por contener la carcajada y mantuvo la mirada al frente cual si no lo hubieran oído, de nada sirvió. El Chino levantó la silla en la que estaba sentado y salió disparado contra el Tío Mon como si fuera un jabalí herido.

—¡Cabrón, que te mato!

Valiente, Paul se interpuso y, por su altura, fue capaz de detener la embestida del Chino, consiguiendo finalmente arrebatarle la silla de las manos.

A empujones sacaron a Mon del local y lo obligaron a salir disparado de allí, para que su presencia no siguiera provocando al Chino. No obstante, antes de irse mantuvo su inocencia con otra reflexión si acaso más grave:

—Si le ha molestado, le pido perdón, pero sigo sin entender qué tema de pasodoble es un enganchado que roba cofres con ceniza...

—Anda, lárgate, que estás loco, y no vuelvas hasta que todo esto no se calme —profirió indignado Deep, tomando el timón de un barco que había acabado de chocar de frente contra un iceberg.

A duras penas, los más allegados consiguieron calmar la rabia y el llanto del Chino, y le invitaron a que hiciera el pasodoble, pues ya suponían el final: había sido el primo, el adicto a las apuestas, el que había terminado vendiendo el cofre con las cenizas de la abuela para hacer frente a sus deudas.

El Comandante Matarratas, que había asistido en atónita perplejidad a tan esperpéntico episodio, preso de un innegable síndrome de abstinencia, y después de varias semanas sin fumar, pidió un pitillo a Manolito el Panameño. El resto del grupo aguardó a que su jefe apurase medio Chester y, con el humo aún saliendo de su boca, abrió un temido discurso:

—¿Habéis visto las consecuencias de lo que vosotros llamáis «tocar la fibra sensible»? Si esto, en vez de haber sido un relato real, un testimonio expresado en confianza por un compañero nuestro, lo hubiésemos escuchado cantado por una comparsa de los Boniatos, de @mellamoale o de otro cualquiera, ¿cuál hubiera sido nuestra reacción?

—Es que esa gente no cuenta cosas reales —respondió Vitorio, justificando así la intención del grupo de mantener la quimera del pasodoble.

—Eso tú no lo sabes. Te lo puedes imaginar. Pero en realidad nadie sabe qué hay en la base de esos pasodobles que normalmente —y seamos sinceros— nos solemos tomar con un profundo cachondeo. No nos resultan creíbles. Pero os aseguro que todos los poetas tenemos una vida privada con dramas y miserias que, en ocasiones, cantamos maquillados de vergüenza ajena para ocultar la propia. Entonces, si nos reímos del drama que nos cuentan por considerarlo ficticio, corremos el riesgo de equivocarnos y, por tanto, de estar riéndonos de un drama real, personal del propio poeta que lo cuenta o de alguno de los que lo cantan. Y eso es insultante para el que lo recibe. Y eso, precisamente eso, es en parte lo que ha pasado hoy.

El oneroso esfuerzo del Comandante Matarratas pareció empezar a surtir efecto, dada la atención y el asentimiento con el que el grupo seguía su discurso.

—Ése es uno de los motivos —puede que el principal, continuó Johnny— por el que siempre me he posicionado en contra de este tipo

de pasodobles. No se nos debe olvidar nunca que esto es Carnaval. Si perdemos de vista esta máxima podemos convertirlo en un culebrón muy alejado de su sentido original. En el Carnaval todo puede tener cabida, si se sabe hacer que lo tenga. Pero en el tema concreto del emotivismo hortera en el que se está cayendo entiendo que no se está acertando. De hecho, las tragedias que cantan muchas comparsas ya hace décadas que se han convertido en objeto de mofa, de burla. Y tampoco debemos pasarnos a este otro extremo. Pero muchas veces existe la necesidad de hacerlo cuando comprobamos que la tragedia cantada está cobrando un protagonismo que los auténticos carnavaleros no soportamos. ¿Provocar la emoción es hacer Carnaval? Por supuesto. También. Faltaría más. Pero siempre que la emoción se provoque de un modo natural y espontáneo.

—Estamos de acuerdo contigo, Comandante, pero... —admitió alguien sin la resignación suficiente.

—Pero ¿qué? ¿Volvemos a lo mismo? ¿Que si esto concursa y esto no concursa?

La mayoría del grupo empezó a agachar la cabeza en señal de no querer continuar el pulso con el Comandante, pues sabían lo que venía detrás:

—La mayoría de los que estáis ahora aquí sois conscientes de que estáis cantando en una comparsa «mítica». Pero el mito del que disfrutáis hoy vosotros se lo debéis —literalmente— a la fe y la valentía de otros muchos compañeros que pasaron por aquí cuando vosotros no habíais hecho ni la primera comunión, compañeros que cantaron un tipo de texto distinto al habitual, a contracorriente, delicado, arriesgado, comprometido, adelantado a su tiempo quizá, de un resultado imposible de pronosticar, que a veces cuajaba en el público, que otras veces caía en la incomprensión o la ignorancia, pero que pasados los meses o los años volvía a enganchar a la gente como por generación espontánea. Ellos —me refiero a aquellos compañeros— tampoco las tenían todas consigo cuando se atrevían a cantar lo que yo les ofrecía. Pero en su haber debo reconocer que —ante la duda— siempre hicieron un acto de fe a mi favor; favor que en una gran medida yo aún no les he devuelto. Y ese acto de fe fue el que elevó la categoría de

esta comparsa, separándola del resto, al margen de los premios o del dinero.

Una poderosa sensación de infidelidad se apoderó del grupo, abrumado por la rotundidad que brotaba de la voz serena del Comandante.

—Cuando conversaba hace unos años en Uruguay con el director de La Murga Compañera, la más épica y salvaje de cuantas cantan allí, recuerdo que al respecto de lo que os estoy diciendo me aseveraba: «Yo jamás consiento que ningún cantante cuestione lo que traigo. Siempre les digo que La Murga Compañera es anterior y superior a ellos, y que el orgullo de que estén aquí se lo deben a quienes lo hicieron posible; así que, o cantan lo que hay, o se van adonde canten algo que les convenza más».

En ese instante, Johnny pidió otro Chester. Lo encendió y prosiguió su discurso. Sin mirar al grupo. Porque no hacía falta.

—Ante un argumento tan demoledor yo enmudecía, porque me recordaba con cierta cortedad las veces que consentí que el grupo impusiera su criterio al mío, que por cierto fueron muy pocas. No os quiero decir con esto más que, sin duda, le debéis un respeto a la tradición de esta comparsa, que —antes que yo— forjaron los encorajados bandidos que la cantaron, y cuyas mieles hoy recogéis vosotros.

—En resumen, Comandante, nos vienes a proponer que no nos hagamos ilusiones, que nuestro proyecto no saldrá adelante —fue el superfluo balance del Bombero, que en algo desesperó a Johnny, porque temía que el grupo no se quedara tanto con las premisas como con la conclusión.

—No exactamente, Bombero: «en resumen»... deberíais cantar lo que yo traigo, en parte porque es la identidad histórica de esta comparsa, en parte porque vuestra propuesta de la tragedia siempre es delicada... y si provoca humor, peor. Imaginaos que se rieran de nosotros...

—Pues tú tienes una antología de cuplés dedicados a Juaqui el Sepulturero... —contraatacó Lolo el Cántabro.

—Precisamente por eso, Lolo, es por lo que no quiero que nos pase a nosotros. Ten en cuenta que en los velatorios es —paradójicamente— donde surgen los mejores chistes. El humor es en parte una reacción

ante el miedo, ante el mal del vecino y la posibilidad de que el tuyo venga de camino. Y esa reacción no la he inventado yo; es más vieja que andar *palante*, como decimos aquí. Además, lo del Sepulturero era punto y aparte...

—¿Aparte por qué, si era lo mismo? —insistió de nuevo el Cántabro.

—No era lo mismo. Era peor. Éste fue mucho más lejos. Cuando ocurrió el terrible accidente de la curva de Torregorda, en el que murieron cinco miembros de la misma familia, recuerdo que pasé por la vía contraria acompañado de mi madre. Reduje la velocidad mientras contemplábamos la catástrofe, aún humeante, entre el olor de la muerte y los cadáveres regados por la carretera. Mi madre y yo contuvimos la respiración horrorizados por el espanto y, llegando a Cádiz, sólo se me ocurrió decir: «Hostias, ya tiene el Sepulturero un pasodoble». Antes dicho, antes hecho. Y aunque el resto de la familia suplicó que no lo cantaran, para no hacer un jolgorio público de tan macabra tragedia, la comparsa lo cantó como si tal cosa. La indignación en la ciudad fue importante; no sé si vosotros también lo recordáis.

—Yo lo recuerdo, Johnny —confirmó Deep conmovido por el suceso.

—Pues eso. Espero que lo que ha pasado hoy con el Chino y el Tío Mon, y todo esto que os he querido hacer ver, haya servido al menos para que os replanteéis el proyecto de otra manera. Con eso me conformo.

Finalizado el discurso del Comandante, se recogieron los bártulos y comenzó el éxodo a los hogares. Había sido uno de los episodios más dolorosos que se recordaban en un ensayo de la comparsa. El grupo siempre se había comportado como una familia. Y cuando en una familia se produce un desencuentro tan violento, la desolación se aloja para quedarse de modo indefinido en el alma de los familiares. Ahora tocaba levantar el ánimo. No iba a ser fácil.

Ya con la moto arrancada, justo antes de zarpar, lo último que escuchó el Comandante fue una conversación entre el Chino y varios de sus más allegados, quienes siguieron animando a éste a que escribiera el pasodoble de la discordia, ante el acongojado asentimiento del

Chino. Johnny, percatándose de la plática, se despidió con «una canción desesperada»:

—«Puedo escribir los versos más tristes esta noche»… Haced lo que queráis. Parece mentira…

16. La pequeña Gürtel

Un puente festivo, de los tres o cuatro que hay en el calendario otoñal, sirvió para que las aguas volvieran poco a poco a su cauce.

Durante aquellos días se sucedieron llamadas de sinceras disculpas, de comprensión mutua y hasta de lima para el hierro que forjó la tremenda bronca. Ninguno soportaba la desolación en el alma. Su honor familiar estaba dañado. Habían de recuperarlo cuanto antes por una mera cuestión sentimental, al margen de cualquier incidencia que ello pudiera tener en el desarrollo de la comparsa. La familia estaba antes.

Así las cosas, y un poco para romper el escaso hielo que aún quedaba, al reencontrarse de nuevo el grupo en el ensayo siguiente, Deep, hábil como ninguno para descongelar neveras sociales, lanzó un dardo al corazón económico de la comparsa, una cuenta pendiente que aún no se había afrontado, pero que el tiempo la estaba situando en el punto primero del orden de todos los días.

—Señores, Los Peregrinos hay que vestirlos, decorarlos, maquillarlos... y pagarlos. ¿Habéis pensado qué vamos a hacer? El artesano está pidiendo dinero porque aún no ha podido ni comprar las telas. Vosotros diréis.

Las primeras cábalas giraron alrededor de la antología de las chirigotas del Comandante Matarratas, quien fuera cocinero antes que fraile. Y es que antes de instalarse cómodamente en la modalidad de comparsas, Johnny había disfrutado de las excelencias del público como chirigotero, desinhibido, golfo, subversivo y transgresor como ninguno, dando lugar a un modelo de chirigota único en el Carnaval. Sólo ganó un primer premio, con Los Hippies. Pero sus chirigotas hicieron las delicias de un público especial, joven, universitario, culto y progresista: el público que posteriormente el propio Johnny defini-

ría en sus libros como «chusma selecta». Grandes chirigotas como Los Leopardos, La ruina de Cádiz, Los tintos con casera o La leyenda del Waytt Hearp de la Plaza Pinto quedaron en la memoria colectiva, y muchos aficionados a aquella chirigota, nostálgicos empedernidos, reclamaban a menudo la vuelta del Comandante al género cómico, o —cuanto menos— que su grupo actual recuperase del baúl una antología con los temas más emblemáticos de aquella época.

Por una parte, algunos dudaban de que el proyecto fuese del todo rentable. Además, exigía un generoso esfuerzo de ensayo y montaje que iba a entorpecer la elaboración de Los Peregrinos. Si se hacía, había que hacerlo bien, o sea, una reproducción con el mayor cariño y credibilidad de aquellas chirigotas, bastante difíciles de interpretar, por cierto.

Por otra parte, el mercado otoñal, virgen y desierto hasta hacía pocos años, se había saturado de productos carnavalescos, como antologías orquestadas de los Boniatos y @mellamoale, la propia antología de Repentino Todobar, encuentros íntimos con autores a precios desorbitados, pero sobre todo de «minigrupos» —como llamaban en el argot— compuestos por tres o cuatro colegas que, sin apenas ensayar, se subían a los escenarios de cualquier sala a bajo precio e interpretaban temas ajenos sin el permiso de los autores, con el silencio cómplice de la SGAE y las inspecciones de trabajo; amén de las actuaciones particulares de muchos cantantes y autores. La competencia desleal era tremenda, y la leal también. El aficionado que quería Carnaval en otoño tenía oferta de sobra, pero tenía que ser muy selectivo, pues no había bolsillo que soportara tanta oferta, por muy apetitosa que fuera.

En definitiva, cantar en otoño presentaba tres grandes inconvenientes. El primero, recuperar piezas medio olvidadas que exigían un tiempo de ensayo a veces incompatible con las exigencias de la comparsa en curso. El segundo, las actuaciones durante los fines de semana de otoño —la mayoría a cientos de kilómetros de la Tacita— dejaban a los cantantes en estado catatónico hasta bien entrada la semana (pues se sabía que a la actuación había que sumar la consabida fiesta posterior). Por último, la comentada saturación del mercado no ofrecía garantías de que tanto trabajo y tanto riesgo revertiesen dividendos suficientes para subvencionar la agrupación del año que venía.

Uno de los mayores problemas con el que ha contado el Carnaval de Cádiz es que los grupos nunca se han visto beneficiados de ninguna subvención ni ayuda municipal, y eso que el COAS siempre generaba suculentos beneficios que refrigeraban distintas arcas públicas y privadas, pero nunca los bolsillos de los comparsistas. La cuantía de los premios era ridícula. Los derechos de imagen igualmente. Sólo había autofinanciación, o con actuaciones, o poniendo el dinero del bolsillo de cada cual, o —como se hizo tradicionalmente— vendiendo lotería clandestina, actividad ilícita y engorrosa adonde las hubiera.

Los debates acerca de tan injusta situación fueron uno de los principales motores para la creación del Comité para la Decencia, pues resultaba indecente que el Carnaval de Cádiz —más en concreto su Concurso— fuese el único pastel del mundo en el que los pasteleros sólo se repartían las guindas, y de una en una.

Ésta constituía uno de los mayores carros de batalla de los libros del Comandante: la dignificación económica. La costumbre hecha ley encubre a menudo insultantes injusticias. Y el Carnaval de Cádiz se «acostumbró» a que los carnavaleros cantaran a cambio de lonchas de queso y medias botellas de vino peleón, a que vendieran en la calle sus coplas impresas por una mísera cantidad, y a que pasaran un calcetín dispuesto en un colador, a modo de cepillo, para que el público presente soltara su voluntad (voluntad que solía ser bien escasa).

Cuando, con los años, algunas comparsas de gran nivel comenzaron a ser contratadas por empresarios y ayuntamientos de fuera de la ciudad, los comparsistas tuvieron —para colmo— que soportar que sus propios vecinos y paisanos los acusaran de peseteros. Y aunque esta acusación ya fue superada, dada la evidente justicia de cobrar por un trabajo realizado, el problema de la financiación de las agrupaciones concursantes seguía sin resolverse. El Carnaval, como proponía a menudo el Comandante, «no va a hacer rico a nadie, pero sí podría sacar de la pobreza a muchos gaditanos, que son quienes lo hacen». Para ello, es obvio, tendría que cambiar el modelo de la gestión y —sobre todo— la mano de los gestores.

Todas estas cuestiones eran las que se ponían sobre la mesa en la mayoría de los locales de ensayos cuando se planteaba el cómo de la

financiación de la agrupación que se estaba preparando. Y ello hacía que la dificultad para decidir dicho «cómo» bloqueara las mentes de los comparsistas antes de tomar una decisión.

Después de dar muchas vueltas, el grupo pareció inclinarse por la idea de montar la antología de las chirigotas del Comandante, y el propio Comandante fue el último en tomar la palabra, pero una palabra muy vertiginosa y en exceso discordante con sus serenidad habitual a la hora de plantear situaciones complejas.

—Lo de la antología que comentáis me parece buena idea... para mí, porque egoístamente me satisface que mi grupo le devuelva al público mis perlas del pasado. Pero si lo que buscáis es un rendimiento económico que sufrague los gastos de Los Peregrinos, al completo, mucho me temo que os quedéis un poco lejos de las expectativas, y que el gasto físico y psicológico no merezca del todo la pena... a menos que contéis con esa posibilidad y estéis dispuestos a un esfuerzo tan generoso.

Por la mente de Johnny sobrevolaba ante todo la enorme dificultad que el grupo tenía a la hora de interpretar el cuplé, la pieza cómica del repertorio. Y aunque confiaba en la entrega de sus compañeros, esa dificultad le hacía dudar de que el resultado hiciese las delicias del público del mismo modo que las hicieron aquellas chirigotas. Pero temía planteárselo al grupo con toda su crudeza, pues no quería ni desalentarlos ni subestimarlos. No era ni inteligente ni humano. Por eso, lanzaba sutiles indirectas.

—De aquellos años de chirigota sólo queda Deep. Él os puede asegurar cuán difícil era conseguir interpretar con credibilidad aquellos repertorios. Muchos comparsistas consideran la chirigota un género menor, porque sólo la contemplan desde el punto de vista de la riqueza musical. En cambio, esos comparsistas que nunca han salido en buenas chirigotas desconocen que, por ejemplo, cantar un cuplé es notablemente más difícil que cantar un pasodoble, del mismo modo que cuesta más trabajo levantar la carcajada que la emoción. Tanto para lo primero como para lo segundo, aparte de ensayo, hace falta un don especial. Y el don del chirigotero no lo tiene el comparsista. El público quiere volver a escuchar aquella chirigota. Cierto. Pero ¿habéis pensado si quiere escucharla cantada por una comparsa?

—Es cuestión de trabajarla —sentenció muy seguro Vitorio.

—¿Sólo de trabajarla? —preguntó el Comandante sin poder ocultar su ironía.

—Si hacer reír fuese sólo una cuestión de trabajo, ¿por qué creéis entonces que la mayoría de las chirigotas no consiguen hacer reír? ¿Porque no ensayan?

—Porque no llevan buenos repertorios —continuó Vitorio en la misma línea.

—Os pongo otro ejemplo. Aquí yo os he traído cuplés con los que os habéis desternillado de la risa. A veces no me habéis dejado siquiera que los acabe. Y cuando luego se los habéis interpretado vosotros al público, ¿habéis levantado en él las mismas carcajadas que yo levanté en vosotros?

—En resumen, el Comandante dice que nosotros valemos para cualquier cosa menos para hacer una chirigota —dijo Ringo mirando al grupo, dando pausados compases de 4x4 sobre una mesa con las baquetas.

—¡Alto! No acepto que nadie diga lo que yo no he dicho —dijo Johnny con evidentes síntomas de molestia.

—Bueno, Johnny, no lo has dicho, cierto: sólo lo has dejado caer… ¿no? —bromeó de nuevo Ringo sin sentirse en absoluto ofendido.

El Comandante Matarratas observó rápidamente que se había acabado de meter en un callejón sin demasiada salida, con lo que tuvo que retorcer aún más la delicadeza de sus planteamientos.

—Jamás me aventuraría a afirmar que vosotros no tenéis futuro en chirigota, porque —si bien es cierto que el chirigotero está hecho de una madera especial— tenéis una capacidad de trabajo que no he visto nunca en ningún grupo, además de un talento particular para leer y ejecutar lo que os traigo como nadie lo ha hecho. Visto desde ese prisma, me atrevo a decir que seríais capaces de cualquier cosa. Aunque eso no garantiza el éxito.

Y Deep desde la barrera lanzó a Johnny el capote imprescindible para continuar la lidia:

—Te refieres al éxito económico… ¿no, Comandante?

—¡Claro! ¡A eso me refiero! ¡Al éxito económico! El otro se da por supuesto…

El grupo, finalmente, distendió sus rígidos rostros en señal de venia artística. No conseguir con la chirigota todo el patrocinio económico había dejado de ser para ellos lo fundamental. Por eso ya el Comandante, con mayor comodidad, pudo preguntar:

—¿Cómo, pues, completaríamos la financiación?

—Ilegalmente, como todos los partidos políticos de este país —sugirió Peter Pan, con su habitual humor inglés.

—¿Una cesta de Navidad, por ejemplo? —concretó el Bombero.

—Yo tengo una fórmula para rifar una cesta insuperable, y si toca pagamos la cesta, Los Peregrinos y fichamos a Cristiano para el Cádiz, inclusive —propuso Johnny con una seguridad tal que se encendieron como antorchas los ojos de los comparsistas.

—¿Cuál, Johnny, cuál? ¡Venga, dinos! —clamaron la mayoría entusiasmados.

—Es muy sencillo —explicó el Comandante, tomando un folio y un bolígrafo para proceder a la ilustración del maquiavélico diseño.

—Compramos un décimo de la lotería de Navidad. Por ejemplo: 40 286. Todas las papeletas de la rifa contendrían ese mismo número. El único inconveniente, por tanto, sería que sólo podrían venderse de una en una. El texto de la cesta iría precedido de un encabezamiento tal que así: «Entre los agraciados, cuyo número coincida con el gordo de la lotería de Navidad, se sorteará una gran Cesta, que contendrá...», subrayando, poniendo en mayúsculas y marcando en negrita lo de «cuyo número coincida con el Gordo», para dejar en segundo plano la trampa, «Entre los agraciados... se sorteará». Y ahí ya podemos incluir lo que queramos, pues si saliese el número en cuestión nosotros haríamos un sorteo para comprar sólo una cesta. Pero claro, eso supondría que previamente nos habría tocado el gordo de la lotería, unos 400 000 euros, con los que podríamos afrontar la cesta y la operación de cataratas de los votantes del PP...

—¡Genial, Comandante, genial! —vitoreó con júbilo la mayoría.

Johnny pasó el folio y el bolígrafo a Manolito el Panameño y, entre la expectación de los chicos, le dijo:

—Manolito, apunta ahí: «Un jamón de 25 jotas, una caja de gran reserva de Ribera del Duero, una caja de ginebra, una caja de ron, una

caja de güisqui, un cordero lechal, un palco para el debut de Los Peregrinos, dos entradas para la final de la Champions, un viaje al Caribe para dos personas, una lancha Zodiac, un Rolex de oro, un Wolkswagen descapotable y la guitarra de Peter Pan firmada por toda la comparsa... Donativo: 5 euros». ¿Ok?

—Hombre, si me compráis otra igual y me la firmáis a mí también... por mí, ningún problema —respondió por alusiones el reputado guitarrista.

—Pues mañana va el Panameño a la imprenta y trae las papeletas. Si nos comprometemos a vender 150 cada uno —que entiendo que es bien fácil—, sumaríamos 12 750 euros limpios de ganancias, que sumados a lo que ingresemos con la antología de la chirigota, más los derechos de imagen del año pasado... iríamos al Concurso con superávit de sobra. En caso de que el número no salga, claro está. Si sale, no vamos al Concurso...

—Nos vamos al Caribe, directamente, ¡y que le den por culo a Los Peregrinos! —remató el Tío Mon exultante de júbilo, imaginándose ya en una piscina cubierta de dólares.

—Y si nos cogen, ¿esa rifa no es ilegal? —preguntó Silva con inocente cautela.

—Si pones «donativo: 5 euros» no es ilegal, pues las donaciones son legales. Si no que se lo pregunten a la Iglesia. Y, por supuesto, el sello de la comparsa nunca aparecería —apostilló el Comandante calmando la única duda que quedaba en el aire.

Aprovechando la euforia de vislumbrar la financiación por fin a salvo, algunos propusieron incrementar a tres las horas diarias de ensayo, contando con la aprobación general. Y esa misma noche la comparsa empezó a ensayar como si el mundo fuese a acabar mañana.

No obstante, del éter no habían desaparecido los cirros de la última tormenta. Casi todos sabían que el Chino había traído parte del pasodoble de la discordia. Así que tal como vieron que el ensayo iba llegando a su fin, Deep instó a Mon a que fuese él quien, a modo de disculpa pública, invitara al Chino a cantar. Mon, humilde y complaciente, detuvo el ensayo, se situó en el centro del corro, y dirigiéndose al Chino, le dijo:

—Compañero, sé que la otra noche te hice daño. No fue mi intención. No era consciente de la gravedad de lo que contabas. Así que, de corazón, acepta mis disculpas y cántanos eso que sabemos que has traído, que tiene que ser un lujo escucharlo de tu boca.

El grupo, mirando a ambos, irrumpió en una honda ovación, dedicada a partes iguales a la nobleza de Mon y a la perseverancia del Chino.

El Chino, visiblemente emocionado y algo nervioso, titubeante como nunca había estado, hizo varios amagos de prologar el pasodoble. Pero recordando la explicación que ya dio en su momento, hizo un gesto a Silva para que marcase el ritmo del pasodoble y empezó a cantar:

Un hijo modelo y un gran estudiante,
amigo leal, con futuro a la vista,
con novia formal al estilo de antes.
Deja que te canten
estos comparsistas.
Por muy seguidor del Madrid que tú seas,
¿por qué, a través de Internet, te pusiste a apostar los malditos
[partidos
de Liga, de Copa del Rey, de Champions también y de *to* lo
[que hubiera?
¿Por qué, a través de Internet? Ay, querido *Grabiel*, si lo hubiera
[sabido...

En la red, caístes en la red,
de la avaricia, codicia, dinero... ay de ti, *Grabiel*,
que ni Bale, ni Cristiano, ni Álvaro Morata
merecen la errata de estar todo el día jugando y jugando
en apuestas Bwin.
Que ni el Gijón ni el Madrid se merecen de ti
que les des tus dineros.
Florentino puñetero,
¡al carajo por ahí!
Pero lo que no te perdono
es que, inconsciente, vendieras

ese cofrecito de plomo
con cenizas de la abuela...

Llegado ese instante trágico, el Chino se derrumbó en los brazos del Tío Mon, quien contagiado por la misma emoción de la que se había burlado, compartió con él tanto llanto que muchos tuvieron que salir del local para no dejar entrever sus también enrojecidos ojos, con las lágrimas aflorando y los labios endebles.

—¡Chino, Chino! —clamaba el auditorio coreando su nombre como el estadio el de su goleador.

Era evidente que el duelo empezaba a inclinarse del lado del grupo. El concepto concursista y trágico del carnaval se inauguraba desafiante en la propia comparsa del Comandante Matarratas, cuya opinión en esos instantes no era siquiera requerida. ¿Para qué? Iban ganando. Johnny optó por pronunciarse como uno más. No era la ocasión de apretar el pulso con ellos. Esperó que el Chino fuese desalojado de besos y abrazos para acercarse a él y tomarlo por el hombro.

—De puta madre, Chino. Si lo acabas al mismo nivel que lo llevas, no hay dudas.

—¿No hay dudas de qué, Comandante? —preguntaron varios al unísono

—De que haremos el ridículo, hijos míos, de que haremos el ridículo como nunca...

El semblante de gloria de los chicos tornó a indignación y enojo de modo violento. Aunque ninguno quiso preguntar por qué; conociendo los gustos de Johnny, no era necesario. Pero el poeta oficial no quiso prolongar el efecto de su cruel guillotina y comenzó a reír. Sabedor de que la ironía entonces no iba a ser suficiente, procuró ser más expreso:

—Dentro de lo que es un pasodoble «de Concurso», de lo que vosotros entendéis como pasodoble «de Concurso» —matizó con sarcasmo—, la verdad es que a mí me ha llegado.

—¿Por qué no lo acabas tú, Johnny? —preguntó Deep abanderando la voluntad del grupo en calidad de director.

—Porque el final es muy personal, y dos pintores no pueden pintar a medias un mismo cuadro. Si acaso, cuando esté acabado, me limitaré a

dar algunos leves retoques para mejorar cierta rima, o añadir o quitar alguna sílaba para cuadrarlo mejor, pero poco más...

Una vez que el giro del Comandante devolvió los testículos de los comparsistas a su lugar natural, el propio Johnny retomó su constructivismo crítico, pero con la habilidad suficiente para camuflar lo que realmente era una burla:

—Chino, ¿tu primo es de Getafe?

—No, es de Cádiz. ¿Por qué?

—Por lo de «caístes». Me gusta que vocalicéis bien, pero hasta tal extremo me resulta excesivo. Si pones «caíste» quizá resulta más natural.

—Vale, Comandante: «caíste». ¿Algo más así mejorable que hayas visto?

—Depende. A ver. ¿Tú primo cómo se llama, *Grabiel* o Gabriel?

—La verdad es que no lo sé. Le dicen de las dos formas.

—Pues deja *Grabiel*. Queda como más flamenco.

Deep se dio media vuelta y se dirigió a la puerta para no delatar con su risa la jocosa mofa del Comandante. No era el mejor momento para liarla otra vez.

—Qué cabrón eres —dijo a Johnny en voz baja.

—Se lo he dicho en serio, *brother*. Es como «pobre» y «probe». Hasta los que saben que se dice «pobre», cuando cantan flamenco dicen «probe» porque le da un aire como más gitano a la expresión.

Y dirigiéndose de nuevo al grupo, el Comandante preguntó:

—Bueno, finalmente, ¿cuántos pasodobles de este tipo pensáis llevar? ¿Uno o dos?

—Lo suyo sería llevar dos, uno para la semifinal y otro para la final —propuso Vitorio.

—Sí, sería lo suyo... Os iba a decir que ya no era necesario que os pasarais por el hospital para buscar otro tema. Pero si queréis dos... También he pensado que os podíais llegar —con total discreción, ojo— al tanatorio éste que hay aquí cerca. De cualquiera de sus frigoríficos también podríais sacar un pasodoble interesante. El Sepulturero lo hacía a menudo.

—Bueno, Comandante, ¿no dijiste que hoy tú también ibas a can-

tarnos otro? —preguntó el alumno aventajado, como queriendo compartir su recién estrenada cátedra con el maestro.

Johnny desenfundó la guitarra. Apuró el medio pitillo que le quedaba. Colocó un folio escrito sobre la mesa y, entre la improvisada expectación, empezó a rasguear la guitarra. Mas cuando el grupo había caído preso de la ilusión más infantil, ante lo que podía resultar el remate de la noche, Johnny miró al grupo, guardó la guitarra y dijo:

—Mucha tela para hoy. Aún estáis aturdidos por la conmoción del pasodoble del cofrecito de la abuela. Lo que os iba a cantar tiene un golpe metafísico incompatible con las sensaciones que todavía os embriagan. Mejor lo dejamos para mañana. Estaréis más despejados...

Y guardando la guitarra se marchó del local con una frialdad tan inusitada como inquietante.

—¿Le habrá sentado mal el pasodoble que he traído? —preguntó el Chino al grupo, como disculpándose ante la posibilidad de que el Comandante lo hubiera tomado como un desafío a su autoría.

—Con el pasodoble, no. Si acaso con nuestra reacción —comentó Paul con cierta preocupación en el rostro.

Al verse solos, sin el Comandante, de pronto les asaltó un fundado temor de que el éxito del pasodoble del Chino pudiera representar el principio del divorcio con Johnny. No para este año, pero sí para los siguientes. En el fondo, todos eran conscientes de la manifiesta enemistad de Johnny con esa forma de hacer Carnaval, y también de que cuando algo no le gustaba no imponía su voluntad a la del grupo: sencillamente se marchaba con su música a otra parte, de modo irrevocable, como había hecho en varias ocasiones a lo largo de su historia.

No obstante, ellos habían apostado por el proyecto de una forma tan definitiva que nada los iba a detener. Iban montados en un reactor en pleno vuelo, y ya no podían bajarse.

Al llegar a casa, Edy notó que Johnny venía seriamente consternado, tanto, que ni la besó. Se sentó en el sofá y empezó a buscar en la tele un partido de Champions que el Madrid estaba jugando esa noche.

—Apuesto doscientos euros a que el Madrid gana cinco a cero y Morata hace un *hat-trick*.

—¿Entonces no quieres salmorejo?

—Sí, para echárselo por encima a esta gente...

Edy confirmó que un nubarrón más negro de lo habitual cubría los parietales del Comandante.

—¿Qué pasa, queridísimo Bill, no les ha gustado el pasodoble? —preguntó con su cándida inocencia, mayor aun cuando Johnny traía cara de gato.

—Les ha encantado.

—¿Entonces? ¿Te pongo el salmorejo? ¿No te dije que les iba a gustar? Si este pasodoble va a ser el fin del PSOE —rubricó Edy con su ingenua seguridad.

—Y el que ha traído el Chino va a ser el fin del Comandante Matarratas.

—¿El Chino? ¿Trayendo pasodobles a la comparsa?

—Y lo que es peor: la comparsa celebrando el pasodoble del Chino.

—¿Más que uno tuyo?

—Igual.

—Entonces dejo el salmorejo para mañana mejor, ¿no?

—Sí, anda, vamos a acostarnos. He cenado en el ensayo.

—¿Qué has cenado?

—Un bocadillo de lágrimas.

—¿Sin huesos? Porque las lágrimas de pollo tienen hueso. Si te las metes en un bocadillo...

—Sin huesos, sí, sin huesos.

—Entonces, ¿dejo el salmorejo para mañana?

—Deja el salmorejo para mañana. Esta noche es mejor dejarlo todo para mañana.

—¿El salmorejo también?

—No. El salmorejo déjalo ahí por si me levanto esta noche con hambre. Edy, por favor...

En la cama, la mente del Comandante giraba como la tierra. En el informativo 24 Horas las mismas noticias se repetían veinticuatro veces. Edy tampoco dormía contagiada por la guerra civil que devastaba el alma de su compañero. Cuando el insomnio se apodera de los poetas debido a la oda creciente es más dulce que el que lo hace por culpa de la vocación menguante.

—Voy a dejar el Carnaval —dijo Johnny con un amargo hilo de voz entrecortado.

—Desde que te conozco, es la tercera o quinta vez que te lo escucho —respondió escéptica Edy.

Había intentado provocar que el Comandante la sorprendiera con una alternativa profesional, como solía hacer cuando consideraba perdidas las causas que defendía. Pero esta vez no conseguía su propósito.

—¿Por qué no continúas la novela aquélla que estabas haciendo del capillita? —insistió Edy.

Johnny se levantó para vaciar el cenicero y encender de nuevo un cigarro. Sentado sobre los pies de la cama y clavando su mirada sobre la peluda alfombra, abandonó su tensa reflexión para boicotear su propia propuesta.

—O a lo mejor no lo dejo; sencillamente lo cambio por otro.

—¿Por otro grupo? Queridísimo Bill, que ya no te queda nadie nuevo en Cádiz con quien cantar…

—Por otro Carnaval.

—¿El de Río? ¿Con Carlitos Brown?

—El de Cádiz, conmigo solo.

—¿Esa modalidad no existe, verdad?

—¿Cuál, Edy?

—El «uneto»

—¿El «uneto»?

—Un dueto es cuando cantan dos. Un «uneto»…

—Sí, Edy. Te he entendido. Un «uneto» es cuando uno solo compone, escribe y canta.

—Pues eso. Hazlo. Cuando actúas solo a mí me gusta más. Con ese aire entre sudamericano y flamenco que le das… ¡«Chavelito» Vargas!

La noche no estaba para reír. Pero el Comandante se rindió y no pudo evitar unas amables carcajadas de agradecimiento. Sabía que Edy no se lo estaba tomando muy en serio, pero le consolaba sentir que al menos tenía a alguien con quien contar para lo que decidiese. El apoyo moral, siempre incondicional de su esposa, era para él mucho más importante de lo que llegaba a expresarle. Antes de tomar una decisión capital sabía que debía enfriarse. Aunque, por otra parte, también

era consciente de que el insomnio había sido el magistral director de muchas de sus mejores tesis.

—El Carnaval está herido de muerte, amada mía. Creo que ya no hay remedio. Podía haber sido la catapulta definitiva para el arte de esta ciudad, para nuestra enigmática economía, para la conciliación de nuestra vida doméstica, para el portazo definitivo al Cortijo de Andalucía...

—Pero ¿tan bueno es el pasodoble que ha traído el Chino? Pues que acabe la comparsa él y tú haces el «uneto». Yo me comprometo a llevarte el atril adonde vayas.

—Gracias, Edy. ¿Guardaste el salmorejo en la nevera?

—No, lo dejé fuera por si querías comerte las galletas.

—Con el salmorejo... Sí, tan bueno es el pasodoble del Chino.

—¿De qué trataba?

—De una abuela en cenizas vilmente vendida por su nieto, adicto a las apuestas deportivas, tanto que ya no puede hacer frente a las deudas...

—Pues esas cosas no se deben cantar en Carnaval. Parecen Camela. ¿Y eso dices tú que es bueno?

—Bueno y malo son los dos términos más relativos de la existencia, y en el arte —que es lo más sublime de la existencia— es donde la relatividad de lo bueno y lo malo acaricia su máxima expresión. ¿A ti te parece bueno Joan Miró?

—No. Pero Van Gogh sí. Y mira cómo murió.

—Como voy a morir yo como esto siga así.

—Anda, queridísimo Bill, estás comparando la pintura con el Carnaval. No tienen nada que ver.

—Ser un adelantado a tu tiempo, en contra de lo que pueda parecer, no es ninguna virtud. Te quita más que te da. Ni por delante, ni por detrás. Justo en el tiempo. Con tu tiempo. Y el tiempo del Carnaval lo marca el gusto del público, el único verdaderamente soberano para decidir qué es bueno y qué no lo es tanto. El público del Carnaval ya es más universal. Está corroído por la impronta mediática de los medios de comunicación, de la televisión basura. De alguna forma demanda en Carnaval lo mismo que ve en la tele. Y los comparsistas inteligentes

creo que son los que están sabiendo hacer esa lectura del público que tenemos. El resto...

—El resto sois unos románticos.

—O unos necios, Edy, o unos grandísimos necios, según se mire. Un necio es un tonto que porfía lo que seguro va a perder. Su terquedad lo empuja a seguir insistiendo en contra del sentido común.

—Un necio romántico, vaya...

—En el romanticismo siempre hubo una alta dosis de necedad.

—¿Como en el salmorejo con galletas?

—Más o menos la misma.

17. El Coño de la Bernarda

Aquella noche el insomnio apenas dejó dormir al Comandante. Aun así, justo antes de que amaneciera, vistió su uniforme de *runnig* y marchó a correr por las calles de la ciudad.

Entre las primeras luces del alba y las caras de iPad con la que los adolescentes deambulaban hallando a duras penas el rumbo de su instituto, Johnny fue comenzando a sentir la energía redentora de la armonía con la naturaleza. Observó que el mundo seguía su curso y que él tampoco estaba dispuesto a detenerse. La vista perdida en la inmensidad de la playa desierta le dio alas para incrementar el ritmo de la carrera y así se animó para ver el mundo más posible de lo que anoche le parecía. Al volver bañado en el sudor que perfumaba su alma, encontró a Edy tomándose el café en la cocina como un león desmelenado, salvaje y sonriente, con los ojos y boca henchidos por el descanso y la perenne alegría con la que siempre recibía al Comandante. Y tras la ducha, renovado como si el país hubiera cambiado de nombre, sintió la necesidad de componerle una hermosa cuarteta de amor para terminar el popurrí de Los Peregrinos

Como una deuda que agotaba su plazo, fue sacando los versos sin tachones ni atascos, sueltos, redondos, libres y enteros, limpios como la mañana y repletos de amor y agradecimiento. Faltaba en el popurrí un guiño al recién fenecido Leonard Cohen, y las primeras pruebas musicales parecían un concierto sin ensayo, que atravesaban las paredes de la casa perforando de miel y otros néctares las vértebras de Edy que, sin poderlo remediar, se fue acercando sigilosamente a los dominios de Johnny.

—Escucha esto. Va por ti. Te lo debía —dijo mientras encendía su vieja grabadora manual:

Su belleza era tan pura que parecía una máscara.
Su perfil, una escultura, su risa, una canción.
Sus manos eran dos noches de las que nunca se acaban.
Su pecho y sus caderas, las riberas de su corazón.
Su boca, una ciudad en estado de alarma.
Su paso, el desfilar de una comparsa a la muerte.
Su lengua, el diccionario de las prohibidas palabras.
Sus ojos eran el mundo abandonado a la suerte.

Su piel era la flor de la canela en la rama.
Su vientre, un altar para trovar en privado.
Encerraba entre costillas misterios de su alma,
y en su espalda, las lágrimas de amor del pasado.

Por más carnavales que anduve,
y mujeres que confundí
con el amor que no tuve,
con una nube de mí,
nunca había visto una musa,
de piel, de carne y de hueso.
Como si fuera una luna
debajo del universo.

A ustedes no les sonará su cara.
Si acaso yo se la presento:
no es la calle que en su día yo cantara,
es la mujer, profunda y clara…
que andaba dentro.

A Edy, era la primera vez que se le derramaban lágrimas de la emoción.

—Sácamela por la impresora —dijo en cuanto deshizo el nudo de su garganta.

Y la clavó con una chincheta frente a la mesa donde pintaba sus cua-

dros de cristal, gesto que terminó de felicitar la salud conyugal del Comandante:

—Es lo que siento. Al mundo le sobramos tú y yo. O los demás. Todos juntos no cabemos. No somos animales idénticos. No estamos fabricados para compartir la guerra ni las paces, ni los volcanes ni las playas, ni los bares ni las fábricas con ellos.

Desde que conoció a Edy, el Comandante reconocía que —en contra de su voluntad— había perdido el interés por el mundo. El movimiento universal ya no lo identificaba en el devenir urbano, sino en los ritmos lentos de los astros y las mareas, y su *hobby* había dejado de ser el fútbol para buscar hoteles en pueblos y ciudades lejanas. El problema era que cuando llegaba a su destino, allí también volvía a encontrar a la humanidad en su tosca y previsible podredumbre.

De hecho, esa mañana decidió marchar con Edy a su Zahara nupcial, que desierta de veraneantes y con la luz pálida del prólogo del invierno, convertía su casta costa en románticas pinturas de los ingleses del XVIII.

Pero aquella tarde en la que las palabras eran tan leves que ni endulzaban la infusión, y mientras el sol se despedía tras una barca arrumbada en la arena, la magia se deshizo en el instante que un teléfono corporativo cimbreó el móvil de Johnny. Era *El Coño de la Bernarda* en la voz de Paloma Mensajera, una insolente y estúpida redactora que no acabó Ciencias de la Información por manifiesta incompetencia, pero muy aficionada al Carnaval amarillo. Confesa detractora del Comandante, le pidió sin la menor vergüenza una entrevista para la edición digital del domingo. A Johnny le perturbaba la propuesta de la peor manera, ya que Paloma entrevistaba por teléfono para, a continuación, publicar una particular versión de lo que Johnny respondía, procurando agrandar y subrayar todo aquello que pudiera convertirse en bumerán contra el Comandante, que ya de por sí anduvo siempre calvo de pelos en la lengua.

—Hola, Paloma, discúlpame cinco minutos que estoy intentando aparcar, ¿vale guapa?

—De acuerdo, ahora le llamo.

—Con tu puta madre...

—Queridísimo Bill, que la prensa luego te la juega...

—No me ha oído; había colgado ya.

Pidió un café cargado y situó su paquete de Moods en el centro de la mesa, como escudo para ser capaz de responder con vaselina y calma, dentro de sus posibilidades, claro, pues sabía que de cada nueve preguntas, diez serían malintencionadas.

Sonó de nuevo el teléfono:

—Hola, Johnny; en primer lugar... Ha dejado usted la enseñanza definitivamente, ¿no? Se comenta que tiene un problema en las cuerdas vocales.

—Más concretamente, el problema es en la cuerda que me amarra al Cortijo de Andalucía, que se ha ido rompiendo por el lado más débil.

—El tuyo, claro.

—No. El suyo. La obligación de enseñar es mía hasta que yo quiera que lo sea. Pero dar una educación de calidad es siempre oficio del que manda. Sin mí como profesor de Ateísmo la calidad nunca será la misma. Los estudiantes pensarán como ellos. O sea, no pensarán. Es de lo que se trata.

—Y cómo lleva Los Peregrinos. Ha vuelto a cambiar de grupo otra vez, ¿no?

—No, sólo tres incorporaciones. Peter Pan, el Yanqui y el Mazorca. El resto sigue igual. Con el mismo timbre. Sonando casi mejor que estos años atrás.

—¿Me puede comentar, así por encima, de qué va la idea de Los Peregrinos?

—Te puedo comentar sólo que a la gente le va a encantar, y que muchos se van a sentir identificados con ella.

—Pero avánceme algo...

—Lo que avanzo en tu periódico luego lo retrocedo en el Falla.

El corte del Comandante a la intrusa periodista —o lo que fuera— pareció de pronto haber dejado sin línea los teléfonos.

—¿Sigues ahí, Paloma?

—Sí, Johnny, claro, es que estaba tomando nota.

—Pues tómala tal y como te la estoy dando, que luego no parezca que te la has inventado.

—Yo nunca me invento nada. Con usted no hace falta. Por cierto, ¿cómo ve el nivel de este año?

—No lo veo. Hasta que no empiece el Concurso es imposible ver nada. Te rogaría que me preguntases sólo aquello que puedo responderte sin vacilar.

—A sus órdenes, Comandante. ¿Son ciertos los rumores que hablan de que su grupo le está ayudando con el repertorio porque ya usted tiene dificultades?

—Perdona, Paloma, tengo el coche en doble fila y viene un guardia derecho a multarme. En otro momento continuamos.

—No se preocupe, Comandante. Con esto es suficiente. Agradecida como siempre. Que tenga buen día.

Severamente incómodo, invitó a Edy a marchar. Se acercaba la hora del ensayo y Paloma Mensajera había jodido una jornada serena pero radiante, de las que Johnny necesitaba como el aire para seguir respirando.

Edy no se atrevía a interrumpir el sonoro cabreo de su marido por miedo a que terminara de reventar. Johnny se quejaba con indignada brusquedad de lo insustanciales y repetitivas que eran las entrevistas, las mismas todos los años. Cada vez se mostraba más parco en palabras para evitar que su manipulación dañara su imagen. Era consciente de que —dado su carácter mediático— al llegar esta fecha se convertía en un reclamo para la prensa. Y aunque algunos amigos mantenía dentro del gremio, éstos no eran precisamente los más influyentes de cara al público que seguía el Concurso.

—Ahora a ver qué pone, la cabrona…

—Pondrá poco y mal. Se lo has puesto fácil.

—¿He estado grosero?

—Hombre, Fidelito… grosero exactamente no. Pero muy amable tampoco.

—Si la dejo seguir, por el camino que iba, me pregunta si he vuelto a fumar y si aún conservo mi matrimonio contigo. Paloma es un metro y medio de mala leche, leche que convierte en tinta, tinta que convierte en espinas…

—Todos son iguales.

—La mayoría no son periodistas. Eso es lo que se les nota. No saben ni preguntar. Pero, vamos, esta va un metro por delante del resto.

—Queridísimo Bill, ¿pero te vas a enfrentar a un periódico antes del Concurso? ¿Quieres que te linchen?

—Mira, Edy, cuando un periódico va a por ti, ya les puedes llevar yemitas del Tajo, que va a por ti. Da igual lo que digas. Las órdenes del boicot vienen de arriba. Ellos se limitan a obedecer. Menos mal que se me frustró la vocación. Si yo hubiese trabajado en un periódico, en los tiempos que corren, habría durado una edición.

—Pues ahí está Matías Prats, que parece de la familia.

—Ése sólo lee lo que le ponen por delante. En la prensa española solo duran los obedientes. Los que respetan el *ethos* periodístico van a por tabaco en un santiamén.

—¿Te dejo en el ensayo?

—Sí, Edy, por favor, que el Chino amenazaba con traer acabado el pasodoble y no me lo quiero perder.

Efectivamente, cuando el Comandante Matarratas llegó al ensayo estaba ya el grupo disuelto por el local, facilitándole al Chino la concentración y el repaso de lo que restaba de pasodoble.

La entrada de Johnny en el local se vivió de manera idéntica a la del profesor el día del examen. Johnny lo advirtió y procuró mostrar su cara más amable:

—Qué pasa, Chinito, ¿vas a rematar la faena y así evitar la excursión al tanatorio?

—No seas cabrón, Johnny —bromeó el Chino—. Además, ya te dijimos que queremos dos de éstos. Uno para la semifinal y otro para la final.

—¿Y si no pasamos a la final? —golpeó el Comandante la moral del Chino—. Un pasodoble de éstos, viniendo de nosotros, también puede hundirnos. Entonces es cuando ya competimos directamente contra los Boniatos o @mellamoale, que son los grandes especialistas...

Una vez estuvieron todos presentes el Chino recordó el pasodoble para continuarlo con sentido:

Un hijo modelo y un gran estudiante,
amigo leal, con futuro a la vista,
con novia formal al estilo de antes.
Deja que te canten
estos comparsistas.
Por muy seguidor del Madrid que tú seas,
¿por qué, a través de Internet, te pusiste a apostar los malditos
[partidos
de Liga, de Copa del Rey, de Champions también y de *to* lo
[que hubiera?
¿Por qué, a través de Internet? Ay, querido *Grabiel*, si lo hubiera
[sabido…
En la red, caístes en la red,
de la avaricia, codicia, dinero… ay de ti, *Grabiel*,
que ni Bale, ni Cristiano, ni Álvaro Morata
merecen la errata de estar todo el día jugando y jugando
en apuestas Bwin.
Que ni el Gijón ni el Madrid se merecen de ti
que les des tus dineros.
Florentino puñetero,
¡al carajo por ahí!
Pero lo que no te perdono
es que, inconsciente, vendieras
ese cofrecito de plomo
con cenizas de la abuela,
que por el plomo no te daban
ni nueve euros y medio,
y dentro estaba su alma
igual que en su cementerio.
Maldito sea Morata,
maldito sea Zidane,
que hacen que los *ludopatas*,
apuesten pero no ganen.
Y cuando la deuda ya
llega a palabras mayores,

echen mano sin pudores
del panteón familiar.

Cómo no *te se* ocurrió otra manera, primito,
de salir de la adicción que vendiendo el cofrecito...
Podías haber trabajado otra vez en Media Mark
para la campaña de Navidad, aunque fuera envolviendo los
[regalitos,
o cantando mis letras, en salas y discotecas
como Los Cristalitos...

El ensayo se venía abajo. Lo habían conseguido. En plural. La hegemonía y el monopolio del Comandante Matarratas como poeta se veía, como decía Edy, *entre las cuerdas y la pared.* El Chino era manteado por todos... menos por Johnny, obviamente, que asistía sonriendo con tensión al espectáculo desde la puerta, con las manos en los bolsillos y mascando su chicle de la abstinencia.

Manolito el Panameño, íntimo amigo y resignado conocedor de los gustos de Johnny, se fue junto a él a la puerta, y le dijo en tono confidencial:

—Que acaben el repertorio ellos, ¿no? —entre la ironía y el temor de que el Comandante no aceptara la rotunda victoria del grupo.

Después de una larga sonrisa de conformidad, escupió el chicle y un «que lo canten» salió como un perdigón de los temblorosos labios del Comandante. Sabía que en estos momentos no le quedaba otra opción. Si conseguía evitar la catástrofe, habría de aguardar otra ocasión y preparar un argumento incontestable. Pero en plena celebración sólo aspiraba a mantener su presencia en el local con la lógica distancia. No obstante, felicitó al Chino:

—Aunque sabes que no es mi estilo, te felicito, sobre todo por el final, por la parte que a mí me toca.

—Muchas gracias, Comandante. ¿Algo que corregir?

—A ver... rimar Morata con *ludopata*... bueno, se han visto cosas peores.

—Es que en el Madrid no hay ningún jugador con esdrújula, y

si cambiamos con disimulo el acento y conseguimos pronunciar «ludópata»...

—Podrías cambiarlo por «mala pata», que también rima con Morata...

—Lo había pensado, Johnny, pero «ludópata» es la gran palabra del pasodoble. Deberíamos procurar mantenerla como fuera.

—Bien, Chino, muy bien. Celebro tu sentido estratégico de la rima, pero hay veces que meter los versos con calzador resta mérito. En fin, lo dejo en tus manos. Yo marcho a casa que ha sido un día muy largo.

En el estómago del Comandante no sólo daba vueltas la derrota del pasodoble, su desarrollo, su rima imposible, su parche final. También barruntaba la tormenta social que inundaría las redes cuando Paloma Mensajera publicara a la mañana siguiente su entrevista.

Y tal como esperaba, al despertar aquel lluvioso domingo, al abrir Twitter encontró el titular que encabezaba su entrevista en la edición digital de *El Coño de la Bernarda*: «@matarratas: dejo la enseñanza porque los alumnos no piensan. En el Falla no veo nivel, y la culpa de mi retroceso la tiene la prensa».

—¡Me cago en su puta madre!

El tuit ya contaba con 129 RT y sólo tres «me gusta». Las notificaciones de protesta llovían más en su cuenta que en la ciudad.

—¿Adónde vas, queridísimo Bill?

—A disfrazarme de halcón callejero para buscar a la Paloma ésa y darle un picotazo en el coco, que la voy a dejar más tonta de lo que es. ¡Será cabrona...!

—Anda que le den. ¿Qué ha puesto?

—Abre Twitter y lo miras. Me voy a correr.

—Está lloviendo.

—Mejor. Así vengo ya duchado.

Ni siquiera la carrera aplacó su rabia. Volvió antes de lo esperado. Pero no por la lluvia de fuera, sino por la de dentro.

Edy sabía que cuando Johnny se cabreaba de aquella manera, solía ser con motivo. Entonces era complicado intentar tranquilizarlo, porque lo normal era conseguir el efecto contrario.

—Yo es que no me enteré qué le dijiste.

—Pues estabas allí.

—Mira, Johnny —Edy únicamente lo llamaba por su nombre cuando se ponía seria—, conmigo no la pagues. Llámala y que te aclare lo que ha puesto.

Johnny miró una y otra vez a Edy, a la tableta de lorazepam y al iPhone. Finalmente besó de modo brusco los labios de Edy, guardó el lorazepam y cogió el iPhone en dirección a la cocina.

—¿Tú eres tonta o te has comido las bolitas del Mora?

—¿Es a mí, Fidelito? —preguntó Edy desde el cuarto de baño.

—Sí, tú, manipuladora. ¿Te concedo una entrevista para que la manipules y me eches a la gente encima? ¿Otra vez? Te juro que es la última, pero que no te libras de la demanda.

—Mire, Comandante, yo le he dado la entrevista grabada a mi jefe, y mi jefe la ha escrito como ha creído más comercial.

—Pues entonces, en vez de demandaros, voy a coger a tu jefe y le voy a dar un puñetazo que lo voy a vestir de piconero...

Paloma no oyó esto último porque ya había colgado el teléfono, lo cual agitó más la ira de Johnny. Los RT de sus presuntas declaraciones seguían corriendo como la pólvora, y no cesaba la catarata de mensajes de sus seguidores y perseguidores: «@matarratas: la culpa de tu retroceso la tiene tu vanidad, que te crees que eres Dios», «@matarratas: tú sólo ves nivel en ti, egocéntrico, así te va», «@matarratas: siempre será mejor que los alumnos no piensen a que piensen como tú, coplerillo», eran sólo algunas muestras de la colección de mensajes con la que estaban linchando al Comandante en las redes sociales.

Johnny estaba hundido, no tanto por los mensajes como por no haber tenido arrestos para negarle la entrevista a un medio cuya histórica maldad ya había provocado parecidas tormentas en momentos similares. El Comandante no era amigo de prodigarse en los medios. Solía hablar claro. Y ésa era un arma de doble filo. Dada la senatorial corrección de sus colegas, la prensa sabía que su inocente y radical transparencia era la única que vendía, y no tenía escrúpulos en meterle los dedos ni en alterar perversamente el orden de sus declaraciones. Dada la fama de borde y agresivo de la que el propio Johnny se había

hecho acreedor en otros tiempos —todo sea dicho— nadie iba a sospechar de una manipulación.

«@matarratas: te vas a quedar sin alumnos y sin público», este fue el último tuit que atacó la deshecha moral del Comandante, quien en un exceso de amor propio respondió de su particular manera: «Con quedarme sin los imbéciles como tú, que no se dan cuenta de que la entrevista está perversamente manipulada, tengo que me sobra».

Aunque en un principio se arrepintió y pensó incluso borrar el tuit, cuando al filo de la media tarde encendió de nuevo el teléfono, comprobó lleno de sosiego y regocijo que su último tuit duplicaba en RT y corazones al de *El Coño de la Bernarda*, y que la tortilla había dado la vuelta. Las redes se habían convertido en una jauría contra el periódico y a favor del Comandante. No mentir nunca —y menos al público— lo había dotado del discurso más creíble del mundo del Carnaval. A Johnny lo podías amar u odiar, o las dos cosas a la vez. Pero el único acuerdo público sobre él era que, si decía algo, solía constituir un principio de verdad con mayúsculas.

—Me alegro, queridísimo Bill. La gente vuelve a estar contigo... pero el periódico ahora lo tienes más en contra todavía...

—¿Más? —no lo preguntó: lo afirmó jodido pero radiante.

Edy se le quedó mirando fijamente como diciendo «tú sabrás». Johnny se sentó junto a ella ante el televisor y le procuró aclarar algunos pormenores del submundo éste que Edy ni conocía ni tenía la intención de conocer. No le agradaba demasiado. En poco tiempo junto a Johnny había vislumbrado que era lo bastante sórdido como para instalarse en él, ni siquiera como protagonista pasiva.

—Querida. Este cuarto poder que habitualmente preside nuestros hogares, es el cuarto por su orden de aparición en la cronología de los poderes fácticos. *De facto* es el primero. La gente no sabe leer una noticia en un periódico, ni ver la tele. La prensa es dogmática porque sus verdades parecen reveladas, incuestionables, indiscutibles. Nadie contempla que —detrás de una cadena— está siempre la pasta y el interés de un grupo empresarial que financia a un partido. Y el que escribe en un periódico no es más que un chupatintas a sueldo. La mayoría de la gente, cuando dice «pone en el diario» o «han dicho en la tele», justi-

fica la noticia en virtud de un ser superior que todo lo ve. Cree que es así. No recae en el dicho de que «cada cual cuenta la feria según le va». Tampoco acepta que la están manipulando, que les están mintiendo descaradamente, porque en ese caso se habría de obligar a sí misma a seguir buscando la verdad a partir de nuevas excavaciones en fuentes que no están tan a la mano. Y eso da pereza. En el caso concreto de Cádiz, el campeonato permanente de envidia cochina también salpica a la prensa, que dentro del Carnaval se banaliza aún más si cabe.

—Entonces, enfrentarse a ellos es suicidarse, entiendo. Si quieres hacerlo, hazlo. Pero, perdona que te diga, no sé para qué vas al Concurso; luego no te quejes.

—Luego no me quejo.

—Anda que no...

—¿Yo? ¿Cuándo?

18. Merienda de negros

Y pasó lo que tenía que pasar. El Concurso se acercaba. Su organización no podía improvisarse. Había mucho que cambiar pero la burocracia administrativa exigía tal cantidad de cauces y trámites que el Comité para la Decencia decidió en pleno empezar a construir la casa por los cimientos, o sea, ir poco a poco dándole un giro sólo a aquello cuya prioridad fuese compatible con el escaso margen de tiempo que el calendario concedía. Algunos, como el Comandante —que tanto celebraron el derrocamiento de la Piara—, se mantenían escépticos y en el temor de que el ingreso en las instituciones corrigiera el espíritu fundacional del Comité. Él, consciente de su radicalidad y del apoliticismo de sus formas, cedió su representación a Deep, su amigo y mano derecha, mejor negociante y más transigente para la gestión del interés común.

El nombramiento del jurado era una de las mayores asignaturas pendientes desde la prehistoria del Concurso. Cuando se celebra un certamen premiado del género que sea, es habitual que los jueces estén al mismo nivel —como mínimo— que los participantes. En el Concurso del Falla lo habitual era lo contrario. Para calificar un proyecto arquitectónico no vale un aficionado a la arquitectura, ni siquiera el mejor albañil, por muchas catedrales que haya levantado, pues el objeto a evaluar es de naturaleza distinta y específica. Esta tesis que tanto defendía el Comandante era oída pero poco atendida por sus colegas. Una de las maldiciones del Concurso era la enorme cantidad de costumbres que se habían convertido en leyes. Y vaya leyes. El reglamento, entre una de sus múltiples lagunas, incluía un absurdo sistema de puntuación para el jurado, pero jamás contempló qué se puntuaría. Nunca nadie supo si sumaba más cantarle a Cádiz o al mundo, al corrupto que al desgraciado, la crítica o el piropo. Quien se presentaba admitía de oficio la

sumisión al gusto de un jurado cuya composición tampoco fue nunca un alarde de transparencia, precisamente. La ciudad contaba con una ingente legión de aspirantes a jueces de Carnaval, desde el convencimiento de la sabiduría, la experiencia y criterios así de relativos. Por lo general, en el perfil del aspirante se estimaba la incesante autoproposición. Salvo algunos que estaban excesivamente bien calados, la mayoría de los que querían ser jurado, tarde o temprano lo terminaban siendo. Los autopropuestos eran los que liaban los tacos más sonados. Procediendo por lo común del submundo del Carnaval —por el que habían pasado con más pena que gloria—, buscaban la gloria vengando la pena. Ajustes de cuentas pasadas, amores, rencores y odios se convertían en la óptica definitiva para conceder los premios, salvo que la evidencia —o providencia— se encargara de hacerlo. Nunca llueve a gusto de todos. Pero en este Concurso sólo llovía a gusto del que ganaba. Ni siquiera el público sabía a ciencia cierta cuándo había ganado el mejor. De hecho, era normativo que el veredicto del público y del jurado se enfrentaran de tal forma que lo de «jurado, cabrón» se había convertido en uno de los gritos más populares del Carnaval.

Dada la magnitud y la gravedad del asunto, y sin tiempo para probar una nueva fórmula, el Comité acordó que el alcalde nombrase al presidente del jurado, y éste —a su vez— al resto de miembros, con la colaboración paralela de las entidades próximas, bajo un sombrío protocolo que seguía recordando en mucho al anterior.

Kichi I de Rotterdam, como alcalde asambleario y consumado excomparsista, tuvo a bien proponer como presidenta a una mujer procedente de la élite del Concurso, ya retirada del Carnaval y dedicada a su profesión de inspectora de trabajo. Como el lector ya habrá adivinado, se trataba de Gabriela Sinmoral, un guiño necesario al Partido Socialista que incluía la transparencia económica. La inocencia del alcalde, ignorante de la trama que latía bajo la superficie de CYCUTA y del alcance de los tentáculos aún serpenteantes de la Piara, provocó un corte de respiración automático en todas las partes implicadas.

Constituyendo aún un rumor, y sin llegar a ser oficial, la propuesta corrió como la peste por los canales privados del Carnaval, siendo

CYCUTA la responsable de un wasap que al circular agotaba la batería del móvil que lo recibía: «Si la inspectora preside el jurado, arde Roma. Nerón».

Repentino Todobar, amigo personal del alcalde, anduvo espectacularmente veloz de reflejos, y para el día siguiente consiguió convocar una reunión secreta y urgente con todas las partes implicadas. En el reservado de un distinguido restaurante citó al juez Valjibia, al Cizaña, a Deep, a Gatopardo, al Sepulturero, a la inspectora y al propio Nerón.

Tal como rogó en la citación, ninguno se detuvo en la barra. Así como llegaron, fueron subiendo al reservado. El último en aparecer —obviamente— fue Nerón, cubriendo su rostro con el lógico pasamontañas que preservaba su identidad. El silencio era un bloque de hielo que sólo empezó a derretirse por la simpática intervención de la camarera.

—¿Les traigo algo de beber o será peor? —dijo descarada ante lo notorio de la tensión.

—Un barril de tila y varios ceniceros, de momento —respondió Deep sumándose al protagonismo inicial de la ironía.

Pero ni el uno ni la otra consiguieron invitar a las palabras. Cualquier movimiento en falso en aquel congreso podría pagarse caro. Tras un trago de vino tinto y dos de saliva, Repentino se dirigió a Gabriela Sinmoral sin ambages:

—¿Vas a aceptar la propuesta, Gabriela?

La inspectora, padeciendo de reojo la crucifixión de la mirada aterradora de Nerón, devolvió un revés cruzado.

—En un principio, no veo por qué no iba a hacerlo. ¿Cuál es el problema? Porque al parecer lo hay.

—Como magistrado no intervengo, pero como ciudadano no estimo prudente que dos partes en declarado litigio se sometan a una relación de subordinación innecesaria, como juez, usted, y como parte, ellos —manifestó con sutileza Valjibia.

—¿Quiénes son «ellos»? —preguntó de nuevo Gabriela, haciéndose la distraída con escasa fortuna.

Valjibia miró a Nerón, bajo su pasamontañas, a Todobar y a Deep, que sonreía insolente.

—Inspectora —apremió de nuevo el juez—, usted ha denunciado unos hechos en mi juzgado que imputan a miembros de esta mesa. Ante la falta de pruebas de cargo, me ha sugerido que investigue las —según usted— estrechas relaciones entre CYCUTA y el Comité para la Decencia del Concurso.

—Entiendo —dijo Gabriela—, el Comité quiere nombrarme presidenta del jurado a cambio de que retire mi denuncia contra CYCUTA.

—No entiende, inspectora —respondió Deep—. El Comité no es CYCUTA, pero tampoco quiere nombrarla presidenta. Lo suyo ha sido una propuesta personal del alcalde, que desconoce el trasfondo de todo esto. Si usted acepta, nosotros denunciaremos que la información que usted maneja se la ha pasado el Cizaña a cambio de lo que todos sabemos... pero públicamente callamos, pues su marido es muy buena gente y sufriría mucho con la publicación. Y por supuesto, todas las agrupaciones implicadas nos retiraríamos del COAS. El escándalo estará servido. A su partido quizá no le agrade. No está en sus mejores horas. Usted decide.

—¿Y tú estarías dispuesto a contarlo? —preguntó la inspectora indignada mirando al Cizaña, cabizbajo, encerrado en sí mismo pero en absoluto avergonzado.

—Yo sí, cariño, hasta el último detalle... a menos que me dejaras a mí seguir cantando en B.

Las caras del resto de los comensales se convirtieron de pronto en triángulos equiláteros. El misterio de la Santísima Trinidad dejaba de ser una ecuación irresoluble.

El Cizaña, desde hacía muchos años y —con mayor asiduidad— a medida que fue siendo desestimado por las grandes comparsas, se buscaba la vida cantando por salas y discotecas de Andalucía, bien en solitario, bien con el célebre grupo de los Metacrilatos, sin declarar un solo euro a la Seguridad Social. Todo en B, como se dice en el género. Y de un modo generosamente lucrativo.

—A ver si entiendo yo ahora —dijo Deep, nada sonriente esta vez—. Usted mantiene como confidente a uno que comete la misma infracción que denuncia y sanciona, y la información la obtiene a cambio de sus favores sexuales... que ya hay que tener ganas...

—Señora Sinmoral: eso en mi despacho se llama corrupción y fraude administrativo, y tiene pena de cárcel. ¿Me dice usted qué hago ahora? —interrogó Valjibia desde su rol de juez, de un modo en el que sólo le faltó ponerse la toga.

La inspectora, presa del pánico, pidió un *gin-tonic* bien cargado. El resto, agua. Hizo más de un intento por explicar lo inexplicable, pero en su débil garganta sus amagos se cruzaban con los nudos que preceden al llanto.

El Cizaña, sin la menor vergüenza, miraba a los demás en demanda de comprensión para su oferta.

Repentino y Deep hundían sus testas entre las manos, mientras el juez reclinaba su asiento desesperado, Nerón sonreía disimuladamente y el Sepulturero y Gatopardo aguardaban silentes su turno.

—Y después de todo esto, ¿están seguros de que quieren auditar las cuentas del Concurso de los años que lo organizó la Piara? —preguntó insolente el Sepulturero—. ¿O investigamos antes la sala de Buenos Aires, en la que los artistas que les contrato tampoco van dados de alta? Señoría, se lo pregunto a usted...

—Yo, de oficio, no lo voy a investigar, a menos que sea denunciado de parte...

—Ya, tiene mucho trabajo acumulado en su despacho como para iniciar otro procedimiento contra usted mismo, ¿verdad? —profirió el Sepulturero severo y seguro.

Las cartas estaban boca arriba. Tan boca arriba que ya, más que pensar, tocaba ir decidiendo.

—Si me lo permiten, yo retiro mis denuncias. Voy a pedir una excedencia en la inspección. Mi salud mental lo necesita. Y la presidencia del jurado... para quien la quiera.

La inspectora Sinmoral se levantó de la mesa. Echó al hombro su enorme bolso de piel y, antes de marchar, se inclinó sobre el oído del Cizaña y le recriminó escuetamente su actitud:

—¡Cerdo!

—Gracias, yo también te estimo —respondió el Cizaña seguramente enarbolado en el éxtasis de la victoria por asfixia del contrario.

Por primera y última vez habló Nerón:

—Bueno. Yo creo que aquí sobro ya —resumió el embajador de CYCUTA, manteniendo el pasamontañas y enfilando con diligencia las escaleras que conducían a la calle.

—¿Seguís creyendo necesaria la auditoría? —preguntó Gatopardo tras consultar en voz baja con el Sepulturero.

—Necesaria no es lo mismo que conveniente —advirtió el juez antes de que los miembros del Comité, Repentino y Deep se pronunciaran al respecto.

—Si nos dejan organizar el Concurso de una manera limpia y transparente, sin que la inspección acose a los grupos y su señoría archiva el caso CYCUTA o, en todo caso, nos desvincula de él y archiva nuestras imputaciones… —mantuvo Repentino Todobar mirando al juez Valjibia en tono de oferta.

—Si la inspectora retira las denuncias, y ante la falta de pruebas fehacientes, yo archivaré las imputaciones de los miembros del Comité. El caso CYCUTA como tal, no puedo archivarlo: sólo puedo dejarlo en *standby* y permitir que prescriba, siempre y cuando no se repitan más actuaciones delictivas por parte de la organización.

—Si no nos siguen acosando, CYCUTA no volverá a intervenir; es lo único que le puedo asegurar, señoría —aseveró Deep.

—Y las comisiones que me debe de Buenos Aires, ¿me las va a pagar ahora, señor juez, y asunto zanjado? —preguntó oportunista el Sepulturero, a quien sólo restaba ese único consuelo para paliar su parte de la derrota.

—El dinero del local es asunto de Gatopardo. Yo pagaré el almuerzo —dijo el juez sonriendo de gozo por la evidente descongestión.

—De acuerdo todos —finalizó Repentino—. No daré a ninguno la mano… vaya a ser que parezca un pacto.

Al salir del restaurante, Deep citó inmediatamente al Comandante Matarratas en el mismo local de ensayo, con tiempo suficiente para explicarle el resultado del congreso antes de que llegaran los chicos del grupo. Ellos, cuanto menos supieran, mejor.

Después de una entretenida y larga explicación, a la que Johnny asistió entre continuos sobresaltos de estupor, Deep le preguntó su opinión. Ésta sería considerada como un visto bueno para su gestión.

Johnny se quedó pensativo pelando un mango. Se lo comió con lentitud, alargando la tensión del director. Tras limpiarse el chorreo del jugo con infinitas servilletas, finalmente procedió a valorar.

—*Brother*... ¡qué asco!

—¿Asco por qué? ¿Y el marrón que nos hemos quitado de encima, Johnny, que si no íbamos al talego podíamos quedar con antecedentes?

—Qué temeroso andas siempre, Deep. Pareces nuevo. Te dije que no pasaría nada. Esto es una merienda de negros. Siempre lo ha sido. Lo que ocurre es que ahora tú te has visto implicado en un asunto muy turbio, y la mejor forma que se te ha ocurrido para escurrir nuestra responsabilidad ha sido la de merendar con los negros, de forma muy sabia, dicho sea de paso. Admiro la habilidad que Repentino y tú habéis desarrollado para enfrentar a nuestros posibles verdugos y conseguir que pacten ellos sin necesidad de que nosotros intervengamos. Es cierto. Pero no es menos cierto que el Comité para la Decencia no ha tenido un estreno muy... «decente»; digámoslo así.

—¿Indecente?

—Opaco. ¿Y Nerón?

—Nada. Con su pasamontañas. Apenas abría los ojos. En un par de ocasiones los clavó en Gabriela. Imposible saber quién era.

—A lo mejor no era ni de nosotros, *brother*. Me preocupa que haya alguien más metido en todo esto.

—De momento parece que vamos a tener un Concurso tranquilo.

—No se trata sólo de «un» Concurso, Deep. El Comité para la Decencia no se inició para derrocar a la Piara. Muerto el perro no acabó la rabia... porque hay más perros. Y los dos lo sabemos. Esto me recuerda a la transición española. ¿Transición pacífica a la democracia? Sí, pero gestada y supervisada por los mismos franquistas, manteniendo al rey, condecorando a torturadores y amenazando con un golpe de Estado militar si se torcía alguna imposición innegociable. «Dictocracia» o «Democracia franquista», como prefieras, que es lo que tenemos ahora. No quiero que pase igual con el Concurso. Pero hoy ha echado a rodar la transición siguiendo ese mismo modelo.

Deep se limitaba a levantar los brazos a la mitad y a mantener un

gesto en el rostro que traducido significaba «confórmate con esto, que de momento ya es bastante»

—Menos mal que a mi hijo no le gusta el Carnaval. No quisiera nunca verlo metido en este mundo.

—Todos los mundos son iguales, *brother*. Donde hay dinero, poder, egolatría, prestigio... hay mafia. O te metes en la mafia o la mafia te elimina. Y para meterse en la mafia, necesariamente tienes que poner a la propia mafia entre la espada y la pared usando sus mismas tácticas, adelantándote a ellos.

—Menos mal que el director de mi comparsa es un mafioso. Si no, en el Concurso no teníamos nada que hacer, ¿no, Deep? ¿Me estás diciendo eso, verdad?

—Están metidos todos. Yo no he inventado las reglas de este juego. Pero si quieres seguir jugando con garantías, lo único seguro es que no puedes a estas alturas seguir haciendo la guerra por tu cuenta.

—Pues yo no lo descarto. Aunque sea fuera de aquí... Hoy no voy a ensayar, no estoy de humor. Compréndelo. Me voy a casa, que Edy ha preparado un pargo al horno. Dadle caña a los pasodobles que nos coge el toro. Yo voy a coger la moto.

Cuando el Comandante abrió la puerta de su casa, Edy le adivinó un rostro de satisfacción contenida que al propio Comandante le asustaba delatar. La que había reservado con Deep no pudo por más que desalojarla al encontrarse con Edy.

—No hace falta que me digas nada, queridísimo Bill. Tu director me ha llamado para felicitarme por el pargo. Una excusa. Quería advertirme de que, aunque tú no estuvieras del todo contento, hay un final que celebrar.

—Cierto. Deep se lo ha currado. Repentino Todobar también. Han estado listos y, sobre todo, muy cautos. Menos mal que están ellos. Yo no valgo para esto. Es verdad que ha habido final feliz, pero el regusto amargo de que haya tenido que hacerse todo de esta manera tiene otra lectura.

—Pues lee el pargo y después lo otro.

—No me apetece.

—¿El pargo? ¿Sólo las galletas?

—No, Edy. El pargo sí.

—Las galletas. No quieres hoy galletas. ¿Y eso?

—No quiero la otra lectura, la que también se desprende del modo éste de resolver las cosas. Menos mal que yo no he ido. Nunca tengo la sangre a la temperatura de esos ambientes.

—Tú nunca tienes la temperatura del ambiente. Siempre por arriba o por abajo.

—¿Te gustaría que tu marido fuera un mafioso?

—De algún modo ya lo eres.

—¿Pero institucional, un mafioso institucional, de los que gestionan perversamente el interés público, el dinero público, la cosa pública para convertirla en *cosa nostra*?

—Yo lo que quiero es que pruebes el pargo, que lo congelé en julio, Fidelito, que no lo querías aquel día porque —según tú— hacía mucho calor para encender el horno.

—¿Julio? ¿Pargo? Julio Pargo... «¿Adónde he oído yo eso hace poco?...» —quedó pensativo el Comandante—. Bah. Pongo el partido, Edy. No te importa, ¿no?

19. La mano más inocente

La víspera de Navidad ponía al Comandante Matarratas de un mal humor que no se soportaba ni él mismo. «La fiesta del tonto», como él la llamaba, se le hacía demasiado larga. Por una parte, el personal desatendía los ensayos con frecuencia; cuando no era una *zambombá*, era un compromiso familiar, otro profesional, unos reyes que no acabo de encontrar o una visita inesperada. Poco amigo de los protocolos sociales, durante las eternas semanas que duraba, Johnny se refugiaba en la escritura, no sólo de la comparsa, sino sobre todo de articularios y proyectos filosóficos que lo evadían de un ambiente continuo de fiesta normativa y alegría obligatoria. No lo hacía sólo por ir a contracorriente. Durante esos días aprovechaba la ausencia de gente a su ermitaño alrededor para volcarse en lo intelectual como vehículo de transporte a un mundo ideal pero lejano, al que sólo era posible viajar a través de la mente.

Naturaleza y cultura litigaban en el Comandante como vidas incompatibles pero necesarias ambas. De la naturaleza le sobraba el hombre. De la cultura también. Dependiendo cómo, cuándo y dónde su presencia fuese mayor, de una escapaba y viajaba a la otra. La ventaja de la cultura era la posibilidad de un mundo nuevo, aunque sólo fuese como idea. La célebre tesis 11 de Marx sobre Feuerbach —según la cual «Los filósofos de todos los tiempos han tratado de interpretar el mundo; ahora se trata de transformarlo»— no le convenció nunca, ya que partía de la imposibilidad lógica de transformar la naturaleza humana, siempre en la base de su pesimismo antropológico. No se entretenía, pues, en esas cosas. Por eso nunca militó en partido alguno ni practicó el activismo político dirigido desde arriba.

En algunas ocasiones, como la desesperante Navidad, la naturaleza

estaba tan llena de hombres y mujeres como la cultura, y además en la versión que más lo alejaba del mundo. Entonces sólo le quedaba su mundo, que no era más que la ceniza del otro. Pero esta ceniza cósmica, existencial, provocaba su mejor encuentro consigo mismo, el más íntimo y profundo. De la melancolía siempre surgieron sus mejores obras, líricas y cómicas. Era duro bregar con la soledad en medio de la gente, pero así brotaba la versión más recia del Comandante. Así compuso uno de los últimos pasodobles para Los Peregrinos.

Además, durante esos días contaba con su mejor aliado, su hijo Charly, una particular versión de sí mismo, aunque tan original que a veces parecía autoengendrado. A su lado le resultaba menos incómodo convivir con la mediocridad, pues no era habitual que un muchacho de su edad demandara a su padre clases de filosofía. Su inocente madurez era el único abeto que devolvía al Comandante a la vida como proyecto, y sólo en sus ojos hallaba la manera única posible de seguir mirando adelante.

—Papá, ¿dónde está la papeleta de la comparsa que me diste? Acaba de salir el Gordo y el número me suena: 40 286...

El corazón de Johnny parecía que iba a reventar cuando en el escritorio de su hijo encontró la papeleta de la comparsa. Efectivamente, coincidía. No podía ser. Pero era. Y no le dio tiempo siquiera a terminar de sentir la peor premonición cuando —al coger el móvil sin saber exactamente para qué— se dio de bruces con un wasap de Manolito el Panameño recién enviado: «Se me olvidó comprarlo, Johnny, vámonos de España», acompañado de innumerables emoticonos con el llanto abundante.

—¿Tú no querías que nos fuésemos a vivir a los bosques de Alaska? —dijo a su hijo Charly, mientras que en su descompuesta faz se adivinaba la hecatombe, con tanta claridad que ni Edy ni el chico se atrevían a hablar.

—Oh, oh... —susurró Charly en un «la» menor de terrible suspense.

—Eso. Oh-oh —respondió Johnny—, pero «oh» de los de verdad. El Panameño dice que se le ha olvidado comprar el número. Lo hizo al revés. Puso un número al azar en la papeleta y me consta que estaba teniendo dificultades para encontrarlo. Lo último que me dijo es que

lo había localizado en una administración de Miranda del Ebro… pero hasta ahí llegó… la madre que lo parió. La que se va a liar…

—O sea, que de volver a La Habana, nada, ¿no? —preguntó Edy visiblemente contrariada.

—Entonces lo de Alaska, menos… ¿no, papá? —continuó Charly.

Lo peor no era no haber comprado el número y, por tanto, haber dejado de repartir 400 000 euros, sino que ahora había que sortear las papeletas vendidas, y al agraciado había que entregarle lo que había en la cesta. ¿Cómo?

Durante todo el día, el grupo de WhatsApp de la comparsa estuvo dramáticamente nulo de actividad. Como nunca. No había capacidad de reacción en nadie, ni siquiera para el lógico lamento. Ninguno se había visto envuelto en otra igual. La mayoría de los móviles se apagaron. A media tarde, el Panameño y Deep llegaron a casa del Comandante, aparentemente seguros, con una fórmula ideada por Vitorio para salvar el cuello —porque el cuello (los cuellos) corrían un serio peligro.

Johnny abrió la puerta sin siquiera saludar. Se sentó en el sofá mirando piadosamente al Panameño, en demanda de una solución viable, con la razón tan aturdida que no se sentía ni capaz de oír, y menos de entender.

—Tenemos la forma de arreglarlo, Johnny, no llores, carajo.

El Comandante sollozaba por la impotencia y la incredulidad de que aquello realmente estuviera ocurriendo.

—¿Sí? Pues no me la contéis —respondió Johnny desesperado en cuanto el nudo de su garganta le permitió hablar—. No quiero saber nada. Esto me sobrepasa. Hacedlo, pues, si sabéis cómo, pero a mí olvidadme. Y ahora marchaos, por favor, que está aquí Charly y no quiero que participe de esto. Son sus días. Bastante ha tenido esta mañana.

Vamos, que de alguna manera los echó de su casa. Les abrió de nuevo la puerta y ni mantuvo su habitual cortesía de esperar que el ascensor llegara antes de cerrar. Un irónico «feliz navidad» fue lo único que dijo antes de darles el grosero portazo.

El director y el postulante tampoco se atrevían a intentarlo de nuevo. Sabían que Johnny había perdido toda la fe en ellos, pérdida que

había que sumar también a la del Gordo, sin saber cuál de las dos podía resultar más trágica y definitiva.

Ese año el Comandante no nadaba en la abundancia, pues su retirada de la enseñanza había supuesto una considerable disminución de sus ingresos. Pero en compensación por el disgusto que Charly se había llevado —y que noblemente procuraba disimular para no ahondar la herida de su padre— comenzó a sacar los atuendos de la nieve.

—Nos vamos a Sierra Nevada.

—¿Cuándo? —exclamó exuberante Charly.

—Mañana, tal como nos levantemos.

Edy miró sorprendida a Johnny como preguntándole si había líquido para tanto. Sierra Nevada en Navidad eran palabras mayores, sólo aptas para la *jet*. Pero Johnny se justificó indicándole los gritos y saltos de júbilo de Charly, enorme apasionado de un esquí no tan resuelto como romántico. De casta le venía al pequeño galgo.

Por primera vez, Johnny abandonó voluntariamente su teléfono móvil, y al hacerlo, sintió una liberación parecida a la que experimentan los pueblos cuando muere un tirano. Eran, ciertamente, unas minivacaciones que Johnny quería brindarle a su hijo, pero además una necesidad imperiosa de escapar del aguacero que preveía para los días que se avecinaban.

Durante el viaje de ida, aunque su corazón se resistía, el horizonte de la carretera lo torturaba con lo que podía haber sido y no fue. La contingencia del destino se había manifestado en su más cruel expresión. «La Zodiac, el Wolkswagen, el Caribe, la Champions, el dinero… la madre que los parió».

Edy adivinaba la tortura mental de Johnny. No hacía falta ser psicóloga. Llevaba treinta kilómetros de autopista sin haber metido aún la directa y con la radio puesta de fondo sin hacerle el menor caso. Tampoco intervenía en los divertidos planes que proponían para la nieve ella y el pequeño Charly.

—Cualquiera tiene un despiste, queridísimo Bill. No le des más vueltas.

El Comandante, ni caso.

—¿Y ahora cómo vais a comprar todo eso para el que le toque, papá? —preguntó Charly complicando más las cosas.

—Pues llama al Panameño. Seguro que él lo sabe mejor que yo.

La intención de Johnny era procurar evadirse unos días, y que al llegar, la prodigiosa imaginación de sus compañeros hubiese resuelto el problema. Pero no fue así, ni mucho menos.

A los tres días, cuando volvieron, Johnny cogió el móvil antes de soltar el equipaje y entre los últimos wasaps del grupo leyó uno del Panameño que decía: «Esta noche a las 9 es el sorteo en el local con los que presenten su papeleta. Nosotros a las 8». Y otro de Silva: «Mi abuela viene y no quiere intervenir, Panameño, a ver si tú la convences».

La intriga apresuró la ducha de Johnny, quien aún estaba a tiempo de acudir a la cita. Rogó a Charly y a Edy que le acompañaran. Esta vez lo necesitaba para sentirse más seguro y, a la vez, más lejos de los responsables.

Al llegar al local, Deep se dirigió al Comandante en tono tranquilizador con la intención de explicarle la arriesgada estrategia, pero Johnny se negó en rotundo.

—No quiero saber nada. Vosotros a lo vuestro. Nosotros seremos tres espectadores más.

—No te preocupes, Johnny, está todo preparado. Va a salir bien.

—Igual que la lotería de Navidad —le respondió el Comandante con un tono que dejaba entrever su inevitable nerviosismo, dolor y cabreo.

Y le dio al Panameño las cinco papeletas del sorteo que él había guardado.

Deep desistió a la primera y les acercó a la mesa refrescos y patatas fritas mientras Johnny, de reojo, iba observando los primeros compases de la estrategia. Había una gran cesta de mimbre llena de bolas de plástico, de las de abre y cierra, vacías, del tamaño de una pelota de tenis, en la que los agraciados que iban llegando al local introducían su papeleta, cerraban la bola y la depositaban en el fondo de la cesta.

Con premeditación y alevosía, se había evitado comunicar por las redes la hora y el lugar del sorteo, en parte para evitar a muchos de los agraciados, en parte para no darle carácter público al evento: sólo fal-

taba una visita de un inspector de Hacienda. El sorteo merodeaba los márgenes de la alegalidad y tenía que impedir su trascendencia en lo posible, al menos hasta que todo se resolviese.

Pasados cinco minutos de las nueve, ya se habían depositado en la cesta alrededor de seiscientas bolas. La mayoría de la gente aguardaba en la puerta del local, inocente, más atenta a una foto con un comparsista que a lo que en el interior del local se estaba cocinando. Y nunca mejor dicho. En el microondas de la cocina del local introdujeron finalmente las bolas con las papeletas de los miembros de la comparsa, y las calentaron con cuidado hasta que estuvieron a punto de derretirse. Con cierto disimulo, el plato recién sacado del microondas con las bolas de plástico fue volcado sobre la cumbre de la gran cesta que contenía el resto. Con la cesta casi rebosando de bolas, se invitó a pasar a los agraciados para que fuesen testigos de la «transparencia» del sorteo, en tanto que el Panameño simulaba con un palo de fregona estar moviendo las bolas en el interior de la cesta, para desordenarlas, pero con tal cuidado que casi ninguna se movía, y la que lo hacía volvía a su sitio, siempre procurando mantener las últimas bolas, las calientes, en la superficie de la cesta.

—A ver, señores —solicitó el Panameño tartamudeando de los nervios—, necesitamos una mano inocente que saque la bola ganadora. Usted, que parece la mayor... —dijo de nuevo creyendo señalar a la que era la abuela de Silva, que había sido previamente aleccionada para que extrajese cualquiera de las bolas que estaban calientes.

Silva se echó de súbito las manos a la cabeza, girando negativamente la cabeza sobre su cuello.

—¡Que ésa no es mi abuela, coño! —gritaba en silencio a lo lejos Silva, moviendo los labios de modo ostentoso para que el Panameño lo viera.

Sucedía que el Panameño no conocía personalmente a la abuela de Silva, y había llamado a una señora mayor que venía acompañando a su hija desde Marbella, creyendo que ésa era la abuela de Silva, la que sabía la consigna de extraer cualquier bola caliente de las que estaban arriba.

Silva tomó a su abuela por el brazo y salió a trompicones del local. Los chicos de la comparsa se percataron del nuevo lapsus del Pana-

meño. Parte del público también notó alguna rareza y anomalía en el ambiente, pero decidió seguir apostando por la transparencia del inminente sorteo que daba comienzo.

—¿Cuál es su nombre, señora? —preguntó Manolito a la improvisada inocente cuya mano estaba a punto de provocar el seísmo.

—Cándida —respondió ilusionada la mujer.

—¿Cándida? Pues demuestre su candidez. Mueva las bolas y saque sólo una, que será la premiada.

—La mujer, sin perder la sonrisa, introdujo con dificultad medio brazo en la enorme cesta y cogió una de las que estaba más al fondo.

—¡Qué calientes están las de arriba, chiquillo! —dijo la ufana señora, mientras los ojos y los labios del Panameño se le derramaban hasta el ombligo.

Entre el público ya brotaron las primeras miradas de sospecha, que de momento no fueron correspondidas, pues la expectación por el sorteo era tan alta que disolvía cualquier resquemor añadido.

—Es que las del fondo están más frías por la humedad del suelo. En este local hay mucha humedad, ¿sabe usted, Cándida? —lanzó un cabo Ringo, que estaba situado justo detrás del Panameño, asistiendo al sorteo como testigo próximo, pero igualmente descompuesto.

La tesis de la humedad improvisada por Ringo parece ser que desanimó a Cándida para seguir rebuscando entre las bolas del fondo. Y aunque ya traía una en la mano, en el último suspiro se le resbaló y la perdió de vista.

—¡Uy, se me ha caído! Bueno, esta misma, que también está fría... Es que las de arriba están muy calientes y te vas a quemar cuando la tengas que abrir... —volvió a insistirle Cándida al Panameño, mientras una segunda oleada de sospechas inundaba de nuevo la sala.

Cuando el Panameño recibió la bola de manos de Cándida, su mano estaba aún más fría que la bola.

—¡Qué nervios, niño! —dijo la señora mientras Manolito el Panameño, atenazado por el miedo, no conseguía abrir la bola.

Ringo lo quiso ayudar en el momento en que la papeleta cayó al suelo, boca abajo, con lo cual en el dorso podía leerse ya el nombre del ganador.

Se había dado la circunstancia de que el Telera, el artesano de la comparsa, había llegado de los primeros, como uno más del grupo, y conocía la estrategia, pero olvidó que sus dos papeletas también tenía que meterlas entre las bolas que se calentarían en el microondas: la suya y la de su novia, pero lo olvidó y las depositó en la cesta como dos bolas más.

Al agacharse, antes de recoger la papeleta del suelo, Ringo y el Panameño ya vislumbraron el nombre que había escrito al dorso, y conteniendo la euforia gritaron al unísono:

—¡Cecilia Telera! ¡La ganadora es Cecilia!

El redentor alivio se apoderó de toda la comparsa hasta el extremo de que la mayoría tuvo que salir del local para tomar aire, al borde de la lipotimia algunos. La gente creyó que «Telera» era el apellido de Cecilia, cuando sólo era el apodo del artesano, conocido en la comparsa como Pedro el Telera, por su cuna asidonense. De forma que, en principio, y aunque la afortunada no aparecía, ningún participante supo que su nombre correspondía con el de la novia del artesano y que, por tanto, la cesta de Navidad se quedaba en casa.

—¡Disimulando hasta que se vaya la gente, disimulando, por Dios, hasta que se vaya la gente! —fue susurrando Deep por los alrededores, consciente de que muchos se habían percatado ya de la existencia de bolas frías y calientes, el modo posmoderno de manipulación de sorteos públicos.

Con insuperables rostros de amabilidad cedieron sus estampas para las últimas fotografías de los aficionados.

Pedro sonreía desde una silla buscando la complicidad del Comandante en la otra esquina del local, quien aguantaba su agrio semblante, aunque guiñando de vez en cuando al artesano. Finalmente, y como una pareja de Sevilla no terminaba de abandonar el local, Johnny optó por enviar un wasap al Telera: «¿Tú cortaste con Cecilia hace dos semanas, no?», al que el artesano respondió: «Y ahora es cuando ya no vuelvo, seguro; ésta no se entera», dando por hecho que su novia jamás sabría nada de lo que allí habría ocurrido aquella noche.

No es casualidad que mucha gente compre lotería clandestina, sobre todo cestas de Navidad, y ante lo remoto de la posibilidad de que salga el

número que llevan, y al tratarse de una cesta que se rifa cuando la práctica totalidad de las compras navideñas ya están hechas, los compradores, más que como una participación en un sorteo, tomen la cuestión como un donativo, una colaboración con la comparsa, y luego olviden hasta donde guardaron aquella papeleta.

Johnny quiso acercarse a Deep, pero observó que la incesante pareja sevillana estaba increpando a Deep de modo cada vez más violento en relación al asunto de las bolas frías y las calientes. Deep negaba con la cabeza e insistía en la coartada de la humedad, intentando restar importancia. Pero la pareja, en especial ella, no tragaba, y marchó del local advirtiendo que haría lo posible para que aquel sorteo se repitiera ante notario. Y eso que no sabían el destino final de la cesta. De haberlo imaginado...

La comparsa estaba felizmente financiada. Esa noche de superluna de invierno los astros actuaron como Estrella Polar de Los Peregrinos. Y cuando finalmente se cerraron las puertas del local, en el interior empezó una fiesta que parecía la celebración de un pase a la final o un primer premio. Locura casi colectiva. El Comandante se negó a participar en celebración alguna. Según él, sólo se celebran los éxitos. Aquello había sido una alianza con la fortuna para evitar un linchamiento, una querella criminal, una ruina o cualquier otra desgracia.

—¡Alegra esa cara, Comandante, que esto significa que los dioses este año están con nosotros! —espetó Adriano buscando el ron entre las mesas.

Johnny, invadido por las supersticiones innatas y las adquiridas, en el fondo compartía la hipótesis de que la fortuna siempre viene acompañada, pero esa noche, con haber descargado —aún sin saber cómo— uno de sus peores temores de su historial carnavalesco, ya disfrutaba de sosiego suficiente. Decidió no seguir hurgando en la herida del Panameño, que lloraba desconsolado en una esquina, desahogando felizmente la desazón que le había provocado su imperdonable descuido.

—Tres noches sin dormir llevo, Johnny, tres noches... Y Melania por poco me deja...

—Tranquilo, Manolito, un fallo tengo hasta yo...

—El pobre... —lamentó Edy dándole un beso en la mejilla.

—Entonces, ¿ya no nos vamos a Alaska? —preguntó Charly, exigente.

A lo que el Comandante respondió en tono de reprimenda:

—¿No tienes bastante con Sierra Nevada, niño?

—Sí, pero en Sierra Nevada hasta la nieve es artificial…

—Vaya, que te has creído tú que los documentales de Discovery son reales; anda…

Y para finalizar, el grupo decidió cantar el popurrí y repasar el pasodoble del Chino, que aún estaba verde.

—Escucha esto y me dices si con este pasodoble vamos a hacer el ridículo —confesó Johnny al oído de Edy.

Cuando cantaron el pasodoble, la comparsa se aplaudió a sí misma y se disolvió para recoger los bártulos y dar por concluido el capítulo. Edy miró a su marido con sorprendente entusiasmo y —como pidiéndole permiso— se acercó al Chino para felicitarlo.

—Tiene otro estilo, Edy, pero creo que nos hace falta algo así también para concursar —dijo el Chino agradeciendo a Edy sus halagos, ante la atónita mirada del Comandante Matarratas.

—Por cierto, Chino, ¿a ti por qué te dicen el Chino? —preguntó Edy, que nunca veía la hora de decir adiós.

—Esta gente… tú sabes… como soy un apasionado de la cultura japonesa… pues me dicen el Chino.

—Ah, claro, como son iguales…

—Iguales no… parecidos.

—Yo no los distingo. Bueno, los chinos son más.

—¡Johnny! —llamó Deep desde su coche al Comandante—. Ven, corre. Mira. Telera, enséñale a Johnny el wasap que te acaba de mandar Cecilia.

A duras penas, Pedro abrió el WhatsApp y le enseñó riéndose el mensaje al Comandante: «Hola, cariño. Mi madre te ha invitado a cenar en casa en año viejo. Ella aún no sabe nada. Por cierto, ¿a quién le ha tocado la cesta?».

—Sin problemas —dijo el Telera. Y ejecutando una leve operación con el móvil, fue tan primitivo como rotundo—. Bloqueada. Ea. ¿No se entera? Ya se irá enterando…

Deep reía a carcajadas incontestables, pero Johnny no era capaz. Aunque le sobraban ganas, temía que Cecilia insistiera.

—Cuidado, Pedro, dile que le ha tocado a cualquier anónimo. El bloqueo sin más la puede hacer sospechar. Ahora venía el paréntesis de fin de año. Entre esta festividad y el final tan feliz que ni en los mejores sueños tuvo el sorteo de la cesta, fueron a proceder al preceptivo brindis.

—Nosotros nos vamos, *brother.* Diles que el niño está muy cansado. No voy a brindar: este año ha sido uno de los peores que recuerdo. No me vuelvo a comer las uvas en mi vida…

—Pero, Johnny, si el brindis no es por el año que ha pasado, sino por el que viene ahora…

—Peor me lo pones. Yo no brindo por adelantado. Trae mala suerte…

20. Los últimos compases

Con las huellas impresas de las uvas y de todo lo demás, fueron llegando al ensayo el segundo día del año, medio zombis, todos menos el Comandante, que no probó el alcohol como símbolo de protesta ante una fiesta en la que él no creía. Y se mantuvo firme desde el primer instante.

—Señores, las fiestas son para los que trabajan, no para vosotros, que parecéis funcionarios. Así que venga, que el tiempo se echa encima y queda mucho por matizar y algo más por meter.

—Johnny, el Chino ha traído el otro pasodoble —interrumpió Lolo el Cántabro, aprovechando la coyuntura para frenar el inicio de un ensayo que se les antojaba imposible.

—¿Otro? —preguntó el Comandante en medio de un serio enojo—. ¿Ahora no os vale el del primo?

—Sí, Johnny, pero, verás, queríamos uno para semifinales y otro para la final... —recordó titubeante Vitorio, dada la manifiesta acritud con la que el Comandante Matarratas había acogido la nueva proposición.

—Vais a acabar conmigo. Os lo juro. Espero que contéis que, por cada pasodoble vuestro que se cante, hay que descartar uno de los míos... Van siete, y uno de camino: ocho, que con los dos vuestros sumarían diez. Por tanto, habría que descartar ya dos...

Los gestos de contrariedad de Johnny eran cada vez más incontrolables. Ya no lamentaba tanto cantar lo que traía el grupo como el hecho de tener que retirar los suyos, en los que tanto confiaba este año.

—Pepe Tello, el presidente del jurado, es escritor, y me da que si impone su criterio en el jurado, podría ganar lo poético a lo trágico por primera vez en la historia de este Concurso. Estamos ante una opor-

tunidad histórica y la pensáis tirar por la borda. En fin... nunca os he impuesto nada y no lo voy a hacer ahora. A ver, Chino, canta eso —propuso Johnny con notable desprecio.

El Chino, tan amedrentado como el resto del grupo, arropado en la solidaridad de sus compañeros, se colocó en el centro de la comparsa y cantó esto.

La tele no es sólo entretenimiento.
La tele no es un montón de concursos.
La tele no es la predicción del tiempo,
tertulias y cuentos
y muchos anuncios.
La tele la ve todo el mundo en su casa.
La tele tiene que servir para culturizar y vencer la ignorancia.
Servir a que la gente sepa con veracidad lo que en el mundo
[pasa.
Y no para estar, tacatá, tacatá, tacatá, con el mando a
[distancia...

—¡Olé, Chino, qué arte, qué bueno, picha! —clamaron emocionados varios miembros del grupo ante la incredulidad del Comandante, quien se temía lo peor.

—Hasta ahí, correcto. Pero ¿se puede saber a quién va?

—A Canal Olé, Johnny, estuvimos hablando...

—Pero ¿se os han atragantado las uvas o estáis locos? —reprendió rabiando el Comandante, impidiendo cualquier intento de seguir justificando tamaña temeridad.

—O sea —intervino Adriano—, que según tú la crítica de los poderosos es una obligación moral del Carnaval en su conjunto. Tú insultas y despellejas al mismísimo presidente del Gobierno, y cuando somos nosotros los que queremos dar un tirón de orejas a ese Canal del Cortijo para viejos analfabetos, entonces resulta que tú —¡el revolucionario Comandante Matarratas!— te opones... No me lo puedo creer, Johnny, me dejas con las patas colgando.

—Cuidado. Hay una diferencia. El presidente del Gobierno ni se

entera de lo que le decimos aquí. Pero la cadena que retransmite la final del Concurso sí se entera, y bien que se entera. Y esa gente la devuelve...

—Ya, pero al ser la final no le damos opción a que responda —argumentó el Chino.

—Este año —añadió Deep de acuerdo por vez primera con el Comandante—. El año que viene te enteras... Además, Canal Olé siempre nos ha tratado bien; tenemos amistad con toda su plantilla. Hemos hecho cantidad de programas. Yo no lo veo...

—El año pasado se rieron de nosotros: dijeron que parecíamos una orquesta de la Sala Tropical.

—Tropicana, Paul, Tropicana, la sala más famosa de La Habana —corrigió Johnny—. Y ¿eso qué tiene de malo?

—En verdad no es por eso, Johnny —dijo Silva resucitando desde lo alto de una mesa en la que yacía tumbado con la resaca—. Es que mi abuela lleva tres años llamando a Juan Icuarto para que le busque novio en el programa de por la tarde. Y nada. No le hace caso. Ha mandado hasta una foto en bañador para que vea que se conserva decentemente. ¡Tres años, Johnny, tres años! ¿Tú sabes la depresión que tiene mi abuela, que no recibe un cariño de un hombre desde que mi abuelo murió?

—Desde que murió el que le subía el butano...

El manido chiste de Mon no fue tolerado por Silva, que no prestaba a su abuela para ninguna broma. Agarró con violencia la funda de su guitarra y cerró el local de un portazo. El fantasma de la última bronca planeó sobre el local repetido en uno de sus protagonistas.

—Con lo del primo del Chino hubo bastante, Tío Mon, ¿no crees? —dijo Johnny cortando en seco la movida, antes de que se le escapara de las manos—. Os habéis empeñado en fastidiar el Concurso. No os conformáis ya con los dramas. Ahora también queréis atacar al cuarto poder. Pero no por una cuestión social, de manipulación informativa ni nada de eso. No. Por un programa de alcahuetas. La hostia...

De nuevo, el silencio certificaba la solidez argumental del Comandante. Pero la mirada perdida delataba la insistencia del grupo en su nueva quimera. Johnny se daba cuenta de que —cuando una propuesta casi materializada llegaba al local— el grupo por su cuenta ya había tomado la decisión en firme de llevarla adelante.

—Manolito, trae esa garrafa con agua.

El Panameño obedeció al Comandante sin saber para qué.

—Derrama el agua que queda, aquí, sobre el suelo.

Y bajo el escaso chorro, Johnny frotó sus manos. Luego las secó en su bufanda ante la perpleja mirada de toda la comparsa.

—¿Os suena de algo lo que acabo de hacer?

—Poncio Pilato —afirmó Michel Tran-Tran.

—No quiero saber más del asunto. Me lavo las manos. La responsabilidad será toda vuestra. Acabadlo y cantadlo cuando queráis. El viernes quiero perfectamente aprendido todo el repertorio, que la semana que viene haremos un pequeño ensayo para la familia.

—Pero éste y el del primo del Chino no los cantamos, ¿no? Los guardamos para el Concurso. Alguna sorpresa debemos llevar —apostó el Cántabro.

—Eso. Guardadlo mejor para el Concurso. Alguna sorpresa... A ver quién se lleva la sorpresa.

No dijo nada más que un tremendo «hasta la semana que viene». Era notorio que se estaba aproximando un preocupante inicio de divorcio entre el grupo y el Comandante, justo en el momento menos conveniente para todos. Pero el grupo se había plantado y Johnny también. El pulso estaba servido.

—No ha empezado el Concurso y ya tenemos a nuestro peor enemigo delante: nosotros mismos. Esto hay que arreglarlo —dijo Deep entre la desesperación y la renovada solidaridad con Johnny.

—Habla con él —instó el Bombero a Deep como solución.

—Pero, Bombero, ¿tú crees que Johnny es tonto? Él sabe perfectamente lo que quiere de su grupo, y es justo lo contrario de lo que estamos dándole. Os advierto que como la cosa no salga bien, el año que viene estamos haciendo *castings* en Canal Olé si queremos cantar. Bueno, en Canal Olé precisamente no... Yo hablo con él si queréis, pero yo esta vez tampoco estoy de acuerdo con vosotros.

Dada la manifiesta encrucijada, el grupo se conjuró para cristalizar el segundo pasodoble de la renovada discordia de forma que el Comandante lo admitiera, si no de plena conformidad, al menos con el beneficio de la duda.

Johnny llegó esa noche a casa sin disimular el mayúsculo enfado. La afinación de los últimos compases y los días previos al debut ponían nervioso a los carnavaleros muertos. Ni qué decir de los vivos. Para colmo, la comparsa ya le iba ganando por dos a cero. Edy lo sintió llegar, y en vez de las buenas noches le dijo directamente:

—Fidelito, el año que viene vuelve al Cortijo a dar clases, anda, que te vendrá bien.

—Al Cortijo no sé, pero a La Habana nos vamos en cuanto acabe esto.

—¿De verdad? —preguntó ella ilusionada como si fuese cierto.

—Bien o mal, ya me da igual cómo acabe esto, lo único que sé con seguridad es que el año que viene no concurso. No puedo más.

—¿El «uneto»?

—El puñeto —respondió Johnny derramando el caldo de los fideos por toda la cocina.

—Queridísimo Bill, que he limpiado esta mañana toda la casa…

—Lo siento, Edy. Ahora lo recojo yo. Igual se me derrama la potestad sobre mi propia comparsa, y ya no tengo quien me ayude a recogerla… Además, necesito oxígeno, un descanso largo y profundo que, si me invita a volver, sea empezando de nuevo, seguro de que esto nunca más volverá a írseme de las manos.

—¿A quién es esta vez el pasodoble? Si puede saberse…

—A Canal Olé.

—Muy propio para oírlo en su propio canal —dijo Edy con inusitada ironía, persiguiendo con la fregona la estela del Comandante.

Antes de comenzar la cena decidió comunicarle a Deep su malestar. Pero al abrir el WhatsApp, encontró un mensaje de un número sin identificar que decía: «Perdona que te moleste, Johnny. Mi hermano no ha sido. Tenemos que hablar».

—Hostias, Edy, mira este wasap —le dijo mostrándole el móvil.

—¿Quién es? ¿Cómo ha conseguido tu número? —preguntó ella con cierto aire celoso al ver la cara de una chica joven en el avatar.

Un brillo de esperanza iluminó la apesadumbrada faz del Comandante, al que faltó tiempo para preguntar «quién eres». Y la respuesta no tardó en llegar: «María del Mar, la prima del Chino. ¿Quedamos

mañana?». De puta madre: «Perfecto. A las cinco en la escalera de la Facultad de Medicina», respondió Johnny.

—¡Voy a terminar creyendo en la Providencia! —clamó el Comandante Matarratas sin dejar de ocultar su infinita alegría.

Edy se hacía la sorda. No quería interrogar por no delatar sus infantiles celos.

—Edy, tranquila. Es la prima del Chino. Algo ha pasado. Sabe del pasodoble a su hermano. No me preguntes cómo. Supongo que mañana me lo dirá. Pero lo importante es que —según ella, claro, habrá que oírla— su hermano no fue quien robó el cofre con las cenizas de la abuela.

—Entonces, el pasodoble...

—Exactamente, Edy: entonces el pasodoble podría ir... al mismísimo carajo no, al pueblo que está al lado.

—Prudencia, Fidelito, igual es una coartada para evitar que le canten eso a su hermano que —por cierto, no te lo quería decir— es de muy mal gusto.

—Ah, ¿sí? Pues te faltó tiempo para felicitar al Chino. No era necesaria tanta cortesía...

—Por el pasodoble, por cómo estaba escrito, aunque el tema no es para sacarlo en Carnaval... —respondió Edy con la justificación más a mano que halló.

—Ésta es la mía. La única que puede ser mía...

Eran las once de la noche y el Comandante contaba las horas que faltaban para las cinco de la tarde del día siguiente. Asimismo, aprovechó para restaurar la armonía en el grupo, al que envió socorridos mensajes de disculpa: «No me echéis cuenta. Es hora de remar todos a una. Los nervios del debut», acompañado por un emoticono con la señal de victoria.

—Creo que voy a abandonar *La Pasión según Matarratas* y voy a escribir en su lugar una novela sobre todo esto.

—El pasodoble incantable —apuntó Edy, fiel a su impronta veloz y natural.

—¿Incantable? Interminable. El Pasodoble Interminable... Suena mejor.

—¿Por si no lo terminan de cantar?

La sonrisa corta del Comandante fue suficiente. Estaba claro que la prima del Chino, de alguna manera, conocía el pasodoble. Pero esta vez a Johnny poco importaba la fuga. Era su honor lo que estimaba en juego.

El día siguiente se le hizo eterno. Salió a correr para templar el ansia. Desayunó dos veces. Se fumó más de un paquete de Moods. Almorzó temprano. A las cuatro iba por el tercer café. A las cinco menos diez de la tarde aparcó su moto frente a la Facultad y esperó sentado en los escalones echándole un vistazo a Twitter, aunque pasaba los tuits una y otra vez, pues su mente no estaba ni en el Congreso de los Diputados ni en la suplencia de Morata.

—Hola, Comandante.

—Hola. ¿María del Mar?

—La misma. Perdona por el mensaje pero me vi obligada a trastear el móvil de mi primo para encontrar tu número sin que él lo supiera.

—No te apures. Mi teléfono es público, prácticamente. Cuéntame —dijo el Comandante procurando que la chica se encontrara confiada desde el primer minuto.

—El día de Año Viejo cenó toda la familia en mi casa, y a mi primo se le cayó...

—Vale —colaboró Johnny. Digamos que se le cayó... del bolsillo de atrás del pantalón...

María del Mar rio entre la confianza y la seguridad de que Johnny sabía que no había sido del todo así, pero en esos momentos tampoco le importaba.

—No sé si sabes que yo soy una gran admiradora tuya: me encanta todo lo que haces —prosiguió la chica, ganándose el perdón del Comandante por tan atrevida aventura—. Y cuando lo leí me derrumbé: «Esto no lo ha escrito el Comandante», fue lo primero que pensé.

—¿Por qué pensaste que no lo había escrito yo, si se puede saber?

—Hombre... tú no has tocado nunca esos temas, y menos tan mal escritos. Pero mi estupor vino porque, no sé si sabes la historia...

—Claro; tu primo nos la contó antes de escribirlo.

—¿Él lo ha escrito? —preguntó María del Mar casi llorando de indignación.

—No lo sé. También da igual si lo ha escrito él o lo han ayudado. Lo que quiero que me digas es qué ha pasado realmente.

—Fue mi novio. No se lo digas a nadie, por favor. Me muero de corte. Si se enteraran mis padres, no lo volverían a mirar. Sería el principio de mi fin con él... —y, acto seguido, se derrumbó llorando abrazada al Comandante—. Estaba amenazado. Y lo sigue estando. Ha dejado la coca, pero las deudas siguen ahí. Mi hermano decidió cargar con las culpas por evitarme un disgusto mayor. Y encima va mi primo y le escribe eso para cantarlo en el Concurso... No es justo —continuó explicando la chica entre gemidos de absoluto y creíble dolor.

—¿Y a quién le vendió el cofre? —preguntó Johnny, iniciando así el movimiento estratégico, tal como lo tenía diseñado por si se diera el caso que, en efecto, se estaba dando—. Te lo digo porque, si quieres evitar que el pasodoble se cante —que yo soy el primero que desea evitarlo, por la cuenta que me trae— es imprescindible recuperar el cofre.

—Lo tiene Machín, un cubano que trapichea en mi barrio, que es el que estaba amenazando a mi novio de la peor manera. Créeme. Lo veo capaz de cualquier cosa. La policía lo tiene fichado. Pero está loco. Es muy violento.

—Vamos a buscarlo ahora mismo.

El Comandante y la chica se dirigieron a casa del camello.

—No es conveniente que me vea a mí. Sube tú sola y pregunta cuánto le debe tu novio... Si aún conserva el cofre, claro.

—En menos de dos minutos bajó María del Mar de la casa de Machín con una sonrisa dibujada en el rostro que Johnny no terminaba de interpretar.

—Ja. Está negro. Bueno: es que es negro. Dice que mi novio lo ha engañado, que el cofre es de alpaca mala y que no le dan ni diez euros por él y que, o le paga, o le rompe las piernas.

—¿Cuánto le debe?

—Creo que algo más de quinientos.

—¡Coño! Espérame aquí. En cinco minutos vuelvo.

El Comandante arrancó la moto, fue al cajero más próximo y en

menos de un santiamén regresó a la casapuerta del cubano, adonde esperaba María del Mar mordiéndose las pocas uñas que le quedaban.

—Le das esto a ese tal Machín —dijo Johnny mostrándole un sobre con quinientos euros—. Saldamos la deuda de tu novio. Que te devuelva el cofre y a cambio...

—¡Uf! ¿A cambio? —preguntó ella risueña, dispuesta a cualquier cosa que le pidiera el Comandante.

—Tu novio tiene que entrar en el ensayo con el cofre el día que yo te señale, y entregárselo al Chino delante de toda la comparsa.

—¿Y eso evitará que se cante el pasodoble?

—De momento confórmate con que a tu novio no le rompan las piernas. Esto lo pago yo de mi bolsillo, a ver si te crees que lo paga la comparsa...

—Vale. Espero que mi novio no ponga pegas.

—Yo también lo espero, de lo contrario las piernas se las voy a romper yo, joder, que son quinientos euros. Y recuerda: es la única posibilidad que hay para que no se cante el pasodoble.

—¿Y por qué esperar tanto? ¿Por qué no se lo da esta misma noche?

—Tú cumple tu parte del pacto y yo me encargo de que el pasodoble no se cante.

—Confía en mí, Comandante.

—Por la cuenta que me trae.

Y mientras subía las escaleras del cubano, Johnny marchó en su moto a la mayor velocidad que le permitieron las estrechas calles del casco antiguo.

Al llegar al ensayo esbozaba el semblante más radiante de toda la temporada. Con la moral por las nubes y pletórico de optimismo, comenzó a dirigir los últimos ensayos de Los Peregrinos. Ellos no podían imaginar cuál era la verdadera causa de su entusiasmo, pero les daba igual. Se conformaban con tener al poeta llevando el timón en el momento en el que el barco enfilaba el temido puerto del Teatro Falla.

El viernes de la semana que precedía al ensayo familiar —y cuando parecía olvidado por todas las mentes, menos por la de Johnny— el Chino acudió al ensayo con el pasodoble del Canal Olé acabado y listo para cantárselo al grupo.

Esta vez sí se colocó la mosca tras la oreja de los más perspicaces, como Pepe el Converso o el propio Deep, pues una cosa era que Johnny aceptara a regañadientes presentar un pasodoble contra el que había mostrado su más agrio desacuerdo, y otra muy distinta que se convirtiera de pronto en el primer patrocinador del proyecto.

—¡Venga, Chino, dale, que se van a cagar cuando lo escuchen!

El grupo, en su mayoría inocente, no se percató del extraño y radical giro del Comandante. Deep miro a uno y al resto con cara de póquer, como diciendo «qué coño está tramando éste». Pero tampoco podía preguntarlo. Al contrario. Suponía motivo de tremendo aliento que el propio Johnny se aupara al carro que durante toda la temporada había intentado frenar.

El Chino, como de costumbre, se situó en el centro del grupo y cantó el pasodoble, ya completo.

La tele no es sólo entretenimiento.
La tele no es un montón de concursos.
La tele no es la predicción del tiempo,
tertulias y cuentos
y muchos anuncios.
La tele la ve todo el mundo en su casa.
La tele tiene que servir para culturizar y vencer la ignorancia.
Servir a que la gente sepa con veracidad lo que en el mundo
[pasa.
Y no para estar, tacatá, tacatá, tacatá, con el mando a
[distancia...
En Olé, en el Canal Olé,
no hay un programa que valga la pena,
ya sin Arrayán, ni las telenovelas son emocionantes,
lo mismo que antes, que echaban flamenco y echaban al Cádiz
[en Segunda B...
Si eso es Canal Olé,
tiene menos de Olé
que un jamón mal *curao*,
y el peor *sintonizao*

de toda la TDT.
Y lo que provoca el infarto,
de lo que tanto me quejo,
es el chufla de Juan Icuarto
tonteando con los viejos.
Que son viejos pero no tontos,
eso no tiene palabras,
y *pa* ponerlos cachondos
hasta les venden viagras.
Mi abuela lleva tres años
mandando cartas y fotos,
se está buscando un apaño
como se buscan los otros.
Y no es justo ni moral
que después de tantos años
el cabrón de Juan Icuarto
diga que él no sabe *na*.
Y mi abuela vale más que *toa* las viejas busconas.
Hace *footing*, va a nadar, y es socia del Barcelona.
Es una abuela estupenda, guisa no te digo *na*.
Ni fuma, ni bebe, y de verdad que yo no he conocido mejor
[persona,
y por no echarle un cable, ese Canal miserable,
el amor la abandona.

—¡Olé, Chino; eso sí que es «Olé» y no el del Canal!
—¡Cantamos esto en la final y tiramos el Teatro abajo!
—¡Un uno, esto es un uno!
—¡Y que nos digan algo, ea, más fuerte no sé, pero más claro...!

Fueron algunos de los emocionantes refrendos con los que la comparsa recibió el impacto de aquel pasodoble, en medio de una ovación de las que ni siquiera el Comandante Matarratas había podido recibir ese año. Había intentado venirse arriba motivado por el pacto con la prima del Chino. Pero el cañonazo que le supuso el nuevo pasodoble lo volvió a derrumbar.

—Qué subidón, *brother*, no me digas que no es lo que nos hacía falta para ganar la final...

—¿Deep? ¿Has vuelto a fumar marihuana? —respondió perplejo el Comandante, que había recibido con mayor desazón la evaluación de su director que el propio pasodoble.

—Esto le va a gustar incluso a Humilde Barragán, Johnny, hazme caso, que la dirección del Canal no está de acuerdo con ese tipo de programas —apuntó Deep para tranquilizar al desesperado Comandante.

—Hay una brutal contradicción interna, *brother*, que salta a la vista. Por una parte critica la programación de Canal Olé en su conjunto, y a Juan Icuarto de forma particular y muy contundente, con insultos y todo: «chufla» llega a decirle. Pero justo a continuación lo resuelve quejándose de que su abuela lleva tres años erre que erre y Juan Icuarto no le echa cuenta, y que es por ello el culpable de que la pobre mujer esté sola y sin nadie que la quiera... Por Dios, *brother*. Si eres sincero y me confiesas que has vuelto a la marihuana puedo comprenderte, pero si estás a palo seco... No te conozco, de verdad.

Deep soportó con resignación el temporal de severas y fundadas críticas que le hizo su autor. No obstante, mantuvo reflejos para dirigirse al grupo con más diplomacia, desde la secreta confianza en que ese pasodoble tampoco llegaría a cantarse. ¿Cómo? Intuía la táctica. Sería cuestión de definirla con Humilde Barragán, un pez gordo del Canal, responsable de su retransmisión televisiva y amigo del Comandante.

—Compañeros: el pasodoble define a la perfección la pobreza programática de Canal Olé. Pero conste que el Canal no programa por oferta, sino según demanda. Emite lo que a la gente le gusta. Por eso, como habéis visto, yo nunca lo he criticado. Aun así, efectivamente, estoy de acuerdo en que lo de Juan Icuarto no tiene nombre. Además, estoy convencido de que ningunea a la abuela de Silva porque la señora se conserva demasiado bien para el nivel que ofrece en su geriátrico.

Los chicos agradecieron las inauténticas muestras de adhesión de su jefe, y jalearon con vítores sus medidas palabras. Pero a continuación dio un martillazo que los dejó clavados como puntillas.

—Lo que no puedo compartir es vuestra contradicción. Hacéis esto buscando un premio, y no halláis mejor manera que atacando al cuarto

poder, justo al que lidera el Concurso en televisión, sin tener en cuenta que puede haber represalias. Este pasodoble puede ser pan para hoy y mucha hambre para mañana. Y para pasado. Yo sólo advierto que me desvincularé de esta letra. De alguna forma dócil pero expresa, pienso comunicar a Humilde que este pasodoble no lo he escrito yo, y que se ha cantado en contra de mi voluntad. Y digo más. Si hubiese represalias, éste que está aquí firma el divorcio. Irrevocablemente. ¿Ok? Si aceptáis las condiciones, por mí no hay ningún problema en que sigáis adelante. Al fin y al cabo, hay veces que la gente necesita estrellarse para aprender.

La comparsa enmudeció de pronto. El gesto de la mayoría era de aceptación de las condiciones de Johnny, pero el temor a que las represalias degenerasen en divorcio con su autor tambaleaba al más sobrio de los comparsistas.

—Por cierto. Cuidado con quienes traéis mañana al ensayo familiar. Recordadles que el Panameño requisará los móviles.

Y la comparsa fue desperdigándose entre motos y coches que arrancaban despidiendo humo negro de la amarga leña que había echado al fuego el Comandante.

21. La familia, como el burro

El ensayo familiar era el nombre que tradicionalmente recibía uno de los últimos ensayos previos al debut en el Concurso. Solían acudir familiares y amigos íntimos. Este evento estuvo a punto de disolverse en la agenda del Comandante, pues años atrás había crecido de tal manera que había llegado a convertirse en un acto social gaditano de primera índole.

Otrora se celebraba en peñas carnavalescas. Luego en salas con mayor aforo. Allí comenzaron las grabaciones de los repertorios y su difusión antes del estreno, con lo cual las agrupaciones más deseadas comenzaron a ofrecerlo en sus propios locales de ensayo, adonde se suponía que la entrada no era libre y podían controlar mejor a los turistas. Aun así, la comparsa del Comandante Matarratas fue sufriendo ataques terroristas que culminaron hace cinco años con la grabación y posterior difusión en las redes de varios pasodobles y cuplés tres días antes del debut en el Falla. El escándalo fue mayúsculo, aunque no tanto como el enorme disgusto del grupo, que al haber multiplicado por cinco el aforo del local, entre familiares y amigos de los amigos del primo del colega del vecino del padre de la novia —más los que se colaban sin invitación aprovechando el tumulto—, hizo imposible la localización inmediata del *hacker* carnavalesco. Para colmo, desde *El Coño de la Bernarda* se confabuló y dispersó la teoría de que la filtración pública del repertorio había sido autoría del propio grupo, con el fin de autopublicitarse para coger la *pole* antes del estreno. Como la teoría convenció, desde entonces el reglamento del COAS añadió un epígrafe por el que se descalificaba a todo grupo cuyo repertorio fuese difundido en la red antes de su estreno oficial. Estando así las cosas, ya no hubo más remedio que replantear aquel ensayo.

Durante los últimos dos años se había invitado a una treintena de allegados, no más. El Comandante siempre rogaba que el público aquél fuera una muestra fiel del público general, o sea, que estuvieran representados todos los perfiles, el *nini*, el universitario, el culto, el desinformado, el pobre, el castizo, el renovador, el joven, el pureta, el abuelo... todos, menos el niño alborotador, cuya presencia ponía a Johnny de acuerdo con Herodes. No lo soportaba ni por caridad.

El ensayo familiar generaba en el grupo una ansiedad muy similar a la del debut en el Concurso, pues realmente constituía el debut oficioso. No era grato, pues el éxito estaba condicionado por la relación de parentesco entre el grupo y el público. Pero las críticas eran recibidas con el vientre suelto. De entre las advenidas, algunas podían tomarse en consideración y dar pie a enmienda. Otras llegaban ya demasiado tarde. Esta comparsa ensayaba los cuatro meses encerrada en su castillo de colores, viviendo una realidad muy particular que luego coincidiría con la común... o no. De ahí, lo incómodo de este examen. Aunque lo más terrible era cuando la gente se despedía preguntándote por la salud de tus padres o recordando aquella comparsa tuya que tanto le gustó, obviando la presente. Si eso ocurría, podías anular la inscripción... o no. El escribano firmante da fe de que el ensayo general nunca fue un test fiable, ni para bien ni para mal... o sí.

Como aquel sábado jugaba el Cádiz a las ocho de la tarde y los desiertos alrededores del local eran aprovechados por los aficionados al fútbol para aparcar, a fin de evitar coincidencias y molestos compromisos, las ocho de la tarde fue justo la hora convenida para el ensayo familiar de Los Peregrinos.

Fieles a la tradición, el grupo quedó una hora antes para aclimatar el local a los invitados, con refrescos, patatas y vinos, y de camino repasar aquella parte del repertorio más reciente o menos controlada.

Siempre acordaban guardar algo espectacular en celoso secreto para el Concurso, pues sabían que —por leales que fueran los oídos invitados— habría quienes comentarían en calles y bares esto y aquello. Los mentideros de Carnaval a estas alturas hervían a mayor temperatura que los propios locales. El propio Comandante se encargó de

recordar por WhatsApp que «por motivos obvios, los pasodobles del Chino, el del primo ludópata y el del Canal Olé» se descartaban para la prueba familiar.

Johnny sólo invitaba a algún amigo íntimo que viviese fuera de la ciudad o a algún compañero del Cortijo, cuyas opiniones pudiese valorar con sentido, además de a Edy y a su hijo Charly, quienes a esas alturas conocían el repertorio mejor que la propia comparsa, pues habían sido testigos de cargo de su composición desde el mes de abril.

A Johnny la comida ese día le había sentado como un rayo. Se sentía indigesto y pesado. El fuerte viento de levante le había impedido hacer deporte al aire libre, y esa contrariedad equivalía para él a levantarse con el pie izquierdo.

Antes de partir con los suyos hacia el local se hizo un café con doble carga que le duplicó el gástrico fastidio.

—¿Queda Almax, Edy?

—¿Almax? Tú lo que necesitas es una cajita de valerianas. Se nota que estás nervioso, queridísimo Bill.

Para qué le dijo nada. En el cuarto de baño, mientras Edy se pintaba los ojos, Charly en tono confidencial le advirtió de los malos humos de su padre en momentos así.

—No le eches cuenta —le confesó el muchacho a su madrina, como cariñosamente la llamaba—, que estos días no hay quien lo aguante. Lo que yo te diga, que llevo con él mas Concursos que tú. A mí me entra por un oído y me sale por otro lo que me dice. Vamos, que yo a mi padre estos días no le hago ni caso.

Tal como Charly finalizó su dictamen terapéutico, apareció Johnny orinándose.

—Dejadme un momento, por favor. Edy, no hace falta que gastes entero el tarro de barniz, no hay focos. Es un ensayo. Ah. Y no estoy nervioso. ¿Por qué iba a estarlo? Repito: es un ensayo más. No nos jugamos nada. La familia y los amigos no cuentan. Unos porque no se enteran. Otros porque nos quieren mucho. Estoy incómodo. Lo reconozco. Pero ha sido la comida. Nervioso no. Las valerianas para vosotros. Charly, ponte la cazadora. Y amárrate los cordones. Coño. Como vaya con vosotros no hay forma de llegar puntual. Edy. ¿Qué bolso lle-

vas? No. Mejor éste que es más grande. Guárdame las llaves. Toma la cartera. No. Mejor lleva tú el dinero. Los chicles. El tabaco, yo. ¿Me compraste? Es igual. Tengo de sobra con esto. Charly, ¿dónde vas con la *tablet*? ¿No te parece una grosería que la comparsa de tu padre esté cantando y tú jugando con la *tablet*?

—Pero ¿no es un ensayo? Cuando vamos al ensayo siempre me llevo la *tablet* y nunca me dices nada.

—Sí, pero hoy viene gente y hay que mantener unas formas, que ya tienes once años. Y no te has lavado los dientes. ¿Te los lavo yo también? Edy, o acabas ya o te llamo a un taxi. Te recuerdo que tú no cantas.

—Ni tú. ¿Para qué quieres llegar tan pronto?

—Joder, Edy, tengo que saludar y atender a mis invitados.

—Mira, Fidelito, cálmate que va a salir bien.

—¿Calmarme? Te repito que ha sido la comida. Y el café, que estaba muy cargado. Estoy bien. ¿Has guardado los chicles?

—Papá, tu teléfono está sonando.

—Quítale el sonido. No son horas de llamar.

—Queridísimo Bill, son las cinco.

—Por eso. A estas horas no tiene que llamarme nadie.

—Papá, es Deep. Creo que te está escribiendo.

—Léemelo.

—«*Brother*, me ha llamado Paloma Mensajera. Quiere ir al ensayo para hacerme una entrevista. ¿Qué le digo?». Papá, ¿ésa no es la de *El Coño de la Bernarda*?

—La misma. Respóndele tú, Charly. Ponle: «Que entreviste a su hermana. Es una excusa para ver el ensayo. Ni loco».

—Edy, ponme un café, por favor.

—Pero… ¿no me habías pedido un Almax?

—No, no te lo pedí. Sólo te pregunté si había.

—Entonces, ¿te pongo el café?

—No. Nos lo tomamos en el bar de abajo, mejor.

—Está cerrado, ¿no te acuerdas?

—Hostias, verdad. Bueno, me tomo un Coca Cola, mejor. Charly, tu merienda. ¿Quieres galletas?

—No. Pídeme una *pizza* desde el ensayo, como la última vez.

—¿La quieres cuando estemos a mitad del popurrí o entre los cuplés y el estribillo?

—¿Has visto, Edy? Tiene dos cigarros encendidos. Uno en el cenicero y otro en la mano. El que decía que iba a dejar de fumar... Y dice que no está nervioso.

—Anda que no.

—Me estoy enterando. Cuando cuchicheáis se oye mejor. Pero me da igual lo que digáis. Ni estoy nervioso ni tengo motivos para estarlo.

—Y si a la gente no le gusta, papá, ¿qué vais a hacer?

—Seguir cantando hasta que le guste. ¿A ti te gusta?

—Otra vez... no sé cuántas veces te he dicho que vais a ganar.

—No te pases, Charly. No has escuchado a las demás. ¡Edy! 956212121. Toma. Tele taxi. Llamando. Yo me voy. Charly, vamos.

—Espera un momento, Fidelito, que es que se me ha roto una media.

—Pero, Edy, si llevas botas altas, ¿para qué quieres unas medias?

—Para aguantarme el pantalón. «Por el mundo voy caminando, como un peregrino llevo toda la vida...».

—No te rías, Charly, no todo el mundo tiene el oído privilegiado que tienes tú.

—¡Es que no da una nota! Edy, ¿ésa es la presentación de la comparsa de mi padre o la nueva de Paul Simon?

—Muy gracioso tú y tu padre.

—No me puedo creer que ya nos vamos. ¿De verdad? ¿Por fin?

—¿Conduzco yo?

—¿A qué viene esto, Edy? ¿Estoy borracho acaso?

—Lo decía para que fueras más tranquilo.

—Si estoy tranquilo, coño, si los únicos que me ponéis de los nervios sois vosotros.

—Papá, ¿me puedo llevar la *tablet*?

—Joder... Llévatela...

—No tiene batería.

—Pues coge el cargador.

—Es igual, la dejo ahí.

—¿Edy?

—Queridísimo Bill, te recuerdo que me pediste un café. Ahí lo tienes.

—No, Edy, te dije que cogía un Coca Cola.

—No importa. Yo me lo bebo.

—No, deja, me lo bebo yo.

—Pues te vas a poner más nervioso de lo que estás.

—Y dale, hostias. Charly.

—¿Qué, papá?

—¿Tú me ves nervioso? Dime la verdad.

—Hombre… ¿nervioso?… No. Te veo de lo más tranquilo, papá. Estoy muy orgulloso de ti…

—Pues llama al ascensor.

—Está aquí.

—¡Edy, por Dios! ¡Que están cantando ya la presentación, que se escucha desde aquí!

El local estaba cerca. Pero temiendo no encontrar aparcamiento por la hora del fútbol que coincidía con la del ensayo, finalmente Johnny llamó a un taxi. Quiso aprovechar el corto viaje para mantener silencio y concentrarse. Esta liturgia para él era absolutamente necesaria. El taxista —muy aficionado al Carnaval— se encargó de impedírselo:

—¿Usted es Johnny, el Comandante Matarratas?

—Eso dicen…

—Verá, a mí me gusta más @mellamoale, pero reconozco que usted también escribe de vez en cuando cosas… ¿Le importaría firmarme el disco que llevo en la guantera?

—Sí, claro… faltaría más.

—Ése.

—¿Éste? Perdone. Éste es de la comparsa de @mellamoale.

—Sí, ya lo sé, no importa. Le digo que usted también me gusta.

—Mire, lo siento, no llevo bolígrafo.

—No se preocupe. Yo tengo uno.

—Lo siento, de verdad, que tengo prisa. Quédese con la vuelta. Buenas noches.

La contagiosa carcajada de Charly suavizó el indignado estupor del Comandante, quien siempre vio en el aficionado una potencial ame-

naza para su paz interior, sobre todo en los momentos en los que se la jugaba. Johnny, en contra de lo que su carácter pudiera aparentar, sólo ponía su misantropía entre paréntesis cuando contemplaba la devoción del público a su figura y su obra. Aun así, distinguía entre dos modelos de aficionados. Uno, el prudente, consciente de que esos instantes son sagrados para él y no se le acercaba a comentarle sus problemas con el trabajo. Otro, el argentino —como así llamaba—, que tal como te ve te avasalla comiéndote la oreja y sin darte opción a intervenir en su perorata.

Entre el selecto público asistente al ensayo abundaba el primero antes que el segundo. De hecho, el propio Johnny era quien se acercaba a saludar y romper el hielo precedente al inicio del ensayo. Era habitual que el público, si el ensayo era en el local, se sintiese distante y cortado, abrumado quizá por la aureola que rodeaba tanto a la comparsa como a sus cantantes, los cuales tenían la consideración de estrellas en un universo popular, pero con tratamiento de galaxia para los acérrimos devotos. A muchos de los que llegaban, les estremecía comprobar que los comparsistas también eran de carne hueso, con los mismos vicios y defectos que el común de los mortales: mal hablados, cercanos, impuntuales...

Antes de comenzar, el Panameño servía refrescos y vino a los invitados, como estrategia protocolaria útil para unir en un cuerpo común a la comparsa con su escaso pero distinguido público. No obstante, esto no se iba consiguiendo hasta que la comparsa se situaba al fondo del local. Se bajaba la luz a la mitad para que la intimidad cobrara su protagonismo, Deep abría la actuación con un breve discurso de bienvenida y las guitarras apuraban la introducción de la presentación.

Justo antes, el Comandante se acercaba al grupo y recordaba las dos consignas básicas: «No metáis la voz, que la gente se asusta y se pierde el gusto» y «por favor, os ruego, nada de aplaudir al público, que los artistas somos nosotros, no ellos; si acaso, al final: saludos de agradecimientos los que queráis, y cuanto más amables mejor. Pero palmas ni una, ¿de acuerdo?». E inmediatamente volvía a su lugar escogido. El último entre el público. De pie. Echado sobre la pared. Solitario. Mascando chicle como si fuera el nervio de un solomillo imposible. Con

las pulsaciones al límite. Buscando de modo permanente a sus cobayas con el rabillo del ojo. Atento a la expectación por un lado, y a la concentración de su comparsa por el otro. Algún asistente se daba la vuelta y le mostraba un hueco libre a su lado, como invitándolo a que se sentara. El Comandante negaba la gentileza justificándose con el índice en el oído, argumento a favor de una audición más definida que velaba la realidad: desde atrás y en solitario controlaba mejor el devenir de la ceremonia. Era un viejo ritual.

Éste es uno de los momentos en los que el escribano aparca la novela para confesarle al lector que, al igual que en este párrafo no se pueden resumir las doscientas páginas anteriores, el que lleva desde abril preparando este momento no puede explicar con palabras las emociones que lo devoran. Quizá muchos meses de trabajo y de ilusión; demasiados, diría yo, para vaciarlos en sólo una hora. Un vómito subliminal. Un parto que se adelanta. Y el público, con la soga de la horca en una mano y las llaves del cielo en la otra.

Tras el paréntesis, y entre amagos de infarto, las guitarras de Silva, el Cántabro y Peter Pan introducen con un lirismo inusitado los versos primeros de la presentación. El público mantiene la respiración contenida, sin dar crédito a la perfección con la que el grupo canta y a la emotividad de la historia que anuncia. Cuando aparece la percusión la gente exhala vapor de sus pulmones, y el corazón, lejos de aminorar su ritmo, adelanta al del mismo bombo. El final no se oye. Casi todos los que estaban sentados se han puesto de pie y los que estaban de pie se han dado la vuelta buscando entre la penumbra al Comandante que, visiblemente emocionado, guiña orgulloso al respetable como diciéndole «ahora hay más», seguro de haberse ganado la confianza de los más fríos y escépticos, que en un ensayo como éstos también los hay.

El repertorio se fue desgranando entre reiteradas ovaciones. Deep solicitó un descanso a fin de que el vino distendiera las arritmias y estrechara definitivamente el lazo con la familia y los amigos. Fue breve. El grupo procuró no acercarse demasiado para no recibir crítica ni halagos. Había que esperar al final. Johnny, por su parte, encendió un cigarro en la puerta con la misma intención. Y para que nadie se le acercara decidió fingir una conversación por el móvil durante el breve descanso.

Ya con el personal más sereno y mejor instalado, la comparsa derribó la segunda parte del repertorio. Se notaba que la densidad del contenido iba aturdiendo a los menos acostumbrados. El repertorio estaba concebido para irlo pariendo en cuatro tiempos, correspondientes a la función preliminar, la de cuartos, la semifinal y la final. Tanto mensaje de golpe podría resultar excesivo. Por eso Deep decidió sobre el terreno prescindir de los últimos pasodobles y cuplés. Estaba bien por hoy.

El ensayo familiar nunca es el mejor ensayo del grupo. La comparsa lleva meses cantando a las frías paredes del local. Quizá el aspecto más sórdido del trabajo diario. Entonces, es lógico que la primera vez que se ven ante el público, algunos no dosifiquen el desahogo, y en su afán por convencer, aprieten más de lo que suelen, estén más pendientes de la reacción del público que de su propia interpretación y, como resultado de ello, pierdan la concentración en momentos claves, aceleren o aminoren el compás e incluso lleguen a olvidar la letra en algunos pasajes.

Pero el examen se había superado con nota. Johnny también solía rogar al grupo que, al finalizar, no se lanzasen a la búsqueda de la opinión del público. Si era favorable, ya el respetable se encargaría de acercarse y mostrarlo de modo espontáneo y, por supuesto, más creíble que si ellos se abalanzaban sobre sus invitados de modo comprometedor. No obstante, siempre hacían lo contrario de lo que suplicaba el Comandante. La demanda de información les superaba de largo.

Johnny, en la puerta, despedía con su cortesía habitual a los asistentes, agradeciendo las felicitaciones, las cuales no examinaba en exceso, sabedor de que las más agudas no llegaban directamente a sus oídos, sino a los de sus compañeros. El Comandante Matarratas despedía un clima de respeto imponente, que no invitaba al entretenimiento en los comentarios. Felicitó a los miembros del grupo uno por uno.

—¿Cómo lo has visto, Johnny? —era la cuestión obligada para la mayoría de ellos a su jefe.

El Comandante aún no había digerido ni la actuación ni los comentarios, pues se asemejaban a los de todos los años. Se limitaba a emitir los reglamentarios «de puta madre, sois los mejores… aunque sabéis que podéis hacerlo mejor».

—Por supuesto, Johnny, es la primera vez, nos han podido las ganas, como siempre...

—Aun así lo habéis hecho con un magisterio que yo firmaba ya para el Concurso. Mucho repertorio en muy poco tiempo. Demasiada intensidad, demasiada información.

El padre de Lolo el Cántabro, veterano chirigotero y voz catedralicia en ceremonias tales, se despidió con un «suerte, chavales, y a ver cómo vienen los demás; pero superar esto les va a costar mucho trabajo». La sentencia satisfizo, pero lo de «suerte, chavales» resultó innecesario. O sospechoso. La suspicacia y la susceptibilidad de los carnavaleros durante estas épocas eran de una magnitud que, el más mínimo comentario sugerente, era diseccionado en el laboratorio durante varios días, con la intención de aproximar sus connotaciones a la mochila del optimismo.

Edy, Charly y Johnny montaron en el Megane de Deep para volver a casa. El resto permaneció en el local apurando el alcohol que los prudentes invitados no descorcharon. Pero en el coche de Deep el único que hablaba era el locutor de Radio Marca. Hasta que Deep no pudo más y justo antes de arribar a la calle del Comandante, abrió su alma:

—¿Contento, *brother*?

—Contento, *brother*. Creo que ha gustado bastante... y el Cádiz ha ganado dos a cero al Mirandés. Como para no estar contento... Pero muy cansado.

—Normal, Johnny, mucho trabajo, mucha tensión. Mañana ya te llamo a ver si me entero de comentarios y te cuento más tranquilo.

—Por cierto, Deep —preguntó el Comandante al bajarse del coche—, ¿cómo crees que hubiera reaccionado la gente si hubiésemos cantado los pasodobles del Chino?

—Sinceramente, creo que ha sido eso lo que ha faltado. De poesía vamos que nos salimos, pero se echa de menos alguna letra de éstas que le ponen al público el nudo en la garganta.

—Ojalá no te equivoques. En el Concurso lo comprobaremos.

—Igual es como dice Deep —comentó Edy mientras Johnny buscaba las llaves para abrir el portal—. Él conoce el Concurso mejor que tú, ¿no?

—Claro, Edy. Deep y todos conocen el Concurso mejor que yo. De hecho, el grupo siempre va a un Concurso. Yo voy a un festival. El aspecto deportivo de todo esto no me pone. No me interesa.

—Pero a un concurso se va a ganar. Si no, no tiene sentido.

—Gana el que le toca. Por el hecho de ir a ganar, no ganas. Tomártelo de una forma tan competitiva te arrima a la derrota antes que a la victoria. Hay que ir al Falla a divertirse, y que luego el jurado decida.

—¿No miras el WhatsApp a ver que están comentando en el grupo?

—Aún es pronto. Ahora les toca emborracharse. Mañana los veré en Medina y allí hablaré con ellos.

Las respuestas justas y rácanas de Johnny indicaban desinterés y cansancio, pero también incertidumbre ante la reacción del público. O no había sido como la de otros años, o estaba tan acostumbrado que ya no le sorprendía. Sea como fuere, Johnny se hizo fuerte en el sofá y plantó el partido en la tele. Había que desconectar, costara lo que costara.

—¡No, no y no!

—¿No? A qué te refieres —preguntó Edy extrañada mientras distribuía los cubiertos para la cena.

—No es elegante. Parece un jugador de fútbol sala.

—¿El padre de Lolo el Cántabro?

—No, Edy, no: Messi.

22. En tus manos encomiendo mi espíritu

A la mañana siguiente el grupo había quedado en la nave del artesano, situada a las afueras de Medina, donde el Telera tenía ya preparado el escenario que llevarían al Concurso y los disfraces de cada cual prodigiosamente listos para su investidura. Se trataba de simular una breve representación en aquel improvisado teatro, una réplica de la que harían a los pocos días en el Falla. Había que aclimatarse a las medidas de los bastidores, al incómodo sonido del bastón en el suelo, a la reducción acústica a la que limitaban las pelucas y los sombreros. En definitiva, había que visualizarse anticipando la actuación con la que iban a debutar.

Tal como los miembros de la comparsa fueron llegando, un aroma de entusiasmo los embriagó de desmesuradas emociones. La obra final del Telera superaba sus propios diseños. Los disfraces, impecables de corte y costura, cuidados hasta el más mínimo detalle, no ofrecían resistencia. Eran cómodos para moverse con agilidad. Sólo hubo que achicar algún sombrero y envejecer los bajos de los pantalones, para reproducir el polvo del camino que el peregrino supone que arrastra hasta la rodilla. Pero el equilibrio que se había conseguido en el disfraz entre el clásico atuendo del peregrino y los guiños al Carnaval de Cádiz no necesitaban explicación ulterior. El disfraz cantaba sin acompañamiento de guitarra.

La inmensidad del escenario deslumbraba desde la carretera. Pedro había reconstruido literalmente las Puertas de Tierra que dan en Cádiz la bienvenida a los forasteros durante el Carnaval, muchos de los cuales son los auténticos peregrinos a los que homenajeaba este año la comparsa del Comandante Matarratas.

Cuando el grupo se contempló a sí mismo disfrazado, maquillado y

situado en el escenario tal cual iba a hacerlo días después, alguno desde atrás recordó la pesadilla:

—Ahora se nos cae el escenario encima...

Todos rieron entre miradas de complicidad y no hizo falta decir por qué. A todos los carnavaleros, durante los días previos al debut en el Concurso se les ha repetido alguna vez el terror nocturno del derrumbe del escenario, así como el olvido colectivo de la letra que están cantando. Por eso el Tío Mon preguntó:

—¿Alguien tiene las letras, que no me acuerdo?

Los nudos en las gargantas tardaron en deshacerse, en todas menos en la del Comandante, que deambulaba por la nave en silencio, contemplando el presagio del triunfo entre los nervios y la admiración hacia la ópera plástica del artesano. Mascaba su chicle a mayor ritmo del habitual, levantando continuamente el pulgar cuando se cruzaba con algún ayudante o costurera.

El Telera cerró las puertas de la nave y encendió una luz tenue, idéntica a la que iba a alumbrar en el Gran Teatro. La estampa era estremecedora.

—No hace falta ni que canten —susurró Johnny en el oído del artesano, quien no cabía de gozo comprobando el subidón de adrenalina que su trabajo había provocado en el grupo.

—Ya sólo trabajo para ti, Comandante, por eso me esmero tanto.

—Gracias, Pedro. Todo un honor dado tu caché. ¿Me garantizas que los pantalones no se rajaran por el culo antes de la cabalgata?

El artesano sonrió señalando a Macucha, la costurera responsable del bochorno si lo hubiera. Pero, además, improvisó una solución con el fino humor que lo caracterizaba.

—Si se raja el pantalón por el culo no pasa *na*, no se ve: el *peazo* de capa que lleva lo tapa *to*.

—No había caído —dijo el Comandante siguiendo la fundada broma, pues no era el primer año que pasaba algo así.

Se disponían a entonar la presentación cuando, de repente, alguien comenzó a aporrear desaforadamente la puerta de la nave. La novia de Ringo abrió y se encontró a la ex del Telera. Éste, disimulando su angustia ante la violencia que la situación provocó en el ambiente,

anduvo rápido en hacerle un gesto a la novia de Ringo para que dejara entrar a Cecilia quien, al trote, caminó presta hasta donde se encontraba Pedro y le preguntó en voz alta:

—¿Se puede saber por qué me has bloqueado? Sólo te pregunté a quién le había tocado la cesta. Fui a que me echaran las cartas y me dijo que me iba a tocar la lotería.

—A una chavala de Málaga, Cecilia, por favor, que no es momento.

El artesano ganó el combate a los puntos y consiguió que —en medio del *contrarío* y el mayor enojo— su ex ocupara una silla vacía al fondo de la nave. Hasta el suelo del escenario llegaron los repentinos chorros de sudor que manaron bajo los sombreros de más de uno, en especial de Deep. Y no fue por el calor —precisamente.

Las guitarras reanudaron la introducción. Al finalizar, y observando la cara de asombro del equipo de artesanos, Johnny jaleó a su comparsa, aunque lo hizo por inercia, pues su atención se mantuvo, con un ojo en la comparsa y el otro en Cecilia.

—¡Qué barbaridad, Dios mío, qué zambombazo va a dar esto en el Falla! —comentó eufórico Pedro, mientras Johnny, sin parar de darle vueltas a lo mismo, respondió con ironía:

—Zambombazo el que va a dar tu novia. Yo diría que sabe algo.

—Anda, Johnny, ¿qué va a saber? Ni que le hubiera tocado a ella...

Con la moral por las nubes y mientras el grupo volvía a enfundarse su atuendo de calle, o sea, su chándal nuevo de Reyes, por vez primera se oyó un comentario sobre el ensayo del día anterior, por el que nadie de momento había querido preguntar.

—Señores, lo de anoche, genial. Dice mi tío que no van a venir cuatro comparsas mejores que la nuestra. Que si cantamos con algo más de temple, de la final no nos quita nadie.

—¿Cuatro? Ni una —añadió eufórico el Comandante.

—¿Alguien sabe algo de la competencia? —preguntó Vitorio.

—Sabéis que he prohibido hablar de cualquier comparsa que no sea la nuestra. Vamos a comportarnos como futbolistas. Os digo lo de siempre: ¿qué importa ahora lo que traigan los demás? Aquí a lo nuestro, que es la única forma de ir seguros al Concurso.

Al marchar de la nave, Johnny era consciente de que había dicho la

primera gran estupidez de 2017, pues sabía con certeza que su grupo frecuentaba los mentideros de Carnaval como lo hacían todos en esa época. Pero por razones de su cargo no podía evitar recordarle al grupo la inútil consigna.

—¡Qué maravilla cómo trabaja Pedro! Parecen las Puertas de Tierra —dijo Edy ya en el coche, fascinada aún por lo que acababa de contemplar.

—¿Parecen? —preguntó Johnny con desconfianza.

—Quiero decir que están tan bien hechas que parece que las han quitado de allí y las han puesto aquí —aclaró Edy, aprobando que la tensión de su marido exigía un discurso exento de la menor ambigüedad.

El silencio reflexivo ya comenzaba a perforar al Comandante con un autismo insufrible. Oía pero no escuchaba. Respondía tarde con una frase inacabada. Se estiraba el pelo más largo del flequillo hasta que se lo arrancaba. Dejaba el chicle pegado en la primera superficie plana que tenía por delante. Miraba pero no veía. El cigarro se le apagaba por la mitad. Olvidaba el afeitado.

—¿Puedes creer que no recuerdo ni el estribillo? —confesó a Edy sabedor de su parecido con *Rain Man*.

—No te preocupes. Tú no cantas —respondió su esposa creyendo solucionarle el conflicto.

—Ya. Y menos mal que no canto. No me sé ni el nombre de la comparsa. Cuando cantaba en la chirigota lo llevaba mejor. Al menos, me sentía capaz. Era útil en el escenario. El papel de autor a secas nunca lo he llevado bien. Jamás sería entrenador. Tiene que ser horrible ver un partido desde el banquillo. Supongo que como ver a tu comparsa entre bambalinas.

Edy lo miraba con cierta compasión. Aunque no llegaba a entender del todo la actitud de Johnny, admitía que en situaciones tales es cuando la soledad del autor se recrea en toda su expresión.

Y llegó el día del debut. Sin duda, el más importante del año. El más importante de la vida cada año. El hombre nacería de nuevo o viviría su primera muerte, según fuese el parto.

Para encarar el patíbulo quedaban aún unas horas. Esa noche, como cualquier noche de ésas, Johnny durmió poco y mal. Pero le sobró. Al

amanecer le dio la vuelta a Cádiz corriendo. Se encontró ligero, fresco, fuerte. La ansiedad permanecía aún en el cajón de los calzoncillos.

—Buenos días, queridísimo Bill. ¿Cómo te ha ido?

—Bien.

Y ya dijo bastante. Era el primero de los tres monosílabos que articularía durante la mañana.

Decidió por unanimidad que el móvil no iba a servirle de compañero. Pero al final se lo llevó con él al Paseo Marítimo para desayunar.

El inusitado silencio de Edy lo reconfortaba. El día no era apacible. Lloviznaba. El húmedo viento del sur se colaba a ráfagas entre las mamparas de plástico de la terraza del bar. Mas al Comandante le deleitaba la atmósfera revuelta. En días señalados, el tiempo inclemente le anunciaba presagios de abundancia. La comparsa era lo de menos. Iba sola. Como un reloj. Su trabajo estaba hecho. Lo único importante era él. Su secreta serenidad. Su furiosa concentración. Su elegante fortaleza. El pensamiento recorría de abril a enero aquellos detalles insignificantes que guiaron los giros trascendentes, los que trajeron las palabras perfectas en los momentos imposibles.

—Debiste ser la única mujer de mi vida —declaró a Edy sin que ella se enterase, absorta en el *So long, Marianne* con los cascos clavados en los oídos.

—¿Qué, Fidelito? Estaba escuchando a Cohen.

—Que si quieres otro café.

—Sí, pero que lo ponga Anabel. El que hace la gordita es *aguachurri*.

—Como no es día para muchos cafés, me tomaré sólo diecinueve. Veinte pueden sentarme mal —concluyó Johnny con la ironía que inauguraba su estreno en el rol de debutante.

—¿Estás nervioso?

—Llevo casi treinta años en esto y estoy como el primer día. Ahora, te digo: cuando vayan cortinas sé que se me saldrá el corazón por la boca. El día que no me suceda seré sólo Johnny. El Comandante habrá pasado a la reserva activa. Significará que la parca otea en el horizonte y los buitres vuelan bajo.

—¿Has decidido lo que te vas a poner? —preguntó tímida la musa de la tercera cuarteta.

Las supersticiones de Johnny eran un capítulo aparte. Innecesariamente, el más conflictivo. Enemigo de astrólogos y videntes, el impredecible vaivén de la fortuna —en virtud de los cordones desamarrados o las luces de la cocina encendidas— sabía que lo acosaba como una contradicción inevitable. Meses antes, su mente ya atesoraba la duda sobre los calzoncillos, la corbata y la gorra, el abrigo, el chaleco y el corte de pelo. Últimamente, procuraba resolver al final optando por lo más cómodo, y al presumido Comandante Matarratas lo encerraba en el armario bajo llave.

Tras un ligero almuerzo, la imposibilidad de la siesta lo condujo de nuevo a la terraza del desayuno, donde ya no resistió más la visita a la red. Twitter hervía. Su cuenta personal estaba colapsada. El aliento virtual de sus miles de seguidores hacía imposible detenerse en su lectura. Ojeó una veintena y se limitó a un tuit de agradecimiento colectivo: «Mis mayores reverencias, chusma selecta de mi alma. Va por vosotros. Los auténticos peregrinos». El tuit se convirtió en *trending topic* en menos de media hora. La merecida soberanía del público hallaba ahora sentido completo. La calle vacía impedía la soledad. Para Johnny, la verdadera soledad la padecía en el bullicio, en el gentío indómito, en el ruido de voces y motores.

Al llegar a casa, Edy ya estaba compuesta. Radiante.

—¿Te gusta? —le preguntó presumida segura de que brillaba como un lucero con tacones.

El Comandante sólo respondió con la guitarra y cuatro versos de la cuarteta que le había dedicado: «Su boca era una ciudad en estado de alarma. Su paso, el desfilar de una comparsa a la muerte. Su boca, el diccionario de las prohibidas palabras. Sus ojos eran el mundo abandonado a la suerte…». Y devolvió la guitarra a su pie con un ancho nudo en la garganta y alguna lágrima resbalando sin querer por la ribera de sus ojos.

—Vamos para el local de la calle de Jesús Nazareno. Ya han empezado a maquillarse.

Procuraba llegar con el tiempo justo. Necesitaba sentir el codo a codo de sus compañeros, ver sus colmillos afilados, compartir el olor de la sangre. Alguno que otro, como Deep —cuya liturgia lo reservaba

para el último lugar de los adornos finales—, exhibía una paciencia que rebosaba el tarro de la calma.

Estaba a gusto en aquel escenario previo, pero le sobraban como ratas casi todos aquéllos que no fuesen del grupo. Ni amigos. Procuraba alejarse de quien pretendía saludarlo, pues el menos indicado le preguntaba la mayor estupidez.

—¿Has escuchado a los Boniatos?

—He escuchado misa. Me he vuelto cristiano. Los designios del Señor son inescrutables.

Con respuestas inclasificables era como únicamente hallaba el modo de despachar a los insensatos.

—El espectáculo y los ánimos cuando estemos sobre las tablas, señores, por favor. Estos minutos son solo nuestros —solía rogar Johnny a los *paparazzi*, con gesto amable pero profundamente molesto, quien no fumaba por no salir a la puerta, donde la chavalería del barrio aguardaba como una banda de marrajos.

Negar una foto suponía una sonora grosería.

—A la vuelta si no os importa. Ahora no podemos entretenernos. Lo comprendéis, ¿verdad?

—Es que nos vamos ya para el Teatro, y a la vuelta cualquiera os pilla —insistía la joven admiradora, con su grupo de amigas venidas de quién sabe dónde.

El Comandante accedía colocándose en el centro del grupo. Al reposar los brazos sobre las espaldas de las *fans* sentía con veneración los encogidos temblores de los músculos ajenos.

—Estáis peor que nosotros.

—Otra por si acaso.

—¿Por si acaso qué? —y aprovechaba Johnny para volver al interior con los suyos.

Ya preparados para el combate, en medio círculo, entonó la comparsa el pasodoble «Septiembre». En la intimidad y con el público apiñado como plátanos sonó celestial. Las mejores vibraciones acompañaron al fino timbre y a la henchida sonrisa de los dieciséis comparsistas. Los aplausos no dejaron acabar el pasodoble.

Como todos sabían el protocolo, Deep señaló un reloj de pared que

los invitaba a formar en la puerta en dirección al Teatro. Los Peregrinos ponían rumbo «caminito del Falla» encomendando su alma al Dios Momo. Los más curiosos desfilaron en el pasacalle con el grupo. Algunos siempre lo hacían con el interés oculto de conseguir un pase de figurante y poder acceder a los camerinos. Pero esos favores ya estaban repartidos. No había concesiones.

Una repentina suavidad en la percusión indicaba que estaban pasando por el hospital de San Rafael. Pero al cruzar su arco y darse de cara con el vértice sur del Gran Teatro, el ritmo crecía y estallaba hasta ensordecer a las palomas, que huían pavorosas a refugiarse entre las oscuras tejas de la plaza Fragela. Los Peregrinos llamaban a las puertas del templo.

Johnny, cuya enésima superstición lo situaba siempre cerrando el desfile, llegaba el último y con algo de retraso, pues su estrategia era torpe para evitar *flashes* y autógrafos. En aquellos momentos la cortesía era tan obligatoria como tortuosa. Obligatoria era también la sonrisa, para que aquel «desfilar de una comparsa a la muerte» pareciera un vuelo de aves al paraíso. Las procesiones iban por dentro.

Al cruzar la puerta lateral reservada para los participantes, la aureola del Comandante y su comparsa sonaba como un repicar de campanas que saturaba en torno a ellos una densa nube de periodistas, cargos públicos y decenas de particulares que pasaban por allí y no querían perderse la oportunidad de sentir, tocar y ver de cerca a sus ídolos. La amabilidad del grupo, siempre generoso en el trato con todos, le concedía un punto moral de ventaja sobre otros que no lo eran tanto.

El ritual se antojaba incómodo, por supuesto, sobre todo para Johnny, el más solicitado. Alineados en fila india esperaban su turno para ser atendidos, el del diario tal y la radio cual, el de la tele ésta y el documental aquél, el de AIE, el de la SGAE, el que ofrecía un contrato en su pueblo, aquel amigo de la infancia recuperado para la ocasión y el del permiso para las fotos, a quien siempre mandaba a Deep para que éste le diera un «no» sin concesiones.

Asfixiados por el protocolo, los chicos danzaban por los pasillos entre el camerino donde se ensayaba por última vez y los baños comunes cuyas ventanas ejercían de testigos mudos de los continuos ciga-

rros. Algo de vino para los más valientes, pero agua para la mayoría era el único elixir que humedecía las gargantas. Y muchos paseos cortos. De la puerta de la escena al principio de la escalera. Una y otra vez. La distancia justa de un penalti, cuyo lanzamiento demora el árbitro hasta el límite de la paciencia, como queriendo poner a prueba la fuerza centrípeta de los aspirantes a estrellas fugaces.

La chirigota anterior hacía varios minutos que había concluido su actuación. El montaje del escenario de Los Peregrinos era complejo, pero el Telera y su equipo trabajaban contra el reloj mejor que los médicos de urgencias. Los instrumentos ya estaban dentro cuando se abrió la puerta que da paso a la escena, y el regidor pronunció con gravedad una de las órdenes más deseadas del año:

—Grupo dentro.

Como un ejército joven pero experto, cada uno en silencio ocupaba su puesto en la trinchera. Sonaban los martillazos de las penúltimas puntillas. Las bambalinas casi desiertas invitaban al Comandante a escoger un palco de honor, pero siempre solía cederlo a los pocos privilegiados que habían burlado el control para poder acceder al interior del campo de batalla.

—Nunca encuentro el mejor sitio. Será porque no lo hay —comentó Johnny a un tramoyista absorto en el enredo de un cable.

—Detrás del telón se oye mejor... lo poco que se oye —le comentó el operario desde la sabiduría y la experiencia.

—Por eso me voy a poner ahí detrás, por... lo poco que se oye.

—¿No quieres escuchar bien tu comparsa?

—No. Ya estoy un poco harto de escucharla. Lo hago todos los días. Lo que quiero es que se aparte de mí este cáliz...

Cuando el presentador de sala retomó el micrófono, no había terminado de anunciar aún a la comparsa y el Teatro Falla rugió de expectación y violento deseo. Sólo decir «a continuación...» fue suficiente. El grupo hizo una piña en torno a sus dieciséis manos derechas lanzando al aire su grito de guerra: «¡Peregrinos!». Volvió rápido cada soldado a su trinchera y aguardó sonriente la consigna del regidor: «¡Va cortina!». Y la tierra detuvo su giro para oír a la comparsa.

Afuera, el mundo ausente, la calle desierta, las luces en los hogares.

Los corazones latentes a mayor ritmo en las butacas que en el escenario. Y éste era el constante temor del Comandante ante el estreno. Del mismo modo que en el grupo, para cantar sus repertorios demandaba en el público serenidad y atención. Mucho pedir quizá en un instante así. Mas de lo contrario, frágiles matices y mensajes podrían quedarse en el camino, sepultados por la necesidad de aplaudir más allá de lo que la comparsa cantara.

Aunque algo acelerado, el grupo rozaba la excelencia. El público se entregó desde el principio. Las sensaciones eran las mejores, aunque desde la garita del Comandante todo era una intuición. La realidad quedaba detrás del telón que actuaba como forillo. Las continuas interrupciones de ánimo de los aficionados eternizaron el pase casi al límite del tiempo permitido. Y cuando, por fin, cayó el telón rojo, la comparsa se fundió en un abrazo que terminó con algunos por los suelos.

Johnny siempre reservaba su abrazo final para su hermano Deep. Pletóricos, los comentarios entre ellos sobraban, y la euforia posterior al parto los hacía huir más aprisa aún de aquel escenario, buscando el camerino y la calle, la novia y el padre. Eran los peores momentos para que un inevitable periodista se te acercara. El Comandante los temía siempre, pero en situaciones así más. Si evitaba al que venía de frente, tropezaba con el que llegaba por detrás. Alguno, al final, lo apresaba. Sus preguntas eran tan lógicas que complicaban la respuesta. Siempre había algún pormenor inadvertido con el que perversamente el periodista o locutor procuraba sonsacar una respuesta inconveniente. Johnny, para quien la experiencia seguía sin ser un grado, recibió un dardo envenenado de una cadena poco amiga:

—¿Te ves entre los cuatro mejores o temes lo del año pasado? —aludiendo malévolamente a la sorprendente exclusión de la final que padecieron Los Cohiba, la última comparsa que presentó y que fue eliminada en el último pase contra pronóstico.

—Este año no tengo temores. El jurado no es el mismo. Afortunadamente.

—¿El jurado del año pasado lo hizo mal? —insistió el *paparazzi* impertinente.

—Peor que tú —respondió Johnny con el micrófono abierto, dejando al locutor con la palabra en la boca.

«Anda que te den por culo, pavo. Que estás todo el día derrotando a mi comparsa y ahora vienes a mí para que no se te escape la audiencia», sentenció para sus adentros el Comandante de gala, quien finalmente optó por lucir todos sus atuendos negros con chaleco gris y corbata sauce, rematado con sombrero azul y protegiendo su fálica reserva interior con los calzoncillos de la boda, el muy supersticioso.

Las vallas de protección que colocaba la policía para evitar aglomeraciones a la salida de los comparsistas no servían para mucho. Johnny salía siempre el último, junto a Deep. Le costó la misma vida llegar hasta Edy para besarla. Con un ojo puesto en las cámaras móviles de los más fanáticos y el otro en la parada de los taxis, le pidió a su mujer que fuese jalando de él hasta la luz verde del último que quedaba libre.

—¡Cuánto he echado de menos a mi pequeño Charly! —fue lo primero que le dijo a Edy al sentarse dentro del taxi.

—Enhorabuena, máquina —colaboró el taxista sumándose a la desahogada satisfacción del Comandante.

—¡Cómo ha cantado Mon, qué bárbaro! —dijo Edy como queriendo iniciar un interrogatorio de impresiones.

Johnny no quería hacer ningún comentario íntimo delante del taxista. Así que se limitó a abrir Twitter para evaluar las primeras reacciones. Como la mayoría eran favorables, no se entretuvo en analizarlas. Mucho más temía los titulares de prensa y los puntos de los jurados diarios que llegarían a la mañana siguiente.

—El Concurso es muy largo. Con que no resbalemos en ningún pase me conformo. El resto ya no depende de nosotros. @mellamoale y Repentino Todobar me han felicitado.

—Qué detalle.

—De cortesía. Siempre lo hacemos.

—¿Y los Boniatos?

—Ensayando, supongo.

—Pero ¿no te han felicitado?

Johnny miró sarcástico a Edy, que seguía sin coger onda del funcionamiento del mundo subterráneo.

—Este año supongo que felicitarán directamente a Peter Pan... —respondió rebañando el cuenco de la ironía.

Al llegar a casa, sin darse cuenta multiplicó por dos el sacramental paquete de galletas, absorto en los comentarios de tuiteros y medios especializados. El tono general de las misivas parecía anticipar un merecido descanso de gozo y orgullo. Pero un adelanto de la edición digital de *El Coño de la Bernarda* se plantó como una piedra en el camino: «Los Peregrinos llegan al Falla buscando su rumbo». El ambiguo juego de palabras fue interpretado por Johnny como un pellizco de monja:

—Cabrones... —dijo mostrando su móvil a Edy con el titular.

—¿Por qué no te gusta?

—Hombre... el que busca su rumbo es porque no lo ha encontrado...

—Queridísimo Bill, qué suspicaces os volvéis con todo lo que os rodea. Si os miraseis desde fuera... No se puede ser tan negativo. A la gente le ha encantado. Créeme, que yo estaba en el patio de butacas más pendiente de la gente que de la comparsa.

—Entonces, ¿cómo sabes si la comparsa ha cantado bien?

Cuando Johnny se mostraba tan exigente era que su mal humor ya se había instalado para quedarse.

—Fidelito, estás preocupado y no tienes motivos. A medida que la gente vaya escuchando, más le irá gustando. Te sucede siempre.

—No tengo la mente puesta ya en la actuación de hoy. Lo hecho, hecho está.

—¿Dónde entonces?

—En la prima del Chino. En su novio, más concretamente. Espero que no me falle. Y tengo que llamar a Humilde Barragán a ver si me alumbra la forma de evitar el pasodoble al Canal Olé.

—Descansa, Johnny. Te va a venir mejor.

—Me he pasado.

—¿Con el de la radio al que dejaste con la palabra en la boca?

—No, joder, con las galletas.

—Fidelito, es que te has comido dos paquetes sin respirar...

—Más el bocadillo de mortadela que me comí en el ultramarinos de la esquina de la calle La Rosa.

—Ya te vi.

—Me costó cuatro euros. Imagina la cantidad de mortadela que llevaba. Media barra. La mortadela me trae suerte.

—Y yo, ¿te traigo suerte?

—Tú me inspiras... Todo no se puede tener.

—Pero yo quiero traerte suerte.

—Pues yo prefiero que me traigas el sueño. Dar suerte trae mala suerte. Y lo de «mucha mierda» lo odio. Qué expresión más desagradable...

—¿No tienes sueño?

—Nadie tiene sueño después de debutar...

—Pues más vale que duermas. El Concurso es largo.

—Pero largo. Peor que un domingo sin dinero...

23. Los libertadores del Comandante

A la mañana siguiente, el Concurso continuó tal como estaba en el guion de todos los años. Los Peregrinos oscilaban entre el segundo y el tercer puesto, poco por delante o poco por detrás —si no con los mismos puntos— que sus rivales directos, a excepción de la comparsa de @mellamoale, que marchaba líder, y la de los Boniatos o Jesse Welcome, que aún no habían cantado.

La competencia no era tanta como el fanatismo de sus aficiones. Dada la presunta igualdad inicial, y antes de que alguna fuera desmarcándose claramente del resto, los jurados clandestinos no se mojaban tan pronto; trataban de acertar y, para tener mayores garantías, dejaban que el Concurso avanzara y que el público siguiera escuchando a sus favoritas para situarlas con más criterio, sabedores de que la igualdad vendía más que la sentencia inicial. Era más emocionante para aficionados y participantes contemplar la clasificación con las grandes en un pañuelo.

Durante estos días, el grupo y el Comandante ya tomaban caminos tan separados que el propio Comandante era cuando menos acudía a los ensayos, y a los pocos que iba los dejaba por la mitad. Le suponían un suplicio. Solía suceder que —antes de que empezara el Concurso— Johnny acordaba con el grupo una estrategia para distribuir las piezas del repertorio por las distintas eliminatorias que superarían con seguridad, usando como canon el equilibrio de dichas funciones.

No obstante, tal como iba avanzando el Concurso, la mente del grupo se alejaba del ensayo para instalarse en el Teatro Falla. Todos oían a todas, y luego analizaban la reacción del público con cada pasodoble, cuplé o cuarteta. La obsesión por ganar se traducía en una extrapolación al ensayo de lo que sucedía en el Concurso, neurosis que a

Johnny lo sumergía en la mayor desesperación. Todos los planes, todo el criterio que con inteligencia y frialdad habían acordado, iban al traste todas las tardes cuando cada cual llegaba con una referencia, una deducción o una paranoia nueva.

—Estáis intoxicados. No sólo no respetáis aquel criterio inicial sino que habéis perdido el juicio por completo. No es posible cambiar de plan todos los días según haya cantado éste o aquél. Os estáis volviendo locos y me vais a volver a mí también. ¿Queréis olvidaros un poco del Concurso y centraros en nuestro repertorio, que aún tenemos algunos frutos muy verdes, coño? —solía reivindicar el Comandante Matarratas, desde la seguridad de que si se dejaba llevar por los vaivenes particulares y diarios de la comparsa podrían estrellarse en cualquier función.

—Johnny, el pasodoble de la vida tiene pasajes que me recuerdan al popurrí de Repentino. ¿Por qué no le cambias mejor la parte que dice... y rematas el final de manera que...?

—Porque no me sale de los huevos —respondía enojado Johnny cada vez que los delirantes análisis de sus chicos le proponían una modificación improvisada—. Cantad lo que hay con confianza. La obra es mía. Yo sé el orden y la intención. Y de momento no ha habido ningún cataclismo suficiente como para alterar nuestra estrategia.

En el grupo los había con menos criterio y con más. Pero tener más criterio no era sinónimo de criterio correcto. De igual modo, los había silentes y oradores profesionales que, en un abrir y cerrar de ojos, contagiaban sus paranoias al resto, creando inseguridad y desconfianza en el plan del Comandante. Todo esto degeneraba en confusión y caos. Aceptar una propuesta del grupo tampoco servía de mucho. Al día siguiente llegaban con otra nueva, determinados por lo que habían escuchado en la función de la noche anterior. Al siguiente, otra distinta. Y así sucesivamente a lo largo de todos los días del mes que duraba el Concurso.

A Johnny esto no le cogía por sorpresa. Era la misma serenata de todos los años. Es por eso que —ante la posibilidad de que su moral se derrumbara o pudiera surgir un conflicto serio con el grupo— el Comandante solía dar cualquier excusa para quedarse con Edy. O bien

no la daba y se escapaba dos días a algún pueblo cercano en el que los ecos del Carnaval no llegaran con facilidad. Es obvio que no podía desconectar del todo, pero evitaba engancharse en la retransmisión, en la prensa y en las redes. Casi no abría el móvil.

Una de las grandezas del Concurso era su magia. No existía una fórmula para el triunfo. El mejor planteamiento *a priori* podía desembarcar en una isla desierta. A la inversa también sucedía, aunque menos. Las continuas explicaciones y llamadas a la calma de Johnny no servían para nada. Cinco minutos después de acabar el ensayo estaban todos en casa ante el televisor. Los que podían hacerse con una credencial vivían la función en directo dentro del propio Teatro. De modo paralelo, el grupo de WhatsApp acumulaba quinientos mensajes por minuto, imposibles de leer. Pasaban de la risa al miedo, según el éxito o el fracaso del rival que estuviera actuando. Este modo de vivir el Concurso era —por desgracia— el común y habitual dentro de todos los grupos.

Al Comandante le venía de perlas que a su esposa no le viniese de herencia la afición al Carnaval, que si no se hereda, es difícil que a los cuarenta se despierte. Edy, acostumbrada a vivir como testigo directo en la fábrica de Johnny, en su taller de las palabras —como él gustoso llamaba al *chiringo* que tenía montado en el salón junto a la terraza, en el que iba dando vida al repertorio de la comparsa desde abril hasta febrero—, no tenía el oído dispuesto para soportar un timbre que no fuera el del grupo de su Johnny, siempre tan fino y elegante. No era pasión conyugal. Era desinterés absoluto por lo ajeno de aquel género. A veces, Johnny aprovechaba esta circunstancia para volar a otros mundos. En cambio, en otras ocasiones lo echaba de menos, pues a él también le gustaba departir sobre el desarrollo del Concurso, y con Edy no tenía esa opción, pues al no seguirlo no podía conversar con argumentos contundentes que encendiesen o apagasen bombillas en el Comandante.

—Esto es peor que presentarse a unas oposiciones —decía a menudo Johnny en medio de la desazón—. Te sientes incomprendido y solo. El grupo frente a mí en el momento justo en el que tenemos que ir de la mano.

—¿No dices que en otros grupos sucede lo mismo?

—Sí, pero con la salvedad de que a mí los otros grupos no me importan…

La noche en la que preparaban los cuartos de final, Johnny se disfrazó de ilusión. Se apuró su media barba y se vistió con atuendos suntuosos que lo ayudaran a presentarse en el ensayo con aspecto glorioso, como si fuera un Comandante de verdad. Desde el minuto cero animó y jaleó las canciones del grupo, con un optimismo que pasó de fingir a creer según avanzó el ensayo. Era cierto, a su vez, que el grupo se crecía al aproximarse un reto importante. El de cuartos de final lo era. Había que confirmar las buenas sensaciones pero —ante todo— no resbalar en ninguna pieza. Era el pase más temido, pues había poco nuevo que ganar y, en cambio, mucho que perder. Era el ecuador de una carrera de resistencia, del que, o se salía con rumbo directo a la lucha por la final, o se perdía toda posibilidad de soñar con ella.

Pese a la dificultad, Los Peregrinos volvieron a cumplir las expectativas con buena nota. Pero todos sabían que, llegado este momento, era cuando iban a jugarse la partida al todo o nada. Los pasodobles del Chino, el del cofre de la abuela y el del Canal Olé, distribuidos entre la semifinal y la final respectivamente, constituían la llave de la esperanza. Ninguno de los dos fueron cantados en el ensayo familiar. Nadie los había oído. Ellos confiaban en el dramatismo de los textos, pero tampoco las tenían todas consigo. No contaban con ninguna referencia exterior, nadie de su confianza que les animara a cantarlos o a sustituirlos por otro… salvo la de Johnny, cuya opinión no les valía, según ellos, porque estaba obcecado en llevar al Falla otro tipo de Carnaval, y la victoria final no le quitaba el sueño. A ellos sí. Todas las noches.

El Comandante insistía en que había que llevar preparados a cada pase tres pasodobles y tres cuplés, por si algún rival de los que cantaba justo antes se anticipaba y era necesario echar mano de un recambio. Si cantabas lo mismo que una buena comparsa había cantado antes, te autoeliminabas, con total seguridad. Y esas coincidencias solían darse. Algunos temas eran comunes en muchos repertorios, y quien se adelantara desarmaba al resto.

No obstante, la confianza ciega en los pasodobles del Chino y la escasa

presencia del Comandante en el tramo final de ensayos hacían que los posibles recambios no estuviesen bien preparados. Reconducir la estrategia hacia su interés personal convertía el siguiente episodio en el más complejo de la temporada. Y quién sabe si también en el último...

Llegaba la noche antes de la semifinal y Johnny se disponía a ejecutar el plan. Llamó a María del Mar, la prima del Chino.

—¿Todo bajo control?

—Afirmativo, Comandante. A las ocho y media de la noche estamos allí. Mi novio quiere hablar contigo. Te está muy agradecido por todo lo que has hecho por nosotros.

—Que ni se le ocurra. Se supone que no me conocéis. Así que ni saludarme. Y dejaos de agradecimientos. Lo he hecho por mí. No puedo consentir que mi comparsa cante eso.

—Entonces, ¿quién nos esperará fuera?

—Nadie. El Panameño abrirá la puerta.

Pero el plan no estaba aún al completo. Faltaba la segunda parte, la que pretendía eliminar el pasodoble al Canal Olé. Los presentadores del Canal habían mostrado públicamente su debilidad por Los Peregrinos, con lo que la noticia de un pasodoble en su contra sería más violenta.

Humilde Barragán pondría en bandeja la táctica al Comandante. Esa misma mañana lo llamó en el tono cordial de siempre para pedirle que su equipo entrara esa noche en el ensayo con las cámaras. Querían grabar un pequeño reportaje documental sobre cómo vivían las horas previas algunos grupos candidatos a entrar en la final, entre los que se encontraba el suyo, claro. Johnny, severo defensor de preservar la intimidad del local durante el Concurso, vio el cielo abierto en esta ocasión.

—Sólo te pido, Humilde, que cuando lleguéis me des un toque al móvil. Pero no entréis. Quedaos en la puerta. Yo os abriré. Pero quiero que escuchéis un pasodoble que ha escrito el Chino contra vuestro Canal para cantarlo en la final.

—¿Contra Canal Olé? —preguntó entre la indignación y el estupor el máximo representante del Canal en Cádiz.

—Exacto, Humilde, contra Canal Olé. Lo quieren cantar en la final para que no tengáis opción a réplica.

—Pero, ¿a nosotros? ¿Por qué? —lamentaba descorazonado Humilde, mientras recordaba al Comandante la generosidad de sus críticas a la comparsa y lo injusto que resultaba ese recibo de vuelta.

—Justa y lógica tu indignación, Humilde. Y la mía —respondió Johnny con claros ánimos de consuelo y solidaridad, buscando desesperado la colaboración del Canal.

Por momentos, pareció que Humilde iba a desistir de presentarse en el local. Pero el Comandante fue capaz de sobreponerse a la situación.

—Al contrario, Humilde. Tu presencia allí es lo único que los puede hacer retroceder. Tú lo escuchas desde fuera y luego...

—Luego ya me encargo yo... —completó el improvisado cómplice para la ocasión.

—Además, Humilde...

—Dime, Comandante.

—El pasodoble es horrible. Sencillamente horrible. Es más, puede que la indignación te la borre la risa. Pero si eso sucediera, aguántala, por favor. Es surrealista, escatológico. Pero a ellos les encanta.

—Encima, cachondeito. Joder. No te preocupes, Johnny, yo me encargo. Por la cuenta que me trae.

—Por la cuenta que nos trae —añadió Johnny declamando con gravedad el «nos» con el que revestía de interés común la cruzada contra el pasodoble.

Edy llegó feliz de la compra. Estaba la frutería llena de kakis y mangos en el punto de madurez que le gustaba a Johnny.

—Un poco caros. A siete euros los mangos y a seis los kakis. Pero quiero que mi Comandante esté bien nutrido de fibras y azúcares naturales.

—No importa el precio, Edy. Hacía tiempo que no llegaba esta fruta a Cádiz. No es caro. Precio caro va a ser el que voy a pagar yo como se tuerza la estrategia para esta noche.

—¿Hablaste con Humilde?

—*Yes*. Ya te contaré. Te pediría que fueses testigo.

—¿Que vaya esta noche al ensayo? No, Fidelín, que no quiero que me echen a mí las culpas.

—Anda, Edy. Todos saben que tú no te metes en nada.

—Pero es que la situación puede ser muy violenta. Me da mucho corte.

—Así pensarán que no hay nada premeditado. Tu presencia de por sí convierte en casual cualquier cosa que ocurra. Esa aureola de inocente que te acompaña hará que cualquier sospecha se aleje de mí.

Tras hora y veinte de cuarto de baño, Edy se presentó en el salón como si fuese a la gala del año.

—Muy guapa. Yo iré en chándal.

—¿En chándal, queridísimo Bill?

—Supersticiones...

Con los dos ases escondidos, uno en cada manga, condujo su coche hasta el local.

—Me siento Robert de Niro en *Taxi Driver*... —comentó el Comandante al volante de su Alfa, con el semblante optimista pero rígido.

—Me recuerdas más bien a un ministro camino del Congreso, con un proyecto de ley en la cartera que va a provocar una catástrofe parlamentaria —apuntó agudísima Edy.

Aunque le costó, Johnny terminó rendido esbozando una sonrisa de aceptación.

Antes de bajarse, se miró detenidamente en el espejo del parabrisas, asegurándose de que su plan no se derramaba por ninguna esquina de su rostro.

Entró escoltado por Edy y precedido por una sonrisa de complicidad con el grupo, que impedía el presagio de la erupción del volcán, cuyos ríos de lava ya se acercaban a los alrededores del ensayo.

El grupo había decidido hacer un ensayo corto. Iban a anticipar la actuación de la función de semifinales que les aguardaba la noche próxima. Pero, de pronto, la puerta del local sonó como si alguien la estuviera golpeando desde fuera. El grupo estaba formado, bastón en mano y alma en cuerpo. Las guitarras habían empezado a introducir los arpegios de la presentación. El Comandante, sentado sobre una mesa al fondo, mandó parar. Miradas de enigma viajaron como abejas zumbonas desde la comparsa hasta la puerta. Johnny indicó al Panameño que abriera.

—Sólo vengo a dejarle esto a mi primo y nos vamos —dijo María del

Mar, acompañada por su novio, quien portaba el cofre de marras cual si fuera la antorcha olímpica a punto de incendiar el pebetero.

—¿Quién es tu primo?

—El Chino —respondió desafiante la chica.

Entonces, el Panameño, cuyo habitual tono amarillo de faz tornó verde marciano, contempló el cofre en manos del novio, miró al Chino —quien ya había reconocido la voz de su prima y se encontraba un paso por delante del grupo— y, sin permiso expreso, permitió traspuesto que la pareja cruzara la frontera de la puerta en dirección al grupo.

—Ahí están las cenizas de tu abuela —dijo el novio dirigiéndose al Chino y depositando el cofre en la mesa que se hallaba más próxima al grupo.

—No fue mi hermano, querido primo. Él sólo se autoinculpó para defendernos —dijo María del Mar fulminando como un rayo hasta la peluda calabaza del bastón de Los Peregrinos.

El Chino perdió por un eterno minuto capacidad alguna para maniobrar. Algunos del grupo empezaron a echarse las manos en la cabeza, conscientes de que el pasodoble se quedaba sin sentido. Miraban al Chino suplicando una explicación que aclarase aquello.

—¿Quién os ha dicho lo del pasodoble? —fue lo único que atinó a preguntar el Chino, delatando adonde estaba situado el corazón de la tragedia.

—Tras la cena de Año Viejo, a la mañana siguiente mientras limpiábamos, lo encontré hundido en la raja del sofá, donde estuviste sentado tú casi toda la noche. No sabía lo que era, lo abrí... Por cierto, primo, es de muy mal gusto. ¿No me lo pensabas decir hasta después de cantarlo?

La comparsa —atenta pero dándose cuenta de que se trataba de un asunto familiar íntimo— fue separándose con cortesía de los alrededores de la escena.

El Chino, sin ser capaz de mirar a los ojos de su prima ni del novio, desamparado como si fuera un ladrón sorprendido a la puerta del banco, no supo cómo justificarse.

—Muchos pasodobles están inspirados en hechos reales... —fue el

único argumento que acertó a presentar, aunque sin la menor esperanza ni convencimiento. La vergüenza le llegaba hasta la suela.

—El Comandante Matarratas no ha escrito esto. Estoy segura. No es su estilo —afirmó rotunda la chica completando su indignación.

—Verás... —titubeó el Chino—. Yo lo planteé como idea y algunos...

Johnny, el más próximo y atento a la refriega, entendió que era el momento crucial para intervenir.

—Chino, sólo te ruego que admitas que yo, no solo no lo escribí, sino que además estaba en contra de cantarlo.

—No, Johnny, yo no he dicho eso...

—Lo has escrito tú, ¿verdad? —preguntó María del Mar a su primo con los ojos derramando lágrimas de rabia.

—Sí, prima, lo he escrito yo.

—¡Eres un traidor! ¡La familia no se vende en un pasodoble de Carnaval! ¡Este drama era sólo nuestro! ¿Te enteras, Chino? ¡Nuestro! ¡No para vendérselo a la comparsa a ver si os daba un premio!

—¿Lo sabe Jaime? —preguntó enajenado el Chino en relación a su primo hermano.

—No. No lo sabe... de momento. Si lo cantáis lo sabrá. Y entonces, olvídate para los restos de tu familia —respondió el culpable, quien no quiso limitarse a ser convidado de piedra.

—Contigo no tengo nada que hablar —le dijo el Chino al insolente novio, encontrando una grieta para dictar alguna frase con la cabeza menos gacha.

—Buenas noches, primo. Voy a ver a mi madre para darle el cofre y contarle lo que ha pasado.

Y dejando caer en la misma mesa dos entradas para la función de mañana, miró por último a su primo y —desde la puerta, para que lo oyera todo el grupo— gritó en tono irrevocable:

—¡Esta comparsa ha muerto para mí! ¡Mucha suerte, chavales!

Y dando un portazo dejó a los chicos del grupo hundidos y cabizbajos, pues también sentían la vergüenza de haber colaborado en aquella traición familiar. Quizá hasta aquel instante no empezaron a tomar conciencia de la gravedad de las consecuencias familiares que podía

haber causado la interpretación del pasodoble. La comparsa al completo esperaba una explicación del Chino, aunque no sirviera ya más que de consuelo.

—No me lo podía imaginar —dijo preso del vértigo y el asombro—. ¿Cómo habrán recuperado el cofre?

Las cabezas de los comparsistas parecían péndulos negando desconsoladamente la destrucción de la estrategia diseñada para pasar a la final.

—¿Y si en vez de *Grabiel* decimos «Miguel»? Entra igual y puede parecer que nos referimos a un problema social de actualidad —insistió el Cántabro ante la ignorancia del grupo, que a esas alturas ya asumía la derrota.

—Las cenizas de la abuela... El cofre de plomo... Media Mark... Morata... Habría que cambiarlo todo. Son muchas alusiones directas. Mi primo se reconocería en cada una. Ya no da tiempo.

—¡No pasa nada!

Johnny se mantenía en expectante silencio, pero Deep lideró una contraoferta que recuperase la moral del grupo.

—Cantamos el del Canal Olé.

—Pero, *brother* —advirtió el Comandante, sereno y lúcido como nunca—, si pasamos a la final con ese pasodoble, la final será nuestra tumba. El Canal boicoteará nuestra actuación del modo que sea, en el momento de mayor audiencia del Concurso.

—Pero hay que pasar a la final sí o sí —contestó Deep, más próximo al desatino que en condiciones habituales.

La desagradable sorpresa lo había vaciado de la prudencia y la calma con la que solía proponer y decidir.

No obstante, el varapalo hizo que el grupo perdiera parte de la fe en los pasodobles del Chino. Parecía un maleficio. La opinión estaba dividida.

El chantaje se apoderó del Comandante y, sin poderlo evitar, defendió su trinchera.

—Si lo vais a cantar, me lo decís y lo veo por la tele.

Esto significaba que Johnny se iba a desmarcar públicamente de toda responsabilidad relativa al pasodoble del Canal. Así evitaría entrevistas y golpes.

El mareo emocional de la noche se hacía dueño de casi todo el grupo. Sólo insistía Deep, sabiendo que en esos momentos nadie se encontraba tan fuerte como para dar un paso en ninguna dirección.

—A ver. Probadlo —propuso Johnny, a cuyo WhatsApp acababa de llegar un mensaje de Humilde, quien se encontraba afuera del local con las orejas de punta aguardando la misiva.

El grupo se rehízo como pudo y —algunos con los papeles en la mano, pues no dominaban el texto a la perfección—, sin seguridad suficiente, recordó el pasodoble.

La tele no es sólo entretenimiento.
La tele no es un montón de concursos.
La tele no es la predicción del tiempo,
tertulias y cuentos
y muchos anuncios.
La tele la ve todo el mundo en su casa.
La tele tiene que servir para culturizar y vencer la ignorancia.
Servir a que la gente sepa con veracidad lo que en el mundo
[pasa.
Y no para estar, tacatá, tacatá, tacatá, con el mando a
[distancia...
En Olé, en el Canal Olé,
no hay un programa que valga la pena,
ya sin Arrayán, ni las telenovelas son emocionantes,
lo mismo que antes, que echaban flamenco y echaban al Cádiz
[en Segunda B...
Si eso es Canal Olé,
tiene menos de Olé
que un jamón mal *curao*,
y el peor *sintonizao*
de toda la TDT.
Y lo que provoca el infarto,
de lo que tanto me quejo,
es el chufla de Juan Icuarto
tonteando con los viejos.

Que son viejos pero no tontos,
eso no tiene palabras,
y para ponerlos cachondos
hasta les venden viagras.
Mi abuela lleva tres años
mandando cartas y fotos.
Se está buscando un apaño
como se buscan los otros.
Y no es justo ni moral
que después de tantos años
el cabrón de Juan Icuarto
diga que él no sabe *na*.
Y mi abuela vale más que *toa* las viejas busconas.
Hace *footing*, va a nadar, y es socia del Barcelona.
Es una abuela estupenda, guisa no te digo *na*.
Ni fuma, ni bebe, y de verdad que yo no he conocido mejor
[persona.
Y por no echarle un cable ese Canal miserable,
el amor la abandona.

Presos de una aterradora inseguridad, miraron todos hacia el Comandante.

—A mí me gusta, pero no deja de ser una tumba. Podemos pasar a la final incluso. Y hasta ahí llegamos. Mucho pan para hoy, y a morirnos de hambre lo que nos quede...

En ese instante volvió a sonar la puerta del local.

—Abre tú, Chino, que seguro que es tu prima arrepentida, que te va a dejar que cantes el pasodoble —dijo el Tío Mon, el único capaz de soltar una perla así en un momento como ése.

El Chino fue a abrir creyendo que —efectivamente— sería de nuevo su prima y, por segunda vez en la noche, sintió el frío de la muerte, que se fue extendiendo de nuevo hasta la comparsa: la sombra de Humilde Barragán tras la cámara y la presentadora de Canal Olé arribaron al local como un fantasma surgido de una película de terror.

Los rostros de los allí presentes parecían maquillados por Hitch-

cock; todos, menos el del Comandante, quien tronchado de risa ante la escena invitó a Deep a saludar personalmente a Humilde.

—Ánimo, *brother*, explícaselo tú.

Deep se acercó abriendo sus brazos en señal de calurosa acogida pero se frenó ante la bochornosa confesión del director del Canal:

—Acabo de escucharlo.

El grupo rodeó a Humilde con denodada demanda de comprensión.

—Esto es Carnaval, colega. Todo el mundo debe aguantar las críticas. ¿Te ha gustado? —preguntó decidido Vitorio entre la valentía y la inocencia.

—No mucho, la verdad. ¿Cuándo pensáis cantarlo?

Y como las desdibujadas sonrisas y los pasos atrás no concluían en respuesta alguna, Humilde remitió la pregunta con nuevo formato:

—Si pensáis cantarlo...

Dado que la marea arrastraba al barco sin timón ni velas, Johnny se vio obligado a intervenir.

—Pensaban cantarlo en la final, pero tras un inminente cambio de planes, se ha acordado que mañana...

Humilde se dio media vuelta bastante contrariado pero, sobre todo, con la moral deshecha. Siempre había sido un comprometido seguidor del Comandante y su comparsa, y no entendía cómo aquellos chicos pretendían sin escrúpulos desprestigiar al Canal y a su compañero Juan Icuarto ante su propia audiencia.

—No me lo puedo creer, de verdad —añadió Humilde, ya con un tono de mayor acritud—. ¿Tenéis acaso quejas de nuestro trato? ¿No hay en el mundo nada que marche peor que nuestro Canal? Mirad. Veníamos a grabar una previa para emitirla antes de la final, pues estábamos seguros de vuestra presencia. Sólo queremos ya que nos confirméis si vais a cantarlo. De ser así, como comprenderéis, tendremos que hacerlo con otra comparsa. Voluntad personal al margen, la dirección del Canal en Sevilla no me va a permitir que publicite a un grupo que nos ha reventado... o nos va a reventar. No estoy loco. Mi puesto de trabajo también está en juego.

—¿Y con quién harías la previa, si no? —preguntó indecorosamente Deep.

—Es lo de menos. Con @mellamoale, seguramente. Ellos también son claros candidatos a la victoria final. Yo apostaba más por vosotros... En fin. Esto es un Concurso y cada cual es libre de cantar lo que quiera —terminó diciendo con resignación, y en una actitud que claramente anunciaba su renuncia a grabar la previa.

No fue tanto el temor a la represalia, como el hecho de verse tras la sombra de un rival directo lo que provocó un giro copernicano en el grupo, súbito, casi violento.

—¡Al carajo el pasodoble! ¡Humilde, graba! ¡No lo cantamos! —vociferó Pepe el Converso muy encendido—. He guardado silencio hasta ahora, pero ya no puedo más. No podemos enemistarnos con la dirección del Canal por un pasodoble innecesario.

—¿Innecesario? —preguntó humillado el Chino—. O sea, que, en un solo ensayo, mis pasodobles han pasado de imprescindibles a innecesarios...

—Como los míos, Chino, como los míos... —añadió rebosando sarcasmo el Comandante, quien había aprovechado el instante preciso para trasladar toda la responsabilidad del maremoto al grupo, encabezado esta vez por un Deep que no atinaba a encarrilar de nuevo el tren de la comparsa.

—Pero es que el Chino era la primera vez... —dijo Paul defendiendo a su íntimo amigo.

—A ver si me aclaro —prosiguió Johnny—. Mis pasodobles son insuficientes para ganar porque no subliman ningún drama. El Chino trae dos que os hacen derretiros de éxtasis, y desde vuestra particular seguridad en que os darán la gloria quitáis dos poemas y ponéis en su lugar dos crónicas negras. Uno acaba de caer porque —entre otras cosas— lo que narraba era mentira. Y menos mal que ha caído. El otro nos va a impedir ser los protagonistas de la previa en televisión, y estáis dispuestos a cantarlos antes de una final que, si no conseguimos, os hará arrepentiros de haberlo cantado, pero que si al final alcanzamos, se va a convertir en nuestra defunción televisada. ¿Se puede saber quién es el ideólogo de todo esto o qué corriente filosófica inspira vuestros criterios? El problema ahora es el Chino, que no podrá estrenarse como poeta. Qué dolor. ¡Coño...! ¿Ninguno de vosotros plantea que,

al margen del divorcio con el Canal Olé, os estáis jugando antes vuestro propio divorcio conmigo? ¿Creéis de verdad, fuese un éxito o un fracaso, que yo iba a quedarme tan fresco viendo como paseáis por los escenarios un repertorio con mi firma y vuestros pasodobles?

—¿A que hace el «uneto»? —susurró Edy al oído de Deep, quien se dio la vuelta amablemente solicitándole explicación, pues la espontaneidad de Edy había cogido en fuera de juego al director.

—¿No sabes lo del «uneto»? Como Fidelito se cabree, el año que viene dice que va a hacer un «uneto», que es una comparsa de uno.

—No me había dicho nada. ¿De verdad, Edy? —dijo Deep aterrorizado.

—Ya tiene la idea. Incluso el nombre. «Los Egoístas. Primer premio y único», se llama. Va con el atril, la guitarra y el bombo, y él se hace las voces y los coros... Está muy simpática la idea, ¿a que sí?

—¡El pasodoble no se canta! —clamó Deep interrumpiendo el discurso del Comandante.

El realismo de lo que estaba confesándole Edy lo abalanzó sobre la borrasca, advirtiendo que el divorcio con Johnny podría estar más próximo de lo que el más pesimista pensara.

—¿El de la taberna? —preguntó Johnny conservado la esperanza en cantar su pasodoble favorito.

—Ya veremos. Ése no va a dar tiempo a aprenderlo bien para mañana. Vamos a cantar lo que tenemos y decidimos.

—De acuerdo, señores. Como si queréis cantar el del Canal Olé. Yo me voy y cuando lo sepáis me lo decís... O mejor no. Me sorprendéis mañana.

Humilde Barragán y su equipo de realización, en medio de aquel zafarrancho desenmascarado, se quedaron mirando a Johnny —que se iba junto a su esposa— y a Deep —que volvía a tomar el mando de la comparsa—.

—Graba lo que quieras. Estás en tu casa.

—¿Me prometéis que no lo cantáis? Entonces... ¿puedo grabar?

24. En la ciudad de Cádiz...

La suerte estaba servida. No cabía de gozo. Pero su enorme satisfacción por el éxito de la estrategia la tenía que repartir con una sonora incertidumbre. Sus pasodobles tenían la llave para pasar a la final y ganar el Concurso, aunque una única llave sabía que no iba a ser suficiente.

—Ahora el problema es que ni han ensayado bien los recambios ni tienen fe en ellos —dijo durante el camino de vuelta, confiando a Edy sus temores.

—Pero no te pueden culpar a ti. Se empeñaron en una empresa que les ha salido mal. Tú no has intervenido.

Johnny miró a su mujer como preguntándole: «¿No? ¿Quién planeó la jugada con la prima del Chino? ¿Quién advirtió de la emboscada a Canal Olé?».

—No me mires así, Fidelito. La prima del Chino fue quien te llamó a ti. Sabía del pasodoble porque a su primo se le cayó en su casa. Y Humilde Barragán pensaba ir esta noche al ensayo a grabar. Se habría encontrado con la sorpresa igualmente.

—Ya. Tengo la conciencia tranquila. Sólo he defendido mis intereses. Son muchos años haciendo Carnaval, luchando contra todos los elementos para que la puta obsesión por ganar me convierta en un traidor de lo que llevo más de media vida predicando. Aun así, no me gustaría que supiesen hasta qué punto he intervenido... Aunque tampoco me importa, ¿sabes? Que voy a hacer el «uneto» igualmente —concluyó bromeando para ir quitando hierro al asunto

—Eso es que no confías en ganar.

—No es sólo cuestión de ganar. Antes hay que pasar a la final. Pero ya no es eso...

—¿Entonces?

—Llevo desde abril echando un pulso con ellos. Primero Los Twenty. Luego los pasodobles... No me veo con fuerzas para seguir haciendo Carnaval con un grupo que no lo entiende a mi forma. Son unos tíos estupendos, pero no hemos nacido para lo mismo.

—¿Vas a cambiar de grupo?

—Jamás. El resto es igual o peor. Esto es una vocación torcida por culpa de los premios, del dinero. Para ser feliz tienes que hacer lo que te gusta, creer en ello, brindárselo al público con ilusión. El premio o el dinero es una consecuencia. Lo mismo viene, lo mismo no. Si viene, bien; si no, al menos te quedas con la satisfacción de las cosas hechas por el gusto de hacerlas. Esa satisfacción no te la quita nadie. En cambio, si lo haces sólo pensando en el dinero o el premio y éstos no llegan, la frustración es enorme. Entonces es cuando te quedas absolutamente vacío.

—¿A ti eso no te ha pasado nunca?

—Nunca. Me he quedado varias veces fuera de la final, o sin el premio que honestamente creía que merecía. En el momento en que dicen los que pasan a la final, si tu nombre no suena, te mueres. Literalmente. Pero te levantas. Nadie muere de verdad por no ir a una final. Pasas un Carnaval amargo. Pero si lo que has hecho tiene talla, luego reconocen tu obra. Hay un público importante y selecto que lo valora y agradece. Has sembrado para el futuro. Aquí llegar es fácil. Si caes de pie lo puedes conseguir en pocos años. Pero mantenerse tantos exige sacrificar algunos. Hay años que —estratégicamente— conviene no ganar o quedarte incluso fuera de la final, sea o no justo. Ellos no lo entienden. Les supera el ansia del presente. Lo viven como si cada Concurso fuera el último. Estamos ante una delicada transición.

—¿Transición? ¿Hacia dónde? —preguntó Edy sin la certeza de saber si Johnny hablaba sobre Carnaval o sobre algo más.

—Estamos transitando hacia ninguna parte, que es lo grave. Hay tránsito, pero sin rumbo, sin dirección, sin destino. Deambulamos dando vueltas sobre nuestros propios pasos. El Carnaval es también un reflejo de la sociedad que tenemos. El público parece que manda más que el autor. Los grupos, ante la encrucijada, están optando por reírle las gracias al que aplaude antes que a la voluntad de los poetas.

Hablo por mí, pero me da que alguno más también lo está padeciendo. O no. Lo mismo se han sumado al interés de los grupos. En el fondo, aceptemos que los premios y el dinero nos seducen incluso a los más románticos. Sería un cinismo tremendo negarlo.

—Eso no te lo debes plantear ahora, Johnny. Si mañana pasáis a la final ya lo verás todo de otro color. Poco a poco…

—No, Edy, créeme. No se trata de pasar mañana a la final, sino de seguir haciendo Carnaval mientras viva. Si el pulso cae de la otra parte, otro año más, va a ser difícil que recupere la fe en esto. No se puede estar luchando toda la vida. Si la gente opta por otro tipo de carnaval, está en su derecho. En ese caso, el que sobra soy yo.

—¿Lo dejarías?

—Lo dudo. No encuentro en este mundo nada tan grande como el Carnaval para volcar mis sentimientos, mis inquietudes, mi vocación creadora. Ningún otro género me atrae tanto. Ni siquiera el cine.

—¿Y no hay forma de hacer ese Carnaval que tú quieres sin pasar por el Falla?

—No. Ya lo dije en un artículo. La calle no retumba. No tiene eco. El foco está en el Falla. Si te apartas de él, supongo que el mundo se termina olvidando de ti…

—O tú de él…

El Comandante tardó en reaccionar ante la breve pero rotunda reflexión de Edy, espontánea y mágica como siempre. Y sonrió como no lo había hecho a lo largo de la temporada. Era una sonrisa de abundancia, como la que surge ante el cumplimiento de la promesa.

—Qué alternativa más original. No se me había ocurrido…

A la semifinal acudió el Comandante solo, como procurando no hacer ruido. Edy prefirió quedarse en casa viéndola por la tele. La tensión del día anterior había pasado factura. Su timidez y distancia ante las situaciones comprometidas de las que no formaba parte directa la invitaban a ocupar otros cargos de menos relevancia.

—¿Tú también prefieres que yo no vaya hoy, verdad, Fidelín? —dijo despidiendo con un beso a su marido.

—Si te va a resultar más cómodo así… Yo lo único que quiero es que esto acabe ya. Como sea, pero que acabe.

—Todo va a salir bien, verás.

El Comandante asintió el cumplido y llamó a un taxi para que lo recogiera en el bar de la esquina. El grupo de mensajes de la comparsa delataba un estéril intento de fabricar una moral ganadora que el enorme traspié del último ensayo había demolido en el peor momento. No es que no confiaran en el repertorio del Comandante, sino que se habían acostumbrado a compartir el criterio y —en caso de empate— a imponer el suyo. Pero a la hora de la verdad no iban a tener siquiera la posibilidad de probarlo.

Cuando llegó el Comandante, la tensión se diluyó de modo significativo. Las bromas con el cofre y las cenizas se alternaban con las maldiciones al Canal Olé.

—Debimos levantar la tapa del cofre. Yo juraría que allí ya no estaba la abuela. Que era todo ceniza de los canutos del novio.

—Estoy contigo, Bombero, teníamos que haber solicitado la prueba de ADN antes de renunciar al pasodoble tan a la ligera.

—¿A la ligera? —comentó el Chino—. No veas la bronca que me ha echado mi madre... Y con razón. Nunca debí darle tanto bombo a un asunto de familia.

—¿Sí, Chino?

—Sobre todo por haber escrito el pasodoble y haber estado a punto de cantarlo. Ahora lo veo de otra forma —dijo con humildad, buscando la reacción amiga de Johnny.

—Yo también *me he partido de ligero* sacando nubes negras del fondo de mi alma. Una cosa es desnudar tus sentimientos y otra exhibir tus miserias. La primera puede contagiar al público o no. Pero no te juegas nada. En cambio, las miserias... ¿Por qué te crees que la mayoría de los autores inventan las tragedias?

—Está claro, si fracasas con un pasodoble así y, además, cuenta una historia real de un familiar o un amigo detrás... No me lo quiero ni imaginar.

—Pues Canal Olé no va a poner la previa —añadió Deep, neutralizando la rehabilitación del sótano moral de su compañero—. No les da tiempo. Van a hacerle un homenaje a Juan Icuarto entre las parejas de viejos que han salido del programa. Y han invitado a la abuela de Silva.

—Pero mi abuela no va. Tiene entradas para la final. Cabrones...

—Ahora vamos a calentar la voz y a confiar en los dos pasodobles que vamos a cantar. En condiciones normales deberían ser suficientes.

—Por cierto, ¿cuáles decidisteis al final?... Bueno. No me lo digáis... Prefiero la sorpresa —improvisó Johnny—. Si cuando acabe la función no estoy entre bambalinas... es que no me ha gustado.

Rieron por obligación, aunque sabían que no era un chiste. La melena de Deep echaba chispas. Apenas había dormido dándole vueltas a lo que le contó Edy sobre el proyecto futuro del Comandante. Y antes de salir hacia el Falla, con la comparsa ya formada en la puerta y sonando ya el pasacalle, buscó el oído de Johnny para preguntar sin aparente interés:

—Oye, *brother*, me tienes que contar lo de Los Egoístas. Anoche Edy me lo comentó en el ensayo. Creo que se le escapó, tú sabes cómo es ella. Pero me pareció una idea muy original, cantidad de interesante.

—¿Para la comparsa?

—Claro, *brother*... bueno, para una chirigota más bien...

No se lo creía ni el propio Deep. Johnny pisó en el suelo la colilla de su cigarro, tardó en abrir el plástico de su paquete de chicles y, con la mirada congelada en el grupo, murmuró dramáticamente.

—Los Egoístas tienen sentido si lo hace uno solo. Se trata de tomar el todo por la parte, pero con la parte, sin el todo. Si no es así, no tiene gracia.

—Vamos, que si lo haces, lo haces tú solo y que le den al grupo.

—Exacto, *brother*. Aunque lo primero está claro, lo segundo no tanto. Yo no he dicho eso... todavía —y rio mordaz dando una fuerte palmada sobre el hombro de su director.

El ambiente de la semifinal ya era mucho más frío en los camerinos del teatro. El exceso de concentración evitaba cualquier atisbo de aire triunfal o victoria anticipada. Todo era posible en aquella constelación a la que los dioses asistían como espectadores, sin intervenir, sin tomar partido por nadie. Rezar era perder el tiempo, allí más que en ningún lugar. Nadie quería cruzarse con nadie. Ni con rivales. Ni con prensa. Ni siquiera con amigos ni expertos. Los vaticinios, los que fueran, terminaban de resquebrajar los nervios. Todos tendían a fijar la mirada

en las quinielas que los incluían, pero inevitablemente ésta se terminaba perdiendo con desazón precisamente en las que te dejaban fuera. Buscaban su nombre en todas las apuestas. Pero todas no les eran favorables. El Comandante les rogaba que guardaran los móviles. La falta de control sobre las corrientes virales podía distraer de forma negativa.

Por su parte, el público también era una incógnita. Podía entregarse gratuitamente desde el principio y enfriarse a mitad de la función. Podía ir creciendo. Podía estar convencido de antemano o imposible de convencer así cantaras lo que cantaras. Podía estar con el nivel de exigencia por las nubes y dosificar el aplauso, pero reventar al final. Podía haberse confundido de función a la hora de calcular la compra de su entrada. Podía ser del rival. Podía estar cansado. Podía estar tenso. Amable y noble o distante y rácano. Deep recordaba la teoría del cuarto telón, un telón imaginario que separaba al público de la comparsa para que la comparsa nunca se dejara llevar por el público, ya fuese para bien o para mal. A Johnny nunca le valía el público como excusa. Si estaba frío había que calentarlo. Si estaba caliente había que hacerlo estallar. Ciertamente, el público también participaba de la magia del Teatro y cuando se abrían las cortinas nadie sabía cómo iba a responder. Pero ante todo, era soberano. El único soberano.

Cuando el grupo aguardaba ante la puerta de entrada al escenario, apareció toda encopetada y con una desafiante sonrisa la inspectora que había sido propuesta para presidenta del jurado. Gabriela Sinmoral se acercó y saludó al grupo dándole ánimos para la actuación. Pero, mirando al tándem Johnny-Deep como si fuesen culpables, no pudo evitar recordarles algo con un transparente ánimo de revancha.

—Lástima que no haya sido yo la presidenta. Ésta es la comparsa que más me ha gustado. A ver qué pasa. Mucha suerte con el fallo...

Los testículos de ambos se toparon con los nudos de sus corbatas. No había dicho nada. Pero ellos entendieron todo. Y cuando parecía que se marchaba, giró de nuevo y les advirtió con aire fraternal:

—Por cierto. Los Boniatos están haciendo campaña en las entrevistas contra los grupos que actúan sin darse de alta. Ése no es vuestro caso, ¿no?

—No, inspectora, ése no es nuestro caso. No se preocupe.

—No me preocupo, Deep. He pedido dos años de excedencia. Lo dicho. Suerte con el fallo, chicos.

—¡Grupo dentro! —sonó como un trueno la severa voz del regidor.

Algunos tardaron en ordenar sus pasos hasta conseguir situarse en la escena. La inspectora estaba dolida por la destitución. Nadie quería recordar que la negativa partió del Comité para la Decencia. Era momento para recordar las letras. Pero el nerviosismo se apoderó de Deep, cuyo intento por disimular era verdaderamente inútil.

Y la comparsa cantó. Y al final cayó el telón. Unos gritaron de euforia. Otros preguntaron qué tal al Comandante. El público había estado bien a ratos. Por debajo de lo esperado en otros momentos. Los recambios de los pasodobles no habían sido refrendados con más que correctos aplausos de rigor. Los rostros no mantenían una sensación común, definida. Un locutor de la Cadena Tope preguntó a Johnny cómo había visto al público. El Comandante se escurrió con un juego de palabras: «Perdona, pero entre bambalinas no veo al público». Las redes echaban humo. Tampoco servía de referencia. Siempre lo echaban cuando actuaba la comparsa del Comandante. Aunque abundaban los favorables, había comentarios para todos los gustos. Edy había felicitado a su marido por WhatsApp, pero Johnny no contaba con la imparcialidad de su esposa. Oír un alentador enhorabuena tampoco era definitivo. Ahora comenzaba la indigestión. Todo estaba en manos del jurado. El Falla ya no era más que un patíbulo del que todos querían huir. Johnny esta vez fue el primero. Consiguió adelantarse para evitar las fotos de rigor con los aficionados y, montando en el primer taxi que halló libre, partió rumbo a casa a esperar el fallo.

La alta tensión parecía haber electrocutado el grupo de WhatsApp. Nadie conectado. La mayoría aguardaba unido en el local. Esa circunstancia también hacía absurdo comentar sensaciones a través del móvil. Johnny cenaba con Edy siguiendo el debate sobre el populismo y sus múltiples significados. Hasta en dos ocasiones seguidas aludió a pasodobles de sus rivales para ilustrar las connotaciones del término.

—Queridísimo Bill, ¿no dices que no has escuchado nada?

—No... Es que me lo ha comentado esta gente...

Qué pequeño es el hombre cuando el miedo aplasta su piel contra

los huesos. El tiempo parece burlarse de él cuando mira el reloj. Del sudor nada tiene la culpa. Quejarse de todo es no encontrarse por ningún sitio.

—Edy, anda, vente ya. Yo recojo luego.

—¿Para qué, Fidelito, si no estás ahí?

En ese momento, el Comandante recibió un wasap anónimo: «No vais a pasar a la final y yo me alegro. Si aún te queda caridad, prepara al grupo». No tardó en preguntar: «Quién eres». Y el anónimo no tardó en responder: «Qué más da. Uno de los muchos que cantó contigo letras más valientes que las que tu grupo canta ahora».

—Mira esto, Edy —dijo a su compañera mostrándole entre leves temblores la pantalla del móvil.

—No le hagas caso. Eso no lo pueden saber aún. Será cualquier patoso que quiere darte la noche.

Fue inútil. Johnny —manteniendo la mirada perdida en el mensaje— intentó hacer un esfuerzo con la memoria buscando una proximidad entre el jurado y alguien con este perfil. Eran tantos...

—Creo que voy a ir al local.

—Yo no lo haría. Les vas a dar un disgusto para nada.

—Siempre habrá tiempo de celebrar que este mensaje sea un farol y pasemos. Pero es cruel mantener la ilusión sabiendo esto.

—¿Sabiendo qué, Johnny? Según me contaste, de los rumores nunca se debe hacer caso. Hay mucho fanfarrón suelto.

—Cierto. Y también alguno que no lo es tanto.

Si la intención del anónimo —tal como dijo Edy— era darle la noche, se la estaba dando. Y bien. Llamó a Deep para tantear el ambiente que respiraba el grupo, pero no fue posible: tenía el teléfono sin batería. Este aparente descuido alarmó más aún al Comandante, quien abrochando los botones del mismo abrigo que había colgado en la percha, se despidió de su mujer sin caer en la importancia de darle un beso de despedida.

—¿Ni un beso? Yo no tengo culpa de lo que pase...

Johnny entró de nuevo en el salón y cerró la puerta. Con el abrigo puesto se dejó caer sobre el sofá.

—¿Sabes? Estoy pensando en lo del «uneto». Estaría simpático.

—Aún no sabes quiénes pasan a la final.

—Pase quien pase.

En esos momentos el Canal Olé dio paso a la publicidad. La función había terminado. En cuestión de media hora, el jurado en pleno aparecería sobre el escenario para dar su veredicto. El Comandante apagó la tele y al instante volvió a encenderla, pero cambió de canal.

Cuando después de ochenta mil palabras, la novela parece estar llegando a su final, el escribano se ve obligado a levantarse del teclado, comer algo de fruta y darle la vuelta a Cádiz en bicicleta. No soporta la tensión, ni cree que merezca la pena inventar un final para el último capítulo. Ése no era su objetivo cuando pensó escribir la novela.

Amanecía en la Tacita de Plata. El día de Júpiter liberaba a la ciudad de ruidos y marcianos. Durante su plácido *tour*, llegó a la conclusión de que hacer esa novela no era reescribir un periódico, sino escribir y cantar aquello que el periódico no escribe por censura o ignorancia, o por las dos cosas. El público de Carnaval es —o era— el que busca la verdad en libros de segunda mano; ésa es la chusma que el escribano denomina selecta. Selecta porque busca la verdad más allá y a partir de la oficial. Chusma porque lo hace a través de un género que las élites reaccionarias tradicionalmente desprestigiaron con un descalificativo propio de su complejo de superioridad.

Del mismo modo, la intención del escribano jamás fue contar la vida de una comparsa desde arriba, sino desde los míseros y sórdidos sótanos en los que se va pariendo. Sin escrúpulos. Con toda su crudeza y realidad. El encanto de una comparsa y la grandeza de la victoria —o de la derrota— no tienen sentido absoluto si los contemplas como espectador pasivo, pues esa única mirada es la causa de su incompleta consideración artística.

Muchos reporteros y documentalistas se han querido asomar a los interiores del Carnaval, pero con un déficit óptico que les ha impedido obtener y ofrecer la perspectiva pura del Carnaval de Cádiz. Ese déficit ha sido tomarlo como parte del mundo, submundo o gueto. La cámara no ha conseguido situarse en el mismo plano que el comparsista, sino en el de arriba o en el de al lado.

El Carnaval es un mundo, uno más entre los muchos mundos posi-

bles. De hecho, la gente que hace Carnaval en modo alguno tiene conciencia de marginalidad, pues en absoluto se siente al margen. Distinto es que lo marginen otros desde la seguridad de que el origen social del Carnaval y el mediocre estatus económico de muchos de sus militantes sean motivo de marginación o desconsideración en algún sentido.

La historia que el escribano ha contado en esta novela es «intrahistoria», siguiendo el acertado término que Unamuno acuñó para referirse a aquella historia que sigue su curso a la sombra de la que escriben los vencedores; la historia que oficialmente no se conoce, pero que es tan historia o más que aquélla, pues tiene valor de cimiento, raíl, causa o camino. Desde ese punto de vista es más auténtica, más real que la otra, pues no padece ninguna deformación óptica o constitutiva. Es por ello que el escribano advirtió en su Prospecto que «aunque no muchos lo saben, el Carnaval constituye precisamente el submundo gaditano ideal para la novela del escritor que no tiene ganas de inventarla. Y eso es lo que ha ocurrido esta vez. El escritor —más que escritor— ha sido escribano. La novela ya estaba hecha. Sólo ha faltado numerar sus páginas. Prepárate para cambiar las cosas de sitio».

El agudo lector preguntará por qué se utilizó en el Prospecto el término «submundo» para referirse al Carnaval, cuando ahora se está defendiendo lo contrario: pues por el mismo motivo que el ateo necesita nombrar a Dios para después negarlo. Al lector que no conoce el mundo del carnaval por dentro —como intrahistoria— no debes invitarlo de partida a que cambie su óptica, pues entonces puede entender que está leyendo ficción en lugar de realidad. Es la propia novela, página tras página, capítulo tras capítulo, a golpe de corazón y personaje, la que debe ser capaz de mostrarle al lector la realidad del Carnaval entendido como mundo en sí.

Y podemos ir más lejos en esta dirección. Para el carnavalero, el otro mundo existe, cuenta, no sobra. Pero tiene carácter exterior. La capital del mundo es no tanto la Tacita de Plata como el Carnaval de Cádiz. Igual que todos los caminos llevaban a Roma, según donde se sitúe el centro de gravedad del mundo de la vida, todos los caminos también pueden llevar a Cádiz. De ahí, Los Peregrinos del Carnaval.

Al margen de su estatuto artístico —cuestión que ahora mismo no

es prioritaria, aunque muy discutible—, el Carnaval es un fenómeno. ¿Social o histórico? Lo primero es obvio. En lo segundo no se ha recaído tanto, pero el tiempo marca su devenir de modo radical, tanto para su evolución como para su estancamiento, su movimiento browniano o su progreso. Los comparsistas y chirigoteros militantes no cumplen años sino Carnavales. No nombran los hitos de su vida siguiendo el número que preside los almanaques, sino el nombre de la agrupación en la que participaron aquel año. Ésa es la referencia, el criterio temporal.

Asimismo, el Carnaval está envuelto en un halo de humanismo y heroicidad que desafía a cualquier rincón de la historia, batalla, esplendor o catástrofe. Teniendo en cuenta que significa «sublimación de la carne» hemos de admitir que en el resto de las celebraciones mundiales no halla parangón, paralelismo o refrendo. Más humana, imposible. Y considerando —por otra parte no menos mítica— que surge como reacción ante la inquisitorial cuaresma, dígame, querido lector, si estamos ante una simple fiesta o algo mayor. Y si encuentra alguna otra en el mundo que la supere desde los presupuestos recién descritos, no dude en comunicármelo, se lo ruego.

No es que el abajo firmante quiera sublimar el Carnaval, sino más bien que sus enemigos lo quieren banalizar para reducir así su efectivo humanismo, su generación espontánea y su potencial subversivo, potencial que deriva del mismo significado de la palabra. Es por ello que el escribano presente, cuando actúa como espectador de la fiesta, lamenta que algunos autores marquen estilos y tendencias que se alejan visiblemente de la fundacional. Y cuando actúa como autor, siempre, siempre y siempre conserva como criterio aquel origen, aquel sentido, sin el cual jamás hubiese llegado a ser lo que es. Por eso es un fenómeno social, pero —también y antes— histórico, «intrahistórico».

Siendo así, el escribano ha elegido como despacho de redacción el de su clase más baja. Aun gozando desde hace años de la perspectiva más elitista, obsérvese que nunca ha caído en la vanidosa tentación de ofrecer al lector capítulos triunfales, sino antes lo contrario. Presentar el Carnaval desde los ángulos de la victoria definitiva es lo que lo confunde y lo convierte en «submundo», sobre todo para aquél que sólo lo vea por la tele o lo lea en los diarios.

El escribano tampoco ha querido venderlo, en el sentido grosero y mercantil del verbo. Ésa no es la intención, pues el mundo que se vende deja de ser mundo como tal para transformarse en producto manufacturado, y váyase entonces a hervir ortigas su encanto. De hecho, puesto a vender, no vendería el Carnaval que se vende; o más bien cómo se vende. Jamás retransmitiría el *casting* porque va contra el espectáculo, sino sólo su selección natural. Al público no se le castiga de esa forma. El derecho a cantar en el Falla no es un derecho natural ni adquirido. En cierta ocasión el escribano oyó a Kichi I de Rotterdam defender el valor del *casting* público como tesoro cultural, social y antropológico: la obra del pueblo. Y el escribano mismo le respondió: «¿Acaso los semifinalistas han nacido en La Moraleja?». Cuando el pueblo tiene el privilegio de ser el redactor de su propia biografía, ha de organizar los roles para que cada cual asuma la parte que le toca, la que mejor conoce. Si no, caemos en la confusión de vender la parte que no merece la pena —la gran parte— por el todo, y si el *casting* se ofrece como el todo, te garantizo que muchos no compran ni la parte que sí la merece. Por desgracia, así sucede aún muy a menudo.

Tampoco se trata de convertir el Carnaval necesariamente en un artículo de exportación, ya que no es ése su destino ni el sentido con el que fue creado. Mercantilizar el Carnaval como si fuera jamón de Jabugo o Ribera del Duero es ignorar su naturaleza. Distinto es desear que la gente lo conozca y lo comparta, del mismo modo que a tu amigo de ahora le presentas a tu amigo de antes, con la esperanza de que puedan hallar una sintonía que los haga amigos entre ellos, se compartan y se disfruten mutuamente. Tú sólo te llevas la satisfacción de haber sido la llave, que no es poco.

Durante la redacción de múltiples pasajes de esta novela, el escribano dudó si el lector sería capaz de interesarse por el episodio éste o aquél, de sentirse en la piel de Deep, de Johnny, de Edy o del Chino, de sufrir con él, ponerse nervioso con él, pensar con él, reír con él, llorar con él, amar con él o rendirse con él —o con ella—. Releyendo y releyendo, llegaba a la conclusión de que ésa no era la obligación de la novela. Aviado iba si lo fuese. Era más simple: llevar de viaje al mundo del Carnaval pero sin disfraz ni maquillaje, con su ropa de calle, sin

pretender que nadie lo tuviese que admirar por cortesía. Tampoco de que le gustara a todos los espíritus sensibles, no fuera a ser que el mundo del Carnaval los sedujera tanto que los invitase a militar: con los que hay ahora ya tenemos bastantes (a menos que los nuevos vengan diferentes).

El Carnaval no es una tradición. Las tradiciones son como los mitos y los dogmas: no se revisan, ni se critican, ni se cuestionan, ni avanzan, ni retroceden. Se mantienen por interés del que las fabrica. La expresión «tradiciones populares» engaña. Detrás de una tradición, siempre hay una clase que sale fortalecida a través de otra que es la que carga a hombros con su peso. Por eso no es popular, aunque el engaño prospere. Si no, analiza críticamente las tradiciones que te rodean, y luego me cuentas. El escribano —¿ves?— no necesita nombrar a ninguna, pero sí desmarcar al Carnaval de ellas. Uno de los mayores peligros a los que está sometido el Carnaval es justo el continuo intento de los poderosos de que el pueblo lo asimile como tradición. Ése puede ser su final. El día que el Carnaval no sea revisado, criticado, cuestionado, no avance o retroceda, se estancará y —por definición— habrá dejado de ser historia.

Nunca tuve el menor interés en escribir una novela. Ya inventaba otras cosas. Insisto en que me entusiasmé cuando me di cuenta de que podía escribirla, no como escritor sino como escribano, pues la historia ya estaba hecha, era interminable y real, como el mundo en el que vive. Mas no estime, amable lector, que el escribano gozó llenando de tinta cada una de sus páginas. El mundo del Carnaval también tiene sus males, y al estamparlos duelen lo mismo que si se padecieran en ese instante.

Pero a diferencia de otros mundos, el Carnaval conserva el encanto que los demás han perdido. Como beduino y cosmopolita confeso, lo que me impide abandonar mi relación con el Carnaval es precisamente el desencantamiento del mundo, el de ahí afuera, el otro, los otros. Por eso pocos se retiran del Carnaval. Y si lo hacen, lo normal es que —tarde o temprano— regresen. Si dicen que es por el dinero mienten igual que si dicen que es por la adicción, el veneno, el gusano o el cangrejo moro. Mentira cochina. El dinero como tal será el protagonista en otra novela,

pero no en ésta. Lo que en el mundo del Carnaval se denomina dinero no es más que una ilusión óptica importada de otros mundos a los que los carnavaleros también viajan. El auténtico motivo es el encanto.

Por si te queda alguna duda, el Carnaval es romántico, aunque nunca apareció ilustrando las características generales del Romanticismo en libros de arte o literatura, quizá por su escasa celebridad, quizá por su incómoda supervivencia, quizá por entenderse al modo canario, brasileño o veneciano. Pero observa que el Carnaval de Cádiz exalta la importancia del individuo y su particular visión del mundo, reivindicando una concepción subjetiva de la realidad, a través de la interioridad del poeta, de la búsqueda del ideal de felicidad, del drama existencial, de los tipos humanos rechazados por la sociedad, del carácter artístico de sus producciones, del irracionalismo y la evasión, de la sublimación de supersticiones y leyendas —incluidas las religiosas—, de la atracción por lo nocturno y sepulcral, de los motivos fantásticos y misteriosos, de la idealización del pasado, del exotismo de las culturas alejadas en el espacio y, sobre todo, del amor a la tierra, del infinito amor a la tierra personificada en la Tacita de Plata.

Este salvaje romanticismo que atraviesa el mundo del Carnaval como su arteria aorta, lo inunda del encanto que cualquier mundo necesita para no sentirse deshabitado. Como romántico que es, tampoco incluye la victoria como requisito indispensable, pues la mayoría de los carnavaleros no la consiguió nunca y no por ello abandonaron su mundo; o la consiguieron a su manera, entendiendo por victoria una batea desfilando entre la multitud de un carrusel, o la conquista de una callejuela castiza en la que hacer reír a la gente.

Puedo entender que la victoria absoluta —concebida como triunfo en el Concurso del Falla— si nunca llega o siempre se queda a las puertas, frustra, como el amor no correspondido, pero no desencanta, pues el encanto y la frustración son compatibles. El desencantamiento del Carnaval se produce quizá cuando el mundo del Carnaval quiere ser entendido y traducido al otro mundo. Y aunque es cierto que con el otro algo comparte, pues procede de él y —en eso— es poco original, creció en otra dirección. Aquí, el espacio y el tiempo son coordenadas dinámicas, que se mueven sin necesidad de que lo hagas tú. Así que

mira si es particular este mundo que tiene incluso autonomía de giro respecto al otro.

Puede que haya llegado a un extremo que alguien no comparta. Me da igual. No soy tan comunista como para compartir aquella parte de mis bienes que los demás no valoran como tales. Mejor así. Como consuelo, nunca un carnavalero ha necesitado tampoco que nadie le convenza de que «su» mundo es «un» mundo: «el» mundo.

Por último, otra confesión de vértigo. Cuando al escribano —que tú conoces mejor que yo— se le ha acercado alguien procedente del otro mundo y le ha preguntado eso de «oye, ¿y tú por qué no escribes para algún cantante famoso?», un ojo lo ha mirado con indignación y otro con lástima. Indignación por ignorar que en nuestro mundo los cantantes famosos salen en comparsas, son independientes y no se prostituyen a las discográficas. ¿Quiere usted acaso que en mi mundo haya cantantes famosos como en el suyo? Lástima de contemplar esa misma ignorancia. El que pregunta eso es el mismo que se cree que para ser alguien en la vida hace falta ser médico o arquitecto. Qué pobre. Y luego miran este mundo desde arriba solamente porque lo miran desde el suyo. Justo ése es el pobre, el que confunde arriba con abajo o con afuera. Y en parte lo entiendo, porque los adverbios de tiempo son jodidamente indefinidos. ¿O acaso tú no has tenido nunca una madre que te diga: «Niño, tráeme eso de ahí...?».

A la vuelta del paseo en bicicleta, el escribano volvió a la novela y el Comandante Matarratas había cambiado de nuevo el canal. Sin darse cuenta —o sin querer dársela— veía Canal Olé en el momento en el que el jurado comenzaba a derramarse por las tablas del Teatro Falla.

—Edy, me voy con ellos.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, que entonces no llego.

Bajó raudo, arrancó la moto y salió despedido como una saeta, rumbo al local donde el grupo aguardaba el veredicto.

Al llegar, los chicos estaban fuera del recinto, agolpados en grupos de tres o cuatro sobre los coches que —con la radio a todo volumen— iban a convertirse en la voz del secretario del jurado.

Abundaba una ilógica sonrisa, como si alguien les hubiera insi-

nuado lo contrario que a Johnny. De hecho, su presencia no los conmovió. Como si hubiese llegado el barrendero. Entró un momento en el local y allí comprendió la mitad de la sonrisa. La tensa espera les había hecho vaciar varias botellas de licor de alta gradación, y sobre alguna mesa flotaban restos de piedras preciosas importadas del norte de África.

Manolito el Panameño entró detrás de él.

—Johnny, me tienes que firmar dos libros.

—¿Tiene que ser ahora mismo, picha?

—Es que es un pedido urgente de Alemania.

—Pues dile que esperen, que la traducción aún no está completa.

El Panameño rio. Pero la risa le duró muy poco. Ostentosos gestos de los chicos exigían que Johnny y el Panameño se acercaran también a los coches porque el veredicto iba a emitirse ya.

—Yo paso. No voy. Desde aquí me voy a enterar igual.

—¿Tú que crees, Johnny?

—Yo no creo. No tiene sentido creer.

—¿Sabes algo? ¿Te han dicho algo? ¿Algún rumor?

—Sólo sé que no sé nada, si sé algo no sé si es verdad, y si es verdad tampoco sé si lo era cuando lo supe.

—¿Eso es que sí o que no? —preguntó el Panameño con la angustia puesta de capucha.

—Ahora lo sabrás.

Sonó el terrorífico preámbulo, el que acorta la distancia entre la gloria y el infierno hasta el centímetro imposible. El frío viento del norte helaba las mejillas de los comparsistas, alguno de los cuales miraba al cielo como buscando a un abuelo tras su manto de estrellas. A Ringo se le derramaba la baqueta de entre los dedos. Pepe el Converso cubría su testa con su bufanda estirada. Deep, en el asiento del piloto de su Megane, buscaba de reojo la estela del Comandante. El Tío Mon comenzaba a simular ahogo retirándose del silente cónclave. Adriano, el Chino y Cristiano se abrazaban como si su equipo lanzara el último penalti. Paul apuraba el último trago que le quedaba. De pronto, Peter Pan, Silva y el Yanqui cerraban bruscamente las puertas de su coche. El resto vagaba desperdigado por la calle incapaz de escuchar con sus

propios oídos: «En la ciudad de Cádiz, siendo las dos horas y veinte minutos del día veintitrés de febrero de dos mil diecisiete, el jurado del Concurso Oficial de Agrupaciones Subordinadas, compuesto por... y a tenor de las puntuaciones obtenidas, acuerda pasar a la final a las siguientes agrupaciones: Comparsas...».

Lo que viene a continuación ya es otro capítulo. Esta novela quería llegar hasta aquí.

FIN